

BIBLIOTECA PREDICABLE

por

D. FELIX LAZARO GARCIA

CURA PARROCO DE SANTA EULALIA DE LA CIUDAD DE SEGOVIA,

y

CATEDRÁTICO DE FILOSOFÍA Y TEOLÓGÍA

(que ha sido)

DEL SEMINARIO CONCILIAR DE LA MISMA,

y

otros señores sacerdotes.

TOMO 41.

MADRID: 1848.

Imprenta de D. Tomás Aguado,
calle de la Encomienda n.º 49.

BIBLIOTECA PREDICABLE.

SÉRIE CUARTA.

SERMONES DE LOS MISTERIOS DE JESUS.

TOMO 2.º

Contiene los sermones de los misterios de Jesucristo desde su Resurreccion, de la Trinidad, Corpus Christi, cuarenta Horas y algunos de advocaciones particulares.

SERMON

DE LA RESURRECCION.

Debemos regocijarnos en la resurreccion de nuestro Señor Jesucristo y no buscarlo ya en la tierra, sino en el cielo.

Quid queritis viventem cum mortuis? ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? Luc. c. 24. v. 5.º

Se calmó la horrorosa tempestad de que se vió amenazada la nave en que huía Jonás de la presencia de su Dios. La voz apacible de que *nos hemos salvado*, llena de gozo á los que la pronuncian y escuchan. Los que poco antes temían perecer sumergidos en los abismos del mar, caminan en derrota bonancible hácia su destino, y la brisa del placer recrea y satisface sus almas. El profeta fugitivo fué

arrojado á las aguas embravecidas del piélago: lo tragó una ballena: estuvo en su vientre tres días y tres noches: al cabo de ellos lo vomitó el pez marino en las costas del grande imperio de los Asirios; predicó en Ninive la penitencia, y los ninivitas, que con sus pecados tenían terriblemente enojado á nuestro Dios, se salvaron. Esto, es, amables oyentes, lo que aconteció cuando Jeroboan segundo reinaba en la Samaria, para significar con tan prodijiosos sucesos la inteligencia sublime de la muerte y resurrección de nuestro Salvador, como nos lo manifiesta el Salvador mismo (1). Esto es lo que con tanta solemnidad celebra la iglesia santa en este día: esto es lo que hace prorrumpir á los fieles en cánticos de alegría y jeneral acción de gracias; lo que nos obliga á cantar himnos de júbilo, y á decir á las generaciones todas: que nuestro Redentor cumplió pública y solemnemente la palabra con que dijo á los fariseos que pedían milagros intempestivos: «la generación mala y adúl-
 » tera pide señales prodijiosas; pero no se les dará mas que
 » la de Jonás profeta. Porque así como Jonás estuvo tres
 » días y tres noches en el vientre de la ballena, así estará
 » el Hijo del Hombre tres días y tres noches en el corazon
 » de la tierra.»

Así ha sucedido. Nuestro Redentor fue arrojado á las aguas de los tormentos, dolores y aflicciones de su angustiosa pasión: murió en una cruz afrentosa: lo tragó el sepulcro; estuvo oculto tres días y tres noches; pero al cabo

(1) Math. c. 12. v. 40.

de ellos se presenta glorioso y triunfante á la vista del Universo anunciando la muerte del pecado, y la vida de la gracia; la alegría del las almas puras, el regocijo, la salvacion y la gloria de los hombres rescatados de la esclavitud mas dura é ignominiosa, y hechos dueños de sí mismos con la libertad de verdaderos hijos del Dios lleno de gracia y de verdad, como lo dice el Evangelista (1). Estas son las verdades fundamentales de la religion sacrosanta que nos trajo del cielo el Hijo del Altísimo. Ellas deben llenarnos de consuelo, de gracia, de virtud y santidad si las meditamos con las luces de la fé; si reflexionamos que en ellas se fundaron los ángeles del cielo para decir á las padosas mujeres que buscaban á su Redentor en el sepulcro. ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? *Quid queritis viventem cum mortuis?*

Esto mismo os diré yo para probaros, que supuestas las doctrinas de la cruz, debemos regocijarnos en la resurreccion gloriosa de nuestro Señor Jesucristo y no buscarlo ya en la tierra, sino en el cielo: que no nos es permitido detenernos con demasia en las cosas de acá abajo, sino que siempre debemos aspirar por las de arriba, como nos lo encarga el apóstol.

Virgen adorable, que libre ya de las congojas de la cruz experimentais las dulzuras de sus frutos con la resurreccion gloriosa de vuestro Jesus divino: alcanzadnos la gracia que pone de manifesto los misterios de nuestra reli-

(1) Joan. c. I. v. 44.

jion á los justos que viven de la fé; y hacednos participantes de la alegría en que rebose vuestra santísima alma. Que venga sobre nosotros la muerte del pecado, para que reine en nuestros corazones la paz que experimentan los que se hallan adornados con la gracia de que os halló llena el ángel que os dijo,

AVE MARIA.

Quid queritis viventem cum mortuis?

Para el mundo es una paradoja que rechazan los sentidos, la de los que dicen que los trabajos, penas, aflicciones y dolores de esta vida nos elevan hácia el cielo, y forman nuestra felicidad en este valle de lágrimas. Pero, de que los terrenos y carnales no perciban las cosas espirituales y celestiales ¿se infiere algo contra estas? Porque los impíos blasfemen, escandalicen los pecadores, y la corrupcion de costumbres invada, á la manera de un torrente impetuoso á la sociedad, y arrastre en su curso una multitud de víctimas que se resisten á toda idea de religion ¿hemos de decir que no hay jentes piadosas, edificantes, justas, virtuosas, poseidas por el Espíritu-Santo, y dignas de seguir las huellas del que es la misma santidad,

la justicia esencial y la suma perfeccion? Esto, si que sería delirar, negar lo que se vé y se palpa, y contradecir al testimonio de los sentidos.

Los santos que veneramos en esos altares, el culto que les ofrecemos, la misma solemnidad con que en este día celebramos la gloriosa resurreccion del Señor, la atencion con que me escuchais, y el celo con que os predico ¿no son cosas que vocean, claman y dicen que nuestras almas se compadecen, alegran y regocijan en la gloriosa resurreccion del Señor, así como se allijieron llenándoos de dolor y sentimiento al contemplar á nuestro Redentor enclavado en una cruz apurando hasta las heces del amargo cáliz de la pasion que exigió el cielo como precio de nuestra redencion? Hemos llorado al ver sufrir y padecer á nuestro Jesus amable; nos hemos puesto al lado de las mujeres de Jerusalem para compadecer al justo tratado cruel é ignominiosamente, y hemos acompañado con las lágrimas á las Marías y á san Juan desfallecidos de pena, de dolor y de alliccion en la agonía y muerte de su Maestro celestial.

Nos hemos dejado conducir por la maestra de la verdad, la iglesia santa, y ella nos ha llevado al monte de la mirra; nos llenó de amargura, nuestros corazones se cubrieron de pena, y el dolor se ha cebado en nuestras almas del modo y manera que hemos experimentado en los últimos días de la semana pasada. Hemos tenido días muy penosos y afflictivos, es verdad; pero ha sido necesario pasar por ellos para llegar al grande y solemne en que todo respira gozo, alegría y gloria: sin ellos no podríamos

decir que nuestro Redentor venció gloriosamente á la muerte, al infierno y al pecado: no tendríamos el gusto de ver á nuestra Madre adornada con sus vestidos de gala regocijarse en los triunfos de su divino Esposo; ni jamás llegarían nuestras almas á percibir esos aromas celestiales que fluyen del cordero inmolado por nosotros; y realmente presente en ese altar santo para nuestra dicha y felicidad. Sin trabajos, sin penas, angustias, dolores y aflicciones, no puede llagarse al tiempo del descanso, del gozo, del placer, de la alegría y del contento. Después de la tempestad es cuando se siente la serenidad agradable que tanto consuela y satisface á los que sufrieron los riesgos de la tormenta.

Ved aquí indicada toda la economía del cristianismo, toda la doctrina de la cruz. Sufrir y padecer con Jesus, para vencer, triunfar y gozar con nuestro Redentor: llorar para reír; morir para vivir; tener paciencia en los trabajos, contradicciones y penalidades, para entrar en la primavera de los deleites espirituales que nuestro Dios ha vinculado á las amarguras de la cruz: ¿no es esto lo que una y mil veces se expresa en el evangelio, para nuestra instruccion, aprovechamiento, perfeccion y gloria? ¿Puede ni aun imaginarse un cristiano sin cruz? Debemos vivir crucificados como el apóstol; clavar todos nuestros vicios y pasiones en la cruz; armarnos con el escudo de la fe; y resucitar á la vida de la gracia para dirigir nuestras miradas al cielo; buscar á Jesus en la gloria; suspirar por acompañarlo en su felicidad eterna, y poner en práctica las máximas y preceptos de la ley santa que hace puros,

virtuosos, santos y perfectos á todos los que la observan. Bajo estas bases, alegraros en el Señor, nos dice san Pablo. «Os repito que os alegréis, añade, haciendo que vuestra modestia sea notoria á todos los hombres, porque el Señor está muy cerca.»

El mismo profeta que vió á Jesús desconocido, llagado, cubierto de oprobios, sin figura de hombre, y entregado á los tormentos de la cruz, dice terminantemente. «Si dá su vida por el pecado, vivirá; tendrá una posteridad numerosa y cumplirá los designios del Señor. Porque pa- deció, volverá á ver la luz, y se verá colmado de santidad (1).» ¿Y puede haberla mayor que la de Jesucristo en su resurreccion gloriosa? En ella se publicó solemnemente el triunfo de la cruz, la dominacion eterna del vencedor de la muerte, del infierno y del pecado, y la ruina de la Sinagoga tan poderosa poco antes, contra Jesús. Desde este dia quedan reducidas á la nada las oposiciones de los judíos; por tierra los templos y el poder de los paganos; las academias y escuelas de los filósofos desacreditadas, y la iglesia que salió del costado de nuestro Redentor, Señora y dueña de todo el orbe. Ella en medio de las mayores contradicciones y adversidades se goza con la cruz de Jesucristo y sujeta á todos sus enemigos y contrarios; disipa como el sol con sus rayos penetrantes las nubes de la infidelidad, del vicio y del pecado, y ella es la Maestra de los pueblos y las gentes; la única que inspirada por

(1) Isai. c. 53. v. 40.

el cielo enseña la verdad, la pureza, la virtud y santidad. ¿No vienen palpando estos prodijios cuantos han vivido en los diez y nueve siglos que han transcurrido desde que para dicha, ventura y felicidad del mundo, ha resucitado nuestro Señor Jesucristo? ¿Hubo en todos ellos bastante poder para destruir la obra del Hijo del Altísimo, fundada sobre los trabajos, gracias y virtudes de la cruz? Los grandes, fuertes y poderosos de la tierra coligados con los numerosos opositores del evangelio; armonizados con las potestades infernales; poseidos del espíritu de soberbia, altivez y orgullo; y sostenidos por la muchedumbre viciosa, educada en las escuelas del paganismo; al lado de los humildes y sufridos hijos de la cruz: ¿qué papel han representado en el mundo? El de vencidos. Ellos imitando á su padre y maestro Lucifer intentaron derribar al Omnipotente de su escelso trono; se atrevieron á declarar la guerra al Dios inmortal que crió, gobierna y dirige el universo; hostilizaron con bárbaro encarnizamiento á los hijos de la gracia, y en su demencia creyeron que el cielo se les rendía, que la gracia de la cruz era una locura, el evangelio una invencion humana, el crucificado un criminal estúpido y su religion una farsa despreciable; pero la iniquidad se engañó á sí misma; fué cajida en su propio lazo; desaparecieron ignominiosamente los enemigos de la cruz dejando en el mundo una memoria execrable; y Jesus resucitado estiende su imperio por todos los ángulos de la tierra; su santísimo nombre se pronuncia con veneracion y confianza de un mar á otro mar; su virtud derrama gracias, consuelos y fortaleza, sobre todos los mortales, y él hace in-

vencibles á todos los que lo invocan con fé, esperanza y caridad. El reinado del que murió y resucitó por salvar á los hombres es eterno, como lo anunció Daniel; no tendrá fin, como lo dice Isaías; lo estableció la sabiduría eterna, el Padre de la eternidad lo defiende, el Dios fuerte lo lleva en su mano omnipotente, el consejero maravilloso lo gobierna y dirige sin que conozca fuerza alguna capaz de detener el curso majestuoso con que camina á su destino.

No son estas cosas, amados míos, enjendros de cabezas mareadas, como quieren hacer creer los impíos antiguos y modernos: no son cuentos ni fábulas inventadas por jentes interesadas en engañar al pueblo incauto, ni en los pulpitos se anuncian y publican para entretener y divertir al vulgo crédulo y supersticioso: son cosas decretadas en el cielo y patentes en la tierra. Los sabios del mundo las han reconocido y venerado. En su defensa han derramado su sangre muchos millares de mártires; las han respetado innumerables confesores; han sido la regla segura para multitud de vírgenes: ellas han cambiado la faz del mundo han quitado la iniquidad, y arrojado entre los hombres la virtud, y con su poder inmenso han hecho que los fieles de todos los tiempos y lugares vean y experimenten lo que nosotros vemos y experimentamos en este día; un gozo espiritual que recrea nuestras almas al considerar resucitado, glorioso, vencedor y triunfante al Dios que vimos afligido y atribulado por salvarnos, instruirnos y llevarnos á la gloria. Yo invoco la autoridad de todos los que siguen á Jesucristo en sus penalidades y en sus triunfos, para que

digán sino han hallado placer y consuelo en la meditación de las doctrinas y ejemplos de nuestro Redentor. También recurriré á las almas justas y virtuosas para que manifiesten los secretos de sus corazones y digan si al ver á Jesucristo resucitado no perciben un impulso divino que las escita á buscar á su Redentor, no ya con los muertos en el sepulcro, sino en el cielo en donde es glorificado como se merece: y de todo lo que digan los que son inspirados por el Espíritu-Santo inferiré para publicarlo en nombre del Señor, que debemos buscar á Jesus en el cielo; que no debemos detenernos con demasía en las cosas de la tierra; sino que dejadas las cadenas de nuestros pecados en el sepulcro de la penitencia debemos resucitar con Jesucristo y seguirlo hasta el cielo en donde se halla sentado á la diestra de Dios Padre.

Miremos pues á Jesus resucitado; resucitemos con él; vivamos de la fé viva que rebosa en caridad, y nuestro gozo igual al que manifiesta la iglesia santa en la gloriosa resurrección del Hijo de Dios nos encenderá en deseos de unírnos con nuestro Redentor, y se convertirán en delicias nuestros trabajos, en consuelos nuestras tribulaciones, nuestros pesares y angustias en regalos del Señor, y nuestra cruz en la gloria que á todos desco. Amen,

ATILANO MELQUIZO.

Todos los sermones que llevan las iniciales de A. M. en este y los demas tomos son de este mismo Señor á no decirse otra cosa.

SERMON

DE LA RESURRECCION.

La Resurreccion del Salvador es la obra suprema de su poder que cantó David y simbolizó Jacob ; porque en este dia triunfó del demonio, de la muerte y de los judios.

Surrexit Dominus verò. Luc. cap. 24. v. 34.

Ya se ha reparado el escándalo de la cruz, el dolor se ha cambiado en alegría, la ignominia se ha convertido en gloria, la pena se ha transformado en recompensa; el mayor de los milagros se ha cumplido; el sello de los misterios de Dios se ha quitado; se ha justificado su sabiduría, se ha manifestado su bondad, el discípulo se ha lle-

nado de admiracion, se ha asombrado el gentil, el demonio se ha estremecido con una rabia impotente, la muerte ha perdido su funesta y esterminadora dominacion, los judios han sido humillados y confundidos, disipadas como un débil vapor todas las máquinas de su perfidia y aborrecimiento, la naturaleza ha dejado el susto y la sorpresa, los cielos han recobrado su esplendor y la tierra está llena de alegría porque Jesucristo ha resucitado verdaderamente. *Surrexit Dominus vere.*

Alegrémonos pues, católicos, por la resurreccion del Salvador: unamos nuestros corazones y nuestras voces para dar gracias á Dios por las victorias de su Hijo: todo cuanto vive y respira alabe hoy al Señor: resuene las bóvedas de nuestros templos á los gritos de nuestra alegría, porque el Cordero que murió por el mundo ha resucitado verdaderamente. *Surrexit Dominus vere.*

Regocijémonos, cristianos en este dia de esperanza y salvacion para todo el pueblo fiel; dia de gloria y de triunfo para los miembros, así como para la cabeza; dia en el que se ha destruido el pecado, la maldicion de la ley se ha abolido, el infierno ha sido vencido, el demonio aterrado, el reino de la gracia se ha establecido, y las puertas del cielo se han franqueado: en este dia en fin, que es la obra suprema del poder del Crucificado, que cantó David y simbolizó Jacob porque, y es la idea, resucitando Jesucristo, triunfó del demonio, de la muerte y de los judios. Unica proposicion que formará el todo de mi oracion y os convencerá de la verdad de este misterio.

Dios de bondad y misericordia, amable Jesus que mo-

risteis por mis pecados, y resucitasteis por mi justificacion, concededme los auxilios de vuestra gracia para que se imprimen en el corazon de mis oyentes unas verdades tan dignas de la cátedra del Espíritu-Santo en que me hallo. Hacedse las entender y procurar por los méritos de vuestra passion y muerte, y por la intercesion de vuestra purisima Madre Maria Santisima, á quien consideramos llena de espiritual alegría por vuestra resurreccion y siempre llena de gracia saludémosla con el ángel diciendo:

AVE MARIA.

Surrexit Dominus vere. Luc. 6. et v. est.

Cantando el real profeta David las glorias de este grande triunfo le describe como la mas insigne obra de la omnipotencia de Dios y la señal mas clara de la multitud de su virtud (1). *Quam terribilia sursunt opera tua Domine! In multitudine virtutis tuæ....* Y con efecto, dice san Agus-

(1) 66... 2.

tin (1), en ninguna cosa resplandece mas el infinito poder de Jesucristo que en su resurreccion. Esta era una señal de potestad que no podia comunicarse á criatura alguna propia toda del Hijo de Dios Vivo. La virtud de otros milagros aunque estupendos fué comunicada por la divina liberalidad á sus amigos. Empero á ninguno fué concedida virtud para resucitarse á sí mismo. Por esta razon no nos dá por señal de su divinidad alguna de aquellas acciones extraordinarias que se vieron en sus distinguidos siervos, sino la que con indubitable certeza y sin peligro de equivocacion descubre su poder y sabiduria infinita. Convenia pues, darles una señal cierta y nada equívoca, y esta fué la de resucitarse á sí mismo despues de haber sido muerto en una cruz. Todo habia sido anunciado por el profeta Amós (2), en aquellas misticas palabras *in illa die suscitabo tabernaculum David quod decidit, et reedificabo aperturas murorum ejus, et que corrucrant, instaurabo*. Entonces levantaré con nueva gloria el tabérnalo de David que estaba caido, repararé sus quiebras, y restauraré lo que perdió en su caida; esto es, despertaré á mi cuerpo del sueño de la muerte en que cayó por el furor de mis enemigos; y del oprobio y afrenta en que estos le arrojaron le levantaré á la inmortal y eterna gloria vistiéndole de gloria y majestad.

Este fué el triunfo mas célebre, y la victoria mas glo-

(1) In hoc ps.

(2) Amós. 9.... 12.

riosa que consiguió el Señor sobre sus enemigos. Como el sol á las estrellas, así, dice el Nazianceno (1), escede este misterio á los demas de Jesucristo en gloria y esplendor. Jacob (2) declaró la grande gloria de este triunfo cuando bendiciendo á su hijo Judas le dijo: *ad prædam ascendisti fili mi, requiescens accubuisti ut leo*: subiste, hijo mio, á hacer una gran presa: descansaste en el lecho como el leon, El Evangelista san Juan (3) pinta gallardamente la subida de Jesucristo en la cruz en la que hizo su importante presa de los corazones de todo el mundo y trajo á sí todas las cosas. En ella despojó (4) á todos los principados y potestades, é hizo famoso su nombre en los cielos, en la tierra y en el mismo abismo. Durmió como el leon conservando vivo el infinito poder de su divinidad para resucitarse á su voluntad y levantarse del lecho de su sepultura vestido de inmortal gloria, llenando de temor á sus enemigos, y despojándolos de su poder. Triunfador glorioso que encerrado bajo de una pesada piedra, rodeado de guardas se levanta del sepulcro triunfando con noble pompa del demonio, de la muerte y de los judios.

Del demonio; sí, como diestro cazador burla toda la fiera del ave mas carnícera cojiéndola en la trampa en donde incautamente entró ansiosa de apoderarse de la pre-

(1) Orat in Pasc.

(2) Genes 49.

(3) 12, 32.

(4). Ad Col. 9. 46.

sa preparada allí para su daño; así Jesucristo cogió á la infernal bestia en el madero santo donde se atrevió hacer presa en su santa humanidad. Allí ligado y preso perdió toda su bravura y dominacion, y resucitando Jesús fundó su reino celestial sobre los despojos de la tirania. Engañado, dice san Gregorio (1), como la incanta avecilla queriendo hacer presa en su santa humanidad cayó en el lazo del infinito poder de la divinidad.

El mismo Dios anunció al demonio este desastre cuando maldiciéndole en pena de su primera y grande tentación contra el hombre, le dijo: *ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus*. Cuando tú pongas asechanzas á su humanidad, su divino poder quebrantará toda tu virtud y destruirá tu reino. Desde este día quedaron embolados los filos de su espada para siempre. Desde este día quedó tan vilmente aprisionado y vencido el que aterraba al universo, que los humildes siervos del Señor han burlado sus mas terribles asechanzas y le han obligado con solo una palabra á retirarse á sus tristes moradas lleno de confusion y vergüenza.

El apóstol pinta (2) la gloria de este triunfo y la confusion del demonio diciendo: *Expolians principatus, et potestates traduxit confidenter palam triumphans illos in semetipso*. Le ofreció con generosa confianza su humanidad para que haciendo presa en ella, quedase despojado

(1) Lib. 33. Mor 43.

(2) Ad colos 2. 45

de todo su poder y dominio. San Juan habia visto figurada esta famosa victoria de Jesucristo cuando se le representó (1) el ángel fuerte, que llevaba en su propia mano la llave del infierno, y dice «Que tenia en su mano una cadena de oro, y que prendió al dragon, á la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y le ató y arrojó al abismo, y cerrando las puertas, puso en ellas su sello, para que jamás se atreviese á seducir las jentes.» Perdiste, infernal dragon, todo tu decantado poder y el dominio de que te jactabas sobre el hombre. Dichosos los que por la grande virtud de la sangre de Jesucristo estamos ya libres de su tiránica opresion: si nosotros voluntariamente no nos sujetamos á ella, él nada puede contra nosotros.

No era la muerte el enemigo menos formidable y poderoso. A todos sin escepcion alguna se estendia su dominacion y furor irresistible. En el momento mismo de su concepcion fulminaba este cruel enemigo el funesto decreto contra el hombre. «Reinó la muerte, dice el apóstol (2), aun sobre aquellos que no pecaron. Todos morimos, dijo la sabia Teruites, y nos deshacemos como el agua (3). ¿Quién es el hombre, dijo el profeta (4), que no vea la muerte y pueda librar su alma de la mano del infierno?» Los valerosos capitanes, los grandes reyes, los sabios, los

(1) Apos. 18.

(2) Ad rom. 5. 14.

(3) 1. Reg. 44. 44.

(4) Ps. 88. 49.

profetas; un Abraham, un Isaac, un David.... todos fueron víctimas de esta insaciable furia. Empero resucitando Jesucristo se acabaron todas sus fuerzas, y se estinguió su funesta y esterminadora dominacion. Ya la que acababa con los hombres, no hace otra cosa que pasarlos con indecible ventura á una vida infinitamente mas dichosa. En la victoria de Jesucristo, dice el apóstol (1), quedó estinguida la muerte. ¿A dónde estan ya sus victorias? ¿En dónde su mordaz estímulo? Isaías habia dicho (2) que este generoso vencedor precipitaria la muerte para siempre: *præcipitabit mortem in sempiternum*. La que en el principio acometiendo al hombre le quitó la vida, atreviéndose ahora á dar asalto á la misma vida, quedó destruida; y su funesta virtud convertida en principio de una vida eterna. Subia por el santo madero como ponzoñosa vívora, y Jesucristo, inclinando su cabeza la recibió, la tragó y quebrantó todas sus fuerzas: *De-glutiens mortem* (3).

Asi no solo alcanzó gloriosa victoria sobre ella, sino que ya todos la vencemos con facilidad y ventajas. Bendito seas, Señor, que por vuestro Hijo Santísimo nos habeis dado fuerzas para tan importante victoria. Bendito seas divino Salvador, que á costa de vuestra vida nos dejasteis vencido tan formidable enemigo.

Mas no solo triunfó nuestro adorable Redentor en su

(1) Ad. Philip. 4. 21. 22.

(2) Isai 25. 8.

(3) Joan. 7. 37.

resurrección del demonio y de la muerte como habeis oído, sino que humilló y confundió á los judíos disipando como un débil vapor todas las máquinas de su perfidia y aborrecimiento. Jesucristo los amaba tiernamente, y los convidó mil veces con su misericordia y bondad. No vino para perderlos, como al demonio y á la muerte; sino para ganarlos y enriquecerlos con sus bienes. Mil veces los llamó á su gracia como un Padre amoroso á su hijo extraviado. Venid á mí, todos los que estais cansados (1); el que tenga sed venga (2) á mí, y beba el agua que dá eterna vida. Quejóse con gran dolor de su obstinada rebeldía. «Jerusalén (3), Jerusalén que quitas la vida á mis profetas, cuantas veces he querido congregarte tus hijos como la gallina recoge sus polluelos bajo de las alas, y tú te has retirado.» Empero este ingrato pueblo le aborrecia tanto mas, cuanto mas amoroso y benéfico se le manifestaba; á la manera que los hermanos de José le pagaron con mortal odio sus beneficios y fraternales caricias. Así, dijo el profeta (4) que le aborrecieron de valde, es decir, sin que Jesucristo hubiese dado motivos sino para un cordial y tierno agradecimiento. Sin embargo este insensato y endurecido pueblo queda hoy vencido vergonzosamente, manifiesta á todos los siglos y á todas las naciones su malicia y vé desvanecidos

(1) Math. 11. 28.

(2) Joann. 7. 37.

(3) Math. 23... 37.

(4) Ps. 34... 49.

como el humo todos sus proyectos. Para significar el Señor la facilidad con que disiparía todo el impetuoso furor de los enemigos de su pueblo mandó al profeta Isaías (1), que cuando el impío Achaz y toda su ciudad estaban llenos de temor y sobresalto, moviéndose á una y otra parte su corazón, como al ímpetu de un fuerte huracán los árboles de una selva, les dijese: «no temas, ni se estremezca tu corazón á vista de estos tizones humeantes.» Espresando con este símbolo la debilidad de todo el furor de sus enemigos, que con la facilidad que el humo es esparcido por el viento, es deshecho y confundido por su infinito poder.

Así los judíos, que abrasados en el voraz fuego de su envidia levantaron contra Jesucristo un espeso humo de contradicciones, afrentas, y martirios, con los que intentaron oscurecer su nombre y denigrar su gloria. Como el negro humo que despedía el horno que vió san Juan, oscureció el sol y el aire; así el sol de justicia quedó tan oscurecido con el denso vapor de las tribulaciones, que apenas se percibía su natural hermosura y esplendor: despreciado y el último de los varones: *Unde nec reputavimus eum*. Gloriábanse sus pérfidos enemigos viéndole sepultado, pareciéndoles que ya habían conseguido arrojarle para siempre de la tierra de los vivientes, y sepultar su nombre en un olvido eterno. Empero Jesucristo resucita, y consigue el

(1) Isai. 53. 3.

trunfo mas glorioso, la victoria mas completa contra el demonio, la muerte, y los judios.

Concluylamos que la resurreccion del divino Salvador es la obra suprema de su poder que cantó David y simbolizó Jacob porque resucitando Jesucristo triunfó del demonio á quien el mismo Señor habia llamado el fuerte armado, y que lleno de infernal brio y osadia, tenia dominada toda la tierra, por la que se paseaba con absoluta libertad como por su propia habitacion. Triunfó de la muerte no habiéndola ya quedado entre nosotros otra virtud que la de romper las ligaduras que nos impiden volar á los gozos eternos. Triunfó de los judios sus mas formidables enemigos, porque sacando de sus infinitas riquezas el viento poderoso de su irresistible poder les arrojó como ligeras avecillas y confundió su soberbia y vanidad.

A vista de tantos y tan imponderables beneficios penetrense nuestros corazones del mas vivo reconocimiento: abandonemos al mundo el cuidado de exaltar sus bagatelas: dejémosle que exajere todo el fausto de sus caducas grandezas, toda la pompa de sus riquezas y todo el brillo estrepitoso de sus placeres. Publiquemos y cantemos nosotros los gloriosos combates que se dieron en este dia la vida y la muerte (1).

Absortos y admirados de tantas maravillas deciros

(1) Mors et vita duello confixere mirando. Dux vitæ mortuus re-
quat vivus,

unos á otros lo que habeis visto y la consolacion que habeis experimentado (1). Publicad en alta voz las dulzuras que habeis sentido al ver á Jesucristo vivo y resucitado, ¿Qué pensais de los ángeles que rodeaban su sepulcro, y de las vestiduras que sirvieron para resucitarle (2)?

Si Jesucristo con su resurreccion triunfó de sus mas poderosos enemigos, nosotros triunfaremos del pecado nuestro mortal enemigo resucitando el divino Salvador espiritualmente en nuestras almas. Esta resurreccion no se verificará sino cuando nosotros podamos darnos el testimonio consolador de que hemos resucitado con él: conformes de este modo con él le seguiremos de cerca en esta dichosa Galilea, cuyo camino nos ha allanado y por donde nos ha precedido (3).

Divino Salvador, lo sabemos y lo confesamos á vista de todo el universo, que verdaderamente habeis resucitado de entre los muertos (4). Pero esta resurreccion que es la prueba menos sospechosa de la resurreccion de nuestros cuerpos, será gage cierto de la resurreccion espiritual de nuestras almas. ¡O Rey de los reyes! Vos que triunfais de todo, tened lástima de nosotros y obrad este prodigio

(1) Dic nobis quid vidistis in via.

(2) Sepulcrum Christi viventis et gloriam vidi resurgentis, angelicos testes, sudarium: et vestes.

(3) Præcedet Vos in Galileam,

(4) Scimus Christum surrexisse á mortuis.

en nuestras almas (1) para que despues que nuestros cuerpos fueren revestidos de la gloriosa inmortalidad, podamos recibir la recompensa prometida á la resurreccion espiritual en la gloria. Amen.

FRANCISCO MIGUEL LOPEZ.

(6) tu nobis victor rex miserere.

SERMON

DE LA ASCENSION DEL SEÑOR.

Imitando á Jesucristo en las virtudes que nos enseñó en la tierra, tendremos la felicidad de seguirlo por los caminos que consagró cuando subió á los cielos.

Ascendit ad cælos, sedet ad dexteram Dei Patris omnipotentis. Subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre omnipotente. Ex. Simb. apostolorum.

Hoy, amables oyentes, celebra la iglesia santa con la mayor pompa y solemnidad la ascension del Señor á los cielos. Hace resonar en sus templos los himnos y cánticos de júbilo y alegría que dan á esta sagrada festividad ese carácter divino que arrebató nuestras almas, escita en nues-

tros corazones deseos piadosos, y como que nos obliga á no apartar nuestra vista del Salvador glorioso que acompañado de innumerables ángeles y de todos los justos de la antigua ley, entra vencedor y triunfante en la patria del descanso, del premio y de la felicidad eterna. Todo en estos solemnes cultos respira grandeza, majestad y gloria: nuestro Jesus amable nos manifiesta el término feliz de la vida cristiana subiendo con su propia virtud á los cielos, abriendo las puertas eternas para dar entrada franca en ellos á los hijos de la cruz, y señalando mansiones de delicias y gozos perpetuos á los que con su bendicion y gracia lo siguen é imitan en sus virtudes. ¡El cielo! Ved allí vuestro destino eterno. Allí está la cabeza del cuerpo mistico á que pertenecemos; ella quiere que se le unan los miembros para formar con ellos la nueva celestial Jerusalem que vió tan brillante tan rica y adornada el ángel de Pafnos. Por tener la dicha de que el divino arquitecto nos emplee en su obra, debemos suspirar. Al cielo sube hoy Jesucristo: al cielo debemos subir nosotros. Al cielo vá el Padre, el Maestro y Salvador de los hombres. Pues al cielo deben caminar los hijos, los discípulos y redimidos. No siendo así, vana es nuestra religion, segun san Pablo.

Pero ¿y cómo, direis, podremos subir al cielo con la gravedad que nos tiene tan apegados á la tierra? ¿Quién nos librará de la muerte de este cuerpo carnal y terreno enemigo de todo lo celestial y divino? ¿Subir al cielo? ¿En dónde encontraremos el carro de fuego que arrebató á Elias, ó el espíritu que se apoderó de Enoc para llevarlo al lugar en que se halla? En la virtud de la cruz, amados

mios; en lo que dice, hace y enseña nuestro Redentor divino á los hombres, en el día de su gloriosa ascension. En las alas de la fé, en los brazos de la esperanza y en la carroza de fuego que simboliza la caridad, es en donde podemos y debemos hacer el viaje que ha de conducirnos al monte de la perfeccion cristiana en que nos esperan los ángeles, para llevarnos por el camino que consagró nuestro Jesus divino cuando subió á los cielos, y presentarnos al Rey de los Reyes, al Señor de los Señores, al Dios de las virtudes, como os lo voy á probar en este breve rato bajo el supuesto de que creéis, como artículo de fé, que nuestro Señor Jesucristo subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre. *Ascendit ad cælos, sedet ad dexteram Dei Patris omnipotentis.*

Espíritu consolador, que al ver al Hijo amado en el cielo descendiste á la tierra para encender nuestros corazones y abrasar nuestras almas con el amor que nos eleva hasta el trono de la divinidad: haced que comprendamos todos la importancia de la ascension de nuestro Redentor á los cielos, y su estancia á la diestra de Dios Padre. Os lo pedimos por vuestra Esposa la Virgen María á quien decimos con el ángel.

AVE MARIA.

Ascendit ad cælos....

La sagrada historia nos dice que estando los apóstoles en Jerusalem se les apareció Jesucristo y reprendió la in-

credulidad y dureza de corazón de los que en un principio no creyeron á los que lo habían visto resucitado (1). Les mandó que diesen testimonio de su muerte y resurrección á todas las naciones, y predicasen la penitencia á todos los pueblos de la tierra: les abrió el entendimiento para que entendiesen las santas escrituras: les aseguró que cualquiera que creyese en él y se bautizase, se salvaría; pero que el que no creyese se condenaría; les concedió el don de obrar prodigios y maravillas, de curar enfermos en su nombre, de hablar los idiomas, que antes no sabían, para predicar el evangelio á toda criatura, de matar las serpientes venenosas y manosearlas sin temor, de arrojar de los cuerpos á los malignos espíritus, de convertir á los incrédulos, de triunfar del mundo y de predicar su ley santa con poder y gracia. Al fin les prometió el Espíritu-Santo mandándoles que no saliesen de Jerusalem hasta que lo recibiesen.

Después de este discurso llevó nuestro Jesús divino á sus apóstoles y discípulos al monte de las Olivas, y estando en la cumbre, como un Padre rodeado de sus queridos hijos, extendió sus santas y benditas manos, los bendijo, y á vista de todos subió al cielo por su propia virtud. Los ojos de sus discípulos le siguieron hasta que una nube clara lo cubrió y le hizo perder de vista. Entonces aparecieron dos ángeles vestidos de blanco y dijeron: hombres de Ga-

(1) Marc. c. 16.

¡Idea ¿qué haceis aquí mirando al cielo? Este Jesús que habeis visto subir al cielo descenderá algún día á juzgar á los vivos y á los muertos, como acabais de verlo subir á las alturas.»

Estos, amados míos, son los hechos positivos que ha consignado el Espíritu Santo en el sagrado libro que inspiró á los que de su orden lo escribieron: ellos nos instruyen, nos edifican, nos elevan sobre la tierra, nos inspiran ideas celestiales; nos llevan plácidamente al monte de la perfección cristiana en donde nos esperan los ángeles para conducirnos á la gloria por el camino que consagró nuestro divino Redentor en su ascension admirable á los cielos. ¿Quereis oír lo que sobre ellos dicen los santos padres, y piadosos espositores del evangelio? Pues renovad vuestra atención y escuchadme con rectitud de corazón.

Reprendió Jesucristo la incredulidad y dureza de los que no creyeren á los que lo habían visto resucitado, pero no sin misterio, dice mi melifluo padre san Bernardo (1). No hace Dios á las almas mayor favor en esta vida que el reprenderlas por sus defectos, y argüírlas interiormente por sus faltas: esta es la señal más cierta de que las ama, de que quiere comerlas y meterlas en sus entrañas, de que no consiente que las afee la menor mancha. ¡Ay del alma á quien Dios no reprende ni castiga cuando peca! Esto es dejarla; olvidarla; condenarla á mayor castigo. Pidamos, hermanos míos, al Señor que se digne reprendernos como

á los apóstoles para que á estas amorosas reprensiones sigan los grandes beneficios y favores que dispensó Jesus á sus discípulos en su gloriosa ascension á los cielos, y sin duda experimentaremos que este es un medio seguro para disponernos á seguir á nuestro Redentor por los caminos del cielo. Reflexionemos tambien sobre los grandes bienes que dejó Jesus en el mundo concediendo á sus apóstoles, discípulos, sus sucesores y almas escogidas tantos dones y gracias en favor de los hombres todos, y alabemos, engrandezcámos y enalcemos al que tanto hace por nosotros: pues que los que en esto se ocupan, se purifican; caminan á la perfeccion cristiana, y en ellas los ángeles los guiarán al cielo. Notemos ademas, con el venerable Urosa (1), sobre el lugar que eligió nuestro Salvador para subir desde él á los cielos. El monte de las olivas, en el que la noche antes de su pasion estuvo tan triste, afluido, angustiado! El monte de las olivas, en que sudó sangre, y fué preso y maltratado! El monte de las olivas, en que cargado con todos los pecados del mundo compareció ante la divina justicia como fiador de los hombres criminales! El monte de las olivas, cuyo solo nombre recuerda los misterios de nuestra redencion, es el lugar que nuestro amantísimo Jesus escogió para subir desde él victorioso y triunfante al cielo; y sentarse á la diestra de Dios Padre Omnipotente. ¿Quién, dicen los santos padres á una voz, no vé en esta sabia determinacion de nuestro divino Maes-

tro la lección mas elocuente con que nos enseña á desear, pedir y abrazar los trabajos, penalidades, dolores, adversidades y contradicciones que prueban y perfeccionan á los justos hasta hacerlos dignos de subir á los cielos á ser eternamente felices? ¿No dijo nuestro Redentor divino que para cumplir las profecías le fué necesario sufrir, padecer, morir y entrar por estos medios en su gloria (1)? ¿Y no es de fé que nadie puede salvarse sino en Jesucristo? Pues no hay que equivocarse, señores; nos es absolutamente necesario seguir á nuestro adorable Jesus en sus mortificaciones y padecimientos para merecer seguirlo en su entrada triunfante y gloriosa en el cielo, y ser del número de los que vivirán perpétuamente alabando, bendiciendo y glorificando al Señor Dios nuestro en la gloria. La cruz es el peldaño en que hemos de fijarnos para subir al cielo, como nos lo enseña Jesucristo escogiendo el monte de las Olivas para verificar desde él su gloriosa ascension á los cielos.

Estúdiense la historia de Jesus, y se hallará que su vida, llena de virtud, de gracia y santidad fué la de un humilde, la de un pobre, penitente y mortificado; que su muerte ignominiosa fué la que merecian nuestras culpas y pecados, y que su gloriosa resurreccion fué el fruto de la paciencia y virtudes con que admiró al mundo, estremeció al infierno, y regocijó á los cielos. Detengámonos, y no perdamos de vista á nuestro Redentor desde que resuci-

(1) Luc. c. 24. v. 26.

to hasta que subió á los cielos; y nos convenceremos de que en aquellos días no hizo mas que aparecerse á sus apóstoles y discípulos, para instruirlos acerca del reino de Dios, prepararlos para el día de su ascension á los cielos, y llevarlos como por la mano á la cumbre de la perfeccion cristiana en que los trabajos de la vida son dulces, las penalidades deleitables, las contradicciones apetecibles, gustosas, gratas y aun deliciosas, al considerar el término á que nos conducen y la gloria que nos proporcionan. De todas estas cosas inferiremos que nuestro Jesus divino fortificó la fé de los suyos, animó su esperanza y encendió su caridad haciéndoles comprender que estas virtudes sirven de alas á los hijos de la gracia para elevarse sobre las cosas terrenas y carnales y volar á las regiones celestiales del modo con que él subió á los cielos en su gloriosa ascension. ¡O si yo tuviera la dicha de hacerlos comprender esto mismo! ¡O si todos nosotros nos decidiéramos á merecer la gracia que ilumina y dá el vigor y luces necesarias para sacar de la ascension del Señor los conocimientos y especies que con ella quiere infundir en nuestras almas el que las redimió y salvó para glorificarlas! Entonces si que seria para nosotros esta festividad lo que debe ser para los fieles que creen, esperan y aman á su Redentor amable.

Antes de dejar la tierra nuestro Salvador, consoló á sus apóstoles y discípulos asegurándoles que iba al cielo para mandarles el espíritu consolador que los habria de hacer invencibles y divinos con sus dones celestiales; que subia á las mansiones de la casa de su Padre para prepararles un

lugar de felicidad eterna; que aunque se ausentaba, quedaba siempre con ellos en el santísimo sacramento del altar para servirles de manjar y llenarlos de gracias, y ved aquí amados míos, en lo que vinieron á parar las reprensiones amorosas con que el Redentor echó en cara la incredulidad y dureza de corazón á los que no creyeron en la palabra de los que lo habian visto resucitado. ¿Podrá ya dudarse despues de esto, que las reprensiones con que Jesus arguye á los suyos son los mas distinguidos favores que les hace? Pues tenedlo presente para desear las amargas y beber con gusto el cáliz de la alieccion, que tantos consuelos, dichas y felicidades produce.

Va Jesus, dejando á los suyos provistos de quanto necesitaban, se eleva sobre los aires, atraviesa las rejiones celestiales, se abren las puertas eternas, entra con la cautividad que habia redimido, en los tabernáculos de la gloria, y todo es allí felicidad, todo gozo y delicias superiores á nuestra comprension, como lo dice el apóstol. El Eterno Padre recibiendo al hijo y á los justos que le ofrecia redimidos y libres: premiando sus trabajos y merecimientos, y poniéndole á su derecha con órden á los ángeles, arcángeles, tronos, potestades, virtudes, dominaciones, serafines y querubines para que lo adoren, reverencien y reconozcan por su Señor; y todos los espíritus celestes gozándose en la grandeza, majestad y gloria del que murió en la cruz, resucitó glorioso, y subió triunfante á los cielos! Dios, Jesus, y todos los bienaventurados en el momento eterno de presentarse Jesucristo en la gloria! ¿Quién es capaz de comprender, ni menos explicar el cúmulo de di-

chas y felicidades en que rebosaría entonces la corte celestial siempre alimentada de gozos y delicias infinitas, inmensas y eternas? ¿Quién....? Pero, á ver estas cosas inenarrables á la gloria, amables oyentes. Ya os he manifestado los caminos que nos conducen á la perfección cristiana en que nos esperan los ángeles que han de guiarnos al trono de nuestro Redentor glorioso, y solo espera nuestro Dios á que nos decidamos á seguirlo por la cruz que comunica la tierra con el cielo. Sigámoslo, pues, siendo humildes, sufridos y caritativos, y confiemos en el que subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre Omnipotente. Padezcamos, suframos, y vengan sobre nosotros los mayores dolores y aflicciones; pero que reine en nuestras almas la caridad para no apartar nuestro corazón del que nos ha prometido hacernos participantes de los bienes inefables de su ascension gloriosa á los cielos; en que Dios nos junte por los siglos de los siglos, Amen.

A. M.

SERMON

DE LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

La ascension admirable de nuestro Señor Jesucristo nos dá á conocer la gloria de Jesus y la gloria de los hombres.

Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum, Deum meum et Deum vestrum. Voy á volver á mi Padre y el vuestro, á mi Dios y á vuestro Dios. Joann. capítulo 20. v. 17.

Un ángel anunció á María Santísima que el Verbo Eterno tomaría carne en sus entrañas; un ángel anunció á los pastores de las vecinas montañas que habia nacido en Belen el deseado de las jentes; un ángel reveló al justo José el nombre de Jesus que habia de poner al Niño cuando se circuncidase, un ángel dió la nueva á las mujeres piadosas que iban á visitarle al sepulcro, que habia resucitado Jesus; pero el mismo Jesus nos avisó de su vuelta al Padre porque en todo es grande y admirable la ascension á los cielos

de nuestro Señor: *Ascendo ad Patrem meum, et Patrem vestrum; Deum meum et Deum vestrum.* Ved, hermanos míos, el fin de los trabajos del Salvador del mundo; el término glorioso de su camino como llama san Bernardo al misterio de su ascension. Despues que bajó del cielo á la tierra por la salud de los hombres, despues que consumó la obra de que se habia encargado dejó la tierra para volver á fijar su asiento en el cielo. ¡Día bienaventurado! en que el cielo que habia estado cerrado por tantos siglos se abre de nuevo para dejar entrada franca al hombre Dios que vuelve victorioso de la muerte, del pecado y de todas las potestades del infierno. ¡Día de triunfo! cuya pompa y aparato corresponde á la Majestad de este Rey de la gloria y en el que se le recompensan los oprobios, ignominias y tormentos que se dignó padecer por nosotros. ¡Día de grande consuelo y alegría! en que abriéndose las puertas de la gloria tomó Jesucristo posesion de su reino y la tomó por nosotros para que entremos tambien en él. A su felicidad se sigue la nuestra, porque subió á los cielos para que subamos con él al asiento que nos tiene preparado; porque con sus méritos nos ha conseguido un derecho de aspirar al cielo, y porque subiendo á la vista de sus apóstoles escitó en todos nosotros la esperanza de subir tambien algun dia á ser participantes de su triunfo.

Jesucristo no subió á los cielos solamente para sí mismo. Su ascension es la señal segura de que nosotros hemos de subir tambien, dice el padre san Leon; es lo que afirma nuestra esperanza y por lo que no podemos dudar que el cuerpo ha de llegar á la gloria donde ha precedido su ca-

beza. Bajó del cielo á la tierra y tomó carne por nosotros; padeció y murió por nosotros; resucitó por nosotros; descendió á los infiernos por nosotros y subió á los cielos también por nosotros. La gloria que recibió nuestro Salvador subiendo á los cielos nos es comun con él porque nuestra humana naturaleza es la que en su persona se elevó á lo mas alto de los cielos y sobre todos los coros de los ángeles. Nosotros somos sus miembros, sus hermanos, sus hijos. *Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum; Deum meum et Deum vestrum.* El triunfo de Jesus en su admirable ascension nos dá á conocer la gloria de nuestro Salvador, y la que podemos prometernos los hombres.

Contemplemos, hermanos míos, contemplemos y dediquémonos á conocer y meditar con frecuencia la gloria de magestad y el trono de poder á que ha sido elevado Jesucristo nuestro Rey y nuestro Jefe para que aspiremos y apetezcamos acompañarle y caminar por las sendas que nos marcó para llegar á él. Favorecednos, Señor, con vuestra gracia que os pedimos por la intercesion de Maria Santísima.

AVE MARIA.

Ascendo ad Patrem meum....

El misterio de la ascension de Jesucristo es la consumacion de su gloria y el término de todas nuestras espe-

ranzas. Convenia que Dios diese á su Hijo el premio y la gloria que le era debida por sus humillaciones y abatimientos, y que hiciese conocer á los hombres los privilegios, la excelencia de esta gloria para que inflamados en deseos de conseguirla no aspirasen ni apeteciesen otra cosa, apartasen su corazon de la tierra y elevasen su alma incesantemente al cielo donde esta únicamente su descanso, su satisfaccion y su felicidad. Dios lo hizo todo así en el dia de la admirable ascension á los cielos de Jesucristo nuestro Salvador.

Jamás ha habido ni podrá haber un triunfo mas glorioso, mas magnífico, mas augusto que el del Salvador del mundo en el dia de su ascension á los cielos. El triunfo es una ceremonia ó solemnidad establecida para honrar y condecorar al Jeneral victorioso, que vuelve al frente de su ejército y consi te en que entre con grande pompa y aparato en la capital de su reino. El Triunfador coronado de laureles, llevando delante de sí al senado y la grandeza, rodeado de los ciudadanos entraba sentado en el carro entre los aplausos y los cánticos de la muchedumbre que le salia al encuentro y publicaba sus victorias. En esto consistia la celebridad de los triunfos y los honores que se daban á los triunfadores. Celebridad que llenaban de luto las lágrimas y gemidos de los cautivos que amarrados al carro del triunfo y cargados de ataduras y cadenas, mezclaban é interrumpian con sus llantos las voces festivas de los vencedores. Imágen imperfectísima y aun indigna del triunfo de Jesucristo, Los mayores triunfos y obsequios de la tierra no pueden darnos una idea ni aun aproximada de la gloria y magnifi-

cencia de nuestro Salvador, en el día de su ascension. Si el mérito y la gloria de la victoria, si los aplausos y las recompensas han de ser proporcionadas á la cualidad y las fuerzas de los enemigos que han sido vencidos y dominados. Si debe ser tanto mayor el honor del triunfo cuanto son mas fuertes y poderosas las potestades y naciones subyugadas ¿qué victoria ha habido mas gloriosa que la que consiguió el Hijo de Dios de todas las potestades del infierno y de la misma muerte de quienes eran cautivos los hombres todos ya fuesen vencedores ó vencidos, príncipes, emperadores, ó Reyes?

Jesús vencedor del infierno y de la muerte entra hoy en triunfo y lleno de poder, de gloria y majestad, no en la capital de una provincia ó de un reino particular; no en la capital de todo el mundo; sino hasta el trono del mismo Dios. No es llevado en un carro de madera ó de plata que arrastren los brutos ó los mismos hombres, sino que se levanta y sube desde la tierra por su propia virtud. Una nube lucidísima y resplandeciente le sirve de carro y de trono, y ¿cuál es su acompañamiento? Todos los santos patriarcas; cuántos reyes piadosos, cuántos profetas santos, todos los justos que ha habido desde la creacion del mundo y han estado en el Limbo esperando la venida del Mesías su Libertador, su muerte y su resurreccion y que han conseguido salir del lugar en que estaban retenidos suspirando por el día de su libertad, todos le siguen y acompañan en su triunfo. ¡Qué pura y llena de alegría, qué santa y resplandeciente es toda la comitiva que rodea á Jesús en su ascension! ¡Qué universal es el gozo y qué festivos los

cánticos de todos! El cielo todo le sale al encuentro, todos los espíritus bienaventurados, ciñitos asisten al celestial palacio del mismo Dios, todos salen á recibirle, á adorarle, á reconocerle por su Señor y su Rey y á clamar sin cesar que sea dada la bendicion, el honor, la gloria y la potestad por los siglos de los siglos al cordero que se ha sentado sobre el trono.

En ninguna ocasion se manifiesta y dá á conocer la majestad de los reyes de la tierra mas sensiblemente y con mayor entusiasmo que cuando vuelven á la corte de su imperio despues de haber conseguido la pacificacion de sus estados á la victoria de sus enemigos. En semejantes ocasiones hacen ostentacion de sus riquezas y preciosidades á los ojos de la multitud y se rodean de sus cortesanos para manifestar su poder y conciliarse el respeto, la reverencia y el amor de los pueblos. Aumentan los espectáculos y las novedades para llenar de admiracion. Los arcos triunfales, los trofeos, los simulacros, las pinturas, las iluminaciones, los epigrales y cuanto puede imaginarse de nuevo y admirable, hé aqui lo que forma las grandes celebridades y triunfos y en los que por lo comun el objeto principal que se celebra, el héroe del triunfo es lo que menos llama la atencion, y si así no es, no puede negarse que si aparece grande, respetable y magnífico es por un aparato ajeno y á espensas de los demas. Festejos grandes y pompas esclarecidas, pero que duran solo un dia y cuesta muchos años el pagarlas. Son una representacion teatral en la que los príncipes y triunfadores hacen el primer papel; pero que como se hacen para diversion y entretenimiento de

los súbditos, estos son los que sufragan y sobre los que recaen al fin todos los gastos. Bien distinto es el triunfo de la entrada de Jesús en el cielo. El solo se basta á sí mismo y es todo su honor. Todos los ángeles y santos que le siguen y acompañan no son ricos sino de los dones que reciben de él, ni resplandecen sino por los resplandores que él los comunica. El es completamente glorioso, nada necesita de las criaturas, y aunque llena de sus bendiciones á los bienaventurados ni se disminuye su gloria ni porque esté lleno de gloria dejan de percibir los bienaventurados los dones abundantes y dichosos de su reino.

¿Quién puede dudar que la presencia del Hijo de Dios en los cielos en el día de su admirable ascensión aumentaría el gozo y felicidad de los ángeles y espíritus bienaventurados, que inflammaria su amor y daría motivo á nuevas é inesplicables complacencias y á aquellos raptos que en la tierra no podemos explicar ni comprender? ¿Podrían mirar las perfecciones infinitas de la humanidad de nuestro divino Salvador, de esta obra admirable de las manos de Dios sin ser inundados de un gozo, de una admiración, respeto y amor inesplicable? Inteligencias supremas, espíritus llenos de luces y de gracias; decidnos: ¿no es verdad que vuestras luces quedaron eclipsadas á la presencia de este sol? ¿que vuestras gracias y todas vuestras admirables perfecciones se desvanecieron al parecer delante de su incompreensible hermosura? ¿Qué cubristeis vuestros rostros llenos de un respetuoso temor y reverencia delante de la majestad adorable del Hombre Dios? ¿No es verdad que os llenasteis de gozo y de un nuevo placer conociendo sus

privilejos mucho mayores que los vuestros y confesando públicamente que era digno de ser vuestro Rey, vuestro Señor y vuestro Dios y que sería vuestra mayor gloria el ser sus siervos y alabarle y bendecirle por los siglos de los siglos?

Diremos para conocer el triunfo y la gloria de Jesús en el día de su ascension, que subió sobre todos los cielos como lo dijo el profeta. Que subió sobre todos los ángeles y espíritus celestiales. Que se sentó á la diestra del mismo Dios, lo que quiere significar segun el lenguaje de la santa escritura, que tiene igual poder, igual gloria y majestad que Dios. Diremos.... ¿Qué podremos decir nosotros miserables y terrenos acostumbrados á no ver si no las grandezas y las glorias de la tierra? Decidnos vosotros ángeles y bienaventurados que estuvisteis presentes á este espectáculo grandioso, si se espresó bastantemente el real profeta cuando dijo: que fué arrebatado sobre las alas de los serafines: si habló dignamente el apóstol cuando dijo: que fué constituido por el Padre sobre todos los principados y potestades, y sobre todo lo que tiene nombre en este mundo y en el otro: si agotó todos sus conceptos el padre san Bernardo cuando dijo: que habia recibido toda la gloria que habia tenido antes en el seno de su Padre..... Nosotros no podremos decir mas que lo que nos enseña san Pablo: que subió á lo mas alto de los cielos, asi como se humilló á bajar á la parte inferior de la tierra. No podremos decir mas que lo que nos dice el mismo Jesucristo: *Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum; Deum meum et Deum vestrum*. Voy á volver á mi Padre y vuestro Padre, mi Dios

y vuestro Dios. Nosotros no podemos comprender todo el poder y majestad del primogénito de los escogidos ante quien se encorban los collados eternos y cuanto mas intentemos profundizar su gloria tanto mas nos oprimirá su peso y nos cegará su resplandor. Permitid Salvador amable que os digamos: id ya Dios y Señor nuestro: la tierra no es la mansion que os conviene. El cielo es vuestro, y Vos sois su Señor. Tomad ya posesion de vuestro eterno reino y sentaos á la diestra del Eterno Padre. De alli bajasteis por nuestro amor, sakisteis del seno de vuestro Eterno Padre para habitar entre nosotros y manifestaros al mundo. Ya es tiempo que dejeis el mundo y volvais á vuestro Padre. ¿Cuántas batallas habeis tenido que sostener? ¿Cuántos enemigos con quienes pelear? Pero al fin los habeis vencido á todos: habeis sumergido al pecado en vuestra sangre, habeis quebrantado todo el poder de las potestades infernales con la virtud de vuestra santa cruz, habeis confundido al infierno con vuestra bajada al Limbo y habeis dado muerte á la misma muerte con vuestra resurreccion. Despues de tantos enemigos vencidos, de tantas glorias ganadas, justo es Redentor amable que recibais todos los honores de un triunfo tan completo. Padre Eterno ya está reparada vuestra gloria, ya está satisfecha vuestra justicia, se ha establecido vuestro verdadero culto, vuestras eternas voluntades han sido cumplidas, vuestro Hijo os ha glorificado; á Vos toca ahora el coronarle de gloria y devolverle tanto honor cuanto habeis recibido de él. Bien podemos deciros en el dia de vuestra gloriosa ascension; divino Je-us; *Dominus universi tu es*. Os he-

mos reconocido como Señor de la tierra cuando salisteis tan glorioso de su seno y sacasteis vivos de los sepulcros á tantos muertos. Os hemos reconocido como Señor del Mar cuando obedeciendo á vuestra voz mitigó sus olas, cesó la tempestad y se restituyó la calma; pero en vuestra ascension os reconocemos como Señor de los cielos; diremos mejor; como Señor de todas las criaturas y de todos los seres insensibles, irracionales é inteligentes porque todos contribuyeron de algun modo al honor de vuestro triunfo. Veremos, si dirigimos nuestra vista á los cielos, la turba innumerable de espíritus bienaventurados que os salen al encuentro; al mismo Eterno Padre que os sienta á su derecha; y si miramos á la tierra hallaremos que os acompañan y os miran desde el monte Olivete vuestra Santísima Madre, vuestros apóstoles y discípulos. Verdad es que os separais y los dejais en este lugar del destierro; pero ni á estos ni á ninguno de vuestros fieles nos dejais huérfanos ni desamparados. Vuestra ascension nos dá á conocer en cuanto nos es posible vuestra gloria y vuestro triunfo, y nos dá á conocer tambien la gloria de los hombres que los habeis preparado en vuestro reino. *Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum; Deum meum et Deum vestrum.*

No tenemos qué pensar de nuestro Salvador como de los triunfadores del mundo. Estos quieren hacer la guerra con grandes ejércitos y ser solos para recibir el triunfo: apenas hallan bastantes que los acompañen en los trabajos y peleas, y no pueden sufrir ni aun á uno solo que participe del honor de la victoria. Han compartido sus mo-

lestias, privaciones y peligros con muchísimos otros y tal vez los toca la mas pequeña parte y comunmente vemos que los soldados son los que plantan, cultivan, riegan y cortan los laureles con que se coronan sus generales. ■ Salvador del mundo, nuestro amable Jesus, quiere que entren en el goce de su triunfo todos los que peleen con él y le siguiere, y para encender este deseo y confirmar en nuestros corazones esta esperanza no solo sube al cielo á presencia de sus apóstoles y discípulos á quienes hace entender que vá á su Padre y al nuestro, que vá á preparar los asientos que han de ocupar en su gloria, sino que tambien quiso llevar consigo y tener por compañeros de su triunfo á todos los justos del antiguo testamento que habian peleado y vencido y estaban esperando que se abriesen las puertas de la gloria.

Jesucristo hubiera muerto y resucitado en vano, si no hubiera subido á los cielos para llevarnos en pos de sí. Murió por nuestra redencion, resucitó por nuestra justificacion y subió á los cielos por nuestra glorificacion. Se ausentó de nosotros para prepararnos los asientos en la gloria como lo repitió á sus apóstoles. En su persona llevó á los cielos las primicias de nuestra naturaleza como que es el primogénito de todos los hermanos; tomó el primero la posesion de la herencia del cielo para hacer participantes de ella á todos. Los patriarcas, profetas y justos de la antigua ley como predestinados á la gloria le acompañan en su entrada triunfante en el cielo. Los santos de la nueva ley seguirán á esta turba gloriosa y nosotros tambien reinaremos en el cielo en donde reinan nuestros hermanos

con Jesucristo: La gloria, el poder, la magnificencia, el triunfo de Jesucristo en el día de su ascension es tambien gloria nuestra y la suerte que nos está preparada. Jesus es nuestra cabeza y con ella deben estar los miembros. Es nuestro Rey y nuestro jefe, es nuestro hermano, y nuestro Señor y con él deben estar todos los que le sirven. Subió á su Padre; pero quiere que nosotros vayamos tambien á donde él está con su Padre y Padre nuestro. Su ascension nos descubre y nos confirma en la esperanza de la gloria que está preparada para los hombres.

¿Qué hacemos ya nosotros en la tierra? concluiré yo de esta doctrina, con el padre san Cipriano: ¿Quién no buscará la gloria y felicidad que le está preparada en el cielo y que en vano buscará en este mundo? ¿Quién no se deshará en votos y suspirará porque llegue el día de su término para entrar á gozar cuanto antes de tan grande felicidad? El cielo es nuestro destino. Nuestro Salvador ha de despojar á nuestro cuerpo de esta forma grosera que ahora tiene y le ha de comunicar otra que sea conforme á su gloria. Esto es lo que ha conseguido para nosotros, esto es lo que nos quiere dar; esto es lo que pide por nosotros á su Padre, quiere que estemos y reinemos con él ¡genál será nuestra locura; ceguedad y falta de fé, si estando en un mundo tan lleno de calamidades y desgracias queremos todavía vivir apegados á él! ¿Por qué no aborrecemos á este mundo engañoso que debe aborrecernos tambien porque no debemos ser suyos? ¿Qué tenemos que nos pueda quitar? Nuestros asientos están en la gloria; allí está nuestro tesoro, y allí debe estar nues-

tro deseo, nuestro pensamiento y nuestro corazón. Llenos de fé y de deseos de agradar y hacer en un todo la voluntad de nuestro Dios, debemos pedirle sin cesar: que venga á nosotros su reino, que no deseamos sino estar con él.

Tribulaciones, y trabajos, pérdidas y contradicciones, enfermedades y pobreza, honores y riquezas el mundo y cuanto hay en él nos es enteramente extraño y pasajero. No es la vida presente sino un lugar de tránsito para la eternidad. El cielo es nuestra patria y deberemos vivir en la tierra como en un destierro. Habiendo subido Jesucristo á los cielos y estando sentado á la diestra de su Eterno Padre decia el apóstol á los colosenses, debeis vosotros apartaros de la tierra y dirigir todas vuestras atenciones al cielo. De aquí debe nacer el fastidio de las cosas terrenas, el desprecio de todo lo que en el mundo trata de cautivarnos y perdernos. Bienes, honores, dignidades, grandes herencias, ¿cómo podreis llenar un alma á quien solo Dios puede llenar? ¿Cómo podreis darnos una felicidad que solamente se nos concede en el cielo? Jesucristo es nuestra cabeza, y nosotros somos sus miembros, luego debemos procurar unirnos con Jesucristo en el cielo y mirar á este estado de separacion como un estado violento. Jesucristo es nuestro Jefe, es el primero que entra en la gloria y nos manda que le sigamos. Su gloria es la gloria que nos prepara y que es tambien gloria nuestra: es la herencia de que toma posesion y que nos conserva para dárnosla; pero es necesario que nos hagamos dignos de ella: que sigamos los pasos y vayamos por el camino de nuestro mismo

Jefe sino queremos estraviarnos; es necesario que suframos y padezcamos como Jesucristo, que practiquemos la virtud.

Y ¿qué dificultades no se disiparán, qué mortificaciones, austeridades y penitencias nos parecerán duras é insostenibles, cómo pretenderemos excusar nuestra pereza y flojedad contemplando el premio y la gloria que nos tiene preparada Jesucristo? ¿Con cuánto desprecio no miraremos á los placeres y vanidades, las diversiones y convites y todo cuanto pueda servirnos de estorbo para caminar y llegar á la gloria? ¿Con qué gusto debemos recibir las humillaciones, la pobreza, los desprecios, las injurias y las cruces que son el camino seguro para unirnos á nuestro Salvador?

Subamos pues, dice san Agustín, subamos desde ahora con Jesucristo, con nuestra alma, y cuando llegue el día señalado le seguiremos también con el cuerpo. Desprendámonos de los afectos que nos tienen tan apegados á la tierra. Dejemos la flojedad y negligencia por la que dejamos de anhelar al cielo. Si nos detienen las enfermedades del cuerpo sigámonosle con los pasos del amor y del deseo, dice el mismo santo. Jesucristo en el día de su ascension dejó al mundo: *Ecce relinquo mundum*. Este es el primer paso y el principio de su ascension y el primero que debemos dar nosotros: aborrecer y renunciar al mundo. El Hijo de Dios entro en el seno de su Padre; este fué su último paso y la consumacion de su triunfo, *et vado ad Patrem*. Es preciso que nosotros también dirijamos continuamente á Dios nuestros deseos y nuestro amor, que le sigamos con,

nuestro corazon. Apartar nuestro afecto y nuestro corazon de las cosas de la tierra, entregarle todo á Dios y suspirar por el cielo; amar á Dios y padecer por él: este es el camino por donde seguiremos á Jesucristo y por donde llegaremos á unirnos con él como hijos de un mismo Padre en una misma gloria. Amen.

FELIX LAZARO GARCIA.

SERMON

DE PENTECOSTES,

Necesidad de imitar la vida de los primeros cristianos, como que fué dirigida y enseñada por el mismo Espíritu-Santo,

Ille vos docebit omnia, et suggeret vobis omnia quaecumque dixerit vobis. El Espíritu-Santo os enseñará todas las cosas y os sugerirá ó hará acordar de todos mis discursos y palabras. Joann 14. v. 26,

¿Qué os podré yo decir, amados oyentes de un don tan grande y tan sublime como el que nuestro adorable Redentor Jesus ha dispensado hoy al género humano? ¿Qué os diré de un don tan precioso y admirable que no es otra cosa á la verdad sino el Espíritu Santo, que es igual en todo á las otras dos personas que hay en Dios; que

procede de ambas sin principio y por amor, y que por un amor sin fin es envidiado de ambas á los hombres con tanta magnificencia en este dia? ¿Qué os podré hablar de un don, y de un espíritu que ha formado la iglesia santa del Señor, que la ha vivificado y sostenido con sus dones y sus gracias, y que con su poderosa proteccion y su asistencia la ha dilatado, y la ha sostenido por toda la redondez del universo? ¿Qué os diré yo en fin de este don, y de este espíritu que se ha dignado bajar de un modo tan brillante y tan sensible no solo á los primeros pastores, sino á los simples fieles, y aun sobre las personas mas humildes de la iglesia; que á todos los ha abrasado con las llamas y el incendio de su amor; que á todos ha llenado de celo, de fuerza y de valor para despreciar los bienes y los males de esta vida, los alhagos y contradicciones de este mundo; para seguir y practicar la doctrina y la verdad del evangelio; para anunciar altamente á Jesucristo crucificado por todo el orbe y á todas las naciones de la tierra; para publicar las maravillas de este Dios, y defender en fin los intereses de su gloria en todo el mundo.

¡O don digno de nuestra eterna gratitud digno no solamente de la grandeza de un Dios que nos ha amado hasta el exceso y que se ha querido emplear todo en la salud y beneficio de los hombres! sin embargo, lejos de nosotros amados mios la idea de que el Espíritu Santo solo ha descendido á los apóstoles y á los primeros fieles de aquel tiempo, y que este don invariable no alcanza, ni se estiende hasta nosotros en el dia, idea muy equivocada; idea muy ajena de los verdaderos cristianos; idea que solo

podrán abrigar los incrédulos; porque este espíritu de Dios no se ha concedido á la iglesia por un tiempo limitado, sino por todos los tiempos y los siglos; no solo ha sido dada á los apóstoles y á los primeros discípulos del Señor, sino igualmente á los sucesores, y de siglo en siglo á todos los cristianos y á todos los fieles que les han de suceder hasta el fin y consumacion del universo. Yo, dijo el Señor á sus discípulos, yo os enviaré el espíritu de consuelo y de verdad para que os enseñe y haga amar las verdades de mi evangelio y mi doctrina; para que las prédiqueis con valor y las hagais amar del mismo modo á vuestros sucesores y discípulos; para que estos igualmente las comuniquen y trasladen á los suyos; para que todos en fin las reciban y sostengan con su enseñanza y con su ejemplo por toda la série de las generaciones, de los hombres y de los siglos.

Ut maneat vobiscum in æternum.

No hay que dudarlo, católicos: este don precioso, y este divino espíritu que ha sido enviado en este día de una manera visible á los apóstoles y á los otros fieles de la iglesia, se nos dá á nosotros los cristianos de un modo invisible en varias ocurrencias de la vida, pero se nos dá especialmente en los sacramentos de la confirmacion y del bautismo, y aunque no se nos comunica con tanta abundancia y plenitud como á los apóstoles, y como fué necesario en los principios de la iglesia, sin embargo se nos dá á todos de un modo real y verdadero; se nos dá hasta un grado y hasta un punto que se verifica á la letra que el Espíritu-Santo descende á nuestras almas á encenderlas en la caridad y en el amor de Jesucristo, á hacernos dó-

ciles á la verdad de su evangelio y su doctrina y á darnos la fuerza y el valor que es necesario para defenderla altamente y practicarla.

Resulta pues de lo dicho que dándonos á todos los cristianos el espíritu de Dios estamos todos obligados á escuchar y á obedecer los impulsos de su instruccion y enseñanza; que pues ellos han sido dirigidos y enseñados de este Dios, su vida y su conducta debe ser para nosotros un ejemplar indispensable y un modelo; que por consiguiente todos debemos imitar segun la vocacion de nuestro estado, y segun las proporciones y los encuentros de la vida, su lenguaje y sus ideas, sus ocupaciones y sus costumbres, su celo en fin y su constancia en seguir y predicar á la faz de todo el mundo la doctrina y la verdad de Jesucristo. Ved allí la obligacion que nos impone la venida del Espíritu-Santo á los cristianos, y ved ahí todo el objeto de mi discurso en este breve rato. Mas para que la verdad y el interés de esta doctrina se haga conocer y sentir en nuestras almas, acudamos humildes á pedir á aquel Dios, nos conceda la asistencia de su espíritu y nos ilustre á todos con su gracia.

AVE MARIA.

Para poder daros una idea conveniente del admirable proceder y de la vida que tuvieron los primeros cristianos

despues de la venida del espíritu de Dios, basta consultar los cuatro capitulos primeros del libro de los hechos apostólicos y hallareis, que despues que recibieron al Espíritu-Santo en este dia, no fué otra su conversacion y su lenguaje, que hablar de Jesucristo, y anunciar las maravillas del Señor; que todos sus sentimientos, todo el carácter de su alma era la dulzura, la concordia, la union y la mas estrecha caridad con sus hermanos; que su ejercicio diario era asistir al templo muchas horas, bendecir, y dar gracias al Señor, orar con devocion y con ternura, y recibir la sagrada comunión todos los dias; que su principal ocupacion era escuchar la doctrina y predicacion de los apóstoles, é instruirse mas y mas en las verdades de Jesucristo y sus misterios; que el plan entero de su vida era sério, penitente, humilde, afable, sencillo, moderado, opuesto al ocio, á la ingratitud, al pasatiempo, y enemigo declarado de las pompas mundanas, de la ambicion, de la loca vanidad y las delicias; que todas sus ansias y su celo era anunciar y estender por todo el mundo la religion de Jesucristo, la verdad de su doctrina y su evangelio; que su desinterés en fin, y su desprecio de los bienes temporales de esta vida fué tan universal y generoso, que vendian públicamente las haciendas, y llevaban el precio no á las manos, sino á los pies de los apóstoles, para hacer ver al mundo en esa accion, que no miraban las riquezas, como un presente de consideracion y de importancia, sino como un objeto vil y una basura que se arroja á los pies y se desprecia.

Tal fué, amados oyentes, el proceder de los primeros cristianos; tal fué la conducta que observaron no por un

tiempo breve y pasajero, no por un instante de un furor indiscreto, precipitado y fugitivo, sino por un espacio grande de tiempo y de años, por un principio de religion y de piedad, por un impulso visible, y señalado del Espíritu-Santo que les movia: conducta que observaban, no en las tinieblas de la oscuridad y del silencio, no en lugares retirados y remotos, no á la credulidad de una plebe timida, y de un ignorante populacho, sino á los ojos mismos de la corte delante de los poderosos y los sábios de su pueblo á la vista de los tribunales, y los jueces que acababan de condenar y de hacer morir en una cruz á Jesucristo. Ved ahí donde publican y sostienen el evangelio de este Dios; donde siguen y practican la verdad de su doctrina y sus ejemplos; donde acusan y dan en cara á toda la nación de los judios de haber negado indignamente en competencia de un homicida y un ladrón, y de haber crucificado á su Mesias; donde hacen ver en fin al mundo entero, que él era el Cristo del Señor, y que su santo nombre es el único recurso de quien pierde la salud y la vida de los hombres, el bien y felicidad del universo.

En vano se burla el pueblo y se conmueve; en vano se interesa la corte queriendo suprimir y sofocar esta doctrina; en vano se oponen los tribunales y las leyes mandándoles que callen y que no sigan ni anuncien la religion, y la verdad de Jesucristo: no podemos responder con modestia, pero llenos de fuerza y de valor; no podemos dejar de decir públicamente todo lo que hemos visto y oido en la persona y de la boca misma de este Dios; no podemos dejar de obedecer las órdenes del cielo, á pesar de to-

das las contradicciones de los hombres, y de todos los suplicios de la tierra: *Non possumus non loqui.*

Ved pues cuál ha sido la conducta, cuál la vida, cuál el celo y el valor con que han sostenido y practicado los primeros cristianos la doctrina y la verdad de Jesucristo: empero todo lo han ejecutado precisamente, despues de haber recibido el espíritu de Dios en este dia; todo lo han hecho, y observado por su divina inspiracion, y por su instinto: todo lo han publicado finalmente para dejarnos en la imájen de su vida un ejemplar precioso de la nuestra, y para obligar de ese modo á los cristianos de todas las generaciones y de todos los siglos á imitar respectivamente en su propia conducta, y en su estado el carácter original de este modelo: los sacerdotes y ministros de la iglesia, dando testimonio, y predicando en todas las partes al Hijo de Dios crucificado con sus palabras de fuego y con sus obras: los seglares viviendo con moderacion en sus destinos, y arreglando todas sus acciones no á las máximas del mundo, sino á las reglas de la verdad y el evangelio; las mujeres ocupándose en ejercicios, y en obras de piedad, ciñéndose al retiro de sus casas, al cuidado y educacion de sus familias, á la modestia y á la simplicidad de los adornos, á las obligaciones y virtudes de su humilde condicion y de su sexo; todos en fin, y cada uno por su parte anunciando y promoviendo en sus costumbres la doctrina y la verdad de Jesucristo.

Ved ahí, católicos cual debe ser especialmente nuestra conducta, y nuestra vida, y ved ahí cual es el plan y la enseñanza que ha dejado el espíritu de Dios por todos los

siglos á su iglesia. ¿Pero se sigue éste plan en nuestros tiempos? Se escuchan acaso y se obedecen las instrucciones del Espíritu-Santo en nuestros días? ¿Se asemejan en lo mas mínimo las costumbres de los cristianos de estos siglos, á las de los simples fieles de aquel tiempo? ¿Reinan ahora como entonce's la concordia; la humildad, la penitencia, el pudor, la sencillez, la honestidad, el retiro del mundo, el desprecio de las vanidades de la vida, la frecuencia de los sacramentos y de la oracion, el celo finalmente, y el amor á la doctrina y á la verdad de Jesucristo?

¡O Dios de mi corazón! Yo no encuentro en los cristianos sino una debilidad incomprensible; una decadencia prolija en esta parte. Yo veo lleno de dolor y de amargura que la corrupcion y los abusos se van aumentando hasta el extremo, y que no se halla; ni vicio, ni exceso, ni pasion en los idólatras que no se cometa con igual serenidad en nuestros días; que la principal ocupacion de la mayor parte de las jentes es la vanidad, la glotoneria, la impureza, los juegos, las diversiones, las tertulias mundanas, los teatros; que las maniobras y los rumbos de la ambicion humana; y la codicia; aunque opuestos al espíritu de Dios, y al evangelio, son sin embargo los caminos mas trillados y comunes; que la inquietud de las mujeres ha traspasado enteramente los limites de su natural condicion y de su esfera, y que todo el carácter de su persona y su conducta en estos tiempos es el orgullo, la inconstancia, la pequeñez, la futilidad, la ligereza, y en una gran parte de este sexo poco considerado y

detenido, es el desaliento, la libertad, la impudencia, la disolución y la osadía.

Yo veo en fin, que todos generalmente buscan solo su interés y su fortuna, no el interés ni la verdad de Jesucristo; que por esta causa el evangelio y la doctrina de este Dios, se miran por lo comun como una cosa de rigor y como esceso y por consiguiente como una doctrina y un evangelio impracticable, que si fué observado á la letra en otros siglos, ya no obliga, ni tampoco se acomoda con el nuestro; que así se ven atropelladas las leyes del Señor, enlaquecidos y debilitados en extremo los antiguos resortes de la disciplina y gobierno de la iglesia, desconocidos é ignorados los rumbos secretos de la piedad cristiana y las virtudes, convertida la religion en un puro aparato de esterioridad y ceremonia, triunfando en fin por todas partes, y sostenidos, como si fueran costumbres inocentes, los mayores escándalos y abusos.

¿Y podreis persuadiros vosotros de que semejante conducta es digna y propia de cristianos? ¿Os parece, que este jénero de vida es muy conforme á la de los principios de la iglesia y á la vida de los fieles de aquel tiempo? ¿Os parece que este sistema de costumbres habrá sido dictado por el espíritu de Dios, y que él nos le ha inspirado y sugerido? No por cierto: esta no es, ni puede ser, ni ha sido vida, ni conducta de cristianos; este es un libertinaje manifiesto un escándalo visible, y una disolución abominable; esto no procede ni dimana del espíritu de Dios en modo alguno, ni se puede jamás atribuir sin una grande impiedad y sin una blasfemia horrible contra el

ciclo. Yo sé ciertamente que este espíritu divino, según las santas escrituras, es absolutamente irreconciliable con el mundo é incapaz de favorecer á las pasiones; que es casto; púdico, modesto, paciente, humilde y retirado; que es pacífico, sencillo, enemigo de la ociosidad y del estruendo; fecundo en buenas obras y en virtudes, defensor declarado de la verdad y la justicia y opuesto á la adulacion y al disimulo; que no ha sido enviado, ni ha venido sino á dar testimonio y á confirmar entre los hombres la doctrina de Jesucristo y su evangelio; que en fin, como es espíritu suyo y como es invariable en el plan de sus acciones y designios; lo que ha practicado el Hijo de Dios en esta vida y lo que ha dictado y sugerido á los primeros fieles y discípulos, eso es precisamente lo que sugiere, y lo que inspira por todos los tiempos y los siglos á su iglesia.

Siendo esto así, como lo es en realidad, no puedo creer que este espíritu de Dios haya variado en nuestros dias, y se haya querido reconciliar ahora con el mundo ni con la inquietud de las pasiones de los hombres; yo no creo que él sugiera los regalos, los placeres, las delicias; que él descubra los rumbos de la ambicion y los empleos; ni que allane los caminos del orgullo. Yo no creo, en fin que este espíritu sugiera las variaciones que se introducen en las costumbres cada dia, los abusos que se mantienen á los ojos mismos de las reglas, la union de la piedad, y la frecuencia de los santos sacramentos con todas las diversiones del mundo, y con todas las vanidades de la vida. Yo no creo, vuelvo á decir, que el Espíritu-Santo

nos enseñe ahora y nos inspire este género de acciones y de cosas.

Creo sí, y temo ciertamente el que nosotros hemos extinguido este espíritu de Dios en nuestras almas; que le hemos contristado y obligado hasta precisarle á huir y á retirarse enteramente de nosotros; que nosotros hemos sido la causa de que nos haya del todo abandonado á la ceguedad de nuestro soberbio corazón y á nuestras mismas pasiones y tinieblas ¡O estado infeliz! ¡O desolación incomparable! ¿Y esto no aflige á los cristianos? ¿Y esto se mira con tanta tranquilidad é indiferencia en nuestros días? ¡Ah! La iglesia como aquel campo espantoso de Ezequiel se vé toda cubierta de cadáveres horribles de cristianos sin movimientos de vida ni piedad; ¿y no hay quien llore tantos males en el mundo? ¿No hay quien jima ni suspire por la reforma y el remedio de esta multitud de pecadores?

¡O Salvador mio! ¿Qué recurso nos queda en una desolación tan lastimosa, en un estado tan triste y afflictivo? No nos queda otro sino acudir á tus misericordias infinitas; postrarnos á tus pies, y suplicarte nos envíes aquel espíritu de incendio y claridad que disipe nuestros errores é ignorancias y nos haga amar y conocer todo el interés de tu evangelio santo y tu doctrina; aquel espíritu de fuerza y de poder que penetre y convierta nuestras almas; que nos reforme el corazón y nos imprima los gemidos infatigables de una verdadera penitencia; aquel espíritu en fin de gracia y de verdad, que nos llene de valor para despreciar los bienes y los males de este mundo; que nos haga dóci-

les y humildes á tu divina ley y á tus ejemplos; que nos sostenga y haga constantes en el camino de la piedad y de la virtud; que nos guie finalmente en todos los pasos de esta vida, que despues nos acompañe para siempre en el reino de la eternidad y de la gloria.

FRANCISCO MIGUEL LOPEZ.

SERMON

DE PENTECOSTES:

De las gracias é inspiraciones que recibimos del Espíritu-Santo, y la necesidad que tenemos de corresponder á ellas:

Et replevit totam Domum... Et repleti sunt omnes Spiritu Santo... Y llenó toda la casa... Y todos se llenaron del Espíritu-Santo: Act. cap: 2:

¡Admirable economía la de nuestro divino Salvador, hermanos míos! Concluido el tiempo de su peregrinación, después de haberse sacrificado por los hombres, salió glorioso del sepulcro como lo había prometido; conversó por espacio de cuarenta días con sus discípulos instruyéndolos

en las cosas pertenecientes al reino de Dios y de su iglesia, y como su propio lugar, él mismo al que nos ha destinado y donde quiere que encaminemos nuestros deseos es el cielo, por su propia virtud se subió á él á presencia de sus apóstoles dejando al mundo y volviendo á su Eterno Padre: pero no abandonó á los hombres, no dejó el cuidado de su iglesia, no nos dejó huérfanos ni desamparados. Encargó á sus discípulos que permaneciesen reunidos en Jerusalem, que se ocupasen en la oracion y esperasen que viniese sobre ellos su divino espíritu; y en el día de la pascua estando todos reunidos se oyó un gran ruido como de un viento impetuoso y aparecieron lenguas de fuego distribuidas sobre cada uno de ellos. «El Espíritu-Santo llenó » toda la casa. Y todos quedaron llenos del Espíritu-Santo.»

Jesucristo nuestro Maestro subió á los cielos sí, pero desde la altura de su gloria consumó la obra que habia empezado entre nosotros: nos envió su mismo corazón, su espíritu vivificante, la santidad increada para que se difundiese por todo el mundo y le santificase; el amor personal que es el fuego en que habia prometido encender al mundo: nos envió al Espíritu Santo que vino á ocupar su lugar y estar con nosotros, ilustrarnos, dirigirnos, sostenernos, y consolarnos de su ausencia: al Espíritu Santo para que no nos abandone y este entre nosotros hasta la consumacion de los siglos: nos envió al Espíritu-Santo y con él la plenitud de todos los dones celestiales. *Et replevit totam domum..... Et repleti sunt omnes.*

La Iglesia fundada por nuestro divino Salvador Jesus, nutrida con su doctrina, confirmada con sus milagros, blanqueada y regada con su sangre es en este dia animada de su espíritu. Queda llena del Espíritu-Santo, y el mismo Espíritu Santo que la anima y vivifica es el que la dirige y la gobierna. No puede ser que se vicia ni altere su doctrina, que tenga entrada en ella el error, que la destruyan sus enemigos ni que prevalezcan contra ella las puertas del infierno. Está llena del espíritu de Dios. El mismo espíritu de su divino fundador es el que la asiste y la gobierna. Ved por lo que son inútiles los esfuerzos de la impiedad y por lo que todas las mas poderosas maquinaciones de los enemigos mas fuertes se han estrellado siempre contra la roca firme é indestructible de la iglesia de Jesus que han querido derribar. Ved por lo que despues de tantos siglos, en medio de la ruina de tantos imperios, entre tantas convulsiones como agitan al mundo la iglesia de Jesus se conserva y está siempre tan pura y tan firme como en su principio. Está llena del Espíritu-Santo. El Espíritu Santo la asiste hasta la consumacion de los siglos y la misma sabiduría de Dios la dirige y la gobierna.

Los apóstoles tan tímidos y tan tristes, luego que en este dia fueron llenos del Espíritu-Santo recibieron con él la sabiduría, la inteligencia, la fortaleza y anunciaron públicamente la ley de Jesus y la estendieron por todo el mundo sin temor á los trabajos ni las incomodidades; sin asustarse de los reyes ni de los tiranos y sin que hubiese quien pudiese resistir al Espíritu-Santo que hablaba y obraba en ellos.

Ved la obra del Señor y la economía y sabia disposicion con que nuestro divino Maestro Jesus cuida de su iglesia. Ved los admirables y prodijiosos efectos que obró el Espíritu-Santo bajando en este día y llenando de su virtud á toda la casa y á todos los apóstoles. *Replevit totam Domum... Et repleti sunt omnes.*

Naturalmente ocurre hablar y estenderme sobre estas dos grandiosas ideas, ocupando mi discurso en haceros ver la constante asistencia del Espíritu-Santo á la iglesia, columna y firmamento de la verdad; y el valor, la ciencia, la fortaleza y rapidez con que estendieron nuestra santa religion por todo el mundo unos pobres pescadores segregados por Jesus para ser sus apóstoles con la virtud del Espíritu Santo y luego que fueron llenos del Espíritu-Santo. Pero la abundancia de las misericordias de nuestro Señor escede á nuestras súplicas y deseos. A todos sus fieles envia tambien su divino espíritu y nos dá sus favores y sus dones. Quiere que vivamos de él y llenarnos para que nada haya en nosotros sino el espíritu de Dios. Confesando, adorando y reverenciando la especial providencia y el cuidado que Dios tiene de su iglesia y la abundancia de bienes que con el Espíritu-Santo derramó sobre sus apóstoles para que la planteasen y estendiesen por todo el mundo, examinemos la multitud de gracias é inspiraciones con que el Espíritu-Santo nos favorece y la necesidad que tenemos de corresponder á ellas.

Esposa del Espíritu Santo, Madre de Dios y Señora nuestra, interponed vuestra poderosa mediacion y alcanzad.

nos que correspondamos fielmente á los dones con que nos enriquece el espíritu divino dador de todo bien y de toda consolacion, que no contristemos al Espíritu-Santo, que comprendamos lo necesario que nos es seguir sus inspiraciones y vivir animados de su espíritu. Os lo pedimos con fervor saludándoos con el ángel,

AYE MARIA.

Replevit totam Domum...

El Espíritu-Santo en virtud de su misión vino á la tierra para llenar el lugar del Hijo de Dios, hacer sus veces en el régimen de las almas y consolar á los fieles de la ausencia de su Salvador. El Espíritu-Santo es Dios igual en un todo al Padre y al Hijo y si así no fuese no podría recompensar la ausencia de Jesucristo, ni prestar un régimen y consuelo sólido, porque la falta y ausencia de Dios solamente puede suplirse con la presencia de Dios. Al tiempo que Jesucristo llevó al hombre al cielo, dice san Agustín, envió á Dios á la tierra y por esto el Espíritu-Santo se dá á los hombres no solamente por las operacio-

nes de su gracia, sino tambien por la presencia de su majestad. ¿Queremos saber lo que se nos dá cuando recibimos el Espíritu Santo? ¿Cuáles son los dones y las gracias que se nos comunican? Pues hástenos saber que recibimos al mismo Dios.

En la venida del Espíritu-Santo podemos decir que sucede una nueva encarnacion. Por la primera el Verbo se hizo carne. *Verbum caro factum est*. Por la segunda la carne se hace espíritu. *Effundam de spiritu meo super omnem carnem* (1). Por la primera el Hijo de Dios se hizo Hijo del hombre, por esta el hijo del hombre se hace hijo de Dios. En la primera el Omnipotente se cargó de nuestras enfermedades; en esta nos viste de su fortaleza. En la primera el que era impecable tomó la semejanza del pecado; en esta quita todos nuestros pecados. En la primera el que era inmortal vino á morir por nosotros; en esta el Espíritu-Santo viene para dar vida á nuestras almas, por manera que esta encarnacion, si así queremos llamarla es realmente el fruto de la primera, porque el Hijo de Dios no vino al mundo sino para santificarle por este divino espíritu. No quiero decir por esto que el Espíritu-Santo se una á cada uno de los hombres formando una sola persona así como el Verbo se unió á nuestra naturaleza en la encarnacion. Se difunde y derrama sobre la carne; pero no se hace carne: se nos comunica, pero

(1) Joel cap. 2.

sin que se una á nuestra naturaleza su divina persona. Entra, está y habita en nosotros por la gracia y por los dones que difunde en nosotros; por los efectos admirables que obra en nuestras almas, que podemos admirar y sentir, pero que jamás acertaremos á explicar.

Diremos que el Espíritu-Santo baja á la tierra y entra en nuestras almas, para obrar en ellas por medio de sus dones y efectos lo que por su naturaleza y la propiedad de su persona hace en la adorable Trinidad. Es el espíritu y la santidad increada y se nos dá para que nos santifiquemos, es la union personal, el lazo y vínculo que une al Padre con el Hijo, y viene á nosotros para unirnos con Dios y estrecharnos entre nosotros mismos con los lazos del amor y la caridad. Es la perfeccion y complemento de la Trinidad beatísima, y viene á consumir en nosotros la obra del Hijo de Dios y hacernos adelantar en todas las virtudes. Es el fuego que el Hijo de Dios vino á encender á la tierra. El Espíritu Santo es el amor del Padre y del Hijo. Por él el Eterno Padre ama á su Hijo y es amado de su Hijo, por él el Padre y el Hijo nos aman y por él el Padre y el Hijo son amados por nosotros. Por eso bajó en este día en forma de lenguas de fuego para darnos á entender que venia á inflamar nuestros corazones en aquel amor que Jesucristo habia prometido enviar á la tierra.

Observemos á los apóstoles y hallaremos que tan luego como fueron encendidos en el fuego de este divino amor corrieron á encender en él á todo el mundo, á llenar de él

toda la tierra y á derretir los corazones mas duros y empedernidos.

El Espíritu Santo no es para nosotros un Dios terrible y vengador; no es un Dios que sumerja los ejércitos en las corrientes; que nos hable entre truenos y relámpagos, ni que abra la tierra para sepultar á los pueblos; es el Dios de toda consolacion, el *consolador optimo* y el huesped soherano y dulce refrijerio de nuestras almas que nos consuela en todas nuestras aflicciones, Es el que nos sostiene y confirma en nuestras desgracias con el dón de fortaleza; el que nos inspira para que resistamos á las tentaciones con el dón de consejo; él produce en nosotros los frutos de la caridad, del gozo, de la paciencia, de la paz, de la mansedumbre, de la fé, de la modestia, de la continencia.... ¿Cómo intento poder referir las gracias, los dones, las inspiraciones santas que el espíritu de Dios obra en nuestras almas luego que toma posesion de ellas? Quanto bueno hacemos, decimos y pensamos es obra del espíritu divino. El nos saca del cieno de los pecados; él nos dá las lágrimas de la verdadera penitencia. El nos dá la fortaleza en las tentaciones y peligros. Obra suya es la pureza de las vírgenes, la sabiduria de los doctores, el valor y constancia de los mártires, la virtud de los confesores, el celo de los varones apostólicos. El hace defensores del evangelio, de los mismos que mas atrozmente le persiguen. Este es el espíritu fuerte y dominante como dice mi angélico doctor santo Tomás, que sin dejar de ser suave dá el querer, el empezar, el obrar con buena voluntad y confirma en la práctica de la virtud fijando en cierto modo nuestra liber-

dad sentándose y descansando sobre nosotros. ¿Quién puede decir todo el bien de que se llena y de que es capaz un alma que vive del espíritu de Dios?

Pero el espíritu de Dios quiere llenar á las almas. *Et repleti sunt omnes.* ¿Queremos que este espíritu consolador llene nuestros corazones con su presencia y con sus dones? Pues desocupémosle de todas las cosas criadas y de todo aquello que pueda desagradarle. Arrojemos de nuestras almas todos los errores y todas las perversas inclinaciones y conformémosle con la santidad de Dios. Desterraremos de nuestro entendimiento los errores y mentiras y de nuestra voluntad esa vana estimacion y aprecio de las cosas criadas. El Espíritu-Santo es un espíritu de verdad que no puede estar con esas luces falaces de la sabiduría del mundo: es un espíritu de rectitud y bondad que no puede entrar en un corazón que abriga la perversidad y la malicia. Limpiemos nuestros corazones de todos los afectos terrenos y consolaciones humanas, desocupemos nuestros corazones enteramente para que los llene el espíritu de Dios.

Es preciso que nuestro entendimiento, nuestra voluntad y nuestros apetitos esten llenos del Espíritu-Santo, quiere toda nuestra amistad, y nuestra correspondencia y es una temeridad el querer compartir nuestro amor con él y con el mundo. Es preciso vivir solamente del Espíritu-Santo y no puede vivir de este espíritu de Dios el que vive del espíritu del mundo ó del espíritu de la carne, porque no puede haber union alguna entre la vanidad y la verdad; las tinieblas y la luz; la frialdad y el fuego, la carne y el

espíritu. Es preciso que nos dejemos rejir y gobernar, que seamos dóciles y que sigamos tantas gracias, tantos impulsos, tantas inspiraciones como recibimos frecuentemente todos sin quererlo reconocer, del espíritu de Dios que nos habla en el fondo de nuestra conciencia cuando mas le desatendemos, y corremos con precipitación á nuestra ruina.

¡Qué útil, hermanos míos, que útil y ventajoso nos es el dejarnos llevar, el escuchar y seguir las santas inspiraciones! He dicho poco. ¡Cuánta necesidad tenemos de escucharlas y seguir las! Así como se adelanta á largos pasos en los caminos del Señor con la docilidad y fidelidad á las santas inspiraciones y buenos pensamientos y deseos, se atrasa hasta precipitarse en el abismo por la resistencia reiterada á estas mismas inspiraciones. ¡Con qué respeto, amados míos, con qué atención, con qué reconocimiento deberíamos recibirlas! ¡Es posible que el espíritu de Dios se digna hablarnos al corazón, á nosotros que no somos mas que unos viles gusanos y hemos de tener la temeridad y atrevimiento de hacernos sordos, de contradecirle y de resistirle! Reflexionemos sobre esto algun tanto y hallaremos de parte del alma infiel una insolencia, una ingratitud, un crimen que no acertaremos á clasificar. Si nos parásemos á considerar, ó fijásemos nuestra atención por algunos momentos en la gracia que el Señor nos hace por sus inspiraciones, en los designios que entonces tiene de hacernos perfectos, en los efectos maravillosos que estos buenos movimientos pueden producir en nosotros, si correspondemos como es debido, temeríamos no aprovecharnos bastante

de ellos y los recibiríamos con una admiracion extraordinaria de la bondad y misericordia del Señor, los seguiríamos con una puntualidad que tal vez llegaría á ser escrupulo, y adelantariamos en los caminos de la virtud y santidad.

Esta docilidad y fidelidad en seguir las inspiraciones divinas es la que ha formado á los santos, á los mas grandes y esclarecidos santos que veneramos en el cielo. Ellos escuchaban con atencion la voz del Espíritu-Santo que los hablaba en el secreto de su alma; la recibian con sumision y reconocimiento, la obedecian con perfecta docilidad, y con esta docilidad corregian sus defectos practicaban las virtudes, hacian continuamente nuevos progresos, se sostenian contra los ataques del demonio y llegaban por fin, á esa elevada perfeccion cuyas pruebas leemos con admiracion en las historias edificantes de sus vidas.

Por el contrario tambien, ¿qué peligroso no es el no escuchar las buenas inspiraciones? ¿Qué nos viene á suceder con no escucharlas ni seguir las? Que mientras mas las resistamos menos nos enmendamos, vamos insensiblemente á la relajación, se dejenera y se vá de mal en peor; se pasa del fervor á la tibieza; de esta á la disipacion, al disgusto; todo se deja y tal vez despues de emplear algunos años en el temor y servicio de Dios, se vuelve á los antiguos extravíos y venimos á ser peores que lo que éramos antes de convertirnos. Temamos el resistir á las buenas inspiraciones y hagámonos un punto de conciencia el ser dóciles á ellas. Escuchemos y sigamos la voz del espíritu

de Dios con preferencia á la voz del espíritu del mundo y del espíritu de la carne. ¡Qué vergüenza el que por una bagatela; por una nada; por no contener un poco nuestro genio, por no hacernos una pequeña violencia, tengamos el atrevimiento de resistir á la voz del Espíritu-Santo! ¡Qué extravagancia! ¡Qué locura! Preferir á las gracias que el Señor ofrece á los que oyen su voz con fidelidad unas frívolas satisfacciones! Nos parecería increíble si así no lo palpásemos, pero así es y tan miserables somos y tanto abusamos de los dones de Dios cuya bondad y misericordia es infinita.

Dejémonos; pues, hermanos míos, dejémonos guiar y conducir por las inspiraciones y movimientos del Espíritu-Santo; dejémonos llenar del Espíritu-Santo; no contristemos, ni resistamos al Espíritu-Santo. Sus dones y gracias son inmensas, quiere nuestra santificación y nuestra gloria; quiere unirse á nosotros; nosotros podemos hacernos ricos con sus tesoros; no faltá sino que llenemos de ellos nuestros corazones como fueron llenos los de los apóstoles. Para esto es preciso que los desocupemos antes de todo lo terreno, de todo lo carnal, de todo lo que pueda servir de estorbo al espíritu de verdad, de pureza, de virtud y perfección, y que seamos dóciles á sus santas inspiraciones: á esas inspiraciones que tantas veces sentimos y no podemos desconocer, á esas inspiraciones que hace tantos años estamos resistiendo, demosle ya el triunfo; abramos nuestra alma enteramente á las inspiraciones divinas como los apóstoles, y el Espíritu-Santo nos llenará; nos dará las gracias necesarias para el desempeño de nuestros cargos;

la paciencia y fortaleza en los trabajos, la paz y unión con nuestros prójimos, la ciencia necesaria para conducirnos con Dios y con los hombres; hará que pasemos de virtud en virtud; lograremos el dón de la perseverancia en la amistad y gracia de Dios y despues la recompensa de la gloria y felicidad eterna. Amen.

F. L. G.

SERMON

DEL MISTERIO DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

No hay razones para no creer el misterio de la Santísima Trinidad y son grandes las ventajas que nos resultan de someternos á su creencia.

In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. En el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu-Santo.

En dos palabras se explica el inaccesible misterio de la Santísima trinidad: un solo Dios en tres personas que son Padre, Hijo y Espíritu-Santo: ó lo que es lo mismo: una sola divinidad, y en esta divinidad tres personas distintas, que de ningún modo son tres Dioses, sino uno solo y verdadero, un solo Omnipotente, un solo Eter-

no, un solo Señor. Esta es la verdad que en la plenitud de los tiempos nos fué revelada explícitamente por el unigénito Hijo del Eterno Padre que salió de su seno y vino á la tierra para manifestarnos muchos de los arcanos de Dios, y que antes de subir á los cielos y enviar á predicar á sus apóstoles apareciéndose visiblemente despues de haber resucitado mandó que publicasen y que bautizasen á las jentes en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu-Santo. Todo lo que enseñaron los apóstoles, todo lo que han explicado sobre este misterio los santos Padres y doctores se reduce á decirnos que Dios es uno y trino: que hay un solo Dios y son tres distintas las personas.

Este es el misterio que hoy celebra la iglesia; misterio escondido que ningun espíritu criado puede comprender. Misterio impenetrable del que al hablarnos el apóstol nos dice: *¡O altitudo divitiarum sapientiæ et scientiæ Dei!* ¡O altura de las riquezas de la sabiduria y la ciencia de Dios! Como si nos dijera: ni yo puedo explicaros, ni vosotros podeis comprender este misterio que el Señor ha querido revelarnos; pero no os admireis, á ninguno le es licito ni posible el escudriñar la altura de los secretos de Dios; los espíritus criados son demasiado estrechos para que pueda entrar en ellos este abismo de luz inaccesible; solo Dios puede medirse y comprenderse á sí mismo. Si yo intentase explicaros este gran misterio cuya inteligencia está reservada para la gloria y es la que forma la felicidad de los bienaventurados, caería en una temeridad semejante á la de aquel que no pudiendo cojer la pesca desde el barco se arrojase á las aguas y quedase sumergido en

ellas, porque el que pretende escudriñar á la majestad, quedará oprimido de su gloria, dice el Espíritu-Santo. No pienso ocuparme en daros á entender este misterio que excede todas las fuerzas y la capacidad de mi entendimiento y que dejaria desear misterio si yo le comprendiese..

El misterio de la Santísima Trinidad es el fundamento de nuestra Religion adorable; la fé de este inefable misterio es la que nos hace cristianos; el creerle y confesarle nos es absolutamente necesario si queremos conseguir nuestra salud eterna. ¡Gracias infinitas os sean dadas, Dios mio, porque sin mérito alguno de nuestra parte nos habeis dado la fé de este misterio que confesamos y recibimos en el bautismo! Gloriémonos y regocijémonos, hermanos míos en esta fé y creencia que nos enseñó Jesucristo que es la verdad por esencia. Confesemos sin temor, confirmémonos y publiquemos y transmitamos á las generaciones venideras esta fé probada con tantos argumentos, confirmada con tantos milagros, estendida por todos los pueblos, anunciada por tantos doctores, defendida por tantos mártires y que á pesar de su impenetrable oscuridad y de la resistencia formidable del mundo y del demonio ha llegado hasta nosotros despues de tantos siglos pasando sin interrupcion por todas las generaciones; y para nuestra edificacion y consuelo; para confusion de la incredulidad y soberbia irreligiosa é impía que se atreve á entrar en averiguaciones con Dios; para que nos resolvamos y propongamos con el mayor placer vivir y morir en la fé de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu-Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, voy á ocuparme en manifestaros: que no hay

razones para no creer el misterio de la Santísima Trinidad, y que son grandes las ventajas que nos resultan de someternos á su creencia. Una fé firme, sumisa y obediente del misterio de la Santísima Trinidad, y un amor verdadero y devoto á la Santísima Trinidad, ved el fruto que quisiera que produjesen mis palabras en vuestras almas.

Obrad Señor, lo que es solamente propio de vuestro poder y vuestra gracia y que no le es dado á los esfuerzos del hombre. Haced que mis palabras produzcan el fruto que deseo y os pedimos por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

In nomine Patris.

Entre las verdades que nos enseña la religion cristiana y de las que todos los fieles debemos tener una fé firme y perfecta, hay algunas que estamos mas obligados á creer y confesar y que no podemos ignorar sin quedar por ello escluidos del reino de Dios, como que el mismo Dios nos las enseñó como fundamento de toda su doctrina. Tal es la verdad de la unidad de la divina esencia y la distincion de las personas: el misterio de la Santísima Trinidad, que

es el fundamento de la fé, sobre el que estriban todos los dogmas y verdades de nuestra relijion ; la encarnacion, la natividad, la muerte, pasion y resurreccion del Hijo de Dios, la justificacion de los hombres que se obra por la gracia y virtud del Espíritu-Santo, y todos los demas misterios. *Hæc est fides catholica, ut unum Deum in Trinitate et Trinitatem in unitate veneremur* (1).

El alma fiel, el cristiano sumiso y obediente cautiva gustoso su entendimiento en obsequio de la fé y no se embaraza en dificultades, ni se ocupa en conjeturas y vanos y débiles razonamientos; el mismo Dios ha hablado; el mismo Dios se ha dignado manifestar sus verdades á los hombres, y su palabra sola es lo bastante para un cristiano. No tiene necesidad de mas argumentos, de mas demostraciones, ni de mas testimonios. Pidan enhorabuena los judios milagros para creer y los griegos demasiado soberbios para sujetarse á los misterios que no entienden busquen las demostraciones y las pruebas. Nosotros que no deseamos sino hacernos dignos de la vida eterna por medio de nuestra fé, ni pedimos milagros, ni buscamos la ciencia ni la demostracion. Nos basta que haya hablado Dios; nos basta que Jesucristo mandase á sus apóstoles que bautizasen en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu-Santo. Nos aquietamos y damos todo nuestro asenso á lo que ha sido revelado por Dios y comunicado y ense-

(1) Symb. Sti. Athan.

ñado por sus ministros y huimos de las engañosas demostraciones de la sabiduría humana que nos perderían. Creemos un Dios en tres personas, aunque nuestra razón quiera persuadirnos lo contrario y estamos dispuestos á perder nuestros bienes, nuestra libertad y nuestra vida si fuere necesario este sacrificio en defensa de nuestra fé, teniendo por sabiduría lo que el mundo llama locura y necesidad, dando gracias á Dios porque por su gran misericordia hemos nacido y hemos sido educados en el seno de su iglesia y esperando con seguridad que lo que ahora es objeto de nuestra fé, será nuestra bienaventuranza porque veremos al Señor cara á cara en su gloria y le conoceremos como es en sí.

La impiedad y la sabiduría humana, ¿qué podrá echarnos en cara ó qué motivos podrá alegar para poner en ridículo y mofarse de nuestra creencia? ¿Nos dirá que creemos una verdad incomprensible y que hay una contradicción entre la unidad de la naturaleza y multiplicidad de las personas? Pero ¿nos es dado el comprender á Dios? ¿No es muy conforme á razón que tenga un modo de ser distinto del que tienen todas las criaturas, y que esceda infinitamente á todos nuestros conocimientos? La grande oscuridad é impenetrabilidad de este misterio, ¿debe debilitar en algo nuestra fé? ¿Nos atreveremos á dudar de lo que Dios nos enseña porque no lo entendemos? No puede haber fé sin oscuridad. Y ¿cuál sería la virtud de la fé, dice el padre san Leon, cuál sería su mérito si consistiese en creer aquellas cosas que están patentes á nuestros sentidos y á nuestro entendimiento? ¿Hiriamos un grande sacrificio y

obsequio á Dios siguiendo sus juicios cuando estuviesen conformes con los nuestros y confesando unas verdades que no pudiésemos negar sin ser unos estúpidos? ¿Y no es una injusticia atroz, una rebelion digna de los castigos de Dios exigirle una razon de lo que nos dice, el no querer dar crédito á su palabra, no fiarnos de su testimonio y pedir que nos demuestre lo que nos manda creer? ¡Qué temeridad! ¡Qué atrevimiento el querer someter al juicio de nuestra razon al que es la verdad inmutable y eterna!

¿No hemós de creer los misterios de Dios porque no los conocemos? Pues si nuestro flaco y débil entendimiento pudiera conocerlos dejarian de ser inefables y tremendos; dejarian de ser misterios. ¿Se resiste vuestra alma á creer el misterio de la Santísima Trinidad porque es impenetrable, oscuro é inconcebible? Pues dejad de creer todos los misterios y todas las verdades de nuestra adorable religion porque ni ana hay que pueda comprender el entendimiento humano. ¿Qué cosa hay en Dios que no esceda toda la capacidad de nuestro entendimiento? ¿Podemos comprender como es inmenso y lo ocupa todo sin poder dividirse? ¿Cómo ha criado á todas las cosas de la nada? ¿Cómo las dá movimiento sin necesidad de moverse? ¿Cómo las dirige, conserva y gobierna? ¿Podemos comprender como es libre é inmutable, justo y misericordioso? ¿No nos vemos obligados á cerrar los ojos á la vista de su providencia llena de tantos misterios, á renunciar á nuestras luces y confesar nuestra ignorancia recurriendo con el apóstol á la altura y profundidad de los juicios de Dios?

Quiere el incrédulo comprender á Dios y que le ponga de manifiesto lo que le manda creer; no quiere creer sin percibir y palpar y llama locura y necedad el creer lo que no se entiende. Pero ¿quién comprende ni comprenderá jamás la mas pequeña de las obras de Dios? ¿Quién se comprende á sí mismo? ¿Quién podrá explicarme el mecanismo de su cuerpo y la union íntima con su alma; cómo vive, cómo entiende, cómo recuerda lo pasado, cómo se turba, se alegra, como quiere y elije? ¿Quién me dirá como abro los ojos y veo con claridad y distincion los objetos que se me presentan? Cuanto nos rodea ¿no nos está demostrando nuestra ignorancia, la escasa medida de nuestras luces, y nos obliga á confundirnos y humillarnos bajo la mano omnipotente de Dios? Todo ha sido criado, todo subsiste, todo se multiplica y no comprendemos los medios ni los modos. En un insecto despreciable, en una hoja que arrebatá el viento hallamos misterios incomprensibles ¿y en el Criador de todo pretendemos que esté todo al alcance de nuestro débil entendimiento?

Luego no hay razon alguna para no creer el misterio de la santísima Trinidad; ó habremos de dejar de creerlo todo aun aquello mismo que vemos y palpamos. Y ¿cuántas y cuáles son hermanos míos, las ventajas que nos resultan de someternos á la creencia de este divino misterio? Siendo el fundamento de nuestra santa religion, diremos por una legítima consecuencia que de la fé del misterio de la Trinidad emanan como de su principio los consuelos, las gracias, los beneficios inmensos de nuestra religion. Este es el artículo mas necesario; por este empezamos á

ser cristianos; por este pertenecemos á Dios y con la fé del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo se nos imprime un carácter y señal indeleble de hijos de Dios y adquirimos un derecho á la vida eterna.

El cristiano que cree el misterio de la Santísima Trinidad cree y confiesa lo que le enseña su Dios, y descansa tranquilo en el testimonio de un Dios que no puede engañarse ni engañarnos. Temores, dudas, ilusiones, nuevas doctrinas todo desaparece y el cristiano se entrega y se somete gustoso á una autoridad tan respetable y tan segura.

Digo mas, comprende á Dios del modo mas digno y en cuanto nos es dado comprenderle en esta vida. La idea que nos dá de Dios el misterio de la Santísima Trinidad es la idea de un Dios incomprensible, y esta, esta es la idea que nos representa á Dios con mas propiedad y perfeccion y nos le ofrece como un objeto mas digno de nuestra veneracion y respeto. Si hubiese alguna religion que nos presentase un Dios que pudiese comprenderse, esta religion seria falsa y este Dios no seria Dios, porque no seria un ser sobre todos los seres, y la incomprensibilidad le es tan esencial como la bondad, el poder, la sabiduria, la justicia. Si es Dios debe ser esencialmente infinito, y no seria infinito si pudiesen comprenderle unos entendimientos tan cortos y limitados como los nuestros.

Con razon nos advierte san Agustin, que propiamente hablando, todo lo que podemos conocer de Dios y todo lo que podemos atribuirle es la cualidad de ser incomprensi-

ble: *Tunc vere de Deo aliquid cognoscimus, eum ipsum comprehendere non possumus.* Nuestro entendimiento se esplaya en penetrar por los demas atributos y se espone al fin al peligro de engañarse y caer en algun error si no se afianza en lo que únicamente puede comprender que es la incomprendibilidad. Decimos que es poderoso, que es justo, que es santo, misericordioso; pero tenemos que recurrir á confesar que es poderoso, justo, santo, misericordioso con un poder, santidad, justicia y misericordia que no podemos entender, de un modo que escede todas las fuerzas de nuestra comprension. Nada al fin podemos conocer en Dios sino que es incomprendible, y esta es la primera idea que nos dá de Dios el misterio de la Santísima Trinidad. En cualquier otro misterio de nuestra religion comprendemos con mas dificultad lo que es Dios, que en este: porque en este concebimos desde luego, que nada podemos percibir ni entender de Dios; el misterio de la Santísima Trinidad es el gran misterio de la incomprendibilidad de Dios. Y ¿qué ideas de grandeza, qué afectos de veneracion, de respeto, de amor, no escita en nuestras almas el conocimiento de un Dios desconocido? ¿De un Dios que no podemos comprender? ¿De un Dios cuyos infinitos atributos y perfecciones esceden toda la capacidad de los entendimientos mas ilustrados?

No exagero si afirmo que la fé del misterio de la Santísima Trinidad es el fundamento de todas nuestras esperanzas, la fuente de todos nuestros méritos, el principio de toda santidad y el principio y la raiz de toda justificacion usando de las palabras del santo Concilio de Trento. Es

una verdad, que no podemos salvarnos sin la fé. Y ¿cuál es esta fé tan esencial y necesaria? La fé de la Santísima Trinidad y de la encarnacion de nuestro Señor Jesucristo. Los demas misterios de la religion católica podemos ignorarlos y conseguir sin embargo nuestra salvacion; pero si no tenemos la fé del misterio de la Trinidad nada nos queda que esperar. La fé de la Trinidad no solo nos conduce á la creencia del misterio de la encarnacion del Hijo de Dios, sino que nos le recomienda. No podemos menos de sentir una deleitable suavidad, un afecto muy especial al contemplar que llegó á tanto el amor de Dios á los hombres que los dió á su mismo Hijo único, y considerando que este hombre humillado, perseguido, que murió por nosotros en la cruz es en un todo igual al Padre y está sentado á su diestra en los cielos, no podemos menos de resolvernos á reverenciarle, á amarle, á servirle y obedecerle como á nuestro Dios y Señor. Considerando tambien que el Espíritu-Santo, que es el amor con que se aman el Padre y el Hijo es el que se difunde en nuestros corazones para hacernos participantes de la naturaleza divina, no solo nos llenamos de admiracion y respeto, sino que nos inflamamos en las llamas de este amor divino. Podemos decir con razon que la iglesia en la solemnidad de este dia nos lleva hasta la fuente de todos los misterios, y nos manifiesta el oceano inmenso de donde dimanen todos los bienes, bendiciones y gracias que recibimos del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo.

Confesando á la Santísima Trinidad y en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu-Santo entramos en la

iglesia y somos rejenerados en Jesucristo en el sacramento del bautismo. Somos roborados en la gracia en el sacramento de la confirmacion. Se nos perdonan los pecados en el sacramento de la penitencia, son consagrados los ministros del Señor en el sacramento del orden. Se dá la paz y union á los casados en el sacramento del matrimonio. Recibimos las bendiciones de los sacerdotes y prelados. En los sacramentos, en las bendiciones, en todos sus misterios, y ceremonias vemos que la iglesia usa de la invocacion de la Santísima Trinidad y que todo lo ejecuta en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo para que entendamos, dice san Agustin, que en el cristianismo no hay gracia, no hay salud, no hay justificacion sino por la fé de la Santísima Trinidad.

De aqui nace que antes de empezar nuestras obras segun la relijiosa costumbre que hemos recibido de nuestros mayores, nos santiguemos invocando á la Santísima Trinidad y haciendo profesion de esta fé, como quien confiesa que de ella depende todo el mérito de nuestras obras y que seria inútil cuanto hiciéramos sin tener esta fé. En los momentos cercanos á la muerte; cuando el ministro del Señor recomienda nuestra alma nada hallaremos mas eficaz y poderoso contra nuestros enemigos que invocar la Santísima Trinidad; nada nos dará mas consuelo y esperanza. Es verdad, dirá el sacerdote que media entre Dios y nosotros, es verdad que imploro vuestra clemencia por un pecador, que no ha estado esento de las flaquezas á que le han arrastrado sus apetitos; pero aunque haya pecado, no ha negado la fé del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo.

Ved, hermanos míos, cuales son las ventajas y beneficios incalculables que nos resultan en la vida y en la muerte de confesar la fé y someter nuestro entendimiento á la oscuridad del misterio incomprensible de la Trinidad adorable. Sea nuestra fé firme, puesto que nos basta el testimonio del mismo Dios que nos habla y no puede engañarse ni engañarnos, y que no hay razones que puedan apartarnos de creer. Y sea también nuestra gratitud, nuestra correspondencia, nuestro amor digno de un Dios que tanto nos ama y llena de beneficios y gracias. Dejemos á la incredulidad en sus delirios y demos gracias al Señor por el don inapreciable de la fé. No nos fatiguemos por sondear el abismo ni las infinitas perfecciones de Dios; Dios no nos manda en este mundo comprender, sino creer con docilidad y sumisión, y en su gloria nos dará el que le veamos y gocemos.

Acordémonos que nuestra alma ha de salir de este mundo en el nombre de Dios Padre que la ha criado, en el nombre de Dios Hijo que la ha redimido, en el nombre de Dios Espíritu Santo que la ha santificado. ¡Dios mío! ¿Cuál será nuestro sobresalto y temor al considerar que hemos vivido en el abandono y desprecio de un Padre á quien debimos entregarnos del todo, como á nuestro Criador? ¿Qué hemos renunciado á un Hijo á quien debemos unirnos como á nuestro Salvador? ¿Qué hemos contristado al Espíritu Santo á quien debimos seguir como á nuestro Santificador? Y ¿cuál será nuestro consuelo y confianza en aquella hora si podemos recordar que hemos vivido conformes con lo que nos manda la fé del Padre del Hijo y del

Espiritu-Santo? Esforcémonos, hermanos míos, por sentir esta consolacion y confianza en aquella hora. De esto depende el que entremos á unir nuestras voces con las de los ángeles y santos del cielo y alabemos á la Santísima Trinidad diciendo á Dios: santo, santo, santo, por los siglos de los siglos. Amen.

E. L. G.

SERMON

DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

Debemos procurar conocer á Dios mas bien por la devocion, la humildad y el amor, que por la razon y el discurso.

Abcondisti hæc á sapientibus, et prudentibus, revelasti ea parvulis. Escondisteis vuestros misterios á los sábios y prudentes del mundo á los revelásteis á los humildes.
Matth. cap.11. v. 25.

Yo os confieso y bendigo Padre y Señor de los cielos y la tierra porque habeis ocultado vuestros juicios altísimos é incomprensibles á los sábios del mundo y habeis tenido á bien revelarlos á los humildes y reputados por ignorantes. Asi daba gracias á su Eterno Padre el mismo Jesucristo

Señor nuestro, como se nos dice en el evangelio. Hoy se nos recuerda el misterio de la Santísima Trinidad: el abismo de la ciencia y sabiduría de Dios, la existencia de un solo Dios con tres personas distintas, ¿deseamos saber algo de este sublime misterio y penetrar este arcano de Dios? Pues es preciso que nos humillemos, que nos entreguemos á la mortificación y la oración. Nada podremos conocer de Dios y sus divinos misterios, si el mismo Dios no se digna revelárnoslos; y Dios no es accesible á los orgullosos y soberbios, á los que se tienen por sábios y prudentes, sino que gusta comunicarse á los humildes y sencillos: doblando las rodillas, mas bien que elevando nuestro entendimiento y aguzando nuestros discursos nos haremos aptos para conocer aquella sabiduría suprema y celestial, aquella teología que escede á las inteligencias de los hombres y de los ángeles. ¿Creemos que por los estudios, las disputas, los argumentos y buscando demostraciones podemos penetrar cuál es la esencia y el ser de Dios y sus inefables misterios? Pues nos alucinamos y erramos torpemente. En la escuela de la ciencia de Dios se adelanta mas por el camino de la oración y la contemplación devota que por la continua lectura de los libros. No se comprende á Dios con las disputas, sino con la santidad, dice el padre san Bernardo.

La iglesia no nos llama á explicarnos y hacernos entender el misterio de la Santísima Trinidad, ni nos obliga jamás á escudriñarle, y solo sí á que bendigamos y alabemos al Padre; al Hijo y al Espíritu-Santo; y el apóstol que aun viviendo entre los hombres mereció ser levantado

á los cielos y oir los arcanos celestiales nos enseña que el modo único de llegar á conocer los misterios de Dios y comprender cuál es la altura, la latitud y profundidad y la ciencia eminente de la caridad de Jesucristo, es fundarse y radicarse en la caridad y amor de Dios.

No espereis, ni puede ser jamás la intencion de un ministro del Señor en este dia, no espereis digo, una esplicacion, aclaracion ó descubrimiento del velo que cubre al misterio de la Santísima Trinidad de modo que os le haga preceptible. ¿Queréis conocer y profundizar este misterio? Pues debeis procurar conocerle mas bien por la devocion, la humildad y el amor, que por la razon y el discurso. Esta es la máxima saludable que en honor y obsequio de la Santísima Trinidad y aprovechamiento nuestro quiero inculcar en este dia, para que el Señor que se oculta á los sábios y prudentes del mundo, y se complace en darse á conocer á los humildes y sencillos nos dé el que le conozcamos amándole y sirviéndole que es como quiere ser conocido en este mundo. ¡Espíritu-Santo, Dios con el Padre y el Hijo, origen en todo don y de toda gracia! dispensadnos la que necesitamos y nos atreveremos á pedirlos con el mas profundo respeto y veneracion y poniendo por intercesora á la Reina de los ángeles María Santísima.

AVE MARIA.

Abscondisti hæc á sapientibus...

Se nos dice en el libro de los proverbios (1) que la sa-

biduría eterna é inmortal dispuso celebrar un día un suntuoso convite: *Sapientia edificavit sibi domum; excoxit columnas septem, immolavit victimas suas, miscuit vinum, et proposuit mensam suam.* Y ¿quiénes fueron los convidados á este dichoso banquete? ¿Acaso un Aristóteles, un Platón, un Sócrates, un Demóstenes, un Tulio ó alguno de los esclarecidos filósofos y sábios del mundo? De ninguna manera. Ved á quienes mandó llamar por todas partes: *Misit ancillas suas; ut vocarent ad arcem et ad mœnia civitatis: si quis est parvulus veniat ad me, et insipientibus locuta est.* No manda llamar á los hombres de grande ingenio y perspicacia; sino á los párvulos, á los humildes y á los que se tienen por ignorantes; habla á los insipientes, así como se oculta de los sábios y los que se reputan por ilustrados. Creerian estos y se gloriarían de que con su estudio y sus luces habian podido penetrar la ciencia de Dios, la que es cedé al entendimiento humano y en la que no podemos dar un paso sin la luz del que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Yerra pues el hombre por elevado y perspicaz que se crea si presume que por sus estudios y discurso puede llegar á conocer el misterio de la Santísima Trinidad ó cualquiera de los misterios de Dios: El mayor adelantamiento en la ciencia de Dios es, dice san Lorenzo Justinián; el que cuanto más entendámos, conozcámos que sabemos menos, y que es muchísimo mas lo que nos falta que saber. No es la presunción y las disputas el camino para conocer á Dios sino la humildad y santidad.

El real profeta se gloriaba de saber mas que los ancianos y todos los que le habían enseñado; y en verdad que

no podemos menos de admirar la verdadera y sana doctrina y la ciencia sublime que hallamos en sus salmos. Y ¿dónde la estudió este hombre ocupado en guardar los ganados de su Padre y sacado de entre ellos para ceñir la espada en la guerra? Entregándose al servicio de Dios, y pasando su vida en la inocencia, cumpliendo los mandamientos de Dios, y teniendo presente su justicia. *Quia mandata tuæ quæstivi..... Memorabor justitiæ tuæ solius.*

Cuando nuestro divino Salvador entró triunfante en Jerusalem se conmovió toda la ciudad y decían: ¿Quién es este? Pero ¿quienes fueron los que le reconocieron por el Hijo de Dios y le aclamaron como al Mesías prometido en la ley? Las jentes del pueblo decían. Este es Jesus profeta de Nazaret. Los doctores y sacerdotes vieron sus milagros y sus obras que daban testimonio de la divinidad de su persona y su doctrina, y sin embargo quedaron sepultados en su ignorancia; se indignaron al ver su entrada triunfante y le dijeron: Oye lo que dicen estas jentes. Nuestro Salvador los respondió: ¿No habeis leído que de la boca de los párvulos y niños recibirá las alabanzas? Y pasó dejándolos en su obcecación. Quiere que los sencillos, los humildes y devotos sean los que reciban sus luces y tengan conocimientos de sus misterios.

El mismo Jesus no elije para sus apóstoles y encargados de llevar su doctrina á todo el mundo á los sabios y filósofos, sino á los ignorantes y sencillos; y estos aunque fueron iluminados con la ciencia divina descendiendo y haciendo asiento en ellos el Espíritu-Santo no convirtieron al mundo

con las disputas, con los escritos, con la ciencia humana sino con la santidad de su vida, con la oración y las súplicas al cielo, con la paciencia y con su amor á Dios y á los hombres.

Los príncipes y fariseos, nos dice el evangelio, envían ministros que prendiesen á Jesus y estos viendo sus milagros y oyendo su doctrina quedaron tan prendados que al volver los fariseos los dijeron: *Nunquam sic locutus est homo*: Jamás ha habido un hombre que haya hablado como este; y lejos de reconocerle y creer en él en vista de esto los dijeron: Que; ¿también habeis sido seducidos y engañados vosotros? Todos veían sus milagros y le oían; y mientras le calumniaban los sabios y doctores diciendo que obraba en nombre y con poder del demonio, una mujer entre la turba exclamó con afecto y devoción; bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que mamaste. ¡Tan cierto es que el Señor se oculta de los sabios, y se dá á conocer á los sencillos! Por eso el Señor nos manda en su evangelio que: tengamos ceñidos nuestros riñones y las lámparas encendidas en nuestras manos, para darnos á entender, como observa un sagrado espositor: que primero debemos obrar el bien y despues buscar la luz de la inteligencia. Por eso, dice santo Tomás de Villanueva, vemos á muchos hombres sencillos y sin letras que saben mas en la ciencia de Dios aprendiéndola solamente con sus limosnas, buenas obras y devociones; que muchos predicadores y teólogos, tibios, poco fervorosos y mudjanos, por que la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo se halla mas bien entre las limosnas y buenas obras que en los libros. Por eso, dice el padre san Bernardo, que

no hay otra ciencia que el conocer á Dios, que el conocer á Dios es la plenitud de la ciencia y que para conseguir esta plenitud son necesarios mas bien los suspiros que los argumentos; el dolor y compuncion interior que las profundas investigaciones; las lágrimas frecuentes que las demostraciones y sentencias; la oracion que la leccion; la gracia del arrepentimiento y la penitencia que la ciencia de las letras.

Amad pues á Dios, os diré con el Espíritu Santo (1), y se iluminarán vuestros corazones; nada habrá oculto ni misterioso para vosotros, no hay otro camino para conocer á Dios que el camino del amor y caridad; cuanto mas fervorosamente ameis á Dios, tanto mas claramente le conoceréis, porque el amor hace penetrar hasta el interior de la persona á quien se ama. ¿Nos extrañará el que para conocer á Dios y profundizar sus misterios se nos mande inflamar nuestra voluntad en el fuego de su amor, y no se nos ordene que ejercitemos y agucemos nuestros entendimientos siendo estos á quienes toca el entender y conocer? Pero en la escuela de la ciencia de Dios no sucede lo que en las escuelas de las ciencias del mundo; no se aprende por el entendimiento sino por el afecto; no por el estudio sino por la devocion; no necesitamos tener escuela, sino corazon. En los divinos misterios, dice san Buenaventura, se nos instruye por la sabiduria increada, no como por un

(1) Eccl. cap. 2. v. 40.

Maestro sino como por un esposo, por el camino del amor y no por la carrera del estudio. El que desea adelantar en la ciencia divina debe llenar de amor su corazón; de aquel amor devoto y pronto para cumplir los mandamientos de su Dios, no le pide el Señor su entendimiento, sino su corazón. No dudó la Magdalena conocer á Jesus entre todos los que se hallaban presentes al convite del Fariseo, le buscaba llena de amor; *Dilexit multum*. El amor mismo se le dió á conocer, ¿En dónde estudió el apóstol de las gentes que con tanto acierto anunció las cosas de Dios y entendió el evangelio, sino en Jesucristo crucificado? Bienaventurados los limpios de corazón, nos dice Jesucristo, porque ellos verán á Dios. La ciencia divina, dice san Gregorio Nacianceno; es como el sol que se comunica y alumbra mas en las habitaciones limpias, como la luz, que pasa mejor por los cristales que no están empañados. No puede traspasar el rayo del sol por un mármol, y así la ciencia divina no penetra á los corazones duros ó llenos de inmundicia.

¿Para qué me detengo en manifestar mi propósito cuando el mismo Jesucristo dijo espresamente esto mismo á sus apóstoles cuando Felipe le pidió que los manifestase á su Padre? En aquel día, los dijo, conoceréis que yo estoy en mi Padre. El que me ame será amado por mi Padre y yo le amaré y me manifestaré á mi mismo á él. El que me ame observará lo que yo mando y mi Padre le amará, y veudremos á él, y haremos mansion en él (1). Ved ya,

(1) Joan. cap. 14.

según el testimonio del mismo Jesucristo, á las tres personas de la Santísima Trinidad hospedadas en el corazón del que ama á Dios porque el amor divino no es otra cosa que el mismo Espíritu-Santo; y ved como el medio proporcionado para conocer el misterio de la Santísima Trinidad es el amor de Dios; un amor humilde, obediente, devoto: un corazón puro y dispuesto para que vengan á morar en él, el Padre, el Hijo y el Espíritu-Santo.

Fundaos pues y radicaos en este amor para que conozcáis la latitud, la profundidad y la altura de la ciencia de Dios. Estudiad en la escuela de su amor y cumplimiento de su voluntad, entregadle vuestro corazón y os comunicará sus secretos como los comunica el esposo á la esposa fiel á quien ama. No os ocupéis en discursos y cavilaciones inútiles sobre los misterios de Dios; en dificultades impertinentes y peligrosas que sólo desaparecerán cuando se nos manifieste cara á cara en la gloria. Entrad en los designios de la iglesia nuestra madre al recordarnos la festividad de este augusto é impenetrable misterio. Adorémosle, confesémosle, reconozcamos la virtud y poder sin límites de nuestro Dios y unamos nuestros cánticos de alabanza y bendición á las voces de los ángeles y bienaventurados del cielo que dicen sin cesar: santo, santo, santo Dios y Señor de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria. Alabad y bendecid al Señor como la iglesia os manda en este día. Este es el mejor tributo y obsequio que podemos dar á nuestro Dios; pero hermanos míos; que no nos tenga que decir el Señor: pecador, ¿por qué te atreves á poner en tu boca inmunda mis alabanzas?

banzas y justificaciones? Todo lo que podemos decir de Dios es santo; pero no lo será para nosotros si no le amamos con un corazón limpio. Por mas que entonemos los himnos de sus alabanzas y pidamos que sea santificado su nombre, no santificaremos á Dios en nosotros si sabiendo que es santo no tememos y procuramos con vigilancia no profanar su santidad con nuestras malas obras y deseos. Limpiémonos, aclaremos y purifiquemos la imagen de la Santísima Trinidad que Dios ha impreso en nuestras almas, para que estando limpia, la reconozca por suya el Señor y la admita en su reino. Creamos en Dios, esperemos en Dios, amemos á Dios en esta vida para que logremos gozarle en la eterna. Amen.

F. L. G.

SERMON

EN LA FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO CORPUS-CHRISTI.

Jesucristo, real y verdaderamente presente en el Santísimo Sacramento del altar nos ofrece con su cuerpo y con su sangre todos los tesoros y riquezas que mereció á los hombres padeciendo y muriendo por ellos en una cruz.

Venite et videte opera Domini. Venid y ved las obras del Señor. Ps. 43. v. 9.

Sí, amables oyentes: venid y ved las obras maravillosas del Señor. Acercaos á aquel sagrado tabernáculo, y la fé os lo mostrará rodeado de ángeles, de serafines y querubines ocupados en alabar, bendecir y glorificar al Dios que ha fijado en él su trono para nuestra dicha y felicidad.

Mirad a aquella hostia consagrada, y entended que en ella está el Dios que en los días de Noe inundó con las aguas del diluvio toda la superficie de la tierra; el Dios que redujo á cenizas las ciudades nefandas; el Dios que consolidó las olas del Bermejo y detuvo las corrientes del Jordán, el que domina los vientos, detiene el sol en su curso y se hace obedecer de los elementos. Allí está el Omnipotente; no ya como el Dios de las venganzas y de los castigos que hiere al fratricida Cain, á los de la torre de Babel, á los quincuajenarios de Elias, al incestuoso Aramon, al avaro Acab, al soberbio Nabucodonosor, al impio Antioco y al cruel Herodes: sino como un Dios de piedad y misericordia que perdona los pecados del mundo, y en quien hallan consuelo, amparo y proteccion la Magdalena con sus lágrimas, la mujer adúltera con su pesar, la Cananea con sus ruegos, san Pedro con su dolor, san Agustin con su pena y los pecadores todos con los frutos dignos de penitencia. Allí está el verdadero Hijo del Altísimo; no su sombra, figura ó semejanza, como impiamente sienten los socinianos, calvinistas y otros herejes anatematizados por la iglesia. Es el mismo que bajó de los cielos á la tierra para tomar carne pasible y mortal en las purísimas entrañas de María Santísima; el que nació en Belén y obró tantos prodigios en la Judea y Palestina; el que murió en una cruz afrentosa por salvarnos y redimirnos; el que resucitó glorioso y triunfante, y subió á los cielos en donde está sentado á la diestra de Dios Padre. Este, y no otros es el Dios que veneramos los fieles en aquel santísimo sacramento del amor divino, compendio y memorial de todas las maravillas

llas que ha obrado el Señor en favor de los hijos de los hombres, como lo dijo el Salmista (1). Venid sino, y vereis cuantas cosas hizo Dios en nuestras almas; cuantos prodigios obró Jesus en favor nuestro; cuanto nos ama el que no contento con sufrir, padecer, y morir por nuestra salud quiso representarnos su santísima pasión y muerte en este santísimo sacramento del altar, *Venite et videte opera Domini.*

«Jesus Cristo real y verdaderamente presente en aquel
» santísimo sacramento nos ofrece con su cuerpo y con
» su sangre todos los tesoros y riquezas que mereció á los
» hombres padeciendo y muriendo por ellos en una cruz.»
Verdad grata y consoladora capaz de hacer dichosos y felices á los que la confiesan, publican y solemnizan como los fieles hijos de este pueblo. Verdad muy propia para avivar nuestra fe, para fortificar nuestra esperanza y encender nuestra caridad, como os lo voy á demostrar con la brevedad que reclaman las circunstancias de este día.

Divino Señor sacramentado: Vos sois nuestro Dios, y nosotros vuestro pueblo. Asi vamos á demostrarlo á la faz del mundo todo: para esto nos reunimos en este santo templo; á este fin se me hace subir hoy á este púlpito. Penetrad mi alma con un rayo de vuestra luz inaccesible, y haced que mis labios pronuncien palabras de salud, de virtud y de magnificencia que engrandeciéndoos, edifiquen á

(1) Ps. 140. v. 4.

mis oyentes y vuestra gloria sea reconocida desde el Oriente al Poniente; del septentrion al mediodia. No attendais, Señor, á nuestra miseria, á nuestra maldad y pravaricacion; sino á la poderosa intercesion de la Reina de los ángeles María Santísima vuestra Madre y Señora nuestra; á quien decimos con el ángel.

AVE MARIA

Venite et videte opera Domini.

Entre las obras maravillosas de Dios la que por excelencia se llama suya es; la de haber sufrido por los hombres la pasion y muerte afrentosa de que teneis noticia; la de habernos redimido á costa de su sangre y de su vida; la de ser nuestro Redentor, nuestro Maestro, nuestra luz y nuestra guia. De esta obra maravillosa, de este prodigioso portento, de todo lo que le precedió, acompañó y subsiguió, no solo es memorial este divino sacramento, sino que es una viva y verdadera representacion en que nuestro Jesus amable representa y renueva todo lo que hizo y padeció por nuestro linaje. En él se halla toda la religion cristiana con sus dógmas, máximas y doctrinas; con sus premios y castigos; con su santidad y pureza; con sus ignominias y

sus glorias. Venid á verlo, y os convencereis de que no hay Dios como nuestro Dios; de que todas sus obras se hallan compendiadas en la que es objeto de nuestros mas solemnes cultos, y de que en ella está todo lo que necesitamos para vivir y morir con la fé, con la esperanza y con la caridad que hacen sabios, virtuosos y santos á los hombres.

Grandes, inmensos é incomprensibles fueron los trabajos, afrentas, ultrajes y desprecios que por nosotros sufrió nuestro Redentor en su dolorosa pasión y muerte. Admirables fueron las virtudes que ejerció desde que nació hasta que murió. Sobre nuestra inteligencia son los méritos, las gracias, bienes y riquezas que dejó acopiadas en la cruz para nuestra salud, utilidad y provecho: pero el prodigio de reunir todas sus obras en la de aquel santísimo sacramento es tan admirable, que al contemplarlo, los ángeles se humillan, los santos desfallecen y los fieles se asombran, se anonadan y llenan de temor viéndose precisados á decir al Dios de la santidad como san Pedro: «Apartaos de mí, Señor; porque soy un hombre pecador.» Mucho; muchísimo; infinito padeció Jesucristo en la cruz; pero ¿no se lo hace sufrir y padecer aun mas, en aquel santísimo sacramento del altar? En él se enjeta nuestro Salvador amable á las afrentas, injurias y desprecios, no solo de los infieles y herejes, sino de los malos cristianos; de sus amigos y conocidos; de los que comiendo con él en una misma mesa lo venden con mas alevosía que el traidor Judas primer profanador de la eucaristia á quien siguen en su prevaricación. Los escribas, fariseos,

doctores de la ley, y pontífices del pueblo santo, se declararon contra Jesucristo y con la espada de su lengua maldeciente, y el cuchillo de su corazón maligno, dieron muerte al Justo que pidió por ellos al Eterno Padre. Pero podrá negarse que nuestro Pastor Eterno está espuesto en aquel altar santo á que sus mismos sacerdotes le obliguen á bajar del cielo á sus impuras manos para ser tratado en ellas con mas desprecio y crueldad que en el calvario? Sabiendo no pocos, que comiendo el cuerpo y sangre del cordero sin mancha indignamente, comen su condenacion y su juicio, como lo dice el apóstol ¿no se lanzan al altar para consumir en él el delito mas atroz que se conoce en nuestra santa y adorable religion? Esto si que es digno de llorarse, dice mi melifluo padre san Bernardo (1). Esto si que es hacer sufrir á Jesucristo ofensas mas graves que las que le hicieron sufrir los judios en el Calvario. Deploremos, hermanos míos, estos excesos de la raza pecadora y postrémonos ante el Dios de la cruz real y verdaderamente presente en aquel sagrado tabernáculo para que lo miremos como lo miraron las tres Marías, san Juan y el buen Ladrón, y participemos de las gracias que nos mereció nuestro Redentor. Allí está representada la cruz cargada con el Rey y Señor de los cielos y la tierra: acudamos á ella y en ella hallaremos nuestra salud, la gracia y la gloria con que quiere enriquecernos el Dios del amor, de la piedad y clemencia inmensa.

También en aquel sagrado tabernáculo se representan muy al vivo las principales virtudes en que se ejercitó nuestro Salvador cuando vivió entre los hombres: La obediencia bajando á las manos de cualquier sacerdote por pecador é indigno que sea; en cuanto pronuncia las palabras de la consagración: La humildad; ocultando su majestad y grandeza con los velos de esos humildes y pobres acci-
dentes, para que los hombres puedan acercarse á él sin morir; y lo común como un manjar destinado á darles la vida eterna. La mansedumbre y paciencia en sufrir las irreverencias, los desacatos y desprecios con que lo tratan muchos por verlo tan humilde y abatido. La caridad en que se da á todos como alimento precioso y prenda segura de la gloria que dispone, prepara y ofrece á los que lo reciben dignamente; á los que lo bendicen; alaban y glorifican como se merece; á los que asisten al convite eucarístico con las vestiduras nupciales de la gracia, y se adornan con las virtudes necesarias para asistir santa y devotamente á los divinos oficios con que la iglesia lo obsequia en este día. Si nuestro Jesus divino hizo en la cruz el oficio de Maestro celestial, invisiblemente hace esto mismo en el santísimo sacramento del altar: pues que á los que lo reciben con las divinas disposiciones los ilustra con los resplandores de su gracia para que conozcan y sigan el camino de las virtudes, y se aparten del de los vicios. Si mientras vivió con los hijos de los hombres dió la salud á cuantos se la pedían dando vista á los ciegos, oído á los sordos, lengua á los mudos, libertad á los endemoniados y vida á los muertos, en este adorable sacramento hace

han mayores maravillas en las almas. No hay llaga que no cure; pasión que no modere; vicio que no enfrene: todo lo temple; todo lo corrija; todo lo endereze hácia el cielo y todo lo santifica en la tierra; por lo que dice mi padre san Bernardo, qué si sentimos en nuestras almas mas moderadas las pasiones de la ira, de la soberbia; de la codicia, de la lujuria y otra cualesquiera; lo atribuyamos al cuerpo y sangre de Jesucristo que adoramos en aquel sacramento de su amor (1). Si bajo la forma de divino Pastor de las almas se deja conocer en el mundo, y en el evangelio se nos presenta buscando á la oveja perdida; curándola y guardándola de lobos infernales, y se nos manifiesta como un prodigio de caridad el amor con que la apacentó en los pastos abundantes y sabrosos de sus doctrinas y ejemplos, en el santísimo sacramento del altar está para buscar á los hombres; para guardarlos y ampararlos con la protección amorosa de su real y verdadera presencia, y para apacentarlos, no solo con sus doctrinas, sino con su mismo cuerpo y con su preciosa sangre teniendo en esto su mayor gusto como lo dice mi doctor meliflúo (2).

Lleguemos pues á ese centro de las maravillas del Eterno, y mirando en él á Jesucristo, unas veces como á Maestro que viene á enseñarnos y dirigirnos; otras como á Médico que se presta á curar las llagas y enfermedades de

(1) Sermon. I. in Cena Dñi.

(2) Sermon. 74. in Cant.

nuestras almas, y otras como á pastor que nos viene á buscar para volvernos al rebaño de la gracia y apacentarnos con su carne y con su sangre, reconozcamos y confesemos que haciendo con nosotros todos estos oficios en aquel santísimo sacramento, él es, á no dudarlo, la obra maestra entre las obras del Señor, el memorial y compendio de todas sus maravillas, el esfuerzo de su omnipotencia y el milagro en que descansa nuestra fé, se aviva nuestra esperanza y se enciende nuestra caridad. Llegad almas piadosas. Llegad á ver las obras del Dios de Moisés, y no apartéis vuestra vista del que murió por salvarnos y redimirnos en el Calvario: mirad en aquel santísimo sacramento á Dios mismo, hecho comida y bebida para alimentarnos y nutrirnos como á los ángeles del cielo y sea vuestra vida una continua accion de gracias por la bondad con que nos ofrece todos los tesoros y riquezas que mereció á los hombres padeciendo y muriendo por ellos en una cruz. Contribuyamos todos con nuestra piedad y devocion á dar á la presente solemnidad el esplendor que se merece, y demos al mundo toda una prueba de que Jesús sacramentado es nuestro Dios y nosotros su pueblo predilecto. Lévenos en triunfo por nuestras calles y plazas al vencedor del pecador y del inferno, y diga nos llenos de júbilo y alegría.

¿Qué Dios hay tan grande como nuestro Dios, obrador de prodigios y maravillas? Con estas nociones devotas se avivará vuestra fé, se fortalecerá vuestra esperanza, se encenderá vuestra caridad, se consumirán los vicios, jermynarán en vuestros corazones las virtudes, y teniendo en aquel

santísimo sacramento al Dios de las maravillas haciendo los oficios de Maestro, de Médico y de Pastor divino de vuestras almas podreis confiar en el que os crió para la gracia y os reunió para la gloria que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON

DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

La presencia real y verdadera de nuestro Señor Jesucristo es lo que creemos en el santísimo sacramento, y lo que debe interesar nuestro amor y devoción.

Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus. Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet et ego in illo. Mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo estoy en él. Joann cap. 6. v. 16. et 17.

Esa hostia consagrada que con tanta solemnidad y con todas las posibles demostraciones de gozo y alegría espone hoy la iglesia nuestra madre á la veneracion de todos los fieles, no es una señal que nos recuerde á Jesucristo y su

pasión santa como pretenden los herejes, ni la veneramos en nuestros altares como veneramos á las imágenes de los bienaventurados en las que no reconocemos otra virtud que el recordarnos á los santos del cielo. á quienes dirigimos nuestros respetos: es lo mas santo, lo mas augusto, lo mas grande y respetable de nuestra religion: es el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo: es el mismo Hijo de Dios hecho hombre, el que tomó carne en las entrañas purísimas de María Santísima; el que padeció y murió por todos los hombres, que antes de separarse de ellos, en la noche de su última cena con sus discípulos dispuso, agotando las finezas de su amor y los esfuerzos de su omnipotencia si puedo explicarme así, quedarse con nosotros hasta la consumacion de los siglos y estar presente en nuestros altares en el sacramento de la eucaristía, oculto bajo los accidentes del pan y del vino.

La majestad de Dios, el mismo á quien adoran los ángeles y es toda la felicidad de la gloria está real y verdaderamente presente en esa sagrada hostia. *Caro mea verè est cibus, et sanguis meus verè est potus.* Todo es oscuridad y tinieblas por parte de nuestra razon y en obsequio de la fé tenemos que someter y cautivar nuestros entendimientos como nos dice el apóstol. Ofende esta ciega cautividad á nuestra soberbia y sujeta igualmente á los sabios y á los ignorantes, á los doctores y á los discípulos, á los grandes y á los pequeños; pero es demasiado elevado este misterio de nuestra fé para que el entendimiento humano pueda llegar á él. Todo es nuevo y distinto de lo que estamos acostumbrados á ver y palpar: nos sucede en este

misterio lo que al antiguo patriarca José al salir de su patria y entrar en el Egipto; oyó una lengua nueva: *linguam quam non noverat audivit*. Desconocido nos es en el terreno de la razón y los sentidos que estén los accidentes sin sustancia; que el cuerpo de Jesucristo se reduzca á la estrecha dimension de una hostia; que sin partirse ni multiplicarse el cuerpo de Jesucristo esté íntegramente en todas las hostias consagradas y en cualquiera parte de ellas; que sin dejar de estar en el cielo, se halle íntegro en todas las hostias aunque se consagren en un mismo tiempo y en lugares distintos y distantes. Oscuridad, tinieblas, dificultades impenetrables, hé aquí lo que halla la razón cuando intenta penetrar este misterio. Pero todo nos es fácil en el terreno de la sumisión y la fé. Con esta se disipan todas las dudas confesando nuestra limitada penetración y reconociendo que hablándonos el mismo Dios, no puede engañarse ni engañarnos. Con esta sin introducirnos a profundizar ni discurrir sobre lo que no podemos entender, creemos firmemente lo que la iglesia nos enseña y en protestación de nuestra fé dedicamos este día para dar un testimonio público de nuestra creencia; para honrar y dar gracias á nuestro mismo Dios presente, pero oculto en el sacramento de nuestros altares; para unirnos á los coros de ángeles que rodean su trono y cantarle los cánticos sagrados; para recordar esta maravilla de nuestro Dios y conducirlo en triunfo por nuestras calles y plazas en prueba de que le confesamos y adoramos por nuestro Dios y nuestro Rey.

Tal es el objeto que hoy nos reúne en este templo

y sobre lo que debo llamar vuestra atencion. Esa concurrencia y prontitud con que habeis venido á postraros delante del Señor, ese júbilo y alegría en el día que venis á festejarle, ese placer con que le acompañais y celebrais sus triunfos, cuanto veo en vosotros me descubre vuestra verdadera fé y el deseo de que el mundo entero reconozca, bendiga y alabe al Dios y Señor que habita con nosotros, y para avivar vuestro fervor; para que solemniceis dignamente el día del Señor; para que pase nuestra fé de jeneracion en jeneracion y el culto que tan debido le es á ese augusto sacramento voy á ocuparme en este rato en recordaros que: la presencia real y verdadera de nuestro Señor Jesucristo, así como es lo que creemos en el santísimo sacramento de la eucaristia; es tambien lo que debe interesar nuestro amor y nuestra devocion.

Inspiradme, Dios mio, sentimientos y palabras dignas de vuestra grandeza y majestad y propios para que todos os confiesen real y verdaderamente en ese venerable sacramento y confesándoos os amen y os adoren como á su Dios. Os lo pedimos por la poderosa intercesion de la reina de los ángeles á quien decimos con devocion.

AVE MARIA.

Caro mea...

No vemos en el sacramento de nuestros altares la patestad, la majestad ni la grandeza de un Dios que con

sola su palabra crió los cielos y la tierra; de un Dios que caminaba sobre las aguas y mandaba á los elementos, que curaba á los enfermos y daba vida á los muertos: no vemos sino pan; pero la fé nos enseña que en virtud de las palabras de la consagración está real y verdaderamente presente en la hostia nuestro Dios, que la sustancia del pan se convierte en el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo.

Este mismo Señor nos anunció esta verdad. Tomando ocasión de la multiplicación milagrosa de los panes y peces que hizo en el desierto dijo públicamente: Yo soy el pan de la vida, el que coma de este pan vivirá eternamente. Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo. Si no comiereis de este pan no tendrais la vida eterna. Mi carne es este pan que ha bajado del cielo y es de una virtud muy superior á la del Maná que comieron vuestros padres en el desierto y sin embargo murieron, el que coma de este pan vivirá para siempre, estará en mí y yo estaré en él. Al oírle los judíos se escandalizaban y litigaban entre sí preguntándose ¿como habia de poderles dar á comer su misma carne? y se apartaban de él diciendo que era una doctrina dura, increíble, que no podia oírse.

Las verdades sublimes de la religion perturban á los enfermos, ciegan á los impíos y consuelan á los humildes hijos de Dios. Son espíritu y vida y no son aptos para oírlos ni entenderlos los hombres carnales que no tienen otro Dios ni otra gloria que su vientre. Los judíos terrenos cuando se hartaron de pan en el desierto llamaban profeta á Jesus y querian hacerle su Rey; y cuando oyen hablar

de una comida espiritual que dá la vida eterna empiezan á murmurar, á resistir á la verdad y preguntar. *¿Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum?* ¿Cómo nos ha de dar á comer su misma carne? Y ¿cómo, pregunta á los judíos incrédulos san Cirilo Alejandrino, cómo salisteis del Egipto? ¿Cómo se convirtió en serpiente la vara de Moisés? ¿Cómo pasásteis á pié enjuto el mar rojo? ¿Cómo las aguas amargas se volvieron dulces y saludables arrojada en ellas un leño? ¿Cómo brotaron agua las piedras y cómo cayó Maná del cielo en el desierto para alimentarlos?

Con facilidad se hubieran aquietado los judíos y Jesucristo hubiera evitado el que se escandalizasen habiéndolos explicado que el pan que quería darlos no era propiamente su carne sino que sería un pan figura y representación de su carne lleno de virtud y eficacia para los que le comiesen con fé y recordando al mismo Jesucristo; pero tan lejos de eso que los aseguró de nuevo viniendo sus dudas y resistencias, que él mismo era el pan de que hablaba y que sino comían la carne del Hijo del hombre no tendrían la vida eterna. ¿Os escandalizan y os parecen increíbles mis palabras? los dije; pero ¿qué direis cuando veáis que el hijo del hombre vuelve á los cielos donde estuvo primero? Recordó que él era el mismo Hijo de Dios como se convenían al verle subir por su propia virtud á los cielos y que siendo Dios, nada de cuanto los enseñase debía parecerles imposible.

Esta es la doctrina que enseñaron los apóstolos y la que ha defendido constantemente la iglesia, la que ha llegado

hasta nosotros y que el Señor ha confirmado con tantos milagros. Esta es la verdad que creéis y de que haceis una pública profesion en esta solemnidad establecida por la iglesia para dar un honor y culto público á Jesus sacramentado.

Segun la doctrina del mismo Jesucristo que en la noche de la cena instituyó el augusto sacramento del altar para quedarse con los hombres hasta la consumacion de los siglos y dárseos en alimento de nuestras almas el pan sagrado no es, como quieren los herejes y sectarios, una figura, una metáfora ó una representacion que nos recuerde á Jesucristo, sino que está en virtud de las palabras de la consagracion real y verdaderamente presente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad del mismo Jesucristo, y esa hostia que veneramos y adoramos es el velo en que oculta su majestad y resplandor el mismo Dios que fabricó los cielos y la tierra, que se hizo hombre y murió por nosotros, el mismo Jesucristo Dios y hombre verdadero.

No tengo necesidad de detenerme á manifestaros la verdad de la presencia real y verdadera de nuestro Señor Jesucristo en el augusto sacramento, que creéis y confesais como católicos cristianos sin entrar á profundizar como puede ser esto, porque todo es posible para Dios. Hoy venis á rendirle vuestros homenajes y cantarle cánticos de adoracion, y si os he explicado esta verdad angusta, no es para moveros á creerla y persuadiros la, sino para avivar vuestra fé y manifestaros por una consecuencia legítima y necesaria, que si lo que creemos en el santísimo sacramen-

to es la presencia real y verdadera de nuestro Señor Jesucristo, esto mismo es lo que debe interesar nuestro amor y nuestra devoción.

Si debemos amar tanto mas y desear un bien cuanto mayor es su excelencia, ¿cuál debe ser el amor que nos debe unir al santísimo sacramento de la eucaristía que contiene al autor y la fuente de todos los bienes? ¿Qué podremos desear puesto que Jesucristo en este sacramento escende á todas nuestras esperanzas con la afluencia de sus gracias? ¿Puesto que no pudo manifestarnos mas su amor que quedándose con nosotros, y siendo Dios no pudo darnos mas que dárse-nos á si mismo? Si la fé nos descubre á nuestro mismo Dios oculto en el sacramento de nuestros altares, ¿cuál debe ser nuestro respeto y reverencia, con qué terror debemos acercarnos á él y con qué sumision debemos clamar delante del trono del Cordero diciendo como los ancianos del apocalipsis: digno eres Señor y Dios nuestro de recibir la gloria, el honor y la potestad? Quanto mas se abate y envilece por nosotros, ¿no es mas digno de nuestro amor?

Pero ¿cómo se conducen los cristianos con este Dios presente y oculto en el augusto sacramento? Oigamos lo que en su tiempo reprendia san Juan Crisóstomo y veamos si lo podemos reprender con mas razon en el nuestro. Es una lástima y dá compasion el ver, decia, la poca reverencia con que los cristianos asisten á nuestros misterios y la falta de respeto con que están al pie de nuestros altares. Hablan como si estuvieran en sus casas; se saludan como si fuesen por las calles; rien como si estuvieran en los tea-

tros. Parece que nuestros misterios son fábulas, porque ¿dónde está la fe? Si se creyese que Jesucristo estaba delante ¿nos pondríamos con tanto descaro y falta de respeto en su presencia?

Hoy en nuestros templos mas suntuosos, ¿qué vemos en la mayor parte del día sino que están abandonados y solos? ¿Quiénes van á ellos sino los que están obligados por su ministerio ó por su destino? Y cuando se entra en ellos ¿es para adorar á Jesús sacramentado que pide desde el sagrario nuestro culto? ¡Hermanos míos! Parte el corazón el ver tantas irreverencias, tantas inmodestias, tanta profanacion. Se entra sin respeto ni temor, se sale con precipitacion, dentro se mira con descaro á todas partes, menos al asiento de nuestro Dios; muchos más parece que insultan á Dios que no que le reverencian con sus posturas inmodestas é indecentes; las mujeres mas compuestas y adornadas que el mismo templo vienen á robar á Dios el incienso, la atencion y las adoraciones que se merece, pensando en sí mismas, en su vanidad y sus adornos sin acordarse de Dios; cuántas palabras, cuántos pensamientos y deseos inútiles, cuántos... Vos lo veis, Dios mio, y vuestro corazón se traspasa del dolor. Vosotros lo veis tambien y yo me avergüenzo el recordarlo en el día del Señor, pero nunca con mas oportunidad para que pongais en armonia vuestras obras y vuestra conducta con la fe. Si nos persuadimos y creemos firmemente que nuestro mismo Dios reside en nuestros tabernáculos, con facilidad conoceremos tambien que es nuestro consolador en las desgracias, nuestro médico en las enfermedades, nuestro patrono y defen-

sor contra nuestros enemigos; y si á cada hora nos estamos quejando de nuestras adversidades, ¿qué debe haber que nos estorbe el llegarnos á la presencia de nuestro bienhechor y consolador omnipotente? Si con tanta solicitud buscáis y veneráis las reliquias de los santos y emprendéis largos viajes por visitar los sepulcros de los mártires; si os teneis por dichosos teniendo un pedazo de la cruz de nuestro Salvador, en adorar alguna de sus espinas, sus clavos, ó cualquiera de las cosas que tuvieron contacto con su santísimo cuerpo, ¿á cuánta mas dicha debeis tener el poseer en ese augusto sacramento su misma persona? ¿El poder adorarle, suplicarle, contarle vuestras necesidades y honrarle en vuestros mismos pechos? ¿Cómo es posible el concebir que teneis una fé firme de la presencia real de Jesucristo en el sacramento de la eucaristía viendo vuestro olvido, vuestro abandono y vuestro desprecio de un Dios que está tan cerca de vosotros? ¿No podrán decirlos los herejes é incrédulos con razon que no creéis lo que vosotros decís? ¿Que si este fuese un artículo de vuestra fé, no dejaríais pasar los días, las semanas y tal vez los meses enteros sin acercaros á visitarle? ¿Qué no antepondríais unas conversaciones inútiles á la visita del Señor sacramentado que os debería ser muy provechosa? ¿Qué no estarían solos y abandonados vuestros templos ni tendríais tanta repugnancia á entrar en ellos? ¿Que no sucedería llevarle á los enfermos y que apenas haya quien le acompañe?

Abandonad ya esa frialdad y tibieza que os desacredita para con Dios y los hombres. Avivad vuestra fé y dad un testimonio público de vuestro amor y vuestra devoción al

santísimo sacramento con vuestras obras. Hay es el día del Señor; el día destinado para gloriamos de tenerle entre nosotros, para publicar nuestra fé, y rendirle nuestros homenajes. ¿De cuánto no es digno el Señor de los cielos y la tierra? Acerquémonos á él regocijémonos en él, ofrezcámosle una constante veneracion y respeto. El Dios que veneramos en este misterio no es un Dios terrible y vengador; no rechaza á la virtud imperfecta y débil; no rompe la caña cascada sino que la dirige, no ciega los ojos débiles sino que los ilustra; no apaga el leña que humea sino que le enciende. Al paso que hoy le conducimos en triunfo por nuestras plazas, humillémosnos en la presencia de este Dios escondido, manifestémosle nuestros corazones, y con unos deseos fervorosos pidámosle sus luces y sus gracias. El nos dará el verdadero celo por la gloria de Dios, avivará nuestra piedad y nos escitará á hacer con frecuencia actos de amor y contrición al pié de sus altares; nos inspirará con su ejemplo la humildad y obediencia á la ley divina; la caridad para con Dios y con nuestros prójimos; el desprecio del mundo y la vanidad; la misericordia; será nuestra comida y nuestra bebida y si comemos dignamente de este divino manjar estaremos unidos á Dios en este mundo, seremos una misma cosa con él, nos llenaremos de todas las gracias y será la preda segura de nuestra gloria. Amen...

SERMON

DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

Pinezas de Jesus sacramentado:

*Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem,
in me manet et ego in illo. El que come mi carne
y bebe mi sangre, está en mí y yo estoy en él. Joann.
c. 6. v. 17.*

¿Qué halló el Salvador del mundo en los hombres para amarlos con tanto ardor y desear quedarse con ellos para siempre? Los desprecios, los ultrajes y persecuciones que le hicieron sufrir, lejos de disminuir ó apagar su amor le inflamaron mas y mas. En el dia antes de su pasión, cuando la idea, presente siempre á su alma y mucho mas en

los últimos momentos, de lo que tenía que sufrir y padecer le estaba atormentando, y se representaban en su imaginación las sangrientas atrocidades y los crueles suplicios que le habían de preparar y hacer sufrir bárbaramente, como si nada de esto le tocara; como sino fuera él mismo la víctima sobre quien habían de descargarse tan horribles tormentos, piensa solamente en satisfacer á su amor y dársele á conocer á los hombres. Cuando las amistades mas estrechas se olvidan, cuando el cariño mas ardiente se entibia, cuando la naturaleza sobrecojida con el miedo de la muerte se amortigua y se sumerge en sí misma olvidando todo lo demas, el amor de Jesus, mas fuerte y poderoso que la misma muerte, piensa solo en los hombres olvidándose de sí mismo y los tormentos que le amenazan, busca en los consejos de su sabiduría y su bondad nuevos medios para estrecharse y unirse con los hombres y quedarse con ellos hasta la consumación de los siglos. Nos da su cuerpo y su sangre en el sacramento que instituyó en la noche de la cena y nos ordena que nos alimentemos de él para unirse mas íntimamente á nosotros y hacernos una misma cosa con él.

Este es, hermanos míos, el misterio inefable del amor de Jesus á los hombres que solemnizamos en este dia, por que justo es, y asi lo ha juzgado la iglesia instituyendo esta festividad, justo es que manifestemos nuestro amor y gratitud á un Dios que tanto nos ama y ha querido habitar entre nosotros; que nos postramos en su presencia y le adoremos reconociéndole por nuestro Dios y protestando nuestra fé á la vista de todo el mundo; justo es que le

demostramos cuanto honor y alabanza podamos darle y celebremos el triunfo del que es nuestro Señor, nuestro Rey y nuestro Dios; justo es que confesemos públicamente la presencia real de nuestro Señor Jesucristo en el sacramento adorable de la eucaristía en el que aunque no vemos sino los accidentes de pan, la fe nos descubre al mismo Jesucristo que nació y murió por nosotros y que por un exceso de su amor quiso quedarse con nosotros en el sacramento de nuestros altares.

Y ¿para qué fin se quedó Jesús anonajado y humillado en el sacramento de su cuerpo? ¿Por qué quiso quedarse con nosotros? Ved lo que yo quisiera haceros ver en este día para que conociéndolo le amaseis y correspondieseis á sus finezas con gratitud. Lo he dicho; las finezas de Jesús sacramentado es lo que he elegido para asunto de mi breve discurso en este día, para que se avive vuestra fe y se inflame vuestro amor. Para que le alabeis y bendigais con una fe viva, y un espíritu recto y suspireis por estrecharos y uniros cada vez mas intimamente con Jesús alimentando con él dignamente vuestras almas. Pida los auxilios necesarios para el acierto por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Qui manducat.

¿Qué pudo obligar á Jesucristo á quedarse con nosotros? Por mas que estendamos nuestra vista por todas

partes no hallaremos razon alguna hasta que entremos en su corazon. Nos amó y el amor es enemigo de la separación y la ausencia; pero ¿hasta qué punto llegó lo ingenioso y omnipotente de su amor? Cuando entre los hombres se separa un amigo de otro amigo no puede suplir el mal de su ausencia sino á lo sumo con dejarle su retrato, pero el amante Jesus ha hallado el medio de darse á si mismo, de estar presente en todas partes y á todas horas instituyendo el augusto sacramento del altar. El amigo verdadero se complace en la compañía de su amigo; está á su lado con el mayor gusto, no se aparta de él sino de mala gana; el que ama de todas veras no puede vivir ausente de aquel á quien ama, cuando está en su compañía se olvida de todas las cosas, todo lo sacrifica, se sacrifica hasta á si mismo por el amor. Tal es el amor de Jesus á los hombres en el sacramento del altar. Lleno de poder y majestad, sentado en un trono de gloria, parece que le falta todo estando separado de los hombres y los busca en su miseria para hacerlos participantes de su felicidad; no halla sus delicias sino en estar con los hijos de los hombres y por eso se multiplica hasta lo infinito, quiere hallarse en todas partes para dar á todos pruebas de su benevolencia en el sacramento del altar.

Es nuestro Dios y ya *no* nos llama sus siervos sino sus amigos: Estas son vuestras mismas palabras, Dios mio; palabras dignas de vuestra infinita bondad; palabras que igualmente son agradables para Vos que útiles para nosotros; palabras de que no usais cuando hablais con los ángeles á quienes llamais vuestros ministros y legados y no

permitis que lleguen á vuestro altar y os hablen tan familiarmente. ¡Somos amigos de Dios! ¡Dios nos trata y se deja tratar de nosotros como amigos en el adorable sacramento del altar! ¡Qué amor tan grande hermanos míos! Dios quiere tenernos por sus amigos aunque no lo seamos para que nos movamos á serlo. Para manifestar Moises á su pueblo la felicidad de ser el elegido por Dios le decía que no había nación por grande que fuese que tuviese á Dios tan cerca de sí y le tratase tan familiarmente como él. ¿Qué diremos al pueblo cristiano que tiene á un Dios lleno de bondad, y para quien no es bastante estar de continuo en nuestros templos y venir á visitarnos á nuestras mismas casas, sino que ha querido también habitar dentro de nosotros mismos y hacerse un templo en nuestro corazón donde nos habla familiarmente y podemos tratar con él nuestros negocios? ¡Qué felicidad tan incomparable la de la Virgen María en llevar en su seno al mismo Hijo de Dios! Pues el cristiano puede llevarle también en su pecho. Santa Isabel se tenía por dichosa porque la Madre de Dios fué á visitarla; pero el Señor se digna entrar en lo más escondido de nuestras almas; la Magdalena se quedaba absorta besando los pies á Jesús, y el discípulo amado descansaba sobre su pecho en la noche de la cena; pero ¡cuánto excede el amor de Jesús sacramentado que nos permite, no solo que nos acerquemos á él, sino que él mismo viene á nosotros y quiere descansar en nuestros corazones!

Hay más, hermanos míos, Jesucristo está con nosotros, pero no es un Señor terrible y á quien cueste grandes diligencias y esfuerzos el hablar y visitar, está pronto á todas

las horas y á todos los instantes para ayudarnos y estarnos . alargando sus beneficios tan lejos de tener que molestarnos con grandes y repetidas súplicas que cuanto mas le pedimos, mas nos concede; diríamos que se complace de vernos en las necesidades y desgracias para tener el gusto de vernos llegar á él y sacarnos de ellas; que nos reparte poco á poco sus bienes para darnos lugar á merecerlos y á pedirlos. Está con nosotros, pero como un amigo perfecto para consolarnos y obsequiarnos: como un pastor para apacentarnos; como un rey para gobernarnos y dirigirnos; como un médico para curar todas nuestras dolencias; como un protector poderosísimo para ampararnos; como un maestro para enseñarnos; como un doméstico para tratarnos familiarmente y unirse íntimamente á nosotros. ¡Qué mayores pueden ser las finezas de Jesus para con los hombres!

Y ¿cuánto tiene que sufrir y sacrificar en cierto modo para estar sacramentado con nosotros y manifestarnos su amor tan entrañable? Diremos que tiene que ser omnipotente contra sí mismo, despojarse de su inmensidad, anonadarse y reducirse á un corto espacio y tomar un ser misterioso que cuanto es mas real y verdadero menos podemos comprender. Si se redujo á la nada haciéndose hombre como dice el apóstol; si tuvo que valerse de las fuerzas de su omnipotencia para reducir su inmensidad y todas sus infinitas perfecciones á los estrechos límites del seno de una Virgen ¿qué diremos al ver que se reduce al pequeño recinto de una hostia? Cristiano, levanta tu consideracion á los cielos, estiende tu vista por toda la esten-

sion de la tierra y de los mares; contempla todos los espacios y admira el poder y magnificencia de tu Dios, que todo lo ha criado y todo lo conserva: vuélvete á contemplar esa sagrada hostia y admira en ella toda la longitud, latitud y profundidad de tu Dios; á todo tu Dios reducido y encerrado en ese pequeño recinto. ¿Y para qué? Para satisfacer á su amor y al deseo grande de habitar entre los hombres.

¡Y si al fin los hombres le amasen, si le correspondiesen y le fueran agradecidos! Pero ¿cuánto no tiene que sufrir en ese augusto sacramento por parte de los hombres? ¿Cuánto debe sentir la impiedad de tantos hombres malvados que abusan de la eucaristía y convierten el testimonio mas grande de su amor en objeto de sus profanaciones, de sus blasfemias y de sus escándalos? ¿Cuánto debe sentir la irreligion y la insolencia de tantos herejes y malos cristianos que lejos de honrarle y adorarle en este misterio parece que vienen á insultarle, y le desconocen y niegan? ¿Cuánto debe sentir la tibieza y frialdad aun de aquellas almas que se tienen por devotas y que apenas fijan en él sus adoraciones, le reciben de tarde en tarde y le dejan en la soledad de los templos las semanas enteras? ¿Cuánto debe sentir la vileza y temeridad de los que le venden como Judas recibéndole indignamente y reproduciendo todos los oprobios que le hicieron sufrir los judios en su pasion? Todo lo preveia Jesus antes de instituir este adorable sacramento; pero todo lo despreció y pudo mucho mas su amor y el deseo de quedarse y unirse á los hombres.

Los dones son los que manifiestan el corazon y la prue-

ba mas convincente del amor, ¿y pudo el divino Jesus manifestarnos mas su verdadero amor y persuadirnos los finos afectos de su corazon que instituyendo ese adorable sacramento? ¿Disponiendo no solo quedarse con nosotros sino tambien dárseos á sí mismo? Se dá á los bienaventurados en el cielo de otro modo pero no los dá otra cosa distinta que la que nos dá en el sacramento de su cuerpo, y podemos asegurar con san Agustin que aunque su poder divino es infinito, no puede darnos otra cosa mayor ni mas copiosa que dárseos á sí mismo.

El sacramento del altar es la fuente de todas las gracias que se nos comunican con tanta abundancia. De él corre la sangre del cordero sin mancha que quita los pecados del mundo, que puede borrar todas nuestras imperfecciones y lavar todas las reliquias de las impurezas de nuestras almas; en él podemos hallar las fuerzas para vencer á nuestras pasiones y pelear contra los enemigos de nuestra salud; en él hallamos las mas agradables consolaciones en las adversidades mas amargas; de él recibimos las luces contra las ilusiones del demonio y los errores del mundo: es el viático saludable en la muerte y la prenda de la inmortalidad. En él, en fin, tenemos el remedio universal para todas las enfermedades de nuestras almas y un preservativo contra todos los males. Con razon podemos decir de Jesus sacramentado; lo que se decia de él en tiempo de su vida mortal: *Virtus de illo exibat et sanabat omnes* (1).

(1) Luc. cap. 6,

Tiene una virtud poderosa para sanarlo todo. Está sentado todos los días en nuestros altares esperando no solo á una mujer pecadora para darla las aguas de su gracia, sino á toda la iglesia para llenar de sus dones á los fieles, como dice san Juan Crisóstomo.

¿Quereis ver los bienes abundantes y los efectos saludables que obra el sacramento de la eucaristia en las almas de los que le reciben dignamente? Pues dadme una que se alimente de él con las debidas disposiciones y será obediente á sus superiores, afable con sus iguales, llena de caridad con sus inferiores: no dejará pasar ocasion de santificarse: no la aterrorarán las dificultades del camino de la virtud; amará las austeridades de la penitencia. ¿Han de mortificarse las pasiones y apetitos? ¿Ha de desterrarsela pereza, los placeres y deleites terrenos y romperse las mas íntimas amistades peligrosas? ¿Hay que perdonar las injurias, renunciar á la vanidad, callar, ceder, contenerse y obedecer? Pues estas victorias se consiguen con la virtud que nos dá este adorable sacramento. ¿Hay que resignarse en la voluntad de Dios? Pues el alma que recibe y contempla á un Dios sacrificado y obediente hasta la muerte todo lo sufre, todo lo sostiene, todo lo espera. El torrente de delicias que embriaga á los bienaventurados, llena el corazón de los justos sobre la tierra en este divino sacramento y si no todos sienten estas gracias y consolaciones, es porque no tienen aquella fè, aquel amor y disposiciones necesarias. Dadme un alma amante, un alma que desee y suspire por alimentarse de este divino manjar, dice san Agustín y esta entenderá y sentirá las dulzuras de este inefable misterio.

¿Qué me molesto en recordar lo que nos dá Jesucristo en su adorable eucaristía? Se nos dá á sí mismo, entra y se une á nosotros. *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet et ego illo*. Nosotros estamos en él, y él está en nosotros. Cuanto podamos decir es nada despues de estas palabras. Los primeros cristianos bien persuadidos de la virtud poderosa de este diviuo sacramento se alimentaban de él con frecuencia y no temian los tormentos del martirio teniendo dentro de sí al autor de la gracia; no temian el hambre, la persecucion ni los trabajos alimentándose con el pan de los suertes. Yo no acabaria si me detuviese á manifestar los bienes inmensos, los prodijios admirables que obra Jesus sacramentado en nuestras almas en prueba de su inmenso amor á los hombres.

Pero ¿no es admirable tambien el que el hombre siendo tan débil resista al poder de Dios? ¿El que el corazon del hombre siendo tierno y flexible por sí mismo sea tan duro que no ceda á los mayores milagros y beneficios de Dios? ¿Es posible que conociendo las finezas de Jesus no le amemos, no le correspondamos, le ofendamos é injuriemos? ¿Ha de llegar nuestra maldad á ultrajar á nuestro Dios en el mismo sacramento de su amor? Este es el sentimiento mayor de Jesus: el que sus mismos hijos le ultrajen y desprecien, el que le deshonren aquellos á quienes pone á su mesa y alimenta con su cuerpo. Detastemos esta monstruosa ingratitud. Reconozcamos el amor grande que Jesus nos tiene. Corresponámosle con nuestro amor; seamos hijos fieles, activos y fervorosos; honrémosle, venerémosle, pu-

bliquemos sus alabanzas y sus glorias y acerquémonos con frecuencia á alimentarnos con el pan del altar : llenémonos de los tesoros de sus gracias y dones que podemos comprar sin oro, ni plata y solo á cambio de nuestro corazon. Haced, Señor que desde este dia de vuestro triunfo desaparezca nuestra ingratitud, nuestra tibieza y frialdad, que empecemos á experimentar las dulzuras de vuestro amor para gozar despues los gozos eternos de la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

DE DESAGRAVIOS.

Las profanaciones, escándalos y sacrilegios con que se ofende la magestad de Dios en su mismo templo prueban la necesidad de desagraviar al Señor con obras virtuosas, santas y dignas de los hijos de la gracia.

Probet autem seipsum homo: et sic de pane illo edat, et de calice bibat. Pruébese el hombre á sí mismo; y así coma de aquel pan, y beba del cáliz. I.^a Corinth. c. 11, v. 28.

Preguntaron los fariseos al Bautista, si él era el Mesías prometido? y el santo precursor del Señor les contestó en estos términos. «Entre vosotros está, con vosotros vive y no lo conocéis.» Es verdad que no trae el ostentoso aparato que distingue á los grandes del mundo, ni se distin-

que por las formas brillantes que deslumbran á las jentes apegadas á la tierra. Ciertó es que vestido humildemente anda en forma de siervo semejante á los demás hombres comunes: pero si atendeis á lo que dijeron de él los patriarcas, vaticinaron los profetas y nos enseñaron nuestros padres, no lo desconocereis. Teneis este precioso tesoro á la vista y no lo veis porque os dominan las pasiones, os tiranizan los vicios y os dejais arrastrar de vuestros apetitos desordenados. Vuestras almas estan mal dispuestas, y de aquí el no gustar el dón del cielo que teneis entre vosotros. Abrid los ojos; afirmaos en la fé, y ella os iluminará con sus luces indefectibles para que veais al deseado de las jentes, al Salvador del mundo, al Redentor de las naciones.

Y valga la verdad, señores: ¿No podria yo decir esto mismo á muchos cristianos, que no obstante tener á la vista al Dios Omnipotente en el augustó sacramento del altar, viven como sino lo conocieran negándose á tributarle las demostraciones de gratitud que se merece por el amor inmenso y la misericordia infinita que nos manifiesta en el mayor de todos sus prodigios? ¿Cuántos fieles mucho peores que los fariseos, manifiestan con sus obras que no conocen al Dios que sacó al mundo de la nada, á quien debemos el ser, la redencion y la gracia, que nos mereció en la cruz á costa de su misma sangre derramada á torrentes por nuestra salud? A estos les diré yo con toda la energia de la sencillez evangélica, que el Dios del universo que hace la felicidad de sus escogidos, está en medio de ellos: que habita en nuestros templos: que baja todos los

días á nuestros altares; que nos busca y nos llama para hacernos participantes de su gloria, y que parece que no piensa mas que en nuestra dicha y felicidad: pero que se olvidan de él, que profanan su morada, que llegan á su mesa sin ningun discernimiento, que viven en una palabra como los que ignoran á Dios por no cumplir con el precepto que nos intima el apóstol con estas palabras de mi testo. «Pruébese el hombre á sí mismo; y así, coma de aquel pan y beba del cáliz.» *Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat, et de calice bibat.* Probada esta verdad, origen, principio y causa de cuantos males experimentamos, ¿no quedará demostrada la necesidad de desagraviar á aquel divino Señor con obras virtuosas, y dedarle el honor y gloria que se merece, una vez que tanto lo ultrajan, vilipendian y ofenden los mismos que han jurado bendecirlo y glorificarlo? A convenceros de esto se dirigirá todo cuanto os diga en este discurso, pobre de frases oratorias, desnudo de elegancia profana y poco acomodado al gusto de los que quieren ver en los predicadores evangélicos, Tulios, Demóstenes y Quintilianos que los deslumbren con la brillantez de una diccion repugnante en esta cátedra de la verdad: pero rico en doctrina, fecundo en bienes espirituales, á propósito para unirnos con aquel Dios que dá la vida al mundo desde el santísimo sacramento del altar.

Poderoso Señor: vuestra es la ciencia, y los tesoros de la sabiduría estan en vuestras manos. Que vengan de ellas á mi alma las luces que necesito para hablar dignamente en vuestro loor, y hacer de mis oyentes fieles hijos de la

gracia que os alaben, bendigan y glorifiquen en esta y en la otra vida. Todos, Señor, os lo pedimos por intercesion de la que mereció ser nuestra Madre despues que el ángel la saludó diciendo.

AVE MARIA.

Probet autem seipsum homo....

Incomprensible es el amor que manifiesta Jesucristo al hombre en el santísimo sacramento del altar; pero aun lo es mas la ingratitud con que el pecador corresponde á los beneficios de su insigne bienhechor; Jesus, por un efecto de su caridad ardiente hácia los hombres vive en nuestros templos, se sacrifica diariamente en un millon de altares por las simples palabras de un sacerdote, nos dá su santísimo cuerpo y su preciosísima sangre para que todos sin distincion de clases comamos y bebamos hasta la consumacion de los siglos, nos alimenta con las viandas del cielo, y hace en favor nuestro cuanto puede hacer todo un Dios Omnipotente. Pero nosotros por un contraste bien extraño desconocemos todos estos favores y beneficios, profanamos su santa casa, asistimos al santo sacrificio de la misa sin atencion ni recojimiento, vamos como arrastrando á co-

mer el pan de ángeles que se nos ofrece en aquella sagrada hostia, no lo distinguimos de los manjares profanos, y tan lejos estamos de probarnos, como nos lo encarga el apóstol, para acercarnos á la mesa, que al contrario, tenemos la audacia de asistir á ella con conciencia de pecado mortal, con conocimiento de que vamos á crucificar de nuevo á Jesucristo con el mas horroroso sacrilejio. Nos llamamos fieles, y blasonamos de nuestro catolicismo, pero nuestras obras son opuestas á la fé, indignas de nuestro carácter de hijos de Dios.

Nosotros sabemos que nuestros sagrados templos son la casa del Dios vivo; la mesa del Eterno sobre la tierra; un nuevo cielo que el Señor llena con su gloria, en donde nos hemos hecho fieles, y sido elevados á la esperanza de Jesucristo. Sabemos que en estas santas iglesias prometimos nuestra fé; que en ellas es en donde pueden hallar asilo los pecadores, lavar sus conciencias con las aguas vivas de los sacramentos, y acudir á los tribunales de la misericordia infinita á cuyos pies se perdonan los pecados, y se nos quitan las cadenas de Satanás. Aquí es en donde tantas veces formásteis propósitos de no volver á ofender á Dios, de mudar de vida, de haceros nuevas criaturas por la gracia. Aquí habeis dicho contritos y humillados: Padre mio, pequé contra el cielo y contra Vos: y aquí os ha dicho Dios por medio de sus ministros: Hijo mio, marcha en paz, tus pecados están perdonados. Este santo templo es el lugar tremendo en que se sacrifica por los hombres el Hijo de Dios: En él resuenan los cánticos de alabanzas que repiten los coros angélicos en la celestial Jerusalem al lado del

Cordero inmaculado. Aquí se os predica y dice de parte de Jesucristo, que los avarientos, los usurpadores de lo ajeno, los lascivos y disolutos, y los que de cualquier modo quebrantan algun mandamiento de la ley santa no tendrán parte en el reino de los cielos. Aquí en fin ha fijado su consistorio el Redentor del mundo para oír, juzgar y sentenciar la causa de nuestra eterna salvacion ó de nuestra desdicha perdurable. Y con todo esto: ¿no es cierto que muchos vienen á este lugar sagrado á cometer nuevos delitos con sus irreverencias, con sus descomposturas, con sus profanaciones y otros mil desacatos que la decencia del púlpito prohíbe espresar? Vemos en nuestros templos una asamblea de cristianos reunidos para dar culto á Dios y prestarle homenaje? O unas concurrencias de mundanos inmodestos, indevotos y devorados por la sed ardiente de los placeres terrenos y carnales tan contrarios á la santidad de la casa del Señor? Decidlo vosotros mismos, y ojalá pudierais convencerme de exajerado y escesivo en indicar los desórdenes con que se ofende á la magestad de nuestro Dios en su mismo alcazar! ¿Pero cómo ha de ser así; si aun no os he dicho que vuestras abominaciones suben de punto cuando aquellos ultrajes se cometen precisamente á la hora del santo sacrificio de la misa, en el acto mas augusto que tiene nuestra santa y adorable religion?

En el santo sacrificio de la misa se renueva la memoria de todos los misterios de nuestra redencion. Jesucristo nace nuevamente y muere sobre nuestros altares. La victima que se ofrece y el oferente es el mismo Dios: el sacerdote es el que, como ministro de Jesucristo, pone á

la vista del Eterno Padre la sagrada ofrenda en remision de nuestros pecados. Allí con los brazos levantados al cielo ruega por aquellos por quienes especialmente se ofrece el sacrificio: despues se pide por los que están presentes: por los fieles en comun, y por la prosperidad de nuestras almas: se suplica al Padre de las misericordias que nos dé la paz, la salud y la abundancia de vuestras cosechas: se le ponen presentes todos los méritos de Jesucristo para que por ellos se digne desatar las cadenas de las almas que jimen en las cárceles del purgatorio; se representa todo lo que pasó en el calvario cuando en él murió el Redentor de las naciones; y Jesus, el mismo Jesus real y verdaderamente como está en los cielos, es el que presente en nuestros altares se ofrece, pide y suplica por nosotros cuando se celebra el santo sacrificio de la misa. Y será posible que cuando esto pasa á nuestra vista, que cuando se presenta á Dios la sangre de su Santísimo Hijo por nosotros, mientras duran aquellos terribles momentos en que se abren los cielos sobre nuestros altares, y en un tiempo en que se trata el negocio de nuestra salud eterna entre Jesucristo y su Padre, ¿haya hombres que insulten, blasfemen, impropersen y escarnezan al Hijo del Altísimo que se ofrece por ellos, y al Eterno Padre que se contiene y no los confunde en los abismos infernales por lo agradable que le es el santo sacrificio de la misa? ¿No parece un frenesí, un delirio y un vértigo el decir que hay cristianos que mientras los ángeles del cielo tiemblan y adoran al Dios de nuestros altares, ellos duermen, conversan profanamente, se provoquen mutuamente con miradas, ademanes y maneras que ellos entienden, y

que el Dios vengador de los agravios que se le hacen en su santuario sabe castigar? Pues sin embargo, por incomprensible que esto sea, ello es que al santo sacrificio de la misa asisten muchos cristianos como á una funcion de teatro, como á un rato de diversion ó pasatiempo, cuando no sea como á un lugar de citas y cálculos para ofender mas y mas al Señor de la gloria y venderlo aun mas alevosamente que lo vendió Judas. Ello es que vemos en nuestros templos al tiempo de celebrarse en ellos los divinos misterios, mujeres sin modestia, gravedad y circunspeccion; adornadas con los vestidos del orgullo y de la vanidad, en actitud de cazar almas para el infierno y convertidas en instrumentos de Satanás sin hacer el menor caso del santo sacrificio que se ofrece porque ellas mismas no perezcan. Ello es, que el modo que tienen muchos de honrar á Dios en su mismo palacio, es el que pudieran tener sus mismos enemigos para despreciarlo; y sino: hombres provocativos y mujeres lascivas, que bajo el pretexto de oir misa engañais á los que vijilan sobre vuestra conducta, y acudis á los templos á escandalizar á los fieles con vuestras simulaciones y artificios diabólicos, ¿qué es para vosotros el santo sacrificio de la misa? Venis á los templos del Señor á sacrificar ó á insultar? A santificaros ó á condenar? Contestaos á vosotros mismos, mientras que avanzando de abominacion en abominacion hasta la mayor de todas os digo, que si hay cristianos malos que profanan los templos con sus irreverencias y desacatos y ofenden escandalosamente al Dios de nuestros altares cuando asisten al santo sacrificio de la misa, los hay aun mucho peores entre los que tratan al Se-

ñor en el santísimo sacramento del altar con mas crueldad y sevicia, con mayor fiereza que lo trataron los que lo crucificaron en el Calvario.

Sí pecadores hipócritas, ó impíos declarados: á los ultrajes y profanaciones que acabo de indicar añadís el mayor delito que puede cometerse en la tierra; la repugnancia con que os llegais á la sagrada mesa, la indisposicion y estado deplorable de vuestras conciencias con que os atreveis á comer el maná del cielo vuestra propia condenacion. Ya por lo comun no se viene á la sagrada mesa sino como arrastrados á la fuerza é impelidos por los anatemas de la iglesia, el dia de la comunion es el dia mas molesto y penoso de todo el año: no se piensa mas que en salir del paso de cualquier modo: unos momentos de exámen superficial; una confesion á la lijera llena de excusas; ninguna preparacion, ningun dolor, ningun propósito; ninguna devocion, ninguna espiritualidad.... ¿Son estos los medios que deben escoger los cristianos para acercarse al altar á recibir el Santísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo? Y son otros, por ventura, los comunes á muchos de los que me estan escuchando? Reconoceos: entrad en cuentas con vosotros mismos, y entended que la carne purísima del Hijo de Dios no puede tocar sin mancharse, en una lengua que es instrumento de tantas murmuraciones, de tantas blasfemias, de tantas indecencias y palabras vergonzosas; que el pan de ángeles no puede caer sin vilipendio en un pecho lleno de ambicion, de rencor, de odio, de sensualidad y de impureza; que todos los que se atreven á encarcelar en sus entrañas el santísimo cuerpo del Señor,

sin probarse antes, como nos lo manda san Pablo, comen su propia condenacion y son pecadores de peor género que los mismos que crucificaron á Jesus en el Calvario. Estad en todo esto; no olvidéis esta intimacion del cielo, porque tiene relacion con el fallo del proceso que os ha formado la divina justicia. Si no os mueve un Dios humillado, un Dios oculto, un Dios de amor, de paz y de reconciliacion que os llama desde aquel sagrado tabernáculo para perdonaros, inuévaos un Dios vengador de sus ofensas, y postraos ante un Dios justiciero que castiga terriblemente á sus enemigos y arroja saetas de muerte sobre los malos. Formad proyectos de conversion y penitencia; convenceos de que vuestras irreverencias en los templos, vuestras profanaciones, escándalos, sacrilejos y mala vida, tienen su raiz y fundamento en el desprecio con que se mira el precepto divino que nos intima el apóstol cuando dice: *pruébese el hombre á sí mismo: así coma de aquel pan y beba del cáliz: Probat autum seípsum homo; et sic de pane illo edat et de calice bibat.*

Conocida la enfermedad, fácil es su remedio. Vosotros conocéis ya la causa de vuestra depravacion y el principio de vuestros males, sabéis lo que sois y lo que debéis ser para salvaros; no ignorais que para ser justos, virtuosos y dignos de aquel divino Señor sacramentado es necesario hacer lo que nos manda san Pablo, y dejar los caminos del vicio, las sendas de la iniquidad, el rumbo de las pasiones desordenadas. Porque, pues, sabiendo el bien y el mal, los horrores del crimen y las delicias de la virtud; la paz del justo y los remordimientos del perverso ¿quó escogéis el par-

Udo de la felicidad t mporal y eterna con que se os convida en aquel santísimo sacramento del amor y caridad inmensa de nuestro Redentor?  C mo no os junt is con las almas justas para desagrar ar   nuestro Dios, alab ndolo, bendici ndolo, ensalz ndolo y glorific ndolo con actos de fervorosa caridad, de accion de gracias, de humildes plegarias y oraciones que penetren los cielos y hagan descender sobre la tierra las misericordias del que no quiere nuestra ruina sino nuestra conversion, nuestra penitencia y nuestro amor? Os he indicado las prevaricaciones escandalosas con que profanais los lugares y cosas santas, con la mira de que horrorizados de tanta maldad y avergonzados de tan negra ingratitud, os fastidieis de vosotros mismos, mientras andais por el camino ancho que conduce   la perdicion, y dais un paso hácia la senda recta que nos señala aquel divino Señor sacramentado para hacer grata nuestra vida, preciosa nuestra muerte y feliz nuestra eternidad. Ahora terminar  mi discurso dici ndoos que los que desprecien mis indicaciones y se burlen de los avisos que por mi ministerio les dé en este día el Dios que preside en este santo templo llorarán sin remedio sus culpas en un infierno que no tendrá fin; y que esto es lo que nos enseña la f , lo que nos dice el Espíritu-Santo, y lo que tantas veces se os predica sin provecho.

Por eso la iglesia nuestra madre tan solícita por nuestra salud quiere que en este día demos un testimonio público de nuestra f , y que los ejercicios espirituales, la santa comunion, la devota asistencia   los templos y nuestra piedad sirvan de desagrar o y aplaquen la ira de nuestro

Redentor atrozmente ultrajado en el discurso del año. Quiere que al menos una vez hagais lo que los primeros cristianos practicaron con tanta edificacion todos los dias, puesto que tenemos un mismo Dios, unas mismas obligaciones y un mismo derecho al reino de los cielos. Quiere en fin que los efectos y resultados de este sermón sean los que me he propuesto antes de subir á este púlpito. Que os probeis, como lo manda el apóstol, procurando el estado de la gracia: y así comais el pan de vida eterna que se os ofrece en el santísimo sacramento del altar, para que adornados con la santidad de los hijos de la fé seais dignos de entrar en los tabernáculos de la gloria que á todos deseo Amen.

A. M.

SERMON

DE DESAGRAVIOS AL SANTISIMO SACRAMENTO.

Estamos obligados todos como cristianos á volver por el honor de Jesus sacramentado.

Ex hoc multi discipulorum ejus abierunt retro, et jam non cum illo ambulabant. Dixit ergo Jesus ad duodecim: nunquid et vos vultis abire? Respondit ei Simon Petrus: Domine, ad quem ibimus? Verba vitæ æternæ habes. Desde entonces se apartaron de él muchos de sus discípulos y ya no andaban con él. Por esto dijo Jesus á los doce apóstoles, y que los quereis ir tambien vosotros? Pero Simon Pedro dijo: Señor ¿á quién iremos? Teneis palabras de vida eterna. Joann. cap. 6. v. 67. 68. y 69.

Muchos de los discípulos de Jesus al oírle hablar del misterio de su cuerpo y asegurar que él era el pan divino

que habia bajado del cielo dijeron entre sí que aquello era una aberracion y un delirio; que era inconcebible y repugnante y no se podia oir sin horror y desde entonces se apartaron de él, le volvieron la espalda y ya no andaban con él, ni le tenian por su Maestro. Por esto dijo Jesus á sus doce apóstoles: y que ¿os quereis ir tambien vosotros? Pero san Pedro á nombre de los demas le respondió: Señor, ¿á quién hemos de ir? Vos teneis palabras de vida eterna.

Esta conducta de los judios, ¿no la vemos continuamente aun entre los mismos cristianos? Sin contar con los infieles y los herejes que no creen la presencia real de Jesucristo en el adorable sacramento del altar y le mofan y ultrajan con descaro, aun entre los mismos cristianos que le creen, ¿cuántos hay tibios, que como enfadados de sus beneficios se apartan de su amable compañía dejándolo solo? ¿cuántos hay que no se acuerdan de su Dios y dejan pasar las semanas enteras sin visitarle y los años sin recibirle? ¿Cuántos hay que cometen irreverencias en sus templos y que le ultrajan y profanan como desgraciadamente hemos visto en muchas partes y en diversas ocasiones?

Jesucristo lleno de afliccion y angustia, viéndose abandonado y ultrajado por sus mismos hijos, por aquellos mismos á quienes se dá en alimento de sus almas y pone al rededor de su mesa se vuelve á sus verdaderos amigos como á los apóstoles para buscar en ellos algun consuelo y alivio y los dice: siervos fieles, cristianos fervorosos, amigos íntimos á quienes he franqueado los secretos de mi corazon. ¿Me quereis dejar tambien vosotros? ¿Estais ya

causados de servirme? ¿Os disgustan mis beneficios y os fastidia este divino alimento? ¿Quereis tambien abandonarme y uniros á esa turba de profanadores que me descomuenen, me profanan y ultrajan?

¿Qué responderemos nosotros á esta pregunta que sale del pecho de Jesus abrasado todo de amor y que no puede menos de empeñarnos á que le amemos mas y mas, á que tomemos parte en su afliccion y le consolamos en su pena? Le protestaremos nuestra fé, le reconoceremos como á nuestro Dios y Señor, daremos testimonios públicos de nuestra creencia y de que en ese angusto sacramento tenemos al Dios que tiene palabras de vida eterna. No tendremos otro Dios sino á él y con nuestros respetos nuestros cultos y adoraciones procuraremos desagrarle de los ultrajes que recibe y que sacrilegamente le prodigan los malos cristianos en el angusto sacramento del altar. Le diremos como san Pedro, ¿Señor nosotros creemos y confesamos que aunque estais oculto bajo esos accidentes eucarísticos sois el Hijo de Dios vivo. Sois el Dios de toda verdad y tenéis palabras de vida eterna. No adoraremos ni reconoceremos otro Dios sino á Vos, no nos separaremos de Vos que sois el que podeis darnos la salud y la vida.

Ved, hermanos míos, nuestro deber y el objeto de esta solemnidad que celebráis con tanto regocijo y alegría. Desagrar á Jesus sacramentado de los ultrajes que recibe de los infieles y malos cristianos. Dar un testimonio público de nuestra fé y hacer una ostencion de nuestros obsequios contraponiéndolos á las profanaciones y sacrilejos,

y recordándoos este deber voy á manifestaros que estamos obligados todos como cristianos á volver por el honor de Jesus sacramentado.

Inspiradme, Señor, palabras de vida eterna y que encendidas en el fuego de vuestro amor inflamen á mis oyentes como Vos lograsteis inflamar á vuestros apóstoles. Os lo pedimos por la intercesion de vuestra Madre y Señora nuestra.

AVE MARIA.

Ex hoc, multi discipulorum....

La fé, el amor, la gratitud y el interés particular nos imponen el deber sagrado de volver por el honor de Jesus y desagraviarle en cuanto esté de nuestra parte de las injurias que recibe en el santísimo sacramento de los hereges y cristianos sacrilegos é impíos.

Si creemos que en el augustó sacramento del altar está real y verdaderamente presente el mismo Jesucristo nuestro Dios y Señor, el mismo que padeció y murió por nosotros, el mismo que está en los cielos, ¿podremos sufrir el que se le vilipendie, se le mofe y se le maltrate? Si viéramos á su misma persona, ¿podríamos consentir en que

sus enemigos le escarneciesen y atormentasen? ¿Volveríamos la espalda y nos haríamos los sordos dejándole en manos de sus perseguidores? ¿Y tendríamos fé si viendo los desacatos é irreverencias, las profanaciones con que es ultrajado, si oyéndole quejar de su desamparo no volvermos por su honor, le adoramos y confesamos como el Príncipe de los apóstoles? Nuestros ascendientes poseídos de esta fé dedujeron como una consecuencia natural el honrar públicamente y el instituir cofradías particulares para desagraviar al Señor con sus reconocimientos y acciones de gracias de las ofensas que recibe en el sacramento del altar; y si alguna vez han sido profanadas las sagradas formas, los fieles de todo sexo se apresuraban á llorar el atentado horroroso cometido contra su Padre, su Señor, su Jesus y su Dios, y á celebrar las mas solemnes festividades para consularle en cierto modo de aquellas profanaciones. Festividades que han continuado por siglos enteros porque no se satisfacian sino transmitian á su posteridad con la noticia del atentado, la obligacion de que se celebrase públicamente la gloria de Jesus sacramentado y se estuviese siempre borrando la injuria y la mancha cometida por algunos hijos ingratos y desnaturalizados. Avivemos la fé que heredamos de nuestros Padres por la infinita bondad y misericordia de nuestro Dios y ella nos dirá que ni podemos ni debemos ser insensibles á sus ofensas, que debemos volver sin respeto ni miramiento alguno por la gloria y el honor de Jesus ultrajado en el sacramento del altar.

El amor nos impone tambien esta misma obligacion.

Si en el sacramento del altar está real y verdaderamente nuestro Dios debemos amarle con toda nuestra alma. Y ¿si amas á Dios, dice el padre san Bernardo, si amas á tu Señor Jesucristo con todo tu corazon, con toda tu alma y con todas tus fuerzas podrás mirar sus injurias y ultrages con serenidad y con ánimo tranquilo? De ninguna manera, sino que lleno del espíritu de justicia, del espíritu de ardor y como si estuvieras fuertemente embriagado de vino, lleno del celo de Finees dirás con David: mi celo me llenó de corage, porque mis enemigos se han olvidado de vuestra ley, ó con el mismo Jesus: el celo de tu casa me devora. El alma que ama á su Dios no puede menos de ser celosa de su honra. El perfecto celo, dice mi angélico doctor santo Tomás, nace del amor de amistad por el que se procura el bien del mismo amigo en cuanto que es un bien para él, y este es el celo que tenian los santos para procurar el honor de Dios y oponerse á todo lo que fuese ofensa suya (1).

Este celo por la honra de Dios es duro y fuerte como el infierno, segun la espresion de la escritura santa (2). Es decir: que el alma celosa de la honra de su Dios, aunque viera el infierno abierto y que se la amenazaba con toda la atrocidad de sus penas no se acobardaria por eso ni cesaria de oponerse abiertamente á los desprecios de Dios á quien ama ni dejaria de defender su honor y su gloria. Como el

(1) 2, quæst. 28, art. 4.

(2) Cant. cap. 3. v. 6.

infierno no se ablanda ni mitiga con las penas y tormentos, sino que siempre es el mismo y conserva toda su fiereza, así dice un sagrado espositor, el cielo por la honra y gloria de Dios no se disminuye ni apaga con ningún temor, con ningún peligro, ni aun con el de perder la misma vida sino que siempre permanece firme y arrostra todos los peligros.

El amor natural y mundano, hermanos míos, con todo de no ser tan poderoso como debe ser el amor de Dios nos manifiesta bien la conexión íntima que tiene con el cielo. ¿Podemos sufrir que se ofenda y ultraje á nuestros padres, á nuestros hermanos, á nuestros amigos? ¿Hay cosa que nos detenga para defender y volver por el honor de las personas á quienes amamos? ¿Pues cómo podremos oír y ver con serenidad los ultrajes que se cometen contra Jesús sacramentado á quien debemos amar mas que á nosotros mismos?

La correspondencia y agradecimiento á los inmensos beneficios y gracias que el Señor nos dispensa con tanta abundancia en el augusto sacramento nos compele también á que le honremos y no seamos ingratos á un bienhechor tan generoso. ¿Cuántos beneficios hemos recibido de Jesús? Y ¿no podemos decir que la mayor parte ó todos los que cada día recibimos nos dimanen de Jesús sacramentado que está entre nosotros para rogar á Dios por nosotros? Los hombres no podemos sufrir ingratitudes; no podemos llevar á bien la mala correspondencia y traspasa nuestro corazón el desvío y olvido en que nos dejan en nuestra desgracia aquellos mismos que en nuestra prosperidad eran in-

cansables en obsequiarnos y servirnos? ¿Obsequiaremos á Jesus sacramentado y cantaremos sus triunfos cuando nos llena de bendiciones y favores y le dejaremos en manos de sus enemigos cuando oímos que le blasfeman y le ultrajan? ¿Cuándo vemos las irreverencias y desacatos que se cometen contra él? Un Dios que tanto se humilla y sacrifica por nosotros ¿no es acreedor á que nosotros nos sacrifiquemos por él? ¿Podremos sufrirnos á nosotros mismos hallándonos reos de ingratitud? ¿Y dejaremos de ser ingratos olvidándonos de sus favores y no volviendo por su honor y gloria cuando es vilipendiado por los impíos y los malos cristianos? ¿No podrá quejarse amargamente de nosotros y decirnos: *filios enutriví et exaltavi; ipsi autem spreverunt me*? He alimentado á mis hijos con mi propia sangre, me he hecho su comida y alimento, pero ellos me han abandonado y no han defendido mi nombre.

¿Y qué es todo lo que pudiéramos perder por sacrificarnos en defensa de nuestro Dios? Aunque tuviéramos que dar nuestra misma vida ¿daríamos algo que no hayamos recibido de Dios? ¿Daríamos algo que Jesus no haya dado primero por nosotros? ¡Pero con cuánto aumentó nos recompensa el Señor de lo que perdemos por él! ¡Y qué grato le es el que seamos celosos de su gloria! Enoch empezó á invocar el nombre de Dios y á oponerse á las ofensas de la carne que habia corrompido sus caminos y no apareció porque Dios le llevó para sí en premio de su celo. Elías tuvo celo; y fué arrebatado á los cielos en recompensa. El apóstol vivió abrasado de celo y le fueron revelados los secretos celestiales en el consistorio de la Santísima Trinidad.

El Bautista tuvo celo y por eso vió los cielos abiertos y al Espíritu-Santo que bajó sobre Jesús en el Jordán. Moisés tuvo celo y aplacaba con sus oraciones la ira del Señor y le obligaba á retirar los castigos que merecía su pueblo. Jesucristo mismo nos ha dicho que al que le confesare delante de los hombres le confesará él delante de su Padre celestial, que el que perdiere su vida por él, la ganará, que tendrá la recompensa del ciento por uno y después la vida eterna.

Nuestro propio y verdadero interés particular debe segun esto movernos á ser celosos de la gloria de Jesús sacramentado y desagraviarle de los ultrajes que recibe y á lo mismo nos obliga la fé, el amor y la gratitud á sus beneficios. No exijo hoy de vosotros que no os unais con sus enemigos y perseguidores, que no seais del número de los que blasfeman y desprecian á Jesús sacramentado, de los que profanan su templo y provocan su indignacion con las irreverencias y descomposturas que se permiten en él, de los que se llegan á recibirle tarde, sin devocion, sin fervor y acaso con conciencias de pecado mortal cometiendo un horrendo sacrilegio: exijo mas; porque á mas tenemos obligacion como cristianos, y es que seais celosos del honor y gloria de Jesús sacramentado, que volvais por su honor y su gloria siempre que oigais sus injurias ó veais sus desacatos; que ofrezcais en honra y alabanza suya estos cultos en protestacion de vuestra fé y de vuestro amor y en desagravio de las ofensas que recibe de los que le abandonan, le niegan y persiguen. Tened por una felicidad el contaros entre el número de sus discípulos fieles y contribuir con vuestras personas y vuestros bienes á solem-

nizar las glorias de Jesus sacramentado. ¿En qué podreis emplear con mas aprovechamiento y dignidad los bienes que el Señor os concede? Justo es honrar al Señor con lo que nos dá y emplear en su culto y su servicio alguna parte de lo que nos concede; pero no es esto lo que principalmente nos pide Jesus sacramentado. Nos pide, lo que todos podemos darle, nuestro corazon, nuestro amor, nuestras adoraciones y respetos en espíritu y verdad. Nos pide que le visitemos con frecuencia, que le recibamos á menudo, que nos alimentemos y fortifiquemos con el vigor que nos dá su cuerpo santísimo sacramentado, que publiquemos sus alabanzas y no consintamos que sea injuriado en nuestra presencia.

Celebremos esta solemnidad de nuestro adorable Redentor; regocijémonos en tributarle estos piadosos y reverentes cultos, y entre las voces de los ministros del Dios vivo que le alaban y bendicen unidos á los espíritus celestiales digámosle con el corazon encendido en su divino amor. ¿Por qué no tengo, Dios mio, mil lenguas para poder celebrar con todas ellas tu amor y tus infinitas perfecciones? ¿Por qué no poseo yo los corazones de todos, ó reuno en el mio el amor con que todos los demas te aman para amarte, no como mereces, sino mucho mejor que lo que te amo? ¿Por qué no estan en mi mano todos los imperios, las coronas y los cetros de todo el mundo para ofrecértelo todo, sacrificártelo todo y ponerlo al pié de tus altares? ¿Por qué no tengo todas las virtudes, los méritos y perfecciones que tienen todos los justos en la tierra y los bienaventurados en el cielo para poder procu-

rarte tanta gloria y consolarte de las ofensas de tus enemigos, como todos los santos y los ángeles juntos? Recibe, Dios mio, mis votos y deseos y la resolucion que hago de no apartarme de tí, de no escandalizarme de tí, de ser siempre tuyo y decirte con el Príncipe de los apóstoles: *Domine ¿ad quem ibimus? Verba vitæ æternæ habes.* No, Dios mio, no me separaré de tí: tienes palabras que dan la vida eterna.

F. L. G.

SERMON

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO COMO SACRIFICIO.

Debemos considerar en la misa á Jesucristo como al Hijo del Dios vivo, como á nuestro Conductor, como á nuestro Consolador, como á nuestro Jefe, como á nuestro Modelo y como á nuestro Juez.

Tu es sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedech. Tú eres sacerdote eternamente segun el orden de Melchisedech. Ps. 109. v. 4.º

Venid pueblos y naciones: grandes y pequeños, jóvenes y ancianos, ricos y pobres, venid todos á adorar á vuestro Rey y Señor, á glorificar su santo nombre. Venid á

cantarle nuevos cánticosá, admirar la grandeza y riquezas de su amor, á elogiar su poder, á publicar las invenciones de su sabiduría, á alabar sus infinitas perfecciones: porque EL es nuestra gloria, nuestra corona, nuestra vida, nuestra salvacion, nuestras delicias, nuestra riqueza y nuestra felicidad. Regocijense hoy los fieles en su Salvador: alégrense en su Dios, alábenlo con concierto, de músicas al son de sonoros instrumentos; porque real y verdaderamente presente en aquel santísimo sacramento del altar viene á consolarnos en nuestras aflicciones, á sanar nuestras heridas, á aliviar nuestras miserias, á ennoblecernos, á honrarnos, á enriquecernos, á llenarnos de bienes, de gracias y beneficios.

¿Hay cosa mas justa en vista de la dignacion con que nos atiende, cuida y favorece aquel divino Señor sacramentado, que el manifestarle los sentimientos de gratitud que en nuestros corazones escitan sus bondades? Si el Dios que ha fijado su trono en aquel altar sacrosanto quiere asociarnos á los espíritus angélicos que forman su corte celestial y al efecto nos libra de los males que nos abruman por todas partes, nos da fuerzas y auxilios para vencer los esfuerzos de nuestros enemigos, nos protege eficazmente, y hace por nosotros todos los oficios de un Padre que ama con ternura á su familia, ó de un monarca que se de-vela por la dicha y felicidad de su pueblo: nosotros ¿no estaremos en el caso de cumplir fielmente para con él, todas las obligaciones de verdaderos súbditos, de ofrecerle nuestros homenajes y adoraciones, de prometerle obediencia y fidelidad: de con-

ságarle nuestros cuerpos, nuestras almas, nuestras vidas, nuestros bienes y todo cuanto podemos, para que disponga de ello segun le agrade, protestando que no queremos otro Dios; otro Padre; otro Rey ni otro Dueño de nuestras almas resueltas á no separarse jamás de su santo servicio?

Pues si esto es digno y justo; venid; escuchad las órdenes del cielo, dad crédito y asenso á la fé que nos dice, que siendo nuestro Señor Jesucristo el Pontífice eterno que se ofrece por nosotros á su Padre en el santo sacrificio de la misa, debemos considerarlo en ella como *Hijo del Dios Vivo* como nuestro *Conductor*; como nuestro *Consolador*; como nuestro *Jefe*; como nuestro *Modelo* y como nuestro *Juez* si queremos cumplir con las obligaciones de fieles hijos de la gracia; ser las delicias del Escelso y asistir con fruto al sacrificio que ofrece en la misa áquel de quien dice el Salmista. Tú eres sacerdote eternamente segun el orden de Melquisedech: *Tu es sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedech*. Asi os lo voy á manifestar en este discurso si Dios me favorece con su gracia.

Jesús amantísimo; que os habeis quedado con nosotros en el santísimo sacramento del altar para comunicarnos vuestras luces y el calor de vuestras misericordias: alumbra mi entendimiento, llama mi corazón con el fuego de la caridad, hazme digno de anunciar vuestros juicios para que todos os amemos por los siglos de los siglos. Asi, Señor, lo deseamos y pedimos todos por medio de la dichosa *eternitas* que os amó mas que todas; por la

que llena de gracia mereció que el ángel la saludase diciendo.

AVE MARIA.

Tu es sacerdos in æternum secundum ordinem Melquisedech.

El Señor ha jurado irrevocablemente, dice el real profeta hablando de Jesucristo, que tú seas su sacerdote (1); no como Aarón cuyo sacerdocio ha sido abolido, sino según el orden de Melquisedech que subsiste para siempre. Melquisedech figuró tu sacerdocio y tu sacrificio: él era sacerdote del Dios Altísimo, y al mismo tiempo Rey de justicia y de paz: ofreció pan y vino entre los cananeos y los hebreos; á todos los bendijo, y muy especialmente á Abraham y á su posteridad: era sin padre, sin madre y sin genealogía; y todo esto se aplica admirablemente al sacerdocio eterno de Jesucristo como tan espresamente lo mani-

(1) Ps. cap. 109. v. 4.

fiesta san Pablo (1). El sacrificio del cuerpo que aplacó al Padre enojado y reconcilió al mundo una vez que fué ofrecido sobre la cruz por nuestro Redentor, es el que será ofrecido en su virtud por sus ministros en la iglesia católica todos los dias hasta la consumacion de los siglos, y en esté es en el que tenemos por sacerdote al mismo Jesucristo que se ofrece al Eterno Padre por nosotros; de manera, que el sacrificio de la cruz y el de la misa son real y verdaderamente una misma cosa, distinguiéndose solamente en que en el Calvario corrió la sangre y murió realmente nuestro Salvador, y en nuestros altares acontece lo mismo de un modo místico é incruento que tantas veces se os ha explicado, y á cada paso lo veis en los devocionarios que traéis entre manos. Las excelencias del Eterno Pontífice Jesucristo las indica el apóstol diciendo, que es santo; inocente; sin mancha; separado de los pecadores, más elevado que los cielos, perfectamente agradable á Dios y lleno de caridad para con nosotros. Cuando pues, vamos á oír misa, vamos á asistir al sacrificio que ofreció Jesucristo por nosotros en el Calvario: vamos á ver renovada la pasión y muerte de nuestro Redentor: vamos á contemplar todos los misterios de nuestra redencion; y á presenciar todos los prodijios que ha obrado Jesus en favor de los hombres. ¡Cuánta debe ser nuestra devocion y ternura en sacrificio tan tremendo! Al considerar que el

(1) Hebr. c. 7.

El mismo Jesucristo ofrece á Dios su persona, sus trabajos, su muerte y su sangre porque nos favorezca, nos perdone, nos santifique, nos llene de bienes en esta vida y nos lleve al cielo para ser eternamente felices ¿quién no se enervoriza y enciende en amor de nuestro divino Salvador con firmes propósitos de servirle cumpliendo con su ley santa? Jesucristo en el altar á todos llama como desde la cruz; allí nos ofrece sus méritos, su grandeza, su poder, sus riquezas, su generosidad y su amor inmenso; se ocupa en aplacar la ira de la divina justicia provocada por nuestros pecados, y en pedir gracias y auxilios poderosos en favor de los que ha redimido su bondad á tanta costa; nos alumbra con sus inspiraciones para que andemos el camino de la vida con seguridad y podamos llegar al término feliz de nuestra peregrinación que es la gloria eterna: hace todo cuanto puede hacer un Dios bueno, santo y omnipotente para interesarnos en su amor, en su servicio, en nuestra dicha y felicidad, y hasta desciende á enseñarnos lo que hemos de desear, lo que hemos de pedir, lo que debemos obrar y meditar.

Quiero que para que obtengamos los bienes que nos ofrece en la misa lo consideremos como al Hijo de Dios vivo y lo confesemos tal como san Pedro y santa Marta: que adoremos con el mas profundo respeto su divinidad; que juntemos nuestras adoraciones á las de los ángeles que están presentes en el altar santo: que nos anonademos ante su trono y concebamos la mas alta estimación de su majestad, de su poder, de su sabiduría, de su bondad, de su justicia, de su misericordia, de su santidad y de su

perfecciones infinitas. Quiere que lo reconozcamos como á nuestro Dios Criador y Redentor de los hombres: que le demos gracias por el ser que nos ha dado: que le pidamos perdón por haber manchado la obra de sus manos con nuestros pecados: que le roguemos que forme en nosotros una nueva criatura con su gracia; que edifique en nuestros corazones un templo, un trono y un cielo digno para su morada. Hagámoslo así al acercarnos á los misterios de la misa, y la misa será para nosotros lo que Jesús sacramentado quiere que sea.

Quiere también nuestro Redentor que al asistir al santo sacrificio de la misa lo consideremos como nuestro Conductor: porque con una caridad eximia nos enseña las sendas de la vida andando por ellas con nosotros, allanándonos el camino, llevándonos como buen Pastor en sus brazos, alimentándonos con su carne y con su sangre y protegiéndonos contra nuestros enemigos. Meditemos, pues, en la misa la grandeza de todos estos beneficios; agradezcámosle su caridad: pidámosle perdón por haber abandonado sus caminos de virtud y perfección cuantas veces hemos pecado: protestémosle que en adelante los seguiremos con más fidelidad y no cesemos de pedirle su gracia para caminar con ella por las sendas de la virtud que nos muestra desde el altar santo, y de este modo la misa será para nosotros lo que fué para la multitud de fieles que en ella se santificaron.

Quiere nuestro Salvador glorioso, que en la misa lo consideremos también como nuestro Consolador. Yo mismo os consolaré, dice á los suyos por el profeta Isaías. *Eg*

ipse consolabor vos (1). Su bondad inmensa le hace sentir nuestras miserias: ella le obliga á descender del cielo á nuestros altares para consolarnos de un modo poderoso y eficaz dándonos cuantos socorros podemos necesitar. Debemos por consiguiente sentir vivamente en la santa misa todas nuestras enfermedades espirituales, las llagas que han abierto en nuestras almas los enemigos de nuestra salvación, nuestra pobreza y nuestra insensibilidad, para representar lo todo á nuestro divino Consolador, pedirle auxilios, poner en él toda nuestra confianza y esperar con fe viva sus divinas consolaciones. Debemos renunciar á los consuelos de las criaturas, confesar que son vapores, ilusiones é indignas de los hijos de la gracia, protestar que no deseamos ni queremos mas que las de nuestro Consolador divino y rogarle que derrame en nuestros corazones su alegría, su paz, su amor y su caridad. Así estaremos en la misa como en un cielo, y nuestras consolaciones serán superiores á nuestra comprensión.

También dice Dios por Isaías: «Lo he dado por Jefe á las gentes.» *Dedit eum ducem gentibus* (2): y así quiere nuestro Jesús divino que lo consideremos en la misa; porque él es nuestro Jefe en la terrible guerra que tenemos que sostener contra los enemigos de nuestras almas. El es el que baja de los cielos á nuestros altares para dar á los soldados de la milicia cristiana las armas para combatir: él

(1) Isai. c. 54. v. 42.

(2) Isai, c. 54. v. 4.

que con su sabiduría disipa los consejos de nuestros enemigos y aniquila sus esfuerzos: el que nos hace alcanzar la victoria y el que despues de ella nos corona con la gloria. Roguémosle pues que nos revista con las armas de justicia, que nos dé victoria en la lucha que sostenemos con nuestros vicios, pasiones y máximas del mundo. Pidámosle en la misa que nos perdone por haberlo abandonado tantas veces cuantas con nuestros pecados hemos tomado partido contra él, y prometámosle combatir fiel y valerosamente en lo sucesivo bajo sus banderas y no dudemos de que éste es un medio infalible para conseguir en la misa los beneficios que en ella dispensa nuestro Dios á los que asisten á ella con espíritu de piedad y devoción.

Es nuestro Señor Jesucristo, segun el apóstol, el modelo de todos los predestinados. *Quos prædestinavit conformes fieri imagini filii sui* (1). Meditemos, hermanos míos, en la misa este divino modelo, cuyas perfecciones son tan superiores á nuestros alcances. Observemos las virtudes que practica en nuestras altares que tan á las claras dejan verse su caridad, su obediencia, su humildad, su paciencia y su desinterés y agradezcámosle los buenos ejemplos que nos dá. Pidámosle perdon por no haberlo imitado y prometámosle seguirlo por el camino que nos señala con la práctica de sus virtudes. Supliquémosle en la misa que se imprima así mismo como un divino sello en nuestros corazones; que nos comuniqué los rasgos de sus

(1) Rom. c. 8. v. 29.

virtudes y nos las haga practicar interior y exteriormente, haciendo mencion expresa de las virtudes que mas necesitamos segun nuestro estado, condicion y circunstancias particulares en que cada uno se encuentre. Oyendo de este modo la misa ¿podremos dejar de recibir en ella las bendiciones del cielo? Que nos conteste la fé.

La potestad de juzgar, propia de la divinidad se comunicó á la humanidad de nuestro Señor Jesucristo, como el mismo lo dice en su evangelio santo: *Omne iudicium dedit filio* (1). De aqui el confesar y reconocer á nuestro Redentor por Juez de vivos y muertos. Y en dónde, amados míos, podremos considerar á Jesucristo como nuestro Juez, mejor que en el santo sacrificio de la misa? Asistid á ella con devocion, y la fé os hará ver en nuestros altares el tribunal de la misericordia infinita. Allí tenemos en favor nuestro un Abogado omnipotente que pide por nosotros y ofrece por nuestra salvacion una víctima preciosa y aceptable que escede en valor y mérito á la enormidad de nuestras ofensas.

Demos gracias al Eterno Padre por habernos dado por Juez á su divino Hijo, á nuestro Conductor, á nuestro Consolador, á nuestro Jefe y á nuestro Modelo, y reconozcamos su autoridad; sometámonos anticipadamente á sus decretos llenos de equidad, pidámosle que nos sea favorable en la sentencia decisiva de nuestra suerte eterna, y condenémosnos ahora en el mundo con una conducta opuesta á

sus máximas, pompas y vanidades, para hacernos dignos de la gracia que Dios ofrece á los que lo temen. *Jesus, nos ha de juzgar.* Meditemos esta verdad de fé en la misa, como conviene á los discípulos de la cruz, y esperemos subir al cielo con el que por nosotros bajó á la tierra y fijó su trono en aquel santísimo sacramento del altar.

Si al asistir al santo sacrificio de la misa considerais en ella á nuestro Jesus divino como os acabo de indicar, llenareis de gracia vuestras almas, encendereis vuestros corazones con el fuego de la caridad mas acendrada, no hallareis gusto, placer ni satisfaccion mas que en la virtud, y nuestro Redentor será para vosotros el *Hijo del Dios* propio, vuestro *Conductor*, vuestro *Consolador*, vuestro *Jefe*, vuestro *Modelo* y vuestro *Juez* misericordioso. Caminareis alimentados con los pastos saludables que os hará comer vuestro Pastor divino en la mesa que os prepara el sacerdote eterno segun el orden de Melchisedech, y llegará la hora dichosa en que el Dios que veneramos en aquel sagrado tabernáculo os diga lleno de gozo divinal: «Venid, benditos de mi Padre: Venid á poseer el reino de los cielos que os está preparado desde el origen del mundo:» Aquí tendrá principio la gloria sin fin que á todos deseo. Amen.

SERMON

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA COMO SACRIFICIO.

*De la dignidad y eficacia del sacrificio de la misa y
las disposiciones con que se ha de celebrar y asistir á él.*

*Vidi agnum stantem tanquam occisum. Vi al Cordero que
estaba como muerto. Apocal. cap. 6.*

Habiendo resucitado de entre los muertos una vez
nuestro Señor Jesucristo no vuelve á morir ni le vuelve á
dominar la muerte habiéndola ya vencido. Está sentado en
el cielo en un trono de gloria y de inmortalidad, y esento
de todo peligro, de todo tormento y de toda corrupción.

¿Cómo es que el discípulo amado le vió en sus admirables revelaciones como á un cordero, que aunque siempre vivo, estaba como muerto y sacrificado? ¿No es verdad que se ofreció una vez para espíar y satisfacer por los pecados de los hombres y que consumió su sacrificio en el ara de la cruz? Sí, hermanos míos, pero el apóstol y evangelista san Juan nos dá á conocer con estas palabras que el Cordero sin mancha que fué degollado y muerto desde el origen del mundo; que al entrar en el mundo dijo á su Eterno Padre: no quereis las oblaçiones ni las hostias y no son de vuestro agrado los becerros y por eso me habeis dado el cuerpo y yo estoy pronto á sacrificarle; que en todo el tiempo de su vida hasta su pasion fué una hostia, como dice Tertuliano, no solo está oculto y escondido en el augusto sacramento de nuestros altares, sino que se sacrifica y muere en la eucaristía de un modo incruento, invisible y que no podemos comprender.

La eucaristía no solamente es un sacramento en que Jesucristo está con nosotros real y verdaderamente presente y derrama sobre nosotros innumerables bienes y gracias sin número, sino que es tambien un sacrificio con el que honramos dignamente á Dios y le damos el honor que el mismo puede darse. Bajo este concepto quiero hablaros hoy del adorable sacramento y manifestaros la dignidad y eficacia del santo sacrificio de la misa y de las disposiciones con que se debe celebrar y asistir á él. Asunto útil y provechoso que debe escitar nuestro amor y gratitud hácia el Señor que se sacrifica tan generosamente por nosotros, y que debe hacernos entrar dentro de nosotros mismos á

examinar el espíritu con que asistimos al tremendo sacrificio, resolviéndonos á corregir tantas faltas y tantas distracciones é irreverencias de que nos encontraremos reos. Dadnos los auxilios necesarios, Dios mio, que os pedimos por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Vide agnum.....

El sacrificio de la misa no es una méra representación ó recuerdo del sacrificio de la cruz, es una imájen verdadera que contiene la misma víctima realmente representada: ó como se esplican los santos padres: en la misa se hace presente como lo estuvo en el Calvario. Es una y la misma la hostia, dice el Concilio Tridentino, él mismo el oferente por el ministerio de los sacerdotes, que se ofreció por sí mismo en la cruz y solo se diferencia en el modo de ofrecerse (1). En la misa se ofrece y sacrifica la misma hostia que se ofreció en el Calvario, el mismo Salvador que se ofreció á sí mismo, en la cruz y ahora se ofrece por las manos de los sacerdotes sin que haya otra

(1) Sesión. 22. cap. 2.

diferencia que el modo de ofrecerse. No sufre Jesucristo en nuestros altares una muerte sangrienta y cruel, pero nos representa la que sufrió en el Calvario con una muerte trística; no nos adquiere nuevas gracias, sino que nos aplica las que nos ha merecido y siempre es la misma víctima y el mismo sacrificio.

El Concilio de Trento llama al sacrificio de la misa: *La obra de Dios es por excelencia*: Obra de Dios en su principio, porque solo un Dios tiene poder para convertir el pan y el vino en cuerpo y sangre de Jesucristo: obra de Dios en el medio, porque un Dios que se hizo hombre es la víctima que se ofrece y la única que es á propósito para aplacar á la divina majestad ofendida: obra de Dios en el fin, porque solo un Dios puede ser el objeto de unos obsequios infinitos y de una oblacion en que se ofrece al mismo Dios: obra de Dios en su duracion porque este sacrificio no se compone de muchas víctimas, sino de una sola que siempre dura en nuestros altares que se multiplica sin dividirse; que se sacrifica siempre sin consumirse porque es inmortal é imasible el cuerpo de Jesucristo. Esta es la hostia pura y sin mancha, la oblacion magnífica y universal que se ofrece para honor y gloria de Dios desde donde nace el sol hasta donde se pone.

Diremos, pues, que la misa es un culto supremo, una inmolacion real, una protestacion pública del infinito dominio de Dios y de nuestra sumision; y un reconocimiento del derecho que Dios tiene á nuestras adoraciones. Un monumento preciosísimo del amor inmenso de Je-

sucristo á los hombres, quien en la noche misma que iba á ser entregado en manos de sus enemigos, se ofreció á sí mismo á su Eterno Padre bajo las especies de pan y vino, siendo él mismo el sacerdote de su víctima y la víctima de su sacerdocio, y quien en la misma noche mandó á sus apóstoles y sacerdotes que habian de representarle y hacer sus veces en la tierra que hicieran lo mismo en su memoria hasta la consumacion de los siglos.

En la misa Jesucristo se nos dá y pone en nuestras manos para ser él mismo el precio de todos sus dones y beneficios. Con esta ofrenda de un valor infinito igualamos nuestro agradecimiento y correspondencia á los dones que recibimos. Un Dios recibimos por la encarnacion y un Dios volvemos por medio de esta hostia santa é inmaculada. La mesa en que Jesucristo nos pone su cuerpo para alimento de nuestras almas, es tambien el altar en que ofrecemos este mismo cuerpo en sacrificio. Lo mismo que recibido como sacramento es alimento de vida para nuestras almas y un origen fecundo de bienes, ofrecido á Dios como sacrificio le dá un honor infinito y una eterna alabanza.

Déjase conocer segun esto, la excelencia y dignidad del santo sacrificio de la misa puesto que es la obra de Dios por excelencia; puesto que no ofrecemos á Dios victimas terrenas y carnales sino al mismo Dios bajo las especies de pan y vino como él lo instituyó en la última cena: puesto que con él correspondemos del modo debido á Dios ofreciéndole un don que no puede menos de aceptar, á su mismo Hijo Unigénito, al mismo que murió en la cruz

para quitar los pecados del mundo y establecer la paz entre Dios y los hombres.

¿Direis, como dicen los herejes, que es bastante el sacrificio de la cruz, y que no ha y necesidad de mas, porque habiéndose consumado la obra de nuestra redencion en el Calvario no hay necesidad de repetir la muerte del Mediador que solo murió una vez, ni de multiplicar las hostias puesto que ya se ofreció una vez por todos los hombres? Pero yo os diré con la doctrina de la iglesia católica para asegurar vuestra fé, y daros á conocer mas y mas la excelencia y dignidad del santo sacrificio de la misa que real y verdaderamente es uno mismo el sacrificio del altar y el de la cruz; que es una misma la víctima, y que aunque sea distinto el modo de ofrecerse, el altar y la cruz sostienen una misma víctima y sirven para un mismo sacrificio. En el altar se cumplió, en la cruz se perpetúa. El sacrificio no pudo ser cuento sino una sola vez; nuestro Salvador resucitó glorioso é inmortal. La muerte natural no pudo convenirle sino por algunas horas, pero quiso que siguiese una muerte mística que habia de repetirse cada dia por la destruccion de las especies. La sangre del Hijo de Dios una vez derramada era un precio suficiente y superabundante de nuestra redencion: pero convenia que se hiciese la aplicacion de este mismo precio. La passion y muerte de Jesus formó el tesoro, para podernos esphicar y hacernos entender, logró con su muerte to los los méritos y bienes de la gracia; y la misa es por la que se nos distribuyen. En la cruz murió en general por todos los hombres; en el ara del altar está en un estado de muerte

particular; muere por tí y se ofrece solo por tí. Levantamos esta sangre cuya voz clama mas que la sangre de Abel, levantamos este Cordero sacrificado para presentarle á Dios en aquel estado en que nos le describe san Juan, de pie, pero como muerto y suplicando delante del trono de la divina Majestad. Ofrecemos al eterno Padre el cuerpo y la sangre de su Hijo bajo símbolos separados y destinados por el mismo Jesucristo para anunciar su muerte. Esto es el sacrificio de la misa y por una íntima conexión conociendo su excelencia; grandeza y dignidad conocéis también su virtud y eficacia; lo mucho que por él podemos alcanzar de Dios y los bienes inmensos que hace caer del cielo sobre la tierra.

Los frutos que recibimos por medio del santo sacrificio de la misa son tan grandes y tan innumerables que no es posible ponderar su excelencia. El cielo y la tierra, Dios y los ángeles; los cristianos y los infieles; los santos que gozan de la bienaventuranza y las almas que están espionando sus ligeras faltas y lavándose hasta purificarse en el purgatorio, todos son participantes, á todos alcanza el fruto de este inmenso beneficio y podemos decir con el venerable Beda que el sacerdote que no estando legítimamente impedido deja de celebrar el santo sacrificio de la misa; priva en cuanto está de su parte á la Santísima Trinidad de la alabanza y la gloria; á los ángeles de la alegría; á los pecadores del perdón, á los justos de los auxilios y gracias, á las almas del purgatorio, del alivio y refrigerio; á la iglesia del beneficio espiritual de Jesucristo, y á sí mismo del mejor remedio.

En la antigua ley había ordenados diversos sacrificios para los diversos fines á que se destinaban. Había holocaustos; hostias pacíficas y hostias por los pecados: pero en la ley de gracia todo está comprendido en el santo sacrificio de la misa porque para todo tiene virtud y poder la hostia que ofrecemos en él. Es propiciatorio por los vivos y los difuntos. En él se derrama todos los días la sangre en remisión de los pecados y se pide al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, que tenga misericordia de nosotros. La hostia sagrada se divide en tres partes para significar que la virtud de este sacrificio se estienda á los tres estados de la iglesia. Sirve para gozo de los santos que reinan con Jesucristo en los cielos por cuya gloria se ofrece á Dios en acción de gracias; para los justos que están purificándose en el purgatorio por cuyo descanso y alivio se ofrece en sufragio y propiciación; y para los fieles que están en la tierra para espñacion de sus pecados y para alcanzar del Señor la gracia y demás beneficios. El santo sacrificio de la misa lleva de gozo á los bienaventurados por la memoria de su redención, por la obra de nuestra salud y por la bondad inmensa y admirable de Dios. Llena de consuelo á las almas del purgatorio porque alivia sus penas y las acelera la salida de su destierro y la entrada en la gloria de su Dios. El don incomparable que se ofrece en la misa y que es el único digno de Dios, el mismo Hijo de Dios escondido en el sacrificio de nuestros altares, esta hostia santa é inmaculada no cesa de aplacar la ira de Dios y hacerle propicio con las almas santas del purgatorio y con los pecadores penitentes de esta vida.

Admirar, hermanos míos, admira que haya habido necesidad de obligar con un precepto á los fieles á que asistan algunos dias al sacrificio de la misa, como si no fueran suficientes los inmensos beneficios que en él se nos dispensan para movernos á concurrir cuantas veces pudiéramos: pero se ignoran estos bienes y frutos inestimables y esta ignorancia del cristianismo es demasiado perjudicial y lamentable. ¡Qué desgracia! ¿Tener un tesoro inmenso é inagotable y vivir en la miseria por no querer conocerle? ¿Tener en nuestra potestad un remedio eficazísimo contra todas las enfermedades, el árbol de la vida que no solamente puede darnos la buena salud sino tambien la misma inmortalidad y nosotros estar oprimidos de enfermedades? Sí, amados míos, la misa es la medicina universal, el árbol de la vida, el tesoro inmenso de que podemos enriquecernos todos y cada uno de nosotros. En nosotros consiste solamente el ser ricos y atraer sobre nosotros las bendiciones del cielo. Un número inmenso de misas se celebra todos los dias en nuestras iglesias, porque aun en esto ha querido ser bondadoso nuestro Dios y nos es fácil asistir á alguna de ellas; sin embargo, los templos estan desiertos y las misas se celebran sin que apenas haya quien asista á ellas. ¡Qué ingratitud! ¡qué ceguera y locura! ¡Cuánto lamentaremos algun dia el no haber aprovechado este beneficio y no habernos utilizado de este abundante tesoro con que nos convida nuestro Dios!

Pero para que nos sea útil y provechosa la misa no basta que asistamos y estemos presentes corporalmente á ella. La celebramos y asistimos á ella, pero ¿con qué es-

píritu? ¿con qué intencion? ¿con qué disposicion? ¿Qué hacemos cuando estamos en ella? Hé aqui lo que debemos examinar. Si en los sacerdotes de la ley antigua era condicion necesaria para que ofreciesen los sacrificios que se purificasen y santificasen, y que hiciesen penitencia de sus pecados aquellos por quienes se ofrecian, mucho mas necesarias deben ser estas disposiciones para ofrecer y asistir al tremendo sacrificio de la misa. Los sacerdotes deben ser santos, sin crimen, irreprehensibles y semejantes á los ángeles para ofrecer dignamente el sacrificio del altar; y los fieles que asisten á él deben por lo menos deponer el afecto al pecado, ser penitentes, unir su intencion y sus votos con la del sacerdote y de toda la iglesia, perdonar las injurias, hacer limosnas, levantar sus corazones á Dios, darle gracias y pedirle sus beneficios.

La modestia y compostura exterior debe ser la señal de nuestra reverencia y devocion interior: vamos al templo á confesar á Jesucristo delante de los hombres, para que él nos confiese delante de su Padre celestial, y ¿en dónde debemos manifestarle mas principalmente que somos sus siervos, que en aquella accion instituida por él mismo para que le demos el debido honor? ¿Cuándo debemos manifestar mas el temor y la reverencia con que debemos estar delante de Dios, que cuando se celebra el sacrificio que se le ofrece? Entonces debe ser toda nuestra ocupacion dar gloria á Dios, adorar á Dios, pedir gracias á Dios y edificar con nuestro buen ejemplo á los demas fieles. Sin embargo, ¿cuántas profanaciones é irreverencias se cometén todos los dias mientras se ofrece el santo sacrifi-

cio de la misa? Se asiste sin atencion, con la imaginacion ocupada en los cuidados mundanos ó en asuntos inútiles: se busca la misa mas ligera, como si fuese una mengua el ocupar con Jesucristo un cuarto de hora cada semana; se suspende oír la misa hasta las horas mas adelantadas para unirse en ellas con los que tienen la misma tibieza, la misma inmundestia y la misma irreligion, y lejos de edificar á otros con el buen ejemplo y compostura se quita la devocion á los cristianos fervorosos causando distracciones continuas. ¿Cómo ha de ser útil el sacrificio de la misa á este género de cristianos?

Si habeis concebido una idea digna de lo que es el santo sacrificio de la misa, de lo que nos recuerda, de lo que se ofrece, de lo que vale el santo sacrificio de la misa, esta idea y conocimiento os debe inspirar no solamente un espíritu de respeto y veneracion, sino tambien un deseo de asistir á él con frecuencia, con recogimiento y atencion á todo lo que en él se hace. Debieran persuadirse todos los cristianos que de cuantas buenas obras puedan hacer no hay alguna mas agradable á Dios, ni mas útil para si mismos, que asistir con devocion al santo sacrificio de la misa. Debieran recordar que asisten al sacrificio del Calvario y que se hace por ellos lo que se hizo entonces por los que estaban presentes, si quieren aprovecharse de este beneficio. Si hubiereis visto morir á Jesucristo en el Calvario y os hubieseis vuelto á él pidiendo perdon de vuestros crímenes, ¿os le hubiera negado? Pues en el altar se repite el mismo sacrificio y si os moveis á compuncion, si os volveis á Jesus hiriendo vuestros pechos, si asistis con

un corazón humillado y contrito os será mas útil que todas las penitencias; el Señor os concederá un verdadero dolor y arrepentimiento y os pondrá en estado de que recibais la gracia por medio de los santos sacramentos; espiareis las manchas de los pecados cometidos y perdonados, y á poca costa evitareis las penas del purgatorio y aliviareis á las almas de vuestros padres y hermanos que estan en él. Será para vosotros lo que fué para el Centurion y los judios que viéndole morir se convirtieron; pero si como los soldados le insultais, le despreciais y continuais atormentándole y ofendiéndole ¿no os acarreareis sus terribles venganzas?

Consideremos con frecuencia, hermanos míos, lo que es el santo sacrificio de la misa, lo que ofrecemos en él, lo que se nos dá y lo que debemós hacer para que nos sea provechoso. Jesucristo dá su sangre y su vida por nosotros, y nosotros debemos dar nuestra sangre y nuestra vida por él. Debemos estar dispuestos á corresponderle con lo mismo que él hace en nuestro beneficio. Nuestros sacrificios y penitencias, todas nuestras ofrendas y nuestros cultos serán inútiles sino ofrecemos á Dios con el sacrificio del altar, el sacrificio invisible de nuestro espíritu y nuestro corazón. El Señor desprecia cuanto le ofrezcamos sino le ofrecemos todo lo que somos, sino nos ofrecemos á nosotros mismos; y aunque el mismo Hijo de Dios le haya ofrecido en la cruz un sacrificio de un valor infinito y superabundante para perdonar y borrar todos los pecados del mundo, sin embargo es una verdad que no estamos esentos de hacer á Dios el sacrificio de nosotros mismos si queremos que se nos per-

donen nuestras culpas. Digo mas; la virtud y eficacia inesfable tanto del sacrificio del Calvario como del sacrificio del altar, nunca se nos comunicará, ni seremos participantes de la gloria de Jesucristo sino con la condicion de que nos conformemos con él, le imitemos y vivamos de su espiritu.

Preparémonos de este modo; así le serán gratas nuestras adoraciones; oirá con placer nuestros cánticos; derramará sobre nosotros los tesoros de su misericordia; nos proveerá de su gracia y con ella nos haremos dignos de acompañarle y bendecirle con los ángeles en la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO COMO COMUNIÓN.

De los efectos saludables de la comunión recibida dignamente.

Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet et ego in illo. El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí, y yo estoy en él. Joan. cap. 6.

Cuando el hombre se contempla y considera á sí mismo, guiado de su débil razón, al verse rodeado de miserias, de tantas dolencias, de las enfermedades, del hambre, la sed y perseguido aun por las mismas criaturas irracionales se persuade que él no puede ser obra de las manos de un

Dios infinitamente sábio y benéfico, ó que por lo menos su providencia no se estiende á cuidar de él y remediarle sus necesidades. ¡Miserables! ¿Ignoramos acaso que todos estos males por los hemos acarreado nosotros mismos? ¿Nos hemos olvidado, por ventura, de que cuando hemos venido á este mundo trajimos ya sobre nosotros el carácter de reprobacion y de enemigos de Dios? ¿Mereceremos otra cosa que sus castigos y justas venganzas?

Pero ¿qué distintos aparecemos á nosotros mismos cuando nos consideramos con los conocimientos y las luces de la fé! Entonces ya no vemos sino á un hombre soberbio, desobediente y culpable, á la vista de un Dios que se empeña en hacerle inmortal feliz é inocente. A un hombre que corre sin freno en seguimientto de sus desórdenes, á la vista de un Dios que hace todos los esfuerzos por detenerle en su carrera y reducirle al camino de salud. A un hombre agobiado del peso de sus delitos y de su ignorancia y esclavitud, á la vista de un Dios que se detiene á darle fácilmente su ley, de un Dios que baja él mismo de la altura de los cielos á ser su ejemplo, su modelo, su maestro y á romper por sí mismo á costa de los mas grandes sacrificios las cadenas de su esclavitud.

¿Decidme hermanos míos, si cupo jamás en vuestra imaginacion y deseo un favor tan singular y tan escelepte de vuestro Dios? ¿Si llegásteis jamás á sospechar siquiera tanta bondad en vuestro Criador? ¿Pudisteis en algun tiempo atreveros á teneros por dignos de que el mismo Dios fuese vuestro libertador, vuestro amigo y vuestro hermano? Y ¿qué es todo esto? ¡El mismo Dios es vuestro

alimento, vuestra comida y vuestra bebida! Aquí es en donde no tienen lugar alguno todos nuestros encarecimientos. No lo podemos comprender con los sentidos, pero la fé nos enseña que en esa hostia sagrada, bajo los accidentes del pan está real y verdaderamente el mismo Dios que bajó de los cielos á la tierra para ser el precio de nuestro rescate y cuyo amor no permitiéndole apartarse de los hombres le sugirió este medio todo singular y maravilloso para quedarse con nosotros hasta el fin de los siglos y ser nuestro espiritual alimento.

¡Hombre terreno y carnal! Contéplate como la hez y lo mas abandonado de las obras de Dios; nosotros despues que hemos sido ilustrados con la fé nos vemos dulcemente obligados á confesar que todo cuanto ha recibido su ser de las manos de Dios cede á la dignidad y escelencia del hombre. Esa bóveda inmensa suspendida sobre nuestras cabezas y esmaltada de tantos astros luminosos que arrebatan nuestra admiracion; los mismos ángeles, esas criaturas bienaventuradas y felices que asisten continuamente al trono de Dios, no, no nos esceden en grandeza y dignidad. Dios mismo está en nosotros y nosotros en Dios por medio de ese adorable sacramento. *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet et ego in illo.*

No tiene razón el hombre para acobardarse y jemer bajo sus miserias y flaquezas. Jesucristo nos ha provisto abundantemente contra todas ellas. El se ha hecho hombre, ha estudiado nuestra naturaleza y experimentado en si mismo nuestras miserias; se ha vestido de todos nuestros males á escepcion del pecado y sabe que se necesita un

alimento para nuestra alma, un apoyo para nuestra debilidad, una guía para nuestra ceguera, y un remedio para nuestra enfermedad, y todos estos recursos y ventajas nos los dá y presenta unidos en el sacramento adorable de su cuerpo. Aquí los encontramos, hermanos míos, en esta prenda del amor inmenso de Jesús en aquel augusto sacramento, como os lo procuraré manifestar en mi discurso si el mismo Señor se digna concederme sus auxilios que le pediremos por la intercesion de su Santísima Madre á quien saludaremos con el ángel.

AYE MARIA.

Qui manducat...

Nuestra alma así como nuestro cuerpo tiene sus necesidades... Digo que padece sus necesidades el alma así como las padece el cuerpo. El hambre y la sed la mortifican sobremanera. La sed que la seca es el deseo de conocerlo y penetrarlo todo, y la eucaristía es la luz que la ilustra. Ansiosa del bien para que esta destinada le busca muchas veces donde realmente no está: esta es la hambre que la devora, y la eucaristía es la prenda y el gusto precursor de

la inmortalidad que espera. Los ministros del Señor podemos dirigir á los cristianos estas palabras del profeta: *acercaos á él y sereis ilustrados*. La eucaristía es la luz de los simples, y mientras que los vanos y orgullosos se pierden entre la variedad y estension de sus conocimientos é investigaciones; vemos personas de limitados alcances y sin estudios que encuentran en el uso santo y habitual de la comunión luces que las descubren los consuelos que encierran nuestros misterios, que las deciden los puntos mas oscuros de la moral, que las conducen por los caminos y senderos mas difíciles y que las dan á conocer la mentira y la ilusion de las tentaciones mas fuertes y seductoras. Muchos que hacen gala de ser espirituales y devotos procuran instruirse únicamente por medio de la frecuente lectura de los libros devotos; pero un cristiano verdaderamente humilde, sin abandonar ni despreciar este recurso, halla en la comunión un espíritu de inteligencia que le hace recibir las verdades con fé, meditarlas con atencion y aplicarlas á su reforma y aprovechamiento. Aquí es donde encuentra su alma el agua que estanca su sed, y que salta hacia la vida eterna. Aquí echándose de bruces en los manantiales del Salvador se alimenta y se fortifica. Aquí encuentra el maná oculto figurado en el que llovió en otro tiempo en el desierto, que no se corrompe y que le hace insípidos y desagradables los alimentos de que se sacian los pecadores. El pan adorable no produce en ella una hartura trabajosa, cuanto mas se recibe, tanto mas se desea; obra el efecto maravilloso de saciar y de dar hambre á los que se alimentan dignamente de él. Los hartos tambien cal-

mando todos sus dolores, saciando todos sus deseos y escitando en ellos el hambre de la eternidad dándolos á entender que allí es donde será cumplida su esperanza y satisfechos todos sus deseos. ¡Qué ingeniosa es, hermanos míos, la caridad de Dios que ha encontrado el medio de alimentarnos con el pan de los ángeles, de hacernos gustar en el destierro el pan de la patria, y de darnos en la mortalidad una prenda segura de la inmortalidad que nos espera? El hambre y la sed son las primeras necesidades de nuestras almas; pero también son las primeras que se satisfacen con el alimento que el amor de Jesús nos ha dejado dispuesto en el sacramento de su cuerpo.

Nuestra flaqueza y debilidad necesita también un apoyo y la caridad de Jesús nos le franquea en el augusto sacramento, en el manjar de su mesa santa á que podemos acercarnos cuando nosotros queramos. Ya no caminamos solos en nuestro destierro, y aunque el camino que conduce á la patria esté lleno obstáculos, Jesucristo afirma nuestros pasos por la virtud del pan que nos dá en la eucaristía y nos hace superar las dificultades más espantosas é inaccesibles. Por eso la iglesia cuando nos instruye sobre este grande misterio nos hace observar en él un medio poderoso para resistir á la concupiscencia, para librarnos de los enemigos que nos persiguen y acometen y para vencer las tentaciones que nos presentan.

El pan que se come en el altar no solamente es el pan de los fuertes, sino también el pan de la fuerza y aquel que le come con santas disposiciones puede, como el Padre de los profetas, caminar con seguridad fortalecido con este

alimento adorable. Los combates violentos y furiosos que sostuvieron los primeros discípulos del cristianismo en aquellos días en que además del enemigo interior veían armados contra sí al infierno y todo su furor, á la idolatría y todos sus errores y supersticiones, á los reyes de la tierra y todo su poder fueron vencidos con el auxilio de este pan del cielo. Los fieles en este tiempo, dice el padre san Cipriano, salían de la mesa de Jesucristo con la fortaleza de los leones, respirando celo por defender la religión á costa de su misma vida. Entonces se los veía también pasar desde el altar al patíbulo y confesar públicamente bajo la cuchilla de los verdugos al Dios que acababan de recibir bajo las especies eucarísticas. ¿Esta doctrina, hermanos míos, no es enteramente conforme á la que Jesucristo mismo nos enseña en la institucion de este venerable sacramento? ¿No vemos que cuando los apóstoles están próximos á padecer la tentacion mas violenta y cuando se consideran mas flacos para resistirla, entonces es cuando los alimenta Jesucristo con su cuerpo y con su sangre? Es verdad que no tendrán todavía la firmeza que se requiere, y que á pesar de la virtud de este sacramento sentirán los efectos de su flaqueza; pero solo perecerá el hijo de perdition porque ha comido su reprobacion y su juicio. Los demas apóstoles repararán pronto su flaqueza con la confesion, con la confesion mas heroica, con los testimonios mas generosos y la conducta mas santa. Ellos en adelante serán deudores al pan de la vida del cielo que los anima, del valor que los inflama, y de la constancia con que sufren los mayores trabajos y las persecuciones mas violentas. A la co-

munon del cuerpo y la sangre de Jesucristo deben tambien la sublime ciencia que derraman despues por toda la tierra, porque Jesucristo en este sacramento no solamente es nuestra fuerza, sino tambien nuestra luz y la guia que nos conduce por las sendas de la justicia.

El Dios que se nos dá en este sacramento adorable, es como dice el evangelista san Juan, la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Aqui se nos descubren las verdades mas oscuras, se nos esplican los misterios mas impenetrables, y se desenvuelven los principios mas elevados de la moral: aqui es donde Jesucristo responde á nuestras dudas, calma todas nuestras agitaciones y disipa las espesas nubes que levantan las pasiones. Cuando un cristiano sale de la mesa santa del altar puede decir con el profeta: he sido hecho mucho mas sábio que los viejos y mas ilustrado que los que tenian á su cargo el instruirme.

Y á la verdad ¿no vemos cada dia que las almas mas ignorantes y sencillas andan en los caminos de Dios con mas prudencia y sabidaria que los cristianos mas sábios ó instruidos? Y ¿por qué así sino porque de la participacion frecuente de este sacramento sacan los principios y las luces que no podrian adquirir á fuerza de años y de estudios? El real profeta pedia á Dios que iluminase sus ojos para que el sueño de la muerte no viniese nunca á cerrárseles; y nosotros, hermanos míos, podemos hacer esta misma súplica á Jesucristo desde la mesa del altar. El cristiano que recibe con santas disposiciones este sacramento tiene siempre abiertos los ojos sobre la ley de Dios para estudiarla, sobre los ejemplos de Jesucristo para imitarlos sobre su

propia flaqueza para desconfiar de ella y sobre los lazos del enemigo para tentarlos y combatirlos. La divina eucaristía es una luz que le sigue por todas partes, y que le descubre el vacío y la ilusión de cuanto puede ofrecerle el mundo para seducirle. ¿Podrá alimentar su espíritu con las fábulas y mentiras del mundo? ¿Podrá satisfacer su corazón con las vanas promesas que hace el mundo á los que le adoran? Por eso nos admiramos muchas veces del desprecio que manifiesta un cristiano de las tertulias, teatros y otras reuniones de pura diversion, de las conversaciones libres, de los placeres más seductores y lisonjeros; se llama á su repugnancia y desprecio superstición y fanatismo, pero si los que así juzgan conociesen el don de Dios y gustasen como él, las dulzuras inefables de la mesa santa conocerían, dice san Juan Crisóstomo, que no es posible soportar el disgusto y fastidio que causan los platos y manjares que sirve el mundo y el demonio en la mesa de sus adoradores cuando se ha embriagado el cristiano con el vino que le sirve Jesucristo.

La luz que nos comunica la comunión del cuerpo de Jesucristo destruye las preocupaciones y los errores de una naturaleza corrompida. Estamos muchas veces de acuerdo con nuestro propio corazón para seducirle y engañarle y otras tomamos por verdades las ilusiones de nuestro amor propio; pero aquel cristiano cuya vida es una preparación continua para acercarse al santo sacramento de la comunión; que todos sus inclinaciones y sus gustos los refiere á su participación, que no tiene otro fin en todas sus obras que conservar los frutos que recibe en este sacramento, puede

caminar con toda seguridad por la estrecha senda de la salvación: porque el espíritu de Jesucristo le ilustra, los ejemplos de Jesucristo le animan, y la mano poderosa de Jesucristo le sostiene.

Últimamente, hermanos míos, este sacramento es el remedio mas propio para nuestra flaqueza. El repara las fuerzas de nuestra alma, y para esto se nos ofrece en la eucaristía bajo los dos aspectos de sacrificio y de sacramento. Como sacrificio cura las heridas que nos hizo el pecado; como sacramento borra hasta las cicatrices: como sacrificio destruye el imperio que tienen las pasiones sobre nuestro corazón; como sacramento nos arma contra los nuevos asaltos de estas mismas pasiones: como sacrificio mitiga la cólera del Padre dispuesta á destruirnos, como sacramento nos concilia sus misericordias. La iglesia por lo tanto no separándose nunca de estos dos objetos nos hace sentar á la mesa despues de la obligacion de este augusto sacramento; y aunque la necesidad obliga á reservar para los enfermos el pan misterioso que comemos en el altar, los advierte con cuidado que aquel que se los presenta no es menos su víctima que su viático.

Este nombre de viático, hermanos míos, ¿no nos anuncia el remedio mas poderoso para nuestras enfermedades? ¿Qué otra cosa so mos en la tierra que unos tristes viajeros destinados á correr por un tiempo limitado los ásperos desiertos de esta vida sin otras provisiones ni alimentos que algunos manjares insípidos incapaces de satisfacer á nuestro corazón? Porque ¿qué otro nombre podemos dar á los falsos bienes que llevando tras de sí nuestros

pensamientos y nuestras inclinaciones no pueden sin embargo llenar la capacidad de un alma hecha para un bien eterno? En la santa eucaristía es donde se encuentra la provision abundante, el pan de fuerza que nos sostiene en el viaje. ¿Nos vemos fatigados como Elias, separados del término de nuestra carrera y de nuestra peregrinacion? Pues tomemos con seguridad este pan y caminaremos por su virtud con toda confianza. Pero esta necesidad es mas urgente todavía en los instantes últimos cuando la extenuacion universal de las fuerzas nos anuncia el término de nuestro viage. Por eso quiere la iglesia que le pida nos en este último tiempo y ella misma se apresura á traérnosle á nuestra casa. En aquella hora, el cristiano que durante su vida ha hecho un uso santo de este alimento adorable le desea con ardor, le recibe con fé y encuentra en él el alivio de sus males y la prenda de su inmortalidad.

¿Qué cosa hay, en fin, que no podamos prometernos de ese adorable sacramento? Hablaremos y ponderaremos mucho, pero nada podrá igualar á lo que nos dijo el mismo Jesucristo. El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo estoy en él. Nada podemos decir mas excelente de este divino manjar. Nos une con Jesucristo; nos hace participantes de todos sus méritos, de sus virtudes, de su gracia, de su espíritu y nos pone en posesion de su misma persona. Es verdad que el fin posee á Jesucristo por la fé como dice el apóstol, pero esta es una posesion de conocimiento muy oscurro. Tampoco se puede dudar que el justo le posee por la caridad; pero esta es una posesion que se hace por la conformidad de las voluntades y no por la

union de las sustancias. En la comunión nosotros poseemos á Jesucristo con una posesion muy íntima, muy verdadera y muy real. Le poseemos con un dominio tan absoluto, que podemos disponer enteramente como nos agrada; nos hacemos una misma cosa con él, viviendo en la vida espiritual con un mismo espíritu. El que no come dignamente este divino manjar, ya no vive por sí, ni se gobierna por sí, sino por el espíritu de Jesucristo que habita en él. Jesús es quien gobierna y administra la vida de aquel que le recibe. ¿Cuántos auxilios, cuántas gracias, cuántos favores no derramará sobre él este divino Señor? ¿Con cuánta abundancia no le proveerá este pan divino de alimento para su alma, de apoyo para su debilidad, de guía para su ceguera y de remedio para todas sus enfermedades? *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem in me manet et ego in illo.* Está dicho cuanto puede decirse: por medio de la comunión recibida dignamente estamos enteramente en Jesús, y Jesús está enteramente en nosotros.

Almas justas ¿teneis mas que pedir ó desear de la bondad de vuestro Dios? Despues de un favor tan grande, ¿os queda alguna cosa mas que apetecer? Sí, hermanos míos: Jesús se dá á nosotros enteramente en el sacramento de la eucaristía ¿podremos nosotros menos de darnos enteramente á Jesús? El agotó los tesoros de su poder y de su sabiduría para ganar nuestro corazón y nuestro amor. Despues de haber resistido á todos sus beneficios ¿tendremos valor para resistir al mismo Cristo? Si tuviera alguna cosa que darnos mejor que á sí mismo ¿nos la daría para lo-

grat nuestra correspondencia; pero aunque es Dios, no puede darnos cosa alguna mejor que á sí. Señor, si yo era incapaz de reconocer todos tus beneficios ¿cómo podré reconocer este en el que tú mismo te me das? Cuando tuviera todos los imperios y todos los corazones del mundo para ofrecértelos ¿te daría algo que valiese lo que vale un Dios? Mi corazón vale muy poco; pero si te le doy enteramente y de buena fé, estás contento y agradecido:

Ved aquí, amados míos, la gracia que nos queda que pedir á Jesus: que enciende en nuestros corazones el amor y la correspondencia al favor tan grande y tan excelente de dárseos el mismo en la eucaristía. Vamos todos á ponernos enteramente en sus manos. Nuestra tardanza es el origen de nuestra desgracia. Los que no se llegan á la mesa del altar sino mal y de tarde en tarde, no gozan los celestiales regalos del manjar divino. En vez de hallar en él su alimento, su apoyo, su luz y su remedio, no encuentran sino la ceguera de su espíritu, la dureza de su corazón y una impenitencia final como lo vemos en el apóstol traidor y sacrilego. Los que comen este divino pan sin entregar su corazón enteramente al Señor reciben su muerte en el mismo pan de la vida. Ved la causa porque, á pesar de franquearse este alimento con tanta liberalidad y frecuencia, está el pueblo cristiano tan flaco, tan débil y tan desmejorado de su primitiva hermosura. De aquí, dice el apóstol, provienen las enfermedades frecuentes y las muertes infelices y repentinas de los cristianos. Todas las calamidades que nos afligen, dicen san Cipriano y san Juan

Crisóstomo, tienen su principio en la profanacion de la mesa santa.

Desprendámonos pues, generosamente de nuestro corazon y de nuestros afectos, nada reservemos para nosotros, entreguémonos enteramente á aquel Dios, que enteramente se entrega á nosotros. Venid á la presencia de Jesus sacramentado, contadle todas vuestras penas, franquendo vuestro corazon, poned en sus manos el gobierno de vuestra alma y él os hará experimentar las dulzuras del cielo, él desterrará de vosotros todos vuestros males, y todas vuestras dolencias. Aqui nos teneis ya amable Salvador, aqui estamos confundidos de nosotros mismos y sin saber que hacer meditando nuestra ingratitud y flojedad, nuestro desvío y olvido, y vuestros infinitos favores, vuestro amor y vuestra paciencia en sufrirnos y esperarnos. En Vos depositamos nuestro corazon, nuestra alma, nuestra vida y todo cuanto somos, para que gobernados por Vos nos conduzcais á la patria de la inmortalidad. Amen.

F. L. G.

SERMON

DEL SANTISIMO SACRAMENTO, EN LA FIESTA DE UNA
COFRADIA.

Jesús sacramentado merece todo nuestro amor.

*Hæc est generatio quærentium Dominum: quærentium
faciem Dei Jacob. Estos son los verdaderos hijos del
Señor, que le buscan con corazón recto, y que solo sus-
piran por ver al rey de Jacob. Salm. 23. v. 6.*

¡El Dios de la eternidad sobre nuestros altares! ¡El Hi-
jo de María Santísima en nuestros tabernáculos! ¡El mismo
Jesús que fué crucificado en medio de nosotros! ¡El que está
sentado á la diestra de Dios padre, en nuestra compañía!
¡El mismo Jesucristo nuestra comida, nuestra bebida y

nuestro alimento!! ¡El ojo, el gusto, el tacto experimentan pan y no es pan; experimentan vino y no es vino! ¡Jesucristo real y verdaderamente presente en el sacramento del altar bajo los accidentes eucarísticos...! Misterio profundo é incomprensible, que con sus aparentes contradicciones tiene suspenso y atónita á la razón. Misterio altísimo cuya profundidad insondable ningún entendimiento cuerdo y circunspecto se atreverá á examinar, contentándose solo con adorarle con un silencio religioso. Misterio que ni los apóstoles, ni los que los sucedieron en el ministerio apostólico pudieron explicar: ni los apóstoles, digo, ni los prelados de la iglesia, ni los doctores de las gentes, las lumbreras del mundo, los pastores de la grey, los intérpretes de las santas escrituras, ni los predicadores, ni las columnas de la verdad: misterio repito, que ni estos, ni los ángeles, ni nosotros podemos comprender por las fuerzas de humana razón.

Amados míos, vosotros habeis oído y dado toda vuestra fé á las palabras de la verdad eterna é indefectibles, á Jesucristo que os dice: «este es mi cuerpo, esta es mi sangre. Mi carne es verdaderamente comida, mi sangre es verdaderamente bebida; el que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo estoy en él.» Vosotros habeis escuchado con docilidad la voz poderosa de la iglesia, que ilustrada por el Espíritu-Santo os ha propuesto esta verdad y ha condenado la herejía de los socinianos, zuinglianos y calvinistas en los santos y generales concilios; Niceno primero y segundo; Constantinopolitano sexto; Lateranense cuarto; en el Florentino, y últimamente en el de

Trento. Vosotros habeis respetado la tradicion perpétua de todos los santos padres griegos y latinos, que desde los primeros siglos de la ley de gracia hasta nuestros dias han creído esta verdad, han confesado esta verdad y han defendido esta verdad con sus escritos, con su predicacion, con su sangre y con su vida. Vosotros fieles seguidores de la fé y la piedad de vuestros padres no solamente creéis la presencia real y verdadera de nuestro Dios en ese adorable sacramento, sino que os habeis consagrado con una obligacion particular á honrarle, adorarle y á publicar la grandeza y bondad de vuestro Dios que quiere habitar con los hombres. Yo no necesito para inflamar vuestra fé y vuestra devocion al santísimo sacramento sino recordaros el fervor y celo de vuestros antepasados quienes deseosos de honrar á Jesus sacramentado y perpetuarle sus cultos en sus descendientes establecieron estas festividades para dar un auténtico testimonio de su fé y de su amor y gratitud á un Dios que tan abundantemente derrama sus bienes sobre los hombres. Estos fueron vuestros deseos al incorporaros en esta cofradia del santísimo sacramento erijida con el objeto de honrar y desagraviar al Señor, y yo puedo decir congratulándome de hablar á los adoradores del Dios Vivo: *Hæc est generatio quærentium Dominum*. Esta es la generacion escogida, los hijos verdaderos del Señor que le buscan con rectitud de corazon y suspiran por ver al rey de Jacob. Adorad al Señor, alabadle, bendecidle y buscadle con un corazon recto. Este es vuestro destino, venerables cofrades; esta es la obligacion que habeis contraído y habeis aceptado gustosos como una legítima consecuencia

de la fé que os dejaron vuestros padres, y la piedad con que cuidaron instruiros y educaros en el culto y amor del Señor.

No teneis por qué arrepentiros ni avergonzaros de seguir el ejemplo de vuestros mayores y continuar estos homenajes á nuestro Dios porque: Jesus sacramentado merece todo nuestro amor. Este será el asunto de mi discurso que servirá para avivar vuestra, inflamar vuestra devoción y resolveros á emplear vuestra vida en adorar y buscar al Señor como hijos y herederos de los santos. Interesemos al Señor por medio de su Santísima Madre para que nos conceda los auxilios de la gracia.

AVE MARIA.

Hæc est generatio.....

Pudiera valerme del poder y majestad de Jesus para presentárosle como digno de nuestro amor y de nuestros obsequios..... El poder, la elevacion, el fausto y las riquezas son dotes suficientes en el mundo para acarrear adoradores y para verse cercado de amigos y lisonjeros, que huyen y desaparecen en desapareciendo la fortuna y

prosperidad. La persona mas desconocida, la mas retirada y sepultada en el olvido luego que consigne algun destino honorífico halla al rededor de sí quienes anhelan por su amistad, por su gracia y por su compañía. Si yo intentase valirme de esta propension de los hombres para haceros ver que Jesus sacramentado merece todo nuestro amor, os diria sin temor de engañarme ni engañaros, que es el Señor mas grande, el mas poderoso, el Rey de los reyes, el Criador de cuanto tiene ser, de quien todo lo debemos esperar y todo lo podemos temer. Os diria: que su dominio y majestad es inalterable, que no está sujeto á los vaivenes del tiempo porque de nadie depende, de nadie necesita, al paso que todos necesitamos de él, porque en él vivimos, nos movemos y somos. Yo sin embargo á pesar de tantas prerogativas y preeminencias, no me empeñaré en escitaros á amar á este Dios tan grande si fuera un Señor como los del mundo, altanero, soberbio, que exigiera bajezas deshonorosas de los que aspirasen á su amistad, un Señor que os mirase con desprecio, que nos amará antes que vosotros le ameis á él. ¿Qué amor querrán sacar del corazón del hombre esos grandes y poderosos del mundo cuya soberbia y altaneria los hace cada vez mas despreciables? Ellos dominarán á sus inferiores, ejercerán en ellos su imperio, los violentarán á hacer lo que no quisieran; pero jamás dominarán en su corazón. Dadme un Señor accesible, un Señor que nos ame y favorezca, que tenga sus delicias en estar con nosotros, y jamás podremos disculparnos si tenemos la monstruosidad de no corresponderle. ¿Es así Jesus sacramentado? ¿Nos

ama Jesús en la eucaristía? Visto es, dice el padre san Bernardo, que tan gran les humillaciones no pueden ser dictadas sino por un amor grande y que al paso que este misterio es el misterio de los abatimientos y humillaciones, es tambien el misterio de la mas ardiente caridad y el amor de los amores.

Veia Jesús que su muerte nos habia de hacer culpables por el abuso que haríamos de ella, que su sangre derramada por los hombres y despues profanada por los mismos hombres serviria para muchos nada mas que para apresurar las venganzas del cielo, y movido de aquella caridad inmensa que le obligó á cargar sobre sus hombros los pecados del mundo para dar al mundo la justicia de los hijos de Dios, al tiempo de ausentarse de nosotros, discurre un arbitrio divino para quedarse entre nosotros. Volviendo al Padre, dice san Agustin, no se aparta de su pueblo: subiendo al cielo, se queda en la tierra. ¿Pero ¿qué es lo que le mueve á quedarse? ¡Ay amados míos! ¡Cuánto necesitaba yo profundizar para ponderaros los tesoros de su amor! Se queda en el mundo para que entre tantos objetos de indignacion como Dios vé en él, esté siempre mirando al objeto de sus complacencias y le mire en un estado tan propio para inspirarle sentimientos de paz y de misericordia. Se queda para continuar su oficio de Salvador y Mediador; para hacer en nuestros altares el oficio que hizo en el Calvario, de un Dios que quita los pecados del mundo; de un Dios que satisface por los pecados del mundo, de un Dios que borra los pecados del mundo: de suerte que podemos y debemos decir de Jesús sa-

cramentado lo que dijo de él el apóstol cuando estaba pendiente de la cruz. *Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi.* Está Cristo humillado y abatido por los pecados del mundo, y Dios está en Jesucristo recibiendo la satisfacción que Jesucristo le dá por los pecados del mundo, y por esta satisfacción sufre, disimula y tolera los pecados del mundo. *Deus erat in Christo, mundum reconcilians sibi.* Jesucristo está en nuestros sagrarios renovando sin efusión de sangre el sacrificio cruento del Calvario, y Dios está en Jesucristo aceptando este sacrificio en satisfacción de todos los excesos de que nos hacen reos delante de Dios las continuas trasgresiones de su ley, nuestra inflexible rebeldía á su voluntad santísima, la profanación de su culto, el olvido de sus beneficios, la resistencia á sus gracias, esos ejemplos contagiosos, esas condescendencias delinquentes que forman en el mundo el reino del pecado y destruyen el reino de Dios. *Deus erat...* Jesucristo está como un Dios compungido rogando y jimiendo por los pecados del mundo, y Dios está en Jesucristo desagraviado por los suspiros de este Dios santo de tantos pecados que comete el mundo y que el mundo no conoce ni quiere conocer: de tantos pecados que Dios castiga con tanto rigor y que el mundo reputa por un pasatiempo. Jesucristo está en nuestros sagrarios contraponiendo un Dios crucificado por los hombres, á un Dios ultrajado por los hombres: la renovación de su augusto sacrificio, á la profanación de este mismo sacrificio: un Dios de paz y de amor, á un Dios de ira y venganza; y Dios está en Jesucristo olvidándose de su justicia para no acordarse sino de su misericordia; apartaudo

sus ojos de los pecadores para ponerlos solamente en el Dios de la santidad. *Jesus erat Christo...*

Y ¿cómo era posible, hermanos míos, que si no tuviésemos en Jesus sacramentado una víctima de propiciación pudiese mirar Dios con paciencia el diluvio de maldades que cubre la tierra? Alcanzamos un siglo de tanta disolución é impiedad que con la insolente desvergüenza de sus disoluciones parece que ha logrado que los ministros del evangelio no se atrevan á reprenderlas con libertad. Vivimos en un siglo en que son profundas y palpables las tinieblas, y enormes los vicios y pecados. No abundaban por cierto en mas las iniquidades y delirios los tiempos tan detestados en la escritura sagrada, ni estaba mas contaminada de abominaciones la tierra cuando toda edad, todo sexo, todo estado y toda carne habia corrompido su camino, y un diluvio la anegó con sus aguas. ¿Por qué suspende Dios ahora sus iras? ¿por qué disimula nuestros pecados esperándonos á penitencia? ¡Ay hermanos míos! Porque en medio de los hombres impíos y disolutos registra á su Hijo abatido y anonadado en su presencia en satisfacción de nuestros pecados: porque está oyendo que desde la soledad y silencio de esos sagrarios le dice: No atiendas Padre mío á las maldades de los hombres, ó míralas solamente para ver como yo satisfago por ellas. Es verdad que se rebelan insolentemente contra tí, pero vedme á mí postrado y humillado en tu presencia. Es verdad que se olvidan de tí y no quieren conocerte, pero yo te adoro; si ellos son ingratos y desleales, yo soy obediente y fiel: si su corazón arde en la llama impura respi-

rando solamente blandas y delincuentes: delicias, yo me veo consumido y devorado por tu amor. *Respice in faciem Christi tui.* Mira al estado á que me he relajado: acuérdate que estoy aquí por los hombres: por ellos he muerto una muerte sangrienta y dolorosa, y por ellos muero todos los dias una muerte mistica é incruenta. Estos son los hijos del dolor que engendré en la cruz y que acabo de criar en el sagrario. Ellos son mi pueblo y mi herencia; ellos se apartarán de los caminos del vicio, ellos abrazarán la virtud; yo los hablaré al corazon, yo los moveré, ellos vendrán arrepentidos y contritos á pedirnos conmigo y por mi medio el perdón que te pido yo por ellos. ¿Me privarás de esta dulce esperanza? ¿Te olvidarás de que si son unos hombres que te ofenden yo soy un Dios que te honra? ¿Han de ser ellos mas poderosos para perderse, que yo para salvarlos? ¿Y serás tu mas juez suyo, que yo Padre de ellos? *Respice in faciem Christi tui.*

No lo dudemos, hermanos míos, Jesus sacramentado es el baluarte que defiende las ciudades y las provincias; el dique que contiene el torrente que sumergiria á los pueblos: esto es lo que detiene el fuego vengador preparado para abrasar la tierra y consumir sus iniquidades; este es el origen y manantial de donde se derivan esas gracias eficaces por las que despues de haber andado largos años por los caminos de la iniquidad somos reducidos al de la salvacion: esto es lo que nos afianza el tiempo de volvernos á Dios y de enmendar con una vida penitente los escesos de la pasada.

No nos maravillemos, dice san Juan Crisóstomo, que

respeto al cielo la presencia de un Dios que habita entre nosotros. Si la sangre del cordero con que se teñían las puertas de los israelitas ahuyentaba al ángel exterminador ¿como se atreverán los ministros de la ira divina á descargar sus rayos sobre una tierra, no solo regada, sino bañada y empapada en la sangre de Jesu-cristo?

Concluyamos, pues, que las humillaciones de Jesus en la eucaristía son las humillaciones mas profundas, humillaciones dictadas por el amor mas encendido, humillaciones en que estriba la defensa y la fuerza del pueblo cristiano, humillaciones á que debe la iglesia la inocencia y el fervor de los justos, el celo y triunfo de los apóstoles, el valor y la constancia de los mártires, la conversión y las lágrimas de los pecadores arrepentidos, el consuelo y alivio de los enfermos y moribundos, humillaciones con que Jesus nos manifiesta mas que sobradamente el amor que nos tiene: humillaciones por consiguiente, dignas de toda nuestra gratitud, de nuestra adoracion y de todo nuestro reconocimiento. *Jesus sacramentado merece todo nuestro amor.*

Sin embargo, hermanos míos, esta misma solemnidad y el objeto de esta venerable cofradia nos recuerda nuestras irreverencias é inmodestias, nuestros desprecios y escándalos, nuestros abusos, nuestras profanaciones y nuestra impiedad. Ved lo que llena de dolor al corazón de nuestra madre la iglesia. Ya las iniquidades de Jerusalem son mayores que los pecados de Samaria y de Judá es mas delicuente que el cisnático Israel: porque si la iglesia dá cu

rostró al judaísmo y la herejía con haber crucificado, desconocido y negado á su Dios ¿de qué ofensas cometidas contra este Dios que confesamos y conocemos no nos hará cargo á nosotros? Ella le vé entre nosotros ingrátamente olvidado; abandonado, desestimado, renunciado y negado con tantos escándalos; despreciado por tantos ignorantes, ella le vé afrentado con las desenvolturas de nuestras inmodestias, con la impiedad de nuestras irreverencias, con la desvergüenza de nuestras profanaciones y con el horror de nuestras indignidades. Ella sabe que segun la sentencia del apóstol los mayores y mas ejecutivos castigos están reservados para los tiempos de ceguera y malicia en que los hombres desprecian la sangre del Cordero; ella sabe que segun el dicho del Espíritu Santo si el mediador está contra nosotros nadie nos valdrá; ella sabe que segun se lee en el Apocalipsis no hay potencia que resista á la ira del Cordero; ella sabe que si el misterio de paz y de propiacion se convierte en misterio de maldicion y de odio, no tendremos así á donde acudir para libertarnos de los rigores de una justicia que tiene que satisfacerse á sí misma y á su amor despreciado por los hombres. Esto es, repito lo que llena de dolor á nuestra madre la iglesia, hasta cuándo hemos de estar haciendo derramar lágrimas á esta piadosa Madre?

Vosotros prometisteis enjugárselas, venerables cofrades y hermanos míos, nosotros hemos prometido consolar á la iglesia contraponiendo á las irreverencias que padece su Esposo Jesus, un amor, un respeto, un culto que haga patente al mundo nuestra piedad y nuestra devocion. ¡Ah!

No, no es por cierto para nosotros nuestro Dios un Dios encerrado, oculto y desconocido en nuestros templos; á hablando con mas propiedad escondido está aquel Dios á los ojos de la carne pero espuesto y manifiesto á los ojos de nuestra fé: es un Dios humillado pero respetado, un Dios aniquilado, pero adorado, desconocido, un Dios es verdad para quien tanto mas amamos cuanto el amor le ha escondido y ocultado mas. ¿Qué consuelo mas digno y mas plausible podemos preparar á la iglesia, que esté espectáculo de culto, de respeto y de veneracion de Jesus sacramentado? Todo sexo, to la edad, todo estado, toda condicion despues de incorporarse con el mayor empeño en esta cofradia, concurre y se reúne hoy para dar culto y rendir adoraciones al santísimo sacramento del altar.

No ya solo el religioso contemplativo que ora en el silencio de su soledad, no ya solamente las almas justas y fervorosas que buscan los templos desiertos para conversar solas con Dios solo; sino justos y pecadores, ricos y pobres sacerdotes y legos todos unidos y hermanados olvidándose, por este rato al menos, de todos los intereses del mundo, llenos de una fé viva vienen á éste santuario á buscar en él á Jesus sacramentado, á celebrar su victoria y su glorioso triunfo con públicos regocijos y cánticos devotos y á obligarle en cierto modo á salir de su encierro y retiro para conducirle públicamente por las calles en prueba de su amor y de su gratitud y si hay algo que los consuele de apartarse de este feliz y dichoso espectáculo, es la esperanza sola de repetirle en los años subsiguientes hasta la consuma-

cion de los siglos. Yo me atrevo á aseguraros con el profeta rey que tambien vuestra memoria será eterna y que defendidos por Jesus, de nadie tendreis que temer. *In memoria eterna erit justus ab auditione mala non timebit.*

Arbitros y señores del mundo, conquistadores y semidioses de la tierra, en vano os fatigais en perpetuar la memoria de vuestro nombre y de vuestras honras; en vano engravais vuestro nombre en mármoles y bronces para redimirle del olvido del sepulcro y de la injuria de los tiempos, esos mismos monumentos de vuestra soberbia, saben á la fragilidad de la mano mortal que los erige, ellos se desvanecen como la sombra, ellos serán tarde ó temprano pábulo de la voracidad del tiempo y despues de los extraordinarios esfuerzos que habreis hecho para vivir eternamente apenas se sabrá que exististis; en lugar de que el honrar y solemnizar las humillaciones de Jesus sacramentado durara de siglo en siglo y llegará á la mas remota posteridad. Asi lo creyeron los sumos pontífices cuando desplegaron sus tesoros de infinitas gracias é indulgencias en vuestro beneficio, venerables cofrades, y asi os lo aseguro yo á todos, porque aun en esta vida premia el Señor el amor, el culto y la devocion de Jesus. Vuestros postreros descendientes ignorarán por ventura la historia y los sucesos raros de nuestro siglo, podrán tambien hablar otra lengua, adoptar otras costumbres; pero no ignorarán los respetos y obsequios con que nuestra devocion agradecida veneró y desagravió á Jesucristo humillado en la eucaristia: su bráulo y su piedal se esforzará á emular y competir con

la nuestra; y sin embargo de la distancia de los siglos que los separará de sus padres se reunirán con nosotros para que formemos un solo pueblo de siervos de Jesucristo que le adore en el sacramento de la eucaristía y le goze después en la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

DEL SANTISIMO SACRAMENTO EN DÍA DE CUARENTA HORAS.

Jesucristo nos enseña desde el trono del sacramento eucarístico todo lo que debemos saber para ser virtuosos, santos y perfectos.

*Jesus Christus heri et hodie: ipse in sæcula. Jesucristo ha-
yer y hoy: el mismo en todos los siglos. Hebreor. ca-
pitulo 13. v. 8.*

No católicos: no creais que Jesucristo se muda, ó que es voluble é inconstante, como los hijos de los hombres perpetuamente constantes en su inconstancia: el Redentor del mundo fué ayer, es hoy y será el mismo en todos los siglos,

como lo dice el Apóstol; su sacerdocio es eterno, no temporal y transeunte como el de los setenta y tantos sumos pontífices que se sucedieron unos á otros desde Aaron hasta la ruina del templo. El es el Pontífice santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores y ensalzado sobre los cielos: puede salvar á todos los que por él se acercan á Dios y sin su virtud, todo es horror, toda confusión y todo infierno. ¿No lo vemos y experimentamos todos? ¿Qué es lo que pasa en los conventillos y sociedad de los pecadores entregados en manos de su propio consejo? ¿Hay mas que tinieblas, en donde no se perciben las luces celestiales con que aquel divino Señor sacramentado ilumina á los que se acercan á él, con la fé, esperanza y caridad propias de los hijos de la gracia? Yo apelo á vuestra propia conciencia para que me digais, si hallais verdaderos consuelos, paz interior, y gozos espirituales en esos espectáculos gentílicos, mundanos y perniciosos en que se ceban los hombres desacordados, irrellexivos, carnales y sin fé, que tanta bulla meten entre los que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen sentidos y no perciben, entendimiento y no entienden mas que lo que ven, oyen, sienten y perciben los brutos. Decidme si hemos nacido para vivir y morir como las bestias, ó si Dios nos ha criado y redimido para amarle y servirle en esta vida y gozarle en la eterna, como nos lo enseña nuestra santa y adorable religion.

Pero no: no digais la menor cosa: á mí me toca hablar y decir: que en la iglesia católica se reconocen unas oraciones llamadas de las *cuarenta horas*, en las que esponiéndose el santísimo sacramento á la pública veneración

de los fieles, predicando, bendiciendo y ejercitándose en actos de piedad y devoción nos hacemos dignos de las gracias que derrama sobre nuestras almas el Dios que veneramos en aquella sagrada hostia memorial de todos los prodigios y maravillas que ha obrado el Omnipotente en favor nuestro. En tres días seguidos, á trece horas en dos y catorce en uno en que vemos á Jesus sacramentado salen las *cuarenta horas*, en que orando y meditando los misterios de nuestra santa religion somos ilustrados y favorecidos con tantos beneficios, que ellos bastan para asegurarnos la gracia en esta vida y la gloria en la eterna. Allí se nos manifiesta todo el evangelio para que según él creamos, ohremos y nos salvemos. Jesucristo, como fué ayer es hoy, y será en todos los siglos, nos enseña desde aquel trono de su majestad y grandeza todo cuanto debemos saber para ser virtuosos, santos y perfectos. El nos ofrece en comida y bebida su santísimo cuerpo y su preciosísima sangre; y con esto, su divinidad, su gracia, sus méritos, sus virtudes y su eterna felicidad. ¡Qué consoladoras son estas verdades! ¡Qué torrentes de delicias se desprenden de ellas sobre los fieles! Yo me ocuparé de ellas para que salgais de este santo templo instruidos y santificados.

Dios uno y simplicísimo, inmutable y eterno en quien nos movemos y somos; dadnos la gracia que nos haga á todos hijos del Excelso. Ilustradnos con las luces necesarias para acercarnos á la inmensidad de vuestra bondad y recibir en ella la ciencia de amaros y servir os como verdaderos hijos vuestros. Os lo pedimos por medio de la Madre

del amor hermoso á quien llenos de ternura saludamos diciéndola con el ángel:

AVE MARIA.

Jesus Christus heri, et hodie: ipse in secula;

El discípulo a ná lo vió en su Apocalipsi. una multitud de espíritus bienaventurados que no cesaban de decir: El cordero que ha sido muerto es digno de recibir el poder, la divinidad, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la bendición (1); y nosotros unidos á aquella muchedumbre de espíritus felices ocupados en alabar, bendecir y glorificar al Señor nos agrupamos al rededor de aquel trono de majestad para decir inspirados por la gracia. Digo sois, diuino Jesus sacramentado, de que todas las criaturas confiesen vuestra divinidad, se sujeten á vuestro poder, admiren vuestra sabiduría, os honren cuanto les sea posible y engrandezcan vuestra bondad; porque muriendo en una cruz nos librasteis de la esclavitud del pecado, de la tiranía del demonio y de las penas del in-

(1) Apocalip. c. 5. v. 42.

fierno: porque reparasteis las pérdidas del cielo y habéis colinado de bienes al universo: porque nos habéis abierto el libro misterioso de la providencia haciéndonos comprender los adorables secretos de su conducta sobre sus escogidos, y nos habéis enseñado, que las miserias, penalidades, dolores y contradicciones con que somos afligidos son para purificarnos de nuestros pecados, preservarnos de la corrupción del siglo, y conducirnos á la virtud que hace ángeles de pecadores. Vos, Señor, sois digno de recibir el poder; porque mereceis que todas las naciones de la tierra reconozcan vuestra soberanía y obedezcan vuestras leyes: de recibir la divinidad; porque mereceis que por todas partes se os reconozca por el solo Dios verdadero con el Padre y el Espíritu-Santo; que se os edifiquen templos, se os erijan altares, y en ellos se os rindan honores divinos. Sois digno de recibir la sabiduría; porque mereceis que los hombres os reconozcan por infinitamente sabio, abracen vuestras doctrinas celestiales, como las solas verdaderas, y se conduzcan por vuestras luces indefectibles que no pueden engañar. Debeis recibir la fuerza; porque mereceis que todo el universo reconozca que sois el brazo omnipotente de vuestro Padre; que hacéis todo lo que quereis en el cielo y en la tierra sin que nadie pueda resistir vuestra voluntad; que destruis lo mas fuerte juntamente con lo mas débil, lo mas elevado con lo mas bajo, lo que es, con lo que no tiene ser. Sois digno de que recibais el honor, porque todas las criaturas deben honraros, tributaros todos los testimonios del mas profundo respeto, y ocuparse en buscar medios para daros nue-

vas señales de sumisa veneracion. A Vos, Jesus divino, se os debe la gloria: porque la de vuestro santo nombre es justo que brilla por todas partes; que los hombres y los ángeles admiren vuestras infinitas perfecciones, y que no haya en los cielos ni en la tierra quien no confiese que no teneis semejante; que nadie posea escelencias ni virtudes que no vengan de vuestra mano poderosa. Os es debida tambien la bendicion, porque merecis que todos los hombres os alaben, benligan y engrandezcan todas las gracias que por vuestros méritos han recibido de Dios. Todo bien, divino Señor sacramentado, es vuestro; no es posible hallar una perfeccion que no sea participacion de vuestra inmensidad, un don del cielo que no se desprenda de vuestra honrad infinita, una gracia sobre los hombres que no salga de ese manantial fecundo de gracias para todo el universo que nos presentais en ese sagrado tabernáculo.

Siendo esto a i, amables oyentes, ¿no podré yo llamar á los hombres to los para que de concierto con los ángeles del cielo vengan á este santo templo, y postrados ante aquel santísimo sacramento alaben, bendigan, engrandezcan y glorifiquen al que nos crió, nos redimió, nos santificó y nos ha colmado de gracias y bendiciones? Si, yo percibo una luz clara y esplendorosa que haciéndome ver la oracion, analogia y proporciones que encuentra la fé entre la iglesia militante de la tierra y la triunfante del cielo me obliga a esforzar mi voz para decir: haced, Dios mío, que vengan todos vuestros hijos á reconocer vuestro poder en ese altar santo, sujetándose á vuestra auto-

ridad: vuestra divinidad adorándoos como á Dios, y reconociendo que por vuestros méritos han recibido la participacion de vuestra naturaleza divina por medio de la gracia: vuestra subiduría abrazando vuestras doctrinas santas y divinas: vuestra fuerza confesando que nada os es imposible, y esperándolo todo de vuestro auxilio: vuestro honor rindiéndoos los testimonios posibles de su mas profundo respeto y de su veneracion mas sumisa. Que vengan, Señor, todos los hombres á glorificaros, publicando por todas partes vuestras admirables perfecciones: que vengan á bendecir vuestro santo nombre, y á confesar que él solo llena de gracias, de bendiciones y de gloria á cuantas criaturas hay en los cielos y en la tierra. Así viviremos armonizados y en perfecta concordancia los fieles de la tierra con los bienaventurados en el cielo, oiremos á las criaturas todas decir al Cordero virgen «la bendicion, el honor, la gloria y la potestad por todos los siglos de los siglos al vencedor de la muerte, del infierno y del pecado,» y amen; contestaron los misteriosos animales que vió Ezequiel; se postrarán los veinte y cuatro ancianos y en representacion de miles de millones adorarán al que vive por los siglos de los siglos; á Jesucristo, que así como fué ayer, es hoy y será por toda la eternidad el mismo. *Jesus Christus, heri, et hodie: ipse in sæcula.*

¡Qué cosas estas, católicos! Ellas se hallan escritas en los libros santos para nuestra instruccion segun san Pablo, y felices los que se aplican á escucharlas y entenderlas por que conducen á la gloria inmortal de los que alaban, bendicen y glorifican sin cesar al Dios que veneramos en

aquel altar sacrosanto. Ellas nos obligan suave y dulcemente á reconocer á Jesus sacramentado por nuestro Dios, por nuestro Rey, por nuestro Maestro, por nuestro protector, por nuestro Redentor y por nuestro todo y nos hacen percibir un gozo espiritual, concedido de las almas justas, en someternos á su poder, en adorar su divinidad, en seguir las luces de su sabiduría, en poner nuestra confianza en su fuerza omnipotente, en consagrarnos á su honra, en desear su gloria y en reconocernos deudores de cuantos bienes nos ha concedido el cielo por los méritos de nuestro Redentor glorioso. De aquí el vernos obligados á esclamar con el real profeta. *Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?* ¿Qué retornaré al Señor por tantos favores y beneficios como he recibido de su mano poderosa? Tomaré el cáliz de la salud é invocaré el nombre del Señor, decía el hijo de Jesé deseoso de corresponder agradecido á las misericordias de su Dios: pero á nosotros se nos dirige una voz desde aquel sagrado tabernáculo, que nos convida á buscar socorro en nuestras miserias y alivio en nuestros trabajos; una voz que nos ofrece todo lo que necesitamos para satisfacer al mismo Dios por todo lo que ha hecho en favor nuestro y nos coloca en la incomprendible dignidad de hijos, de hermanos, de discípulos y amigos de Jesus. Venid á mí, dice, todos los que trabajais y estais cargados y oprimidos, y yo os aliviaré. *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.*

Venid á mí, dice aquel divino Señor sacramentado á todos los que redimió á costa de su sangre preciosísima:

venid que yo os daré fuerzas para llegar: venid, y hallareis en mí, no un Dios cuya majestad hace temblar de temor á los que se acercan á su trono, sino un Dios cuya bondad consuela infinitamente á todos los que recurren á su caridad: no un Juez dispuesto á castigar vuestros delitos sino un Padre que os alarga los brazos y abre su pecho para recibirnos despues de vuestros extravíos: venid á mí, y entended que el que os llama es vuestro Dios, vuestro Rey y vuestro Redentor; es vuestro Padre, vuestro Esposo, vuestro Maestro, vuestro Pastor y vuestro Amigo; que ha bajado espresamente del cielo á este altar para conversar con vosotros, trataros familiarmente y acceder á todas vuestras súplicas y ruegos. Venid á mí, y en mí hallareis todo lo que podeis desear. Si el hambre os aflige, yo soy el pan del cielo: si la sed os atormenta, yo soy la fuente de agua viva: si las tinieblas os rodean, yo soy la luz verdadera que ilumina á todo el hombre que viene al mundo: si la pobreza os abruma, yo soy la riqueza esencial: si la debilidad os abate, yo soy la misma fortaleza, si la muerte os amenaza, yo soy para vosotros la vida eterna. Venid á mí, y yo os aliviaré en todos vuestros males por graves que ellos sean. Yo que soy el Cordeiro que quita los pecados del mundo os quitaré la carga de vuestras iniquidades y os aliviaré el yugo de un mundo que con sus máximas, con sus leyes, con sus costumbres, consejos, sollicitaciones y negocios de que os carga procura empeñaros en el pecado. Os aliviaré de las penas y dificultades que encontráis en el cumplimiento de vuestras obligaciones y en la práctica de las virtudes, y os revestiré

de una fuerza superior á todas las fuerzas conocidas. Venid á mí y vereis cuán dulce, suave y deleitable es vuestro Señor. Venid y comed mi mismo cuerpo, bebed mi misma sangre, inebriaos con el cáliz del amor divino y sed una misma cosa con vuestro Dios. Venid á mí. . .

Basta, Jesus amoroso; basta, porque ya no podemos soportar tanta dignacion. Yo, Dios mio, no puedo seguir. Este templo es muy terrible: aqui no hay otra cosa que vuestra casa y la puerta del cielo: todo aqui respira gracia, virtud y gloria: aqui nos convidais con todo cuanto podeis darnos, nos ofreceis en comida y bebida vuestro santísimo cuerpo y vuestra preciosa sangre y nada, nada importan nuestros pecados, nada nuestros crímenes y escesos, nada esa multitud de prevaricaciones con que hemos llenado al mundo de escándalos y de males, con tal que los detestemos para seguir vuestra voz de virtud y de magnificencia. Quereis hacernos ángeles aunque somos tan pecadores: nos manifestais la grandeza de vuestra gloria en medio de vuestro templo; llenais de júbilo, de consuelo y de esperanza nuestras almas; y si esto es aquí.... Si nuestros corazones se regocijan y dilatan al oír, ver y palpar vuestros décretos de bondad y misericordia sobre los hijos de los hombres.... Si el estar con Vos en este santo templo nos es tan grato ¿no será mejor estar un solo dia con Vos en la gloria, que mil en este valle de lágrimas? A vuestro lado todo es placer y gusto, todo alegría, gozo y contento; todo gracia, todo gloria. Que lo digan las almas justas y piadosas que han tenido la dicha de unirse á los miles de miles que vió san Juan decir en el cielo. El Cor-

dero que ha sido muerto es digno de recibir el poder, la divinidad, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la bendición. Hablen y digan los fieles que asisten á las cuarenta horas con espíritu devoto y corazón puro, si han hallado sobre la tierra delicias como las que experimentan los que se acercan con amor fervoroso á aquel santísimo sacramento del altar, y juzgad todos sobre las verdades consoladoras que os he anunciado con el fin de que salgáis instruidos y santificados de este santo templo.

Hay por desgracia en este auditorio, almas tan insensibles y pervertidas, que convirtiendo en veneno los remedios que se propinan en aquel altar santo, quieran seguir tras el mundo, sus pompas y vanidades, y salir á esas calles y plazas á ejercer el oficio de agentes de Satanás derramando con sus excesos la copa de la maldad destinada á acabar con el mundo mismo. ¿Hay quien mire con indiferencia impia, aquel sagrado tabernáculo, la pompa religiosa con que se celebran estos sagrados cultos, y la magestad que la se describe en este templo santo? Pues para estos, pronunciada queda la sentencia de su propia condenación. Fuera de Jesús todo es horror, todo confusión y todo infierno. El es hoy el mismo que fué ayer y el que será en todos los siglos. Sus palabras son eternas, sus doctrinas las que dejo indicadas, sus consecuencias las de una felicidad eterna para los que acuden á la voz que los llama desde aquel trono de magestad, y de una desventura inmensa, infinita y eterna para los ingratos y perversos que desprecien los llamamientos de su Redentor amable. Reflexionad sobre vuestro porvenir eterno, y no seáis como los impíos que

se vieron obligados á pronunciar palabras de honor en favor de los justos, y de oprobio propio en vista de su mala vida (1).

Y vos, divino Jesus sacramentado, consuelo y esperanza nuestra, en quien creemos, en quien confiamos y á quien amamos sobre todas las cosas amables; sed nuestro Dios, nuestro Pastor eterno, nuestro Maestro y nuestro Amigo, para que viviendo virtuosos con vuestra gracia en esta vida seamos dignos de ser eternamente felices con vos en la gloria Amen.

A. M.

(1) Sapient. c. 5.

SERMON

DE JESUS SACRAMENTADO VISITANDO A LOS ENFERMOS.

*Esta fineza de Jesus obliga á las almas fieles á adorar-
lo, á bendecirlo y á glorificarlo.*

*Benedictum nomen majestatis ejus in æternum. Bendito
el nombre de su magestad para siempre. Ps. 71 v. 19.*

¿Sois Vos, divino Jesus sacramentado, el que bajó esos humildes accidentes reside en ese sagrado tabernáculo? ¿Sois vos, el que con una sola palabra habeis criado el universo, el que con otra podéis aniquilarlo; y el que, según el lenguaje de un profeta, llevais esta gran máquina del mundo en los tres dedos de vuestro poder, de vuestra sabiduría

y de vuestra bondad? Sois en fin el Redentor que habeis rescatado al mundo con vuestra sangre preciosa y estais ahora sentado á la diestra de Dios Padre en el cielo? Asi lo creemos firmísimamente: porque asi nos lo aseguraís Vos mismo que sois la verdad infalible que no puede engañarse ni engañarnos. Y decidme tambien, sino os soy enojoso, Dios de bondad inmensa: ¿No estais en ese adorable sacramento para darnos á comer vuestro santísimo cuerpo y hacernos participantes de vuestra gloria y felicidad? ¿No habeis fijado el trono de vuestra majestad en ese altar santo, para venir á hospedaros en nuestro pecho, hacer brillar la magnificencia de vuestro amor, y obrar prodigios de gracia, de santidad y perfeccion en nuestras almas? Esta es la fé de vuestros hijos; esta nuestra creencia; esta la doctrina consoladora que ha llenado de justos la tierra y de santos el cielo. Tambien creemos y confesamos que vuestra magnificencia es superior á los cielos por las señales de bondad que dais á los hijos de los hombres en ese santísimo sacramento de vuestro amor. Porque: ¿no es cierto que bajais de ese trono majestuoso para ir á visitar á su misma casa á cualquiera de vuestras ovejas por vil y despreciable que ella sea, con tal que se halle enferma y necesite de vuestro socorro y proteccion? ¿No marchais presuroso á fortalecerla con vuestro cuerpo sacratísimo para servirle de remedio, protegerla contra los esfuerzos de sus enemigos sirviéndola Vos mismo de escudo y conducirla al cielo para ponerla en posesion de vuestro reino?

Pues si todo esto es tan cierto, nosotros abrasados con el fuego de vuestra caridad incomprensible, diremos con

el real profeta. Sea bendito el nombre de vuestra majestad para siempre. *Benedictum nomen majestatis ejus in aeternum.* Cantad á Dios alabanzas, reinos de la tierra, añadiremos con el mismo: tañed salmos á la gloria del Señor. *Regna terræ cantate Deo: psalite Domino* (1). De este modo, Señor, os alabaremos, os bendeciremos, os adoraremos, y si postrados en el lecho del dolor llegamos á vernos á ngustados con la aproximacion de la muerte allí os esperaremos para que nos alimenteis con vuestro santísimo cuerpo, nos protejais contra los enemigos de nuestras almas y nos conduzcáis á la mansion de la felicidad eterna. ¡Qué consuelo este para las almas fieles! A que lo percibais y apreciéis se dirigirá cuanto os diga en este discurso.

Acudamos antes á pedir las gracias que, necesitamos á la fuente de todas ellas. Adoremos á Jesus sacramentado, y saludemos á su santísima Madre diciéndola con el ángel.

AVE MARIA.

Benedictum nomen majestatis ejus.....

Al ver San Juan en la mano derecha del que estaba sentado en el trono, un libro escrito por dentro y por fuera sellado con siete sellos, y que ni en el cielo, ni en la tierra,

(1) Ps. 67. v. 33.

ni debajo de ella, había quien pudiera abrirlo ni mirarlo, se entristeció y lloró amargamente. Un anciano sin embargo, lo consoló diciéndole: «No llores: porque aquí está el león de la tribu de Judá, la raíz de David que ha venido para abrir el libro y desatar sus siete sellos.» Efectivamente; miró el profeta y vió en medio del trono y de los ancianos un cordero en pié, así como muerto: este tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono, y habiéndolo abierto y desatado sus sellos, los animales y los veinticuatro ancianos se postraron delante del cordero teniendo cada uno arpas y copas de oro llenas de perfumes que son las oraciones de los santos, y cantaban un nuevo cántico diciendo: «Digno eres Señor de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste muerto, y nos has redimido para Dios con tú sangre.» También vió á millares de millares de ángeles que decían en alta voz: «Digno es el cordero que fué muerto de recibir virtud y divinidad, sabiduría, fortaleza y honra, gloria y bendición.» Oyó igualmente decir á todas las criaturas que hay en el cielo y sobre la tierra, y debajo de ella, y á las que hay en el mar. «Al que está sentado en el trono y al cordero, bendición y honra, gloria y poder, en los siglos de los siglos.» Los cuatro animales decían *Amen*. Y los veinticuatro ancianos cayeron sobre sus rostros y aloraron al que vive en los siglos de los siglos (1).

(1) Apocalip. c. 5.º

Estas cosas, amados míos, las vió, oyó y dejó escritas para nuestra instruccion el ángel de Patmos. Yo me aprovecho de ellas para convidaros á alabar, á bendecir y á glorificar á nuestro Jesus sacramentado, diciéndole armonizados con los que lo adoran en el cielo. «Bendito sea el nombre de tu magestad para siempre.» *Benedictum nomen majestatis ejus in æternum.* Bendito: porque nos habeis abierto el libro de los misterios de vuestra divinidad y humanidad: y porque habeis roto los siete sellos que nos ocultaban los principales misterios de vuestra sagrada persona, manifestándonos claramente los que predigieron los profetas refiriéndose á la encarnacion de vuestra divina Persona, á vuestra pasion, á vuestra resurreccion, á vuestra ascension gloriosa á los cielos, á la mision del Espíritu Santo, á la vocacion de los gentiles y á vuestra ultima venida. Bendito: porque nos habeis abierto el libro de los misterios de la providencia haciéndonos comprender los adorables secretos de su conducta sobre los escojidos, y demostrándonos que los caminos de los justos no son los que frecuentan los sábios carnales y los políticos que viven bajo las influencias del mundo, de sus pompas y vanidades. Bendito: porque habeis abierto el libro de nuestra propia conciencia escrito interior y exteriormente por los pecados interiores y exteriores que cometemos, sellado con los siete pecados capitales de que somos culpables y con las tinieblas que nuestras pasiones y amor propio derraman en nuestro entendimiento. Vos, Señor Dios nuestro, habeis roto estos siete sellos con las luces que desde ese trono augusto derramais en nuestro

entendimiento, las cuales nos descubren la multitud y gravedad de nuestros pecados, nos imprimen un justo horror y arrepentimiento de ellos, y nos hacen formar proyectos de saludable penitencia. Bendito, cordero inmaculado sacrificado por nuestra salud; porque Vos solo y nadie más fué hallado digno en los cielos, en la tierra y en los mares de abrir el libro de la divinidad y franquearnos las puertas del cielo para alcanzarnos la posesión de la bienaventuranza. Bendito, porque espuesto á la vista de los pueblos en ese altar santo nos permitis contemplar vuestras bellezas, admirar vuestros resplandores, llenarnos de vuestra virtud, y aprovecharnos de vuestras miradas favorables. Bendito en fin, porque habiendo desaparecido con vuestra presencia en la tierra las figuras que en la antigua ley os representaban, nos hiciste comprender la significacion del sacrificio de Melquisedec, del maná, de los panes de la proposicion, del pan de Gedeon y del subemericio de Elías, y considerar vuestro amor inmenso, infinito é incomprensible en el adorable misterio de la Eucaristia en el que todo un Dios agota su poder, por decirlo así, para probarnos el inmenso amor con que se interesa en favor nuestro.

No hay, amables oyentes, cosa mas digna, justa y saludable que el adorar, bendecir y glorificar al cordero muerto por redimirnos con su sangre. En esto se ocupan las angélicas potestades, y en lo mismo deberíamos ocuparnos los fieles para que acordes con nuestros hermanos triunfantes en la gloria formemos todos una sociedad santa y digamos sin cesar: «El cordero que ha sido muerto es

«digno de recibir el poder, la divinidad, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la bendición.» ¿No tenemos, por ventura, razones poderosas para unir nuestras voces con las de todas las criaturas que hay en los cielos, en la tierra y en los mares para adorar y bendecir eternamente al que nos ha criado, nos ha redimido y nos alimenta con su santísimo cuerpo y su preciosísima sangre? Ay señores! Mirad con el mas profundo respeto, con la veneracion mas sumisa al Dios grande, fuerte y omnipotente que os descubre la fé en aquel santísimo sacramento del altar, y en él hallareis motivos para entonar cánticos de accion de gracias, y decir himnos de alabanza en loor de aquel Dios humanado que tan reverenciado es en el cielo. El nos ha manifestado un amor muy singular en el momento de su encarnacion: una ternura incomparable en el dia de su nacimiento; una bondad fecunda en gracias, favores y beneficios en todos los dias de su vida, y una caridad inmensa inmolándose por nosotros en la cruz. Pero todas estas demostraciones de su amor y cariño en favor nuestro, quiso renovarlas y renovarlas en el asombroso misterio del santísimo sacramento del altar, para que de un golpe de vista pudiéramos mirar los prodigios de su amor y consagrarnos á su santo servicio: quiso ser inmolado y ofrecido muchas veces al dia en sacrificio: quiso vivir en la Eucaristia de un modo inefable para satisfacer el amor inmenso que nos tiene: quiso dársenos todo en todos tiempos y decirnos para que no nos sobrecojera y asombrara la grandeza de tanta dignacion: «Venid á mí todos los que estais sobrecargados y yo os aliviaré.» ¿Puede despues de

esto presentarse motivo que mas deba interesarnos en favor de la resolucion que debemos formar de mirarnos á los que hacen la corte al cordero virgen en la ciudad santa de la gloria?

Si católicos: aun hay otras razones especiales que nos obligan á amar, engrandecer y sobresaltar la bondad infinita del que fué digno de abrir el libro y desatar los sellos que lo tenían cerrado. No se contenta nuestro Jesu divino con escederse, si así puede decirse, en sus amabilidades, en su espoliación, en su liberalidad y en su ardor amoroso convidándonos á acercarnos como amigos á su mesa para comer con él los manjares que dan la vida eterna y hacen la felicidad de los que tienen la dicha de gustarlos santamente, sino que haciendo los oficios de Pastor eterno de sus ovejas esclama y dice en cuanto vé que alguna enferma no puede acercarse á sus altares: *Ibo et curabo eam*. Yo ire y la sanaré; iré al lecho del dolor en donde se encuentre esa oveja de mi rebaño, y sea la que se quiera su situacion, yo la sanaré, yo la purificaré, la fortaleceré con la virtud de mi diestra contra sus enemigos, le daré un seguro pasaporte para entrar en la gloria á ser feliz eternamente y hará que por mi dulzura, piedad, inocencia, candor y mansedumbre se me adore, alabe y bendiga como á Cordero inmaculado; pero que por mi fuerza y poder sea reconocido por el Leon de Judá invencible, fuerte y poderoso. *Ibo et curabo eam*. Yo iré á la casa de ese fiel enfermo y lo sanaré. Si se halla con delitos, pecados y abominaciones que lo aportan y alejan de mi santidad, allá irá mi misericordia, allá mi cuerpo,

mi sangre, mi divinidad y omnipotencia, y haran de él un penitente arrepentido. Yo lo miraré como miré á la Samaritana y á los habitantes de Sicar; lo trataré como á la adúltera arrepentida; como á Zaqueo, como al buen ladron y como á todos los que confían en mí. Iré desde este tabernáculo, y sin reparar en los peligros á que se espone mi magestad entraré en la morada de esa alma que tan presente tuve en la cruz, y la adornaré con los vestidos nupciales de la gracia que la han de hacer digna de la gloria. No, no tienen que temer mis ovejas por enfermas que se vean: porque yo soy su médico celestial. No teman las tinieblas, porque yo soy su luz: no teman la pobreza, la afliccion, la infamia, la muerte y el infierno: porque yo soy la riqueza, la alegría, la gloria, la vida y el paraíso, y todo, todo cuanto soy me entrego á esa oveja querida para hacerla santa, sana y salva. ¡Qué dignacion esta católico! ¡qué amor! ¡qué caridad! No seria lo que es si pudiéramos comprenderla. Yo me asombro, me pasmo y confundo al considerar los prodigios y maravillas que obra el amantísimo Jesus en favor de los que vino á buscar al mundo; y sin apartar mi pensamiento del agradable concierto de alabanzas y de acciones de gracias que dan á Dios incesantemente los que lo contemplan en la gloria; me siento propenso y animado á formar coro con los hijos de la gracia que hacen el adorno de la iglesia militante para decir: Jesus amable, santo, fuerte y omnipotente: sea bendito para siempre el nombre de tú magestad. *Benedictum nomen majestatis ejus in æternum.*

Y vosotros, amados míos: ¿no os enternecís y ablandáis

al considerar á nuestro amoroso Jesus sacrificado por nosotros en ese altar santo, y ofrecerse una y mil veces en todos los tiempos y lugares al eterno Padre para que nos bendiga, proteja, nutra y socorra en todas nuestras necesidades? ¿Habrá quien huya y se aparte de un Redentor tan solícito por ofrecernos su gracia y conducirnos por los caminos de la virtud á la mansion de los serafines? ¿El amor inmenso que nos manifiesta el Dios de paz y de toda consolacion para obligarnos suave y dulcemente á corresponder á sus finezas, y hacernos dignos de este modo de asociarnos á los que la adoran, bendicen, alaban y glorifican incesantemente en la celestial Jerusalem: no podrá en nuestros corazones mas que esa tirantez del pecado que nos arrastra hácia las inmundicias en que se revuelcan como animales inmundos los que conociendá ese Señor omnipotente, no lo glorifican con sus obras como se merece? Nuestro Jesus amantísimo está pronto á bendecir su herencia, á derramar sus gracias y beneficios sobre su pueblo: á hacer que lleguemos á ser del número de los que son felices diciendo en el cielo: «Al que está sentado en el trono y al »Cordero, bendicion y honra, gloria y poder en los siglos de »los siglos.» Seamos accesibles á los gritos amorosos del Pastor eterno que nos llama á la participacion de la gloria que nos ha ganado y ofrece con tanto amor y bondad, y dejémonos llevar del que nos alarga su mano poderosa para conducirnos á su reino de delicias, de gozo y de felicidad eterna. Llénense de consuelo nuestras almas al considerar que ese divino Señor sacramentado se presta gustoso á ir á buscarnos á nuestro propio domicilio para protegernos,

auxiliarnos y dirigirnos á su padre celestial en la hora de nuestra muerte, y convenzámonos de que nuestra dicha y ventura en esta vida consisten en vivir piadosa, santa y justamente siendo agradecidos á los beneficios y favores que nos hace, y diciéndole llenos de gratitud: bendito, Señor, sea el nombre de tú magestad para siempre. *Benedictum nomen majestatis ejus in æternum.* Probad, sino habeis gustado las delicias que encuentran las almas puras en estas verdades inefables que forman la gloria de nuestra religion en esta vida y vereis cuán suave y dulce es nuestro divino Jesus sacramentado. Contempladlo cuando sale de su templo para visitar á un enfermo y llenos de caridad decidle:

Jesus mio: acercaos á esa alma para purificarla, santificarla, curarla, fortificarla, poseerla y protegerla contra sus adversarios. Es vuestra herencia, el precio de vuestra sangre, vuestra conquista, y no es cosa de que consentais en que vuestros enemigos os la arrebaten. Si la dejais en este mundo, que se llene de virtud y gracia: si os dignais sacarla de la muerte del cuerpo terreno y corruptible en que sufre los trabajos de la milicia cristiana, que sea para estar eternamente con Vos en la gloria. Amen.

A. M.

SERMON

DE JESUS SACRAMENTADO EN DIA DE CUARENTA HORAS.

Debemos visitar con frecuencia y devoción al Santísimo Sacramento.

Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi. Hé aqui que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumación de los siglos. Matth. cap. último.

El Dios de la eternidad; el Verbo por quien todas las cosas fueron criadas, el Hijo unigénito del Eterno Padre en cumplimiento del vaticinio del profeta se despojó de su respetable majestad y tomando carne mortal se mostró

visiblemente á sus criaturas para conversar con ellas. No he dicho bastante. Sabiendo que estaba ya cumplido el tiempo decretado en los consejos eternos para pasar de esta vida al Padre, quiso manifestar á los hombres las últimas y las mas sensibles pruebas de su amor y por un prodigio de aquella caridad inmensa que le obligó á cargar sobre sus hombros los pecados del mundo para dar al mundo la justicia de los hijos de Dios, al tiempo de ausentarse de los hombres, halló el secreto de no apartarse de los hombres; de estar siempre real, aunque invisiblemente en medio de ellos todos los dias hasta la consumacion de los siglos: quiso quedarse con nosotros oculto bajo las especies de aquel angusto y venerable sacramento. *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi.*

¡Qué honor para nuestros templos el ser los depositarios de una prenda tan sagrada! ¡Qué gloria para este santo lugar el estar consagrado al culto y para habitacion del mismo Dios! ¡Qué felicidad la nuestra el poder conversar y tener tan cerca de nosotros al mismo Dios! La iglesia se llena de júbilo y en los dias de sus mayores triunfos, nos pone de manifiesto y ofrece á nuestras adoraciones lo mas grande que hay en los cielos y la tierra. En los dias tambien en que el mundo brinda por todas partes con sus placeres engañosos y con sus diversiones llenas de peligros; con sus teatros y espectáculos, con sus concurrencias y glotonerías llama la atencion de sus hijos, reúne en sus templos á sus ministros, adorna sus altares con majestad y pompa sagrada hace que se entonen las alabanzas del Dios vivo y convida á todos á que se separen de los precipicios que

corren siguiendo las sugestiones de Satanás y vengan á adorar al Señor sacramentado que los presenta en el altar.

En semejantes ocasiones, hermanos míos, ¿seremos excusables sino visitamos y venimos á adorar al santísimo sacramento? ¿Lo seremos sino le visitamos con frecuencia estando este Señor todos los días con nosotros en nuestros sagrarios hasta la consumacion de los siglos? ¿Será verdad que Dios esté con nosotros, y que nosotros le dejemos en la soledad y el olvido? Hoy voy á manifestaros que todos tenemos motivos poderosos y una obligacion estrecha como cristianos de visitar con frecuencia y devocion al santísimo sacramento.

Avivad, Señor, nuestra fé y nada mas seria necesario, y correríamos ansiosos de entrar en vuestros templos, y nos tendríamos por dichosos en estar en vuestra presencia, y tendríamos todas nuestras delicias y complacencias en estar con Vos. Favorecednos con vuestra divina gracia que os pedimos por la intercesion de Maria Santísima.

AVE MARIA.

Ecce ego vobiscum sum....

Si antes de la venida del Señor al mundo; cuando el Señor se llamaba el Dios de las venganzas, el Dios

fuerte, el Dios de los ejércitos: cuando solo hablaba á voz de trueno, por decirlo así, cuando no era permitido ni aun á los príncipes y soberanos entrar en el lugar que le era consagrado particularmente; cuando pedía un culto tan respetoso y castigaba con tanta severidad las menores faltas que se cometían contra este respeto debido; cuando los reyes y los sacerdotes todos penetrados de un temor santo no se atrevían á entrar en el templo á vista de una simple nube que no era mas que una señal por donde se conocía con alguna mayor luz la presencia del Señor en aquel lugar; cuando esta maravilla obligaba al pueblo todo á postrarse profundamente y á esclamar lleno de admiración y movido del agradecimiento con efectos llenos de ternura: ¡Oh cuán amable es el Dios á quien adoramos! ¡Cantaremos sus misericordias por todos los siglos, pues se ha dignado elegir un templo entre nosotros! Si entonces hubieran sabido lo que despues hemos visto y sabido nosotros, si se los hubiese dicho que este Dios tan terrible se humillaba hasta hacerse hombre por amor de los hombres y que despues que padeciese y muriese por ellos, estaria haciendo continuamente el mayor de los milagros por estar con ellos hasta el fin de los siglos ¿hubieran podido por ventura creerlo?

Y ¿hubieran podido jamás creer, ni aun atreverse á imaginar, que humillándose Dios de esta forma, solo por amor á los hombres habian de rehusar estos el amarle y venir á visitarle? Sin embargo, esto es lo que sucede y lo que vemos entre los cristianos. Tienen pena en venir al templo á pagar esta deuda á Jesucristo y á muchos de los

mismos que vienen á él, viendo su poco respeto, compostura y devocion ¿no podria el divino Salvador hacer aquella misma pregunta que ya hizo en otro tiempo? *¿Cuándo el hijo del hombre viniere, pensais vosotros que hallará fé sobre la tierra?* Y si esta fé no está enteramente muerta, si aun creen los cristianos aquello mismo que publican y confiesan ¿no es un prodijio todavia mas extraño el creer la presencia real de Jesucristo sobre nuestros altares, y no tener para con su Majestad mas reconocimiento, ni mas cuidado en rendirle nuestros adoraciones?

La urbanidad, la amistad, el agradecimiento y el interés, son ordinariamente los motivos que obligan á los hombres á hacer sus visitas y tratarse obsequiosamente. No faltarán por ningun caso á cumplimentar á una persona que se distinga por su mérito, por su calidad, ó por su destino. Los grandes amigos jamás se separarán sin pena y no pierden ocasion alguna de estar juntos. Al menos de cortesia y cumplimiento se hacen algunas visitas á las personas de quienes se ha recibido algun favor; y son continuas con aquellas de quienes se espera algun interés, ó se teme algun castigo. Pues bien, hermanos mios. ¿Dónde está nuestra fé? ¿Tan poco vale nuestro Dios sacramentado? Jesucristo ¿no es de una gerarquía bastante considerable para merecer que se le visite? ¿Daremos de que nos ama y apetece nuestra amistad? ¿Habremos recibido de él algun beneficio? ¿Tenemos motivos bastantes para poder esperar de él algun nuevo favor? ¿Y no es verdad que él es nuestro Juez, que de él depende nuestra felicidad é infelicidad eterna y que nos interesa mucho el ganarle la

voluntad y el corazón? Todo esto sabemos, esto creemos, todo el mundo cristiano conviene en esto mismo; sabe lo que debe hacer, ¿y se toma tan poca pena en no hacerlo?

Si el Señor hubiera dejado á nuestra eleccion el pedirle alguna señal evidente del amor que nos tiene, ó algun favor singular ¿se nos hubiera ocurrido rogarle cuando estaba para subir al cielo el que se quedase con nosotros en la tierra hasta el fin de los siglos? Y si el Señor nos lo hubiera concedido ¿con qué afectos de admiracion, de respeto y de agradecimiento lo hubiéramos aceptado? Pues este favor tan singular nos hizo Jesucristo. El exceso de amor que nos tuvo le obligó á dar esta señal evidente de su ternura; pero esta estrenada ternura no ha servido; por decirlo así, sino para aumentar nuestra ingratitud hasta no poder mas. ¿Qué diríamos de aquel que no visitase sino rara vez y no saludase mas que de paso á una persona de la primera calidad y mérito, que habia venido de tierras remotas solamente á hacerle algun servicio, y que no se detenía sino por su amor en un pais extraño? ¿Qué motivo, obligó á Jesucristo á quedarse con nosotros despues que volvió á su Eterno Padre? ¿Por qué, pues, baja invisiblemente todos los dias á la tierra? ¿Por qué está dia y noche sobre nuestros altares en un estado tan humilde y oculto, sino porque no puede separarse de los hombres, y porque sus delicias son el estar con los hombres? No os alijais, hijos míos, nos dice este Dios de bondad y dulzura, que no os dejaré huérfanos ni desamparados. Yo subo al cielo, pero al mismo tiempo me quedo sobre la tierra. Vosotros

estais flacos, enfermos y débiles, muchas veces os vereis afligidos, temereis mis juicios, temereis la ira y la justicia de mi Padre; pero hallareis en mí en el santísimo sacramento un Padre que os consuele, un Médico que os cure, una guía que os conduzca, un Maestro que aclarará vuestras dudas, un alimento celestial que os dará nuevas fuerzas, y en fin al mismo Redentor que murió por salvaros.

¿No será bastante todo esto para mover á los hombres tan amigos de sus propios intereses y tan naturalmente inclinados al reconocimiento? Con cualquiera otra persona y por el mas pequeño beneficio serian menos ingratos; pero con Jesucristo parece que no es un delito el no ser reconocidos. Siempre hay razones para dejar olvidado á Jesus sobre nuestros altares, y siempre sobra tiempo para gastar muchas horas del dia en divertimientos, en ociosidades y tal vez en fiestas del mundo peligrosas y culpables. Los hombres se desocupan al momento y suspenden sus tareas para asistir á las diversiones y espectáculos, á tantas concurrencias profanas con que los brinda el mundo, ¿y para venir á adorar y visitar á Jesus sacramentado apenas hallan lugar, y aun en los dias mismos en que se nos pone de manifiesto y con la pompa religiosa de nuestros cultos apenas hay quien venga á orar en su presencia mientras corren en tropel por las calles en seguimiento de bagatelas y locuras? ¿Es posible que cueste tanta pena el cumplir con una obligacion que todos tenemos y no podemos menos de reconocer y confesar por justa y razonable? ¿Es acaso menester mucho tiempo ó es difícil conseguir

la entrada para visitar á Jesus sacramentado, para que seamos tan poco frecuentes en visitarle? Un cuarto de hora es bastante ó menos si queremos. Muchas veces no nos cuesta sino dar dos pasos el hacer un rendimiento á Jesucristo; pero el poco amor que le tenemos nos hace incómodo y difícil el visitarle, nos ofrece cien obstáculos y excusas que no tendrían valor ni nos harían impresion alguna y solamente nos detienen cuando tenemos que pagar esta atencion tan debida á Jesus. ¿Qué responderán tantos cristianos, no ya partidarios declarados del mundo y abandonados á sus locuras, sino tambien los que se tienen por mas justificados y devotos que pasando con frecuencia por delante de nuestras iglesias dejan los dias y las semanas enteras sin entrar á visitar á Jesucristo? *Populus vero meus oblitus est mei*. Los míos tambien, dirá el Señor como se quejó por Jeremias, tambien mi pueblo, y aquellos que se glorian de estar consagrados á servirme se han olvidado de mí.

Contemplemos con seriedad, hermanos míos, quien es el que está de dia y de noche en medio de nosotros, por que parece que no le conocemos ó no queremos conocerle. Es nuestro Señor y nuestro Dios quien está sobre nuestros altares para escuchar nuestras súplicas y recibir nuestras adoraciones. Si nos hallamos tristes, desanimados ó aflijidos recurramos á Jesucristo y contémosle como á nuestro padre las desgracias que nos suceden y los males que nos amenazan. Tenemos alguna dificultad en nuestras determinaciones; deseamos la paz de nuestra familia; deseamos la conversion de alguna persona; somos flojos

en el servicio de Dios, inconstantes é imperfectos? Acudamos á Jesucristo, pidámosle todas estas gracias con toda simplicidad, con una familiaridad humilde y respetuosa y sobre todo con una confianza grande; seamos incansables é importunos en pedir á Jesucristo, porque así quiere que le pidamos. El es todo poderoso y si deja de escucharnos y servirnos es tal vez para obligarnos á que le visitemos mas y le pidamos mas.

¡Qué pérdida para los cristianos el descuidarse de un medio tan fácil y poderoso para llegar á ser dichosos y santos! ¡Qué dolor á la hora de la muerte á vista de una pérdida tan grande y tan irreparable! No estrañemos ya que entre los cristianos haya poca devocion, que anden como arrastrados en el camino de la piedad y que no reciban del padre las misericordias ni la consolacion, ni las dulzuras interiores; que vivan angustiados, sin quietud y que mueran con miedo, turbacion y congoja. El no visitar á menudo al Santísimo Sacramento, el no pedir nada ni reclamar sus gracias y favores es ordinariamente el origen y la causa de nuestras infelicidades. En vez de que no hay medio mas fácil para conseguirlo todo que el trato y devocion, las frecuentes visitas á Jesus Sacramentado, el acudir á él en todas nuestras aliecciones y trabajos como él mismo nos dice: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis et ego reficiam vos.*

No basta sin embargo que nuestras visitas sean frecuentes, menester es tambien que sean con devocion y respeto. Jamás debemos entrar en la iglesia sin una modestia grande ni estar en ella sin un respeto profundo

acompañado de afectos de gratitud, de confianza, de amor. Toda aquella santidad que comunicó el nacimiento del Hijo de Dios al establo de Belén, toda la que su preciosa sangre comunicó al Calvario y su sagrado cuerpo á la sepultura se halla dentro de nuestras iglesias, y si cuando entramos en ellas y nos ponemos cerca del altar no nos sentimos penetrados de aquel santo y respetuoso temor, sino tenemos aquellos sentimientos que hacen derramar tan dulces lágrimas á los que logran la dicha de ver y adorar el pesebre en que nació Jesus, ó el lugar en que espiró, esto no es sino ó por falta de fé ó por falta de atención. Contemplemos antes de entrar en la iglesia la santidad del lugar en que vamos á entrar, y la majestad de aquel Señor á quien vamos á ver. Y si la modestia y profundo respeto con que debemos asistir á la iglesia son las señales sensibles de nuestra fé, es necesario que el amor á Jesus sea como el alma de nuestras oraciones. Puestos en la presencia de Jesus sacramentado, no es preciso que nos estendamos en largas oraciones. Un silencio afectuoso que es el lenguaje del corazon, es lo que mas le agrada. El amor inmenso de Jesucristo para con nosotros, su bondad, su dulzura, su paciencia, su liberalidad en este adorable misterio deben escitar en nosotros los mas tiernos y amorosos sentimientos. Los afectos de gratitud, de confianza, de respeto y de ternura para con Jesucristo deben ocuparnos casi todo el tiempo. Debemos ir con el espíritu y el fin que los ángeles, los pastores y los reyes fueron á visitarle recién-nacido; es á saber, para adorarle: ó como los apóstoles, para oírle predicar ó como la Magdalena postra-

da á sus pies, para llorar nuestros pecados, ó para contemplar sus infinitas perfecciones; ó como enfermos para pedirle la salud. Debemos descubrirle con la mayor sencillez nuestras necesidades, nuestras enfermedades y flaquezas y derramar delante de su Majestad nuestro corazon como nos lo dice el profeta: *Effundite coram illo corda vestra*. Unas veces debemos decirle como las hermanas de Lázaro: *Ecce quem amas infirmatur*. Dadme vuestra gracia para salir de esta pasion, de este vicio en que me hallo. Otras le podremos decir como el Leproso: *Domine si vis potes me mundare*. Limpiadme Señor, que yo sé que queréis que sea limpio y puro. Otras debemos procurar desprendernos de todos los afectos de la tierra, de todo lo que no sea Dios y decirle con el real profeta: *Mihi autem adhærere Deo bonum est ponere in Domino Deo spem meam*. En Vos Señor tengo puesta mi esperanza, todo mi consuelo será pasar el resto de mis dias al pié de vuestros altares; y sino pudiere estar de continuo personalmente, porque Vos, Jesus mio, queréis tambien de mí que atienda á los empleos, cargos y ocupaciones del estado en que me habeis puesto, procuraré á lo menos no perderos nunca de vista, os visitaré á todas horas en espíritu desde cualquier lugar y en cualquiera ocupacion que me halláre. Vos sereis el principio y Vos sereis tambien el fin de todas mis acciones. Otras veces en el silencio y recogimiento en que debemos estar en su presencia podemos imaginar que este amable Salvador nos pregunta como á san Pedro: *¿Simon Joannis, amas me?* ¿Simon hijo de Juan me amas tú? Y responderle con el afecto y ternura que el apóstol, resol-

viéndonos á hacer lo que prometemos. Ultimamente, hermanos míos, nunca deberemos salir de la presencia del Señor sacramentado sin decirle aquellas dulces palabras de Jacob: *Non dimittam te, nisi benedixeris mihi.* No os he de dejar, Salvador mío, sin que me echeis vuestra bendición.

Así es como debemos visitar al santísimo sacramento y así nos serán fructuosas sus visitas. Así obligaremos á Jesús á que nos conceda con abundancia las gracias que necesitamos para nuestros destinos y alivio de nuestras necesidades. Un amigo, un criado, un hijo que tenga con nosotros el cuidado de visitarnos á menudo, que fuese puntual y diligente en acompañarnos, que no consintiese en dejarnos solos cuando todos corren á las diversiones, nos robaría sin duda alguna el corazón y le amaríamos con preferencia. Juzgad ahora ¿qué efectos no producirá esta conducta en el corazón de este amable Salvador? Visitad pues con frecuencia y con devoción á Jesús sacramentado porque así lo exige la urbanidad y buena crianza; la amistad, la gratitud y vuestro propio interés. En los días festivos además del tiempo de la misa, destinad un rato por la tarde para visitar al santísimo sacramento antes que á vuestros amigos; y sobre todo en los días que destina el mundo para sus diversiones, en esos días de fiestas públicas que ocupan y disipan el espíritu de la mayor parte del mundo, no os dejes llevar del mal ejemplo de los otros, entonces es el tiempo mas oportuno para que las almas que desean ser fieles y generosas con Jesucristo vengan á visitarle y consagrarse muy particularmente á él mientras los mundanos

le ofenden. La iglesia ayuda su fervor en estos dias del año y franquea y adorna sus templos deseosa de que vengan á ellos sus hijos, sobreponiéndose á todas las tentaciones del mundo. Muchas veces una sola accion de estas de amor y fidelidad ha sido el origen y principio de la sublime perfeccion á que han llegado muchos grandes santos. Muchas veces entrando casualmente ó por curiosidad en la iglesia desde el bullicio de las diversiones del mundo nos hemos visto obligados á confesar que vale mas un dia en los átrios del Señor que mil en los tabernáculos de los pecadores. Desprendámonos generosamente de estos, visitemos con frecuencia y con fé viva al Dios que está con nosotros. El nos oirá, nos atenderá, nos socorrerá y despues de ser nuestro alivio y refugio en esta vida, será nuestra gloria y felicidad en la eterna. Amen.

F. L. G.

SERMON

DEL SANTISIMO CORAZON DE JESUS.

En el corazon de Jesus hallaremos la felicidad y el descanso de nuestras almas.

Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos et discite á me quia mitis sum et humilis corde et invenietis requiem animabus vestris. Venid á mí todos los que trabajais y estais cansados y yo os refrigeraré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí á ser humildes y mansos de corazon, y hallareis el descanso para vuestras almas. Joann cap. 11.

¿Qué intento tan temerario, que empresa tan imposible he tomado á mi cargo al ocupar en este día la cátedra de la verdad? ¡Señor! ¿Esperaré por ventura correr el velo

que os oculta á nuestra vista? Siendo polvo y ceniza, peregrino y desconocido hasta de mí mismo me lisonjearé de conoceros y de dar á conocer á vuestro corazon? ¡Corazon abrasado de Jesus! ¡Amor puro y santo! ¡Caridad celestial! Yo me confundo y anonado al contemplarte. ¿Cómo me he de atrever yo á manifestar los arcanos de tus ocultos caminos? Temo profanar tu gloria y conozco que solo un apóstol que sabía amar, solo un discípulo que era amado, solo un espíritu bañado de tus luces podrá ponderar algun tanto lo que sois y lo que obrais en las almas que se entregan del todo á vuestra direccion y se abrasan en vuestros celestiales incendios. Yo no me avergüenzo de confesar, que despues de tanto tiempo aun no conozco á Jesus, á este Dios escondido. Someto mi entendimiento á las verdades eternas que me revela la fé, pero mi tibio y débil corazon no arde en aquel amor divino que comunica su inteligencia. Perdonadme, hermanos míos, si no lleno vuestros deseos y si para formar el elogio de ese divino corazon tomo un camino nuevo, pero útil, y en vez de entrar á sondear su profundidad, las dulzuras y finezas, los escesos de su amor os hago ver el interés propio que á vosotros mismos os resulta de amarle. Si logro que vuestros corazones se enciendan en el amor de Jesus, nada mas deseo ni nada mas necesitais para vuestra dicha.

Cuando á este fin intentamos los ministros del evangelio pintaros las venganzas de un Dios airado: cuando os le representamos con el cáliz de su furor en la mano, cáliz que beberán los réprobos hasta las heces sin poderle agotar jamás, á vista de este espectáculo se estremece el peca-

dor mas intrépido y apenas espera y se tiene por seguro el justo. Pero ¡ay! que este Dios cuyo temor infundimos no logramos que le améis. Un Dios niño, la tierra bañada con sus lágrimas y después con su sangre: ¡monte sacrosanto del Calvario, cruz adorable donde fué sacrificada víctima tan grande, quejas, últimos suspiros, silencio de un Dios moribundo...! Cuando recordamos en el santuario este melancólico y angusto espectáculo se mueven á lástima las columnas del templo, y el hombre solo dá á entender que nos oye; pero su corazón no se mueve y muchas veces no nos escucha; ó acaso se dá por entendido y despierta un instante, pero inmediatamente se ensordece y se vuelve á dormir. ¡Comocion pasajera!; Débil y superficial sentimiento! Semejante al que causa un suceso fabuloso que se recita en un teatro, donde fenece con la relacion que le escita de modo que vuestros sentimientos huyen con mas velocidad que nuestras palabras, y Dios está, por esplicarme asi presente todavía á vuestros ojos y ya se ha ausentado de vuestro corazón.

Hoy voy á conducirlos por el camino de vuestro propio bien. ¿No es verdad que abrigais dentro de vosotros mismos una inclinacion á todo lo bueno? ¿No lo es que involuntariamente apeteceis vuestra felicidad? ¿No lo es tambien que trabajais y os afanais por encontrarla? Pues venid, os diré lo mismo que Jesucristo en las palabras del evangelio que he elegido por tema: Venid á mí todos los que trabajais y estais cansados que yo os refrigeraré. Tomad mi yugo sobre vosotros, aprended de mí, imitad á mí manso y humilde corazón y aqui hallareis la felicidad y el descanso para

vuestras almas. *Et inveniatis requiem animabus vestris.* Tengo descubierto el asunto de mi discurso.

Estoy en vuestra presencia, Soberano Señor, ante quien tiemblan y enmudecen los ángeles; y ¿qué podré yo hablar, miserable pecador, sin los auxilios de vuestras luces? Auxilios que solo me atreveré á pedir por la intercesion del sagrado corazon de María Santísima. Por el amor y los merecimientos de esta divina Señora dispensadnos vuestra gracia.

AVE MARIA.

Venite ad me omnes.....

El mejor empleo que podemos hacer de nuestro corazon es entregarle enteramente á Dios..... Digo, pues, con el padre san Agustin, que si pudiésemos disponer á nuestro arbitrio de nuestro corazon el mejor uso que podríamos hacer de él era entregarle enteramente á Dios, no solo para ser perfectos y santos, sino tambien para ser felices y vivir con tranquilidad en esta vida. Convengo en que esta tierra que habitamos es un lugar de destierro y mas feraz de sinsabores que de placeres; en que la felicidad verdadera y permanente está reservada para la patria ce-

lestial; en que la felicidad perfecta, como enseña mi angélico doctor santo Tomás escluye todo mal y sacia todo deseo y que la vida presente está sujeta á innumerables males que no podemos evitar: á la ignorancia por parte del entendimiento, á los afectos desordenados por parte de la voluntad, y á infinitas penalidades por parte del cuerpo. Que el deseo del bien no podemos saciarle en esta vida en la que nada hay estable ni permanente y todo está sujeto á la corrupcion y la muerte: pero es preciso convenir en que si hay ó puede haber alguna felicidad aunque imperfecta en esta vida, como admite el mismo santo doctor; si el hombre es capaz de gozar en esta vida las primicias de la paz y del contento interior las hallará ciertamente, no en las riquezas, en los honores, en la fama, en la potestad, en los deleites sino en el amor y correspondencia á ese divino corazon de Jesus.

El hombre que ama con sinceridad y hace depositario de su corazon á Jesus su Señor y su Dios conoce y confiesa su poder, su bondad, su providencia, su justicia y todas sus infinitas perfecciones y atributos ¿qué le faltará, pues, para vivir en la dulce calma que caracteriza al corazon del justo? ¿Qué podrá perturbar su alegria y su reposo? ¿Qué males le pueden alligir? ¿Qué bienes no puede esperar? Al verse bajo la proteccion poderosa de un Dios justo se gloriará en el Señor, en la prosperidad y en la desgracia: si sus enemigos se levantan contra él, no temerá porque está firmemente persuadido de que está de su parte el Señor. Si desaparecen sus bienes, no por eso desaparecerá la tranquilidad de su corazon porque cree que el Padre

celestial apacienta á los animales y las aves que ni sembrar ni recojen, y viste y adorna majestuosamente á las flores del campo. Cuando llegue á verse próximo á concluir su carrera y exhalar el último suspiro crecerá su gozo y consolacion contemplándose mas inmediato á gozar el complemento de sus ansias y deseos y dirá como el apóstol: *Cupio dissolvi et esse cum Christo*. Al hombre que ama á su Dios^s ni le abateu las desgracias, ni le ensorbecen las honras, di los enemigos le arredran, ni los aplausos, ni los insultos y nesprecios, ni la vida ni la muerte arrancan de su corazon el sosiego y la quietud en que rebosa ¿qué mas puede desear para ser feliz en esta vida?

Esta es la doctrina que inculcaba con mas energía el apóstol á los primeros fieles: No os fatigueis, hermanos míos, los decia, no os fatigueis en buscar sendas y caminos para llegar á ser perfectos, sea todo vuestro estudio y cuidado el echar hondas raices en el amor de Dios y aqui lo encontrareis todo. *Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis*. El cristiano que ama de veras á su Dios no carecerá de ningún género de virtudes. Será celoso para ofrecer á Dios el holocausto de su corazon porque es imposible amarle y no entregársele todo: hallará gusto en los rigores de la penitencia porque es imposible amar á un Dios crucificado, sin amar su cruz: perdonará á sus mas injustos perseguidores, porque en los enemigos que le aborrecen no verá sino la mano vengadora, aunque de Padre piadoso, de un Dios á quien ama: será manso y pacífico, porque nuestros antojos y desabrimientos proceden del amor propio á quien reprime y destruye el amor de Dios: será amparo de po-

libres, porque no tendrá corazon para ver correr las lágrimas de aquellos por quienes Jesucristo derramó su sangre: será hombre de retiro y oracion fervorosa, porque cuando se ama á Dios se le habla con gusto, y se le oye con deleite. *Charitatem habete quod est vinculum perfectionis.* En una palabra. Para tener todas las demas virtudes solamente le faltará la ocasion de practicarlas, y si no las tiene, procurará tener este mérito por medio del deseo y de la voluntad. Todo lo hallará en el amor á su Dios. Luego en este amor se encuentra la felicidad de esta vida. *Et invenientis requiem animabus vestris.*

Una caña frágil que está para caer y postrarse en tierra; una hoja que se deja arrebatada de todo viento es la imájen del corazon del hombre considerado en sí mismo. ¿En dónde hallará el apoyo y la guía que le sostenga y conduzca á la quietud y el descanso? ¿Acaso en el bullicio, en el estrépito y en los desahogos y las diversiones del mundo? Pero para un gusto momentáneo ¿cuántos días hay tristes y desasosegados? ¡Deleites vanos que solo llegan á la superficie del alma y que por vivos y activos que sean no penetran hasta sus profundos senos! ¿Los penetrará acaso el alagüeño gusto de la amistad? ¡Ay amalos míos! Quiera la providencia preservar milagrosamente vuestro corazon de tantas falsas y aparentes amistades que son la burla del alma y el velo de la traicion: de tantas amistades interesadas que se terminan en la fortuna sin llegar hasta la persona. Desengañaos, os diré con san Agustin; por mas escollos que evite vuestro corazon no se verá libre de tempestades, ni dejarán de oprimirle pesadumbres y desabrimientos hasta que descansa en

el amor de su Dios: *Irrequetum est cor nostrum donec requiescat in te*. Si, solo este amor divino puede dar la paz á vuestras almas porque en él solo hallareis la dulzura de la mas grata y sincera correspondencia. *Diligentes me diligo*. El pobre y el rico, el súbdito y el monarca, el grande y el pequeño, el sabio y el ignorante, el hombre mas defectuoso y el de mayores prendas, hombres de todos caractéres, de todos estados, de todas condiciones, á tí, hermano mio, quien quiera que seas, á tí te ama Dios con toda la efusion de su corazon; aun no le conocias y él te amaba: *Prior dilexit nos*. No pensabas en él, y él te escogió para si: *non vos me elegistis sed ego olegivos*. Aunque es tu Criador no quiere ser ni llamarse tu dueño, sino tu amigo: *jam non dicam vos servos, dixi vos amicos*, y ansioso por mostrarte el amor mas fino te brinda generosamente con todos sus tesoros: *omnia mea, tua sunt*. No, no temas aspirar á la conquista del corazon de tu Dios, tuyo es si le quieres, y todo él está á tu disposicion; él mismo se anticipa á tus deseos, él te llama, te convida, *venite ad me omnes*; él te pide tu corazon para obligarte á que le pidas el suyo: *fili præbe mihi cor tuum*. Su amor es inmutable y constante, jamás se apartará de tí si tú no te resuelves temerariamente á apartarte de él, y ¡ó bondad infinita de tan amante corazon! Aun despues de haberle ofendido, injuriado y perdido su amistad puedes fácilmente recobrarla. *Si impius egerit pœnitentiam omnium iniquitatum ejus quas operatus est non recordabor*. Una palabra, una lágrima, un suspiro que salga de un corazon verdaderamente contrito, no es menester mas para que este Dios amorosísimo nos admita otra vez á su gracia olvidán-

dose de la traicion que le hicimos y del ultraje con que tratamos á su amor.

Y el sepulcro tan funesto para los amigos del mundo ¿qué es de lo que á tí te privará? O por mejor decir ¿qué es lo que no te dará? En él senecen los gustos y deleites de las felicidades humanas, pero en él empiezan las prosperidades, el reino, el triunfo del amor divino. Dios estará con nosotros y nosotros con él por toda una eternidad. *Invenietis requiem animabus vestris.*

Si en sentir del padre san Bernardo; el desenfreno de las pasiones reduce al hombre á una servidumbre vergonzosa; no así el amor del Señor: no os alucineis creyendo que su yugo es áspero é insoportable y su carga es pesada, no, no creais que no es dable amar á Dios sin estar sugetos á una rigurosa esclavitud; al contrario, en su amor hallareis la verdadera libertad y la mas suave independencia: el apostol os la ofrece, ella os espera y os convida: *in libertatem vocati estis.* Amad á Dios, añade san Agustin, y al momento pondrá en vuestras manos su cetro y sus derechos. *Ama, et fac quod vis.* Amad á vuestro Dios y obrad luego segun las leyes de vuestro antojo y de vuestro gusto, porque entonces ya no querreis sino lo que Dios quiere, ni apetecereis sino lo que Dios apetece, ni deseareis sino lo que Dios desea, y aunque no hubiera ley de Dios que os mandára solamente por agradarle y complacerle cumpliríais toda su voluntad. *Iusto non est lex posita.* Nada pues, puede dar el descanso y felicidad á nuestras almas sino el amor á Dios.

Voy á manifestaros lo que á primera vista os paracerá una paradoja: El mundo busca toda su felicidad en la satisfac-

cion de las pasiones: pues yo no quiero que vivais sin ellas, quiero que las deis la mas completa y debida satisfaccion y en el amor á Jesus las satisfacereis todas. Concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida; ó lo que es lo mismo, amor, interés y deseo de gloria son las pasiones del hombre de donde se derivan todas las demas. Amad á ese divino corazon, os repito, y las saciareis todas. ¿Deseais emplear á vuestro corazon en amar? Pues buscad un objeto á quien podais entregaros con una total confianza y completa satisfaccion, sin sustos y sin sobresaltos; un objeto que sea digno de vuestro afecto y abandonaos entonces al júbilo y al gozo interior en que se verá anegada vuestra alma. Y qué, ¿vuestro corazon espera, pide, busca todavía este objeto? ¿Con que no conoceréis, ni quereis conocer todavía á vuestro Dios? Solo él es el objeto mas noble, el mas excelente, su grandeza, su majestad, sus perfecciones; le hacen amable en sí mismo y por sí mismo. Todos los demas objetos ¿qué variaciones no sufren? Mudanzas de fortuna que les levanta y abate sin motivo; mudanzas que el tiempo introduce por el orden incontrastable de la naturaleza; mudanzas de la voluntad que á pesar de las promesas y de los mas firmes y sólidos juramentos es mas voluble que una hoja de árbolespuesta á los vientos. Si no podeis vosotros fijar vuestra misma voluntad y ser señores de ella como quisiérais ¿qué esperanza podeis tener de asegurar la voluntad ajena? Supongamos á pesar de todo, que sois dueños de ella ¿cómo podreis libertaros de la tiranía de la muerte? ¿De la muerte que cuando tengais al objeto de vuestro amor mas estrechamente apretado entre los brazos

de vuestra alma entonces hará alarde de arrancároslo con violencia llevándoos con él la mitad de vuestro corazón? Entonces os desengañareis de que el objeto que reputabais por sólido y firme se disipó como el humo y huyó como la sombra dejándoos un deseo verdadero que os atormente, os allija y os haga morir. Pues si esto es así, elijid un objeto que no puede morir; un objeto que ni se pueda mudar; un objeto tan hermoso que nunca fastidie; un objeto de cuya correspondencia podais tener una completa y total certidumbre y seguridad y todo lo hallareis amanlo á ese divino corazón.

¿Ansiais por satisfacer vuestro interés y vuestra vanidad? Pues no os entregéis á unos bienes caducos y perecederos, no os contentéis con el humo de unos inciensos corruptibles que hoy teneis y mañana os faltarán; no mendigueis vilmente los intereses y las honras, entregad vuestro corazón á Jesus y vuestra ambicion y soberbia quedarán mas que sobradamente satisfechas y contentas. ¿Quién podrá daros mas que un Todopoderoso, y un Todopoderoso ciego de amor por vosotros, si es licito explicar así lo inmenso de sus cariños? Todo es suyo, de todo puede disponer á su arbitrio, los límites de su poder es su voluntad; la masa de donde extrae las criaturas, la nada; su imperio todo lo que existe; el cielo y los astros dice la escritura, son el lecho donde reposa; la tierra y los mares la base de su trono; las álas de los vientos y las impetuosas olas, el apoyo y descanso de sus pies; las luces del sol y de las estrellas, un destello amortiguando de su resplandor; las prosperidades y la decadencia de las monarquias, una risa de su providencia; lo

pasado, lo presente y lo futuro un instante indivisible que registra con una simple mirada: él es el autor de todo, él no depende de nadie, él solo es feliz porque nada puede aumentar ó acelerar su felicidad, y porque ninguna cosa de cuantas son capaces de felicidad puede ser feliz sino por él. El solo es justo, santo, perfecto, libre..... No intentemos engolfarnos mas en la profundidad de este piélago inmenso de gloria, de majestad, de santidad, de grandeza, de perfecciones..... Vosotros espíritus celestiales, os compadeceis de los inútiles esfuerzos con que probamos á pintarle: bien sabemos que no alcanzamos mas que á brajulearle y que vosotros le veis. Sin embargo ¿me atreveré á pronunciarlo? En medio de la diferencia de vuestro estado y el nuestro, con infinito escaso quedais inferiores á nosotros; porque es verdad que le veis y que pasareis toda la eternidad en considerarle y contemplarle; pero nunca entrará dentro de vosotros, nunca será vuestra comida, vuestra bebida y vuestro alimento; nunca podreis, como nosotros, unirnos, estrecharnos y hacernos una misma cosa con él. *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet et ego in illo.* Nosotros no solo podemos contemplarle, sino que uniéndonos á él en la sagrada mesa nos hacemos tan fuertes, tan ricos, tan poderosos, una misma cosa con él. *In me manet et ego in illo.* Indagad herm nos mios, indagad si hay en el mundo ó fuera de él objeto alguno que pueda llenar mas cumplidamente la medida de vuestro corazon. Si hay bienes semejantes á estos bienes; si hay honras que se parezcan á estas honras y si fuera de aqui halláreis una vida y una felicidad etor-

na: *qui manducat hunc panem vivet in æternum.*

Dejaré de hablar para daros lugar á oir á los que alucinados como vosotros se dejaron arrastrar por algùn tiempo de los encantos del mundo y despues se volvieron á Dios; y su ejemplo y sus palabras os persuadirán mejor que yo, que en el amor de Dios encontraron no una felicidad imaginaria, una felicidad equívoca y falaz, una felicidad transitoria y sembrada de sinsabores y disgustos, sino la felicidad verdadera, permanente, inalterable, ajena de todo remordimiento, la paz y el descanso de sus almas que no pudieron hallar entre los placeres del mundo. Un David se aflije y entristece en medio de los deleites y riquezas y repite mil veces que solo es feliz el que entrega su corazon al Señor. Un Pablo despues que gusta las dulzuras del amor de Dios, no acierta sino á aborrecer y renunciar las del mundo. *Mihi mundus crucifixus est et ego mundo.* Preguntad á la Magdalena qué se han hecho sus amadores, dónde fueron á parar sus adornos y sus galas, cuándo vuelve á sus antiguas amistades y diversiones y os dirá con su ejemplo que ya no acierta á otra cosa que á amar mucho á Jesus y buscarle hasta en el sepulcro.

Oid á la Samaritana suspirar con mas ansia por las dulzuras de la virtud y la gracia que por los deleites del vicio. *Domine, da mihi hanc aquam.* A un san Agustin confesar que su corazon estuvo inquieto aun en medio de los encantos mas alagüeños del placer y del desenfreno hasta que descansó en el amor de su Dios. Vereis reyes á quienes el amor y celo por la honra y gloria de su Dios llenó mas su corazon que la magnificencia y aparato de sus tro-

nos. Vereis pecadores convertidos en mártires saltando de alegría en medio de los mas acerbos tormentos porque en el amor á su Dios hallan todo su placer. Vereis vírgenes en la primavera de sus años huir y detestar los deleites que las solicitan por entregar todo su corazón al Esposo divino de sus almas. Vereis enfermos y moribundos que esperan con una santa resignacion el término de sus dias, porque en el amor al Señor hallan todos los socorros de sus almas. *Et invenietis requiem animabus vestris.* Considerad por el contrario á un Teberio, á un Nerón, á un Judas, á un Diocleciano, á un Arrio, á un Calvino, á quienes ni los tronos, ni el poder, ni los aplausos y obsequios calmaban los temores, é inquietudes producidos por sus horrendos crímenes: que á todas partes los acompañan y sobresaltan. Considerémonos á nosotros mismos y confesemos injénitamente que es lo que pasa en nuestra alma cuando nos entregamos al vicio: el horror, la vergüenza, el miedo de los suplicios que á todas horas nos atormenta, el peligro de la muerte que á todas horas nos asusta, la memoria del juicio que en todas partes nos perturba ¿qué estado puede darse mas infeliz y desgraciado? Y mas infeliz y terrible aun, si el pecador nada siente y ha conseguido ser sordo á sus interiores remordimientos porque entonces no deja traslucir esperanza alguna de salud.

Diremos, pues, que si hay felicidad en esta vida solamente se encuentra en el amor del Señor; que ni el mundo, ni los deleites, ni las riquezas, ni los aplausos pueden aquietar nuestro corazón y que para aprender á ser feliz no hay otra escuela que la del sagrado corazón de Jesus.

No pretendo decir con esto, que sea preciso ser individuo de alguna esclavitud ó corporacion destinada á dar un culto especial al corazon de Jesus. Bueno es unirse los fieles con un objeto tan piadoso y cultivar una devocion tan útil y que tantos beneficios reporta y tan enriquecida está de los bienes del tesoro de la iglesia, pero no es necesario ni yo exijo tanto de todos. Lo que Jesucristo nos manda es: que vengamos á él todos: *Venite ad me omnes*, que cumplamos su ley santa: *Tollite jugum meum super vos*. Que sigamos su ejemplo y seamos humildes y mansos de corazon: *Discite á me quia mitis sum et humilis corde*. Esto lo podemos hacer todos en todos los estados y todas las condiciones. Pues ¿que delirio enemigo de nuestra paz nos agita cuando le robamos á Dios nuestro corazon y le sometemos á la servidumbre vergonzosa del mundo? Hombres engañados, ¿Qué mal os quereis cuando inclináis vuestro corazon á las cosas de la tierra? ¿Es posible que habeis de sujetar ese corazon tan tierno, tan compasivo, tan fácil, tan pronto en recibir las impresiones del temor, de la inquietud, ese corazon tan digno de ser amado, que sabe amar con tanta fineza, que con tanta dificultad se desprende de lo que ama, es posible digo, que le habeis de sujetar al yugo pesado del mundo, de ese mundo estravagante y antojadizo, de ese mundo altanero y sobervio, de ese mundo inconstante y mudable, de ese mundo ingrato y desleal? ¡Infelices sois ciertamente si le amais, y mas todavía si sois amados! Desengañaos ya, que no gozará vuestro corazon de tranquilidad y reposo hasta que descanse en el amor de aquel Dios invariable y eterno. Venid á él todos y en él hallareis el

descanso de vuestras almas. Jesus mismo nos llama, nos convida, nos aguarda, acerquémonos á él y hagámosle la entrega de nuestro corazon, postrémonos en su presencia y suspiremos por que todos alaben, bendigan y glorifiquen al Santísimo corazon de Jesus, que todos le amen para ser felices en esta vida y despues en la eterna. Amen.

F. L. G.

SERMON

DEL SANTISIMO CORAZON DE JESUS.

Objeto de la devocion al sagrado corazon de Jesus y su utilidad.

Improperium expectavit cor meum et misériam, et sustinui qui simul contristaretur et non fuit, et qui consolaretur et non inveni. Mi corazon esperó el improperio y la miseria, y esperé que alguno se contristara conmigo y no le hubo, y quien me consolára y no le hallé. Psalm. 68. v. 21.

Diez siglos contaba de existencia la religion de Jesucris-
to sin que hubiese sido perturbada la paz con que creia y de la
que gozaba su iglesia acerca de la fé del sacramento del altar.

Las escrituras sagradas, la tradicion apostólica, la confesion uniforme de todos los santos padres y la fé estendida y defendida por todos los fieles no dejaban lugar á temer algun error contra este inflexible misterio del amor inmenso de nuestro Salvador Jesus.

Aunque los tiranos con sus tormentos, los hereges con su malignidad y los filósofos con sus sofismas habian probado á destruir la firmeza de todos los demas dogmas de nuestra religion, el sacramento del altar tomado por los fieles habia sido el misterio de fé con que habian sostenido la de los otros misterios y verdades cristianas. En el siglo diez y con mas furor en el quince apareció un torrente de hereges empeñados en destruir la fé del único sacrificio y el mayor sacramento de nuestra religion.

A este impio designio dirijian tambien sus ocultos conatos algunos falsos místicos que pretendian que debia contemplarse solamente la espiritualidad de Dios escludiendo de nuestra meditacion la humanidad de nuestro Señor Jesucristo. Todos los errores que tendian á borrar la fé y destruir la adoracion del sacramento adorable de la eucaristia y el empeño tambien con que procuraban los llamados jansenistas apartar á las almas de la frecuente comunion, con el pretesto de que la recibiesen con mas temor y mas preparacion atrajeron sobre el sacramento de nuestros altares un diluvio de profanaciones, sacrilejos y abominaciones que no es posible referir. Los cristianos verdaderos y fieles lloraban llenos de dolor asi el desvio, la tibieza y frialdad de los mismos cristianos; como las blasfemias y sacrilegios insultos de los herejes. Contemplaban la im-

ponderable ingratitud de los unos, y el ciego furor de los otros contra el misterio que era la obra del amor y la sabiduría omnipotente de un Dios Hombre. Consideraban el íntimo dolor, que hablando según el modo humano, sentiría el corazón ó el alma de Jesucristo al verse tan mal correspondido de aquellos mismos á quienes habia sentado á su mesa para alimentarlos con su cuerpo y con su sangre, y estas consideraciones causaban en aquellas almas un dolor semejante. Les parecia oír al mismo Jesús lo que antes habia dicho de él el real profeta: «mi corazón esperó el imperio y la miseria, y esperé que alguno se contristara conmigo y no le hubo, y quien me consolara y no le hallé,» y en vista de estas quejas amorosas de nuestro Salvador comenzó á despertarse en las almas sensibles y piadosas la contemplacion de las injurias é ingratitudes que llovian sobre el amante corazón de Jesús. Estos santos y nobles sentimientos los estendian é inflamaban los discípulos y discípulos de san Francisco de Sales, fundándose no solo en revelaciones privadas y en lo que el Señor se dignaba manifestar á su sierva Sor Margarita Maria Alacoque religiosa de la Visitacion del monasterio de Paroy en el ducado de Borgoña á quien destinó el Señor para dar á conocer al mundo la devocion al corazón sagrado de Jesús, sino tambien en la doctrina segura y la piedad sólida del santo obispo su Maestro y fundador.

Jamás ha habido en la iglesia alguna verdadera devocion que haya sido tan resistida y tan probada como está. Tuvo tan grandes protectores, como detractores y enemigos

por el espacio de un siglo entero. Y ¿cómo no habían de oponerse á que se uniesen los fieles á consolar á Jesus de los improperios que sufría en el sacramento del altar los que querian borrar la fé de este sacramento y los que no querian que se contemplase jamás la humanidad de Jesucristo y su pasion; ni los ultrajes que recibió en la cruz y que recibe en la hostia pacífica del misterio de su cuerpo y de su sangre? El señor lo dispuso y así ha sucedido: á pesar de los esfuerzos y obstáculos de todo género; á pesar de la crítica maligna de enemigos poderosos creció el celo de los amantes de Jesus por honrar á su corazon y desagraviarle dándole mayor culto que agravios pudiera acumular la impiedad contra las finezas de su amor en el sacramento. La iglesia en fin aprobó solemnemente esta devocion y destinó un dia para honrar con oficio y misa propia al sagrado corazon de Jesus y há dado no solo su aprobacion á las muchas confraternidades y esclavitudes que por toda la cristiandad se han erijido bajo el titulo del sagrado corazon de Jesus sino que ha franqueado en beneficio suyo sus tesoros concediendo innumerables indulgencias y gracias. Hoy nos reunimos á honrar y ofrecer nuestros cultos y nuestros consuelos á ese divino corazon, nos gloriamos de estar asociados en su nombre y de pertenecerle, somos sus devotos y en elojio de este mismo corazon y aprovechamiento nuestro voy á manifestaros el objeto de la devocion del sagrado corazon de Jesus y su utilidad.

 Inflamad mi corazon en el incendio divino: en que arde el vuestro, dulce Jesus, para que yo logre que todos os amen y sean vuestros verdaderos devotos.

Dadnos, vuestra gracia por la intercesion de vuestra Madre.

AVE MARIA.

Impropertum expectavit....

No tiene por qué embarazarse el cristiano cuando setrata del objeto de la devocion al corazon sagrado de Jesus. El cristiano sencillo y enemigo de rodeos sabe y dice con seguridad que el objeto á que se ordena el culto que se dá al corazon de Jesus es el mismo Jesus segun su divinidad y humanidad, y segun que mira y juzga su alma ó su corazon las injurias que hacen los hombres inícuos á la mayor obra de su amor. Asi, dice mi angélico doctor santo Tomás, son adorables con culto de latria todas y cada una de las partes de la santa humanidad de nuestro Señor Jesucristo sea el pié, la mano, la cabeza, el costado: el objeto principal de este culto no es otro que la persona de Jesucristo segun que consta de su divinidad y humanidad. El que besa ó adora los pies de Jesucristo crucificado ¿á qué otro objeto dirige su devocion sino al mismo Jesus? ¿A qué otro objeto tiende el que besa sus rodillas ó alguna de sus llagas? Si jamás se ha entendido entre los cristianos que hubiese otro objeto en

la adoracion del pié, la mano ó cualquiera otra parte de Jesucristo, que el mismo Jesucristo que se significa bien en cualquiera de dichas partes ¿no se entenderá lo mismo y se significará lo mismo con su corazon? ¿A qué perderse en preguntas ociosas de si es el corazon separado ó unido, si es el corazon físico ó simbólico? Todo y de todos modos es adorable y en todo es adorado Jesucristo. El mismo nos dá á conocer á su persona por su corazon. Mi corazon esperó el impropio y la miseria, nos dice en boca del profeta rey; y si esperó su corazon esperó su alma, su divinidad toda su persona.

Confesemos sinceramente que el término último á que se ordena la devocion al corazon de Jesus y sus ejercicios no es puramente el corazon físico de Jesus aunque adorable con culto de latria como la persona de Jesucristo, sino como lugar ó asiento donde creemos racionalmente que pasan las mas finas sensaciones de amor y de la ingratitud con que no solamente los infieles y herejes sino tambien los cristianos respondemos á los beneficios infinitos que Jesucristo nos hace en el sacramento del altar.

No solamente contemplamos aqui las injurias atroces que los herejes y apóstatas de nuestra religion han hecho y hacen cada dia al sacramento de la carne y la sangre de Jesucristo, sino que juntamos á estas las que añaden los cristianos de puro nombre, y que sumerjidos en sus malas costumbres, en sus ocasiones próximas, en sus usuras, tratos ilícitos y demas vicios se llegan al altar y le reciben sacrilegamente como Judas. Contemplamos tambien la indiferencia y tibieza de tantos otros fieles, que aunque no se

lleguen á recibir este sacramento en pecado, llegan obligados del precepto, frios, con poca fé y sin aquel fervor y santas disposiciones que pide un beneficio tan grande.

Jesucristo que vino á poner fuego á la tierra y que nada desea tanto como el que se enciendan en este fuego del amor divino las voluntades y los corazones de todos ¿qué desagrado tan indecible deberá percibir al ver con su admirable y penetrante ciencia la insensibilidad de unos, la tibieza de otros, el menosprecio de estos, el odio infernal de aquellos contra el sacramento de su cuerpo en que dejó este fuego sagrado, poderoso y eficaz para encenderlo todo? Si el Señor fuera susceptible de alguna pasión, de dolor ó de pena, sería mayor esta que todas las penas del infierno por ver menospreciado de esta suerte todo su amor por nosotros, y todos sus esfuerzos que su infinito poder y sabiduría puso en este misterio para santificarnos y hacernos infinitamente dichosos. Pero aunque nuestro divino Salvador no sea ya capaz de dolor, ni pasible por su divinidad é inmortalidad, es intolerable en nosotros el querer ser insensibles por nuestra malicia. Si como nos dice el apóstol, debemos suplir en nosotros las pasiones que faltaban cumplir á Jesucristo en su cuerpo y en su alma, conoceremos que mal suplimos en nuestro corazón las pasiones que ya no puede Jesucristo padecer en el suyo ni en su cuerpo, y que por esta falta venimos á hacernos un objeto casi tan desagradable para Jesucristo como los mismos que le aborrecen y ultrajan. Como estas pasiones se sienten de ordinario en el corazón, porque allí hierve la sangre con el celo, ya de la honra propia ó de la de nuestros amigos, nos aproximamos por esto al

corazon y le tomamos por señal, por empresa y por la parte mas herida y sensible de estas pasiones.

No es, pues, el objeto de la devocion el sagrado corazon de Jesus adorar solamente la carne del corazon ni de todo Jesus, sino principalmente condolerse de las injurias que todo Jesucristo recibe en el sacramento del altar y que deben hacer, á nuestro modo de sentir, una herida insondable y causar un dolor inmenso en su santísimo corazon.

¿Y habrá algun cristiano que conozca á Jesucristo, y le ame algun tanto que tenga por inútil y supérfluo tan importante y admirable objeto? ¿Y no será del agrado de Jesucristo sentir sus ultrages en un tiempo en que resfriada en tanto grado la caridad y piedad no se halla en los cristianos sino la frialdad, el endurecimiento, la indolencia de sus pecados y de los de todo el mundo y la insensibilidad á las voces de Dios, de la religion y de la razon? ¿En un tiempo en que tanto se han multiplicado los enemigos de Jesus y de su venerable sacramento? Pues á oír las quejas y sentimientos de Jesus y condolerse con él es á lo que se reúnen los adoradores del corazon de Jesus, ¿No deberán unirse á este objeto todos los cristianos y lavar con sus lágrimas no solamente los pecados propios sino los de tantos pecadores sacrílegos que manchan el tabernáculo de Dios y derriban su santuario?

El real profeta después de hacernos una relacion del estado de desolacion, abatimiento y tristeza de Jesucristo y de su afliccion y dolor, nos pinta la pasmosa ingratitud de los hombres y aun de sus escogidos y por eso nos dice en el salmo 68 en boca de Jesucristo: mi corazon esperó el

improprio y la miseria y aguardé que alguno se contristara conmigo y no le hallé, y quien me consolara y no le hubo. Esta es la hiel mas amarga que he comido y el vinagre mas acerbo que pude gustar en mi sed. Y á la verdad; no hay dolor igual para un corazon noble y sensible que ver hechos insensibles é indolentes á aquellos por quienes padece. Volví la consideracion hácia otro lado, decia el Eclesiastes, y ví que entre las calumnias graves y máximas que suceden debajo del sol no habia otra mayor que no aparecer algun consolador á las lágrimas y la opresion de los inocentes, y por tanto tuve por mas dichosos á los muertos que á los vivos y mas que á unos y á otros á aquellos que nunca nacieron. Entre los delitos que cometieron contra José sus hermanos el que se pondera mas es, el haberse sentado á comer sobre la boca de la cisterna donde le acababan de echar sin compadecerse de él. No hay pena que no se endulce cuando hay quien consuele, dice san Juan Crisóstomo. Por esto no hubo trabajo que abatiese mas el corazon de Jesucristo que esta indolencia de los hombres, y por eso los amenaza con penas crueles. Su mesa, sigue hablando el divino corazon en el salmo propuesto, será para ellos un lazo de escándalo, su morada quedará desierta y no habrá quien habite en sus tabernáculos. Sus ojos serán oscurecidos para que no vean; serán borrados de la tierra de los vivos y sus nombres no se escribirán con los de los justos. Estas y otras execraciones terribles pronuncia el corazon de Jesus contra los indolentes que no consideran su improprio y su miseria y no le consuelan ni se compadecen de él. Y si el mismo Jesucristo pronunció en su evange-

lin sentencia de fuego eterno sobre los que no ejercieren las obras de misericordia, visitar al enfermo, dar de comer al hambriento, consolar al triste y demas, ¿qué suplicio será bastante para el hombre duro é insensible que no consuela en su tribulacion al corazon de su Criador y Salvador? Por lo tanto, dice san Bernardo, acerquémonos al corazon de Jesus, porque si los que se alejan de él serán escritos en la tierra, los que nos acercaremos tendremos nuestros nombres escritos en los cielos.

No es otro el objeto de la devocion al sagrado corazon de Jesus. Considerar las injurias y desacatos que sufre en el sacramento de su amor: llegarle á él para consolarle con esta compasion, y no ser envueltos en la maldicion de aquellos que se alejan de él y que por lo mismo son borrados de la tierra de los vivientes.

Dirán los enemigos de esta devocion, que para esto se dá culto y se han establecido las fiestas y las cofradias en honor del santísimo sacramento. Que estas no tienen otro objeto que desagraviar públicamente á Jesucristo de los ultrajes de su pasion y de los que tolera de los herejes y pecadores, y que por lo menos es supérfluo el culto del santísimo corazon de Jesus. Verdad es que el culto del santísimo sacramento, las procesiones solemnes en que con tanto aparato y ostentacion es llevado por medio de las plazas y calles de las ciudades y pueblos son un triunfo solemne que se ha determinado la religion en despique del oprobio con que le trataron y le tratan sus enemigos: *Decuit victtricem veritatem, hunc demendatio triumphum agere*, dice el santo Concilio de Trento. Sin embargo digo, que despues de to-

do esto se verifica la necesidad y utilidad de la devocion al santísimo corazon de Jesus y que todavía está por satisfacer aquella queja de Jesus: *Improprium expectavit cor meum*.

Mi corazon esperó verse cubierto de impropio y miseria y busqué alguno que se contristase juntamente conmigo y no le hubo, ó que alguno me consolase y no le hallé. Para inteligencia de este asunto debemos tener presente que en todos los pecados podemos considerar y llorar dos cosas distintas: una, la desgracia de los pecadores que los cometen; otra el agravio y desprecio de Dios contra quien se cometen. El mismo Jesucristo en su pasion nos hizo advertir esta diferencia cuando volviéndose á las mujeres piadosas que lloraban al verle las dijo: hijas de Jerusalem, no queráis llorar sobre mí, sino sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos.

Llórese enhorabuena la muerte y pasion del hijo del hombre, dice san Agustin; pero llórense principalmente las culpas porque el hijo del hombre llora y padece esa muerte. Ambas cosas son dignas de lágrimas y si los dolores de la pasion, la muerte y los ultrajes que recibe en el augusto misterio de la cena los compadecen y desagravian los que veneran y honran con sus cultos al augusto sacramento, lo que se proponen considerar y llorar los que honran y adoran al corazon de Jesus es aquello propio por lo que se contrista y aflige el mismo divino corazon. Esto es, la infelicidad de los pecadores en quienes por su propia malicia se pierde el fruto de la muerte y pasion de Jesus. Esto es lo que contristaba al corazon de Jesus y en lo que no halló quien se contristara con él. Los discípulos, la Magdalena y demas almas piadosas lloraban y se dolian carnalmente de la pérdida

de una vida mortal, y Jesus queria que su tristeza y dolor mirase á aquellos ciegos que quitaban la vida al médico que venia á sanarlos. En esto procuran acompañar á Jesus los que honran á su santísimo corazón, en dolerse con el de los estraviados y la pérdida de los hombres.

Ahora bien, hermanos míos, ¿necesitaré ya detenerme á manifestar la utilidad de esta devoción tan conforme á los sentimientos de Jesucristo y tan del agrado de Dios? Os diré con el venerable padre Fray Luis de Granada fundado en el capítulo 9 de Ezequiel y el 7 del Apocalipsi, que el llorar los pecados públicos del reino y todos los que se cometen en la iglesia es una señal de predestinación. Os diré que el que considere y sienta los ultrajes, injurias y desaires que hacen al corazón de Jesus los pecados ajenos, no podrá menos de sentir el dolor de sus pecados propios. Que cuando sintamos que nuestro celo se mueve contra los profanadores del Señor y el sacramento de sus altares, si mirando las profanaciones y culpas ajenas nos hallaremos comprendidos en el motín y rebelión contra Jesus; que tal vez hemos levantado las señales de guerra, ó que vamos siguiendo voluntariamente las banderas de sus enemigos no podremos tardar en arrepentirnos y decir como Job acusándonos á nosotros mismos: *Peccavi, ¿quid faciam tibi, ó custos hominum?* Os diré con san Pedro Damiano; que en el corazón de Jesus hallamos las medicinas más específicas para todas nuestras dolencias. Que en él se hallan todos los tesoros como dice san Bernardo. Os diré que el yelo mortal que conjela los corazones de los pecadores, la sequedad que no admite unción alguna; la rejidez que no cede á la

compuncion y la insensibilidad que no los deja dolerse ni de sus males ni de los ajenos, todo desaparece acercándose al ardiente corazon de Jesus; no hay quien se esconda de su calor; sus eloquios son de fuego y el cristiano que se aplica á oírlos dirá como la esposa de los cantares; mi alma se ha derretido desde que el esposo lo habló. Os diré que el corazon de Jesus es como una cera derretida y no puede acercársele corazon alguno por duro que sea que no se derrita y se inflame con su divino fuego. Os diré que acercándonos al divino corazon de Jesus oiremos y hallaremos que nos trata con la dulzura que recibió y habló á la Magdalena; con la bondad que trató á la mujer hallada en adulterio, con la afabilidad que habló á la Samaritana, á la Cananea, á Pedro, al Centurion y al mismo Judas porque su corazon todo es mansedumbre, bondad y misericordia.

Frecuentad esta devocion, honrad y venerad al santísimo corazon de Jesus y en sus tesoros no tardareis en enriquecer vuestras almas; doleos con él de los improperios y miserias de los hombres empezando por las vuestras; acercaos á él y el fuego del amor divino en que arde no podrá menos de ablandar la dureza de vuestros corazones, de romper y derretir el yelo en que estan sumidos, empezarán á encenderse y abrasarse en el amor santo y puro de Dios y de los hombres, gustarán las dulzuras de la virtud y suspirarán por unirse para siempre con el amado de su alma en la mansion eterna y feliz de la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

DEL SANTISIMO CRISTO DEL PERDON.

Siendo este Santísimo Cristo el Dios de toda consolacion que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, nos civiliza, nos enseña é ilustra para que vivamos como fieles destinados para la gloria.

Deus totius consolationis qui consolatur nos in omni tribulatione nostra. Este es el Dios de toda consolacion que nos consuela en todas nuestras tribulaciones. Corinth. 2.^a c. 1.^o vv. 3.^o et. 4.^o

Ilustracion, amables oyentes, ilustracion, saber y ciencia, proclama nuestro siglo. La igualdad, la libertad y la

fraternidad dicen que son las virtudes evangélicas que trajo Jesucristo del cielo para hacer dichosos y felices á los hombres en la tierra. En ningún tiempo se ha hablado ni escrito de inteligencia, de cultura, de elevacion de espíritu y de virtudes sociales tanto como en el del siglo que vamos atravesando. ¿Pero podremos adquirir los conocimientos y virtudes que tanto se nos encomian en los gabinetes de lectura, en las reuniones científicas, en los rejios alcázares, ó entre los maestros del saber humano convertidos en reguladores de nuestros destinos? No señores: estas fuentes no surten de conocimientos bastantes á nuestro entendimiento: dejan vacios nuestros corazones: no sirven mas que para nutrir el orgullo, la soberbia y la vanidad que nos preocupan.

¿Podremos acaso ser sábios, ilustrados, libres, piadosos y caritativos, parodiando las aberraciones de los filósofos é impíos que murieron sin dejar tras sí mas que una reputacion manchada y una memoria execrable? Esto sobre sernos deshonoroso nos conduciria á una glacial indiferencia ó al caos del ateismo. Los hombres que han estudiado en el libro de los desengaños han examinado la índole de todas las inteligencias humanas y se han convencido, de que en los transportes de una imaginacion acalorada no se hace mas que delirar. ¿Encontraremos acaso los conocimientos y virtudes que tanto necesitamos entre el ruido de ese mundo reprobado por Jesucristo, de que renunciamos en el bautismo? Tampoco es este el terreno que produce la ciencia y la virtud. ¿En dónde pues, podremos hallar esa ilustracion, que hace sábios.

y virtuosos á los que tienen la dicha de poseerla?

En la fuente perenne de los conocimientos y virtudes: en nuestra santa y adorable religion; en el *Santísimo Cristo del Perdon*, que herido, llagado y entregado por nosotros al rigor de las desdichas es el ejemplar y modelo de las virtudes científicas y morales que deben decorar á los hijos de la gracia. Este Redentor amable ofreciendo al Eterno Padre las señales de su pasión dolorosa nos alcanza todas las gracias que necesitamos para ser virtuosos, sábios é ilustrados con las luces del Espíritu-Santo, y nos hace ver, que en recurrir á su piedad consiste nuestra felicidad. Acudamos pues al Santísimo Cristo del Perdon, invoquémoslo en todas nuestras necesidades, y no dudemos de su poder y bondad: porque su misericordia es infinita, y ~~el~~ es el Dios de toda consolacion que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, y nos civiliza, enseña é ilustra, como os lo voy á probar en este breve rato. *Deus totius consolationis qui consolatur nos in omni tribulatione nostra.*

Sapientísimo Señor y Maestro Celestial de los hombres: apiadaos de mi rudeza é ignorancia, y comunicadme las luces que necesito para hacer entender á estas gentes, que no hay mas filosofía ilustradora que la que nos enseñais desde la cruz: que fuera de Vos están las tinieblas, la estupidez, la torpeza y la oscuridad: que Vos solo y nadie mas, puede hacernos virtuosos, sábios é ilustrados. Os lo pido por medio de vuestra Santísima Madre María Santísima, porque Señor, ya sabeis que ella os pide y alcanza para nosotros las gracias que necesitamos,

siempre que con devoción la saludemos diciéndola con el ángel.

AVE MARIA.

Deus totius consolationis qui consolatur nos...

En el Santísimo Cristo del Perdon tienen los hombres un manantial fecundo de bienes; un depósito de conocimientos inagotable; el único filón de la sabiduría, de la virtud y de la ciencia con que deben honrarse los grandes, los medianos y pequeños de nuestro siglo. En él están todas las riquezas del Dios que encadena los vientos, manda á los mares, mueve á los astros, hace temblar la tierra, y es obedecido de cuantas criaturas salieron de sus manos. EL es la sabiduría eterna, el Verbo divino, la luz del Padre, el Hijo de Dios que bajó del cielo á la tierra por salvarnos é instruirnos en la verdadera ciencia, y alejarnos de la falsa y engañosa con que deslumbra el Padre de la mentira y del error á los que por querer saber lo que no les conviene, se precian de aparecer sabios é ilustrados, siendo necios, estúpidos é ignorantes en realidad. EL es el Dios que habló á su antiguo pueblo por medio de los patriarcas y profetas: el que nos ha honrado encargándose él mismo de instruir-

nos, aleccionarnos y doctrinarnos en la ciencia de la vida. Es el Soberano del universo en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios: es el origen de todas las luces del cielo y de la tierra en donde los ángeles, los hombres y todas las criaturas han tomado de las que tienen. Los que no han bebido la verdad en esta fuente se hallan en el error y en la ignorancia; ellos son los promovedores de los desórdenes, de los excesos y prevaricaciones de los pecadores, y los que atraen sobre las naciones los horrores, las calamidades y desastres que tan aflijidos nos tienen. Observad sino, y decidme lo que se vé, se palpa y se siente en esos hijos de perdición que se llaman sábios é ilustrados sin serlo. ¿Se vé en ellos mas que el furor de la impiedad, el negro vapor del libertinage mas escandaloso, la perfidia del que aborrece lo bueno porque ama con delirio lo malo, y ese aire de altivez, de arrogancia y de soberbia, que se adquiere en la escuela del que escandalizó á toda la naturaleza rebelándose contra su Criador? Si comparamos las máximas y doctrinas de los secuaces del mundo, del demonio y de la carne con las de los que aman, alaban y bendicen á este Santísimo Cristo: ¿qué sacaremos en liquido? Sacaremos que la doctrina de Jesus supera infinitamente todas las demas doctrinas; por su nobleza, porque es celestial y divina: por su certeza, porque es infalible: por su estension, porque todo lo comprende, por su utilidad, porque hace felices á los que la abrazan; y por su necesidad, porque nadie puede ignorarla ó despreciarla sin perderse.

Sin este Maestro celestial es el hombre como un niño

que no sabe distinguir la mano derecha de la izquierda; es como una bestia sin razon que no conoce lo que hace; es de peor condicion que un bruto; porque el buey, dice Isaias (1) ha conocido á su Señor; y tú, sábio del mundo, no conoces al tuyo. La golondrina y la cigüeña conocen el tiempo de retirarse, y el impío no se retira de los peligros que lo amenazan. Las fieras se detienen á la vista de un precipicio, y el pecador viéndolo, se arroja y precipita en él. ¿Y es esto ser sábios, virtuosos é instruidos? ¿Son estos los medios de civilizar al mundo, de perfeccionar las sociedades, de establecer en ellas la *libertad*, la *fraternidad*, y la *igualdad*, que tanto se ensalzan y preconizan para eliminarlas del catálogo de las virtudes cristianas? ¡O Santísimo Cristo del Perdon! Vos que habeis venido á librarnos de la esclavitud del pecado y del demonio, á romper nuestras cadenas, y á sacarnos de la cruel tiranía de los enemigos de nuestras almas sois el Autor de la verdadera libertad de los hijos de la gracia: intimándonos el precepto de amarnos los unos á los otros, como Vos mismo nos habeis amado, estableceis la fraternidad inviolable entre los que os pertenecen: padeciendo, sufriendo, muriendo y perdonando á todos los que á Vos recurren confiados en vuestra piedad y misericordia, dejais que todos admiren en la sociedad santa de vuestra iglesia la igualdad que todos vemos en la administracion de los santos sacramentos in-

(1) Isai. c. 4. v. 3.

tituidos por todos, y para todos, sin distincion de griegos y romanos, de judios y gentiles, de sexos, clases ó condiciones. Vos, Dios mio, que dais la inteligencia y la sabiduría á los que se acercan al trono de vuestra misericordia, y os agrada que os invoquemos bajo el título consolador del *Santísimo Cristo del Perdon*, sois el que podeis enseñarnos las verdades de vuestro evangelio santo, y borrar todas las impresiones que han hecho en nuestros corazones esos falsos doctores que nos han fascinado con sus doctrinas disolventes, y héchonos tirar del carro de las abominaciones que ha llevado la desolacion por toda la tierra. Disipad nuestras ilusiones; haced que conozcamos la senda recta que conduce al cielo; revestidnos de los dones y virtudes de vuestro santo espíritu, y vean todas las gentes del universo, que siendo Vos nuestro Dios y nosotros vuestro pueblo, se hallan entre nosotros la verdadera ilustracion, el saber y la ciencia, que hacen sábios, virtuosos é ilustrados á los que por hacer vuestra voluntad y enseñar vuestras doctrinas son llamados grandes en el reino de los cielos.

Pero ni aun necesidad tenemos de discurrir y raciocinar: bastan los sentidos para demostrar que este Santísimo Cristo nos civiliza nos enseña é ilustra. ¿No lo vemos despedazado y agoviado de angustias, dolores y tormentos, por librarnos de la esclavitud del pecado; por unirnos con los lazos de la caridad mas acendrada y hacernos á todos hijos de un mismo Padre celestial? ¿No es nuestro Señor Jesucristo el centro de las misericordias del eterno? Y siendolo: ¿Quién no confesará que con la multitud de bienes que derrama sobre las naciones, van tambien los de la civilacion, los de la ense-

ñanza, los de las ilustracion y los que elevan á los pueblos al mayor grado de prosperidad y grandeza? El Dios de la consolacion distribuye sus bienes sobre sus criaturas de un modo digno de su bondad omnipotente, y bien sea que libre á Noé de las aguas del diluvio, á Abraan de los celos de los amalecitas, á Isac del cuchillo que iba á degollarlo, á Moyses de las corrientes del Nilo, á los tres Niños del horno de Babilonia, á Daniel del lago de los leones y á David del gigante Goliath; ó que proteja y defienda con mano fuerte y poderosa á Debora, Jndit y Ester, á Gedeon, á Jepté, á Sanson, á Matatias y á los Macabeos, siempre será cierto que la misericordia infinita de nuestro Redentor es altamente civilizada, y que á su lado no puede haber tinieblas que nos obscurezcan, ignorancias que nos comprometan, temores que nos aslijan, ni dudas que nos hagan vacilar. El alumbrá como el sol á todos los hombres, desde el trono que ha fijado en el árbol de la vida; recrea, alegra, fecundiza y llena de gozo á su iglesia santa: su omnipotencia y bondad sacan raudales de sabiduría y de ciencia de los mismos portadores del error, de la falsedad, del engaño, de la mentira, de la decepcion y de la impiedad, y vedme aqui en lo mas patético de mi discurso.

El Santísimo Cristo del Perdon hace ángeles de pecadores; justifica á los impíos; dá su gracia á los injustos; saca de la sombra de la muerte á los inicuos; atrae á su redil á los extraviados y convierte en maestros y doctores de la verdad á los que con la mas infernal tenacidad han propagado y defendido la mentira. Recuérdese, no la historia antigua en que veríamos á los Pablos, Ciprianos, Agus-

tinios, Norvertos y otros miles sacados de las tinieblas del error y puestos sobre los candeleros como antorchas luminosas para ilustrar con las luces del evangelio á las gentes todas; sino lo que casi hemos visto y palpado en esa multitud de falsos sabios que tanto papel han hecho en estos últimos tiempos. Du-Marsais, Montague, Boyer, Despreaux-Reynal, La-Motte, La-Arpe, Marmontel, Chateaubrian y tantos otros puestos á la cabeza de la civilizacion europea, se extraviaron, pronunciaron los nombres de *igualdad*, *libertad* y *fraternidad* en mal sentido; pero al fin un rayo de luz arrojado en sus almas por el Santísimo Cristo del Perdón bastó para que llorasen amargamente los extravíos de su imaginacion y las vergonzosas licencias que concedieron á su pluma y se retratasen de sus errores confesando, que su corazón siempre fué cristiano; que su lengua, su conducta, sus doctrinas y enseñanzas heterodoxas recibían un impulso violento de las pasiones mal reprimidas, impugnadas enérgicamente por su misma recta razón. El mismo Rousseau dice: «que lejos de tachar al evangelio puro » de pernicioso á la sociedad, lo encuentra en algún modo » mucho mas sociable.» Montesquieu añade, que «la religión cristiana no solo asegura la felicidad eterna en la » otra vida, sino que constituye nuestra dicha y ventura » en la vida presente.» La religión verdadera, había dicho Plauto, es el verdadero apoyo de la base y fundamento de la estabilidad de los reinos, el origen de las felicidades públicas, la fuente de agua viva que siempre conserva floridos los imperios. El cardenal *Duperron*, el célebre *Desmahis*, *Morin*, *Pelisson*, el mariscal de Francia *Turenna*,

muerto en la batalla de *Laspach* el mismo día en que había confesado y comulgado, *Cristina* reina de Suecia, *Isabel Pit* prima hermana del célebre ministro inglés de este apellido, los tres hermanos ingleses *Challoner*, *Gother* y *Gay*, el publicista *Haller* con el erudito alemán *Skarch*, *Wernier*....? pero para que me canso y os fatigo, si es tan crecido el número de los que en estas últimas épocas han abjurado sus errores por seguir la voz ilustradora de Jesús, que el hombre de mas alcances se abruma al querer enumerar la multitud de sectarios, de libertinos é impíos, que abandonando la escuela de la sabiduría carnal y terrena de los hijos de este siglo, se matriculan, si puede decirse así, en la celestial y divina del Santísimo Cristo del Perdon?

Escuchad lo qué dice un hombre arrepentido á los pies de este Santísimo Cristo: observad los sentimientos que le inspira la gracia y comparad el lenguaje del justo con el del que no lo es. «Señor mio Jesucristo, dice un fiel arrepentido, como el publicano del evangelio, pequé contra Vos y no soy digno de comparecer en vuestra presencia. Vos Dios mio, me habeis hecho Señor de las criaturas sensibles y yo las he hecho servir de instrumento al pecado: me habeis rescatado del pecado y del infierno, y yo he perdido el precio de mi redencion volviendo á mi primera esclavitud: me habeis colmado de gracias y yo he abusado de ellas persistiendo siempre en mis desórdenes: ningun caso he hecho de vuestras inspiraciones, de vuestras dulzuras y rigores, de vuestros beneficios y castigos, de vuestras promesas y amenazas, de vuestros sacramentos

y singulares auxilios. De todo, Señor, me he servido para cometer nuevos delitos. Mi ingratitud, es horrorosa; mi malicia infernal y diavólica, mi perfidia la mas abominable: pero en medio de tantas abominaciones, de tanta indignidad y de tanto horror, ¡qué bálsamo consolador recrea mi alma al considerar que el Santísimo Cristo del Perdon se halla interpuesto entre mí y el infierno, para impedir mi caída en los abismos! ¡Qué gozo divinal me sustenta y anima! ¡Conque mi amable Redentor no solo me libra del infierno que tengo tan merecido, sino que tambien quiere asociarme á los ángeles del cielo cargándose con purificarme, ilustrarme y hacerme digno de asistir al banquete eterno que tiene preparado para las almas puras! ¡O mi dulcísimo Cristo del Perdon! Perdo nadme: infundid en mi alma vuestro espíritu, destruid en mí la obra del pecado, haced de este pecador arrepentido una nueva criatura con vuestra gracia y no sea yo, sino Vos, Dios mio, el que viva en mí. Libertadme de la esclavitud del pecado y ensalzaré la *libertad* santa de los hijos de la gracia: abrasadme con el fuego de vuestra caridad y eternamente me gozaré con la *fraternidad* que prescribe vuestro evangelio santo: obre en mí la eficacia de vuestros santos sacramentos como los habeis instituido en beneficio de los hombres todos y yo me uniré á los que formando una familia se ocupan en decir con admirable *igualdad*. «Santo, santo, santo, el que era, el que es y que ha de venir.»

Y hombres como estos, señores, no son los verdaderos sabios, virtuosos é ilustrados que pueden formar la sociedad que estableció el eterno para hacer nuestra felicidad en

esta y en la otra vida? ¿Hai sabiduría, ilustracion ni ciencia sin Dios, sin religion, y sin virtud? Reflexionad, políticos profundos. Mirad al cielo y á la tierra, y decid en donde está la fuerza, el poder, la virtud, la grandeza, la debilidad, la miseria, la ignorancia, el error y la falsedad. Que yo concluire este discurso diciendos que todos los que recurren á este Santísimo Cristo del perdon contritos y humillados son perdonados, llenos de gracias, ilustrados y consolados: porque él es el Dios de toda consolacion que nos consuela en todas nuestras tribulaciones como lo dice el apóstol. *Deus totius consolationis qui consolatur nos in omni tribulatione nostra.*

Os he predicado la verdad. Os he demostrado que de la sabiduría eterna descende todo don celestial, y que sin ella andamos en tinieblas como lo dice el evangelista. Lucifer y sus secuaces os ofrecerian la ciencia del bien y del mal, como á nuestros primeros padres: os presentarán la hermosura de la fruta prohibida; alhagarán vuestro apetito para que quebranteis la ley santa y os dirán que sereis sabios como Dios. Pero avisados, protegidos, defendidos y auxiliados por el divino maestro que os enseña la verdad desde la cruz ¿os dejareis engañar como los que con su pecado introdujeron la muerte en el mundo? ¿No teneis esperiencia de lo que es el hombre justo y virtuoso, y lo que es el protervo, impio y criminal que vocea, clama y dice furioso que es libre, viviendo entre las cadenas del pecado? Pues, juicio señores; juicio y cordura para conocer que nuestra felicidad hay que tomarla del depósito en que se halla: del Santísimo Cristo del perdon que siendo un Dios de consolacion que nos consuela

en todas nuestras tribulaciones, nos civiliza, enseña é ilustra para que vivamos con rectitud en esta vida, y seamos dignos de las misericordias del que dijo: No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva eternamente en la gloria, que á todos deseo, Amen.

A. M.

SERMON

DEL SANTÍSIMO CRISTO DE LA SALUD:

Los innumerables beneficios que nuestro dulce Jesus obró por la salud de nuestras almas.

Pro salute enim vestra misit me Deus ante vos in Egyptum. Por vuestra salud me envió Dios delante de vosotros al Egipto Génes. c. 45. v. 5.

Hé aquí, católico auditorio, las expresiones que el antiguo José dirigió á sus hermanos cuando se les dió á conocer en el palacio de Faraon; de este modo les manifestó lo admirable, lo grande é infinito de la providencia y mi-

sericordia del Señor sacándole de la vergonzosa servidumbre en que gemía, quebrantándole las pesadas cadenas de su ominosa esclavitud, constituyéndole príncipe de toda la region de Egipto y colocándole en aquel sublime grado de elevacion para que pudiese prestarles en fuerza del lleno de autoridad con que le habia condecorado ó investido aquel monarca, los auxilios necesarios, á fin de que no fuesen víctimas del el hambre cruel y desoladora que se habia de experimentar en la tierra de Canaa, yo soy, les dice José, vuestro hermano á quien vendisteis para ser llevado á Egipto: no temais aquel Señor omnipotente que se pasea al rededor de los quicios del cielo, ó sobre las olas del mar, y hace encorbar bajo de él á los que llevan el mundo, que á su aspecto se derriten los montes, abrañan la tierra sus ojeadas y conducen un nuevo fuego á los infiernos: Este Dios, dice, en fuerza de la atroz maldad que cometisteis conmigo, quando me vendisteis me dirigió y condujo aquí para que proveyese de remedio á vuestra hambre y á la de otros: por vuestra salud, por vuestra utilidad, alivio y consuelo me envió Dios delante de vosotros á Egipto. *Pro salute enim vestra misit me Deus ante vos in Egiptum.*

¿Y qué figura mas propia que José de nuestro Maestro y Redentor Jesus? Si la divina providencia destinó á aquel al Egipto para libertar á sus hermanos de aquel castigo tan horroroso y devastador, Jesucristo es enviado al mundo por su Eterno Padre para salvar al hombre de la muerte eterna á que estaba condenado por la transgresion cometida en el Paraíso. La ofensa era infinita y solo una persona infinita podia dar una satisfaccion de condigno á la justicia di-

vina altamente irritada contra el primer prevaricador.

Así es en efecto: apenas este se hubo sujetado al Dragón infernal por su delito, y precipitado en la reprobacion á su infeliz posteridad, se dá prisa á prometerle un Redentor y suscitar contra la serpiente maligna un enemigo poderoso que quebrantara su cabeza.

Este es aquel vencedor del demonio que fué mostrado á Noé cuando maldiciendo á uno de sus hijos dijo por divina inspiracion; bendito sea el Dios de Sem y de Jafet, Canaan sea su esclavo. Este es el vencedor que Dios prometió á Abraham naceria entre sus descendientes, cuando le hizo oir aquellas célebres palabras: en tu persona serán benditos todos los pueblos de la tierra: y cuando despues de la smision del patriarca á sus órdenes por la inmolation de Isaac, le dijo segunda vez: en uno de aquellos que suldrán de tí serán benditas todas las naciones de la tierra: para decirlo de una vez: Jesucristo el Hijo de Dios Vivo, el Verbo Eterno del Padre, esplendor de su gloria, imágen de su sustancia, que descendiendo de los alcázares celestiales toma la forma de siervo, se sujeta á todas las miserias de la humana naturaleza, se ofrece voluntariamente á padecer los mas acerbos dolores y tormentos y muerte en una cruz restituyendo por este medio á los hombres á aquel estado de salud robusta y vigorosa que se disfruta en el estado de la gracia.

Ved pues, si padré decirlos en esta ocasion con mucho mas motivo que José á sus hermanos que nuestro dulce Jesús fué enviado al mundo para que derramando sobre nosotros toda la abundancia de misericordia y de amor que

reside en él y que es digna de un Hombre Dios, recuperemos la salud que perdimos por la culpa. Teneis ya insinuado lo que debe ser el objeto de vuestra atencion y de mi discurso en este dia que vuestra piedad consagra á tributar solemnnes cultos á esa sagrada imágen de Jesus muerto en el árbol de la cruz, y que venerais bajo el precioso titulo de la salud. Para proceder con la debida claridad en un negocio de tanto interés os manifestaré en una sola proposicion los innumerables beneficios que por la salud de nuestras almas obró el Redentor del mundo, nuestro dulce Jesus.

Espíritu divino criador de la elocuencia cristiana, encended en mi corazon una centella de aquel fuego que abrazaba á nuestros profetas y apóstoles cuando hablaban de Jesus. Iluminad mi entendimiento para que yo pueda manifestar con la dignidad que corresponde á este cristiano auditorio el asunto que acabo de proponerles puesto que es de tanta importancia para la salud de las almas. Esta gracia os pido poniendo por intercesora para conseguirla á la Reina de los ángeles María Santísima saludándola con el ángel:

AVE MARIA.

Pro salute enim....

Para formar una idea completa de los innumerables beneficios, que por la salud de nuestras almas obró nuestro

adorable Redentor Jesús convenia haber considerado atentamente todas las calamidades de nuestro primer origen en Adán, y toda la nobleza y escelencias de nuestro segundo nacimiento en Jesucristo. Ello es cierto que reos y delinquentes como hijos de un padre prevaricador despojados de la adopción santa, marcados con el sello de reprobación y de iniquidad estábamos destinados á pasar nuestra miserable vida atormentada por otra parte con dolores, consumida con el trabajo, perdida con el desenfreno de las pasiones en sentir y llorar sin fruto la inocencia y felicidad que tan apresuradamente perdimos. Porque ¿qué fondo de perversidad, qué horrible herencia de miserias no recibimos con la sangre de nuestros primeros padres contaminada en sus principios? Ceguedad en el entendimiento, oscuridad en la razón, predominio de los sentidos, desenfreno de la concupiscencia, indocilidad y rebeldía del apetito, en fin, el mismo Criador apenas podia reconocer la obra de sus manos: ¡tanta era su deformidad! La tierra oprimida con el peso enorme de sus vicios y desastres no ofrecia al cielo sino objetos de ira y de indignación y no veia en el cielo sino un Dios vengador; lo presente le representaba una sucesion y una cadena de males interminables y siempre nuevos; en lo venidero no descubria esperanza alguna de consuelo y viendo y conociendo su infelicidad no tenia mas recurso que llorarla.

¡Quién, pues, le hubiera dicho que á aquellos dias tristes y calamitosos habian de suceder otros mas claros y serenos que los de la primitiva inocencia! ¡Qué los estrechos vínculos de una alianza mas noble y mas augusta enlazarian y

trabarian de nuevo lo que al presente estaba separado para siempre! ¡Qué las gracias pródigamente derramadas en su seno enjendrarian un nuevo pueblo, un pueblo amado, objeto tierno de las mas dulces complacencias del cielo que se le envidiaria á la tierra! ¡Con qué instancias tan ardientes hubiera suplicado á los siglos que apresurasen su curso para anticiparle el día de su salud! ¡Con qué solicitud, con qué ardor hubiera corrido á postrarse á los pies de su libertador! Mas lo que ni ella hubiera imaginado ni atreviéndose á esperar lo ejecuta el dulcísimo Jesus que ofreciéndose víctima de propiciacion, reconcilió con su muerte y amistó al cielo con la tierra: *interficiens inimicitias in semetipso*. El anuló el anatema y la sentencia de muerte pronunciada contra el pecador: *delens quod adversum nos erat chirographum decreti*. El derribó el muro de division: rompió las cadenas de la esclavitud y sucediendo al titulo infame los privilegios de la adopcion, ya el Señor es Padre de aquellos hombres que eran objeto de su indignacion: *jam non est servus sed filius*: ya ellos son hijos de Dios inmortal y por consiguiente herederos de la inmortalidad: *quod si filius et hæres per Deum*, y desapareciendo los vestigios y huellas de la antigua prevaricacion, donde abundó el delito, sobreabundó la gracia: *ubi abundavit delictum, superabundavit gratia*. Rindamos gracias inmorales á nuestro Dios: continúa el apóstol; pues dándonos á Jesus nos dió con él todas las cosas: *cum illo omnia nobis donavit*: porque habiendo el dulcísimo Jesus abolido el pecado por la virtud y eficacia de aquel sacrificio que ofreció de sí mismo en el Calvario, ya Dios no vió en nosotros sino la sangre

que su precioso Hijo derramó por los hombres; sangre que clama en nuestro favor mucho mejor y con mas fuerza que la de Abel: *sanguinis aspersionem melius loquentem quam Abel*, y con cuya sangre obró el divino Jesus innumerables beneficios por la salud de nuestras almas. No lo dudeis; el Redentor del mundo, que viviendo esparcía á manos llenas abundantes beneficios obró en la cruz el último de sus favores. Desde allí como de un río caudaloso corre con abundancia el corriente de las gracias; gracias que simbolizadas antiguamente por los geroglíficos sagrados se realizan en los presentes.

Ciertamente la virtud de la santísima cruz es obra enteramente del Salvador. Ella está llena de gloria porque fué el altar donde se consumó el grande sacrificio de la expiación. En ella tuvo su complemento lo que significaba la sucesion de los patriarcas, la inspiracion de los profetas, la conservacion del pueblo, la cinta de Nabal pendiente de la ventana para librar á su familia; el signo del Tau puesto en la frente de los hebreos porque no les tocara la desgracia comun; los panes de la proposicion; la zarza que vió Moises en Oreb; el Arca Santa del testamento; la que fabricó el justo Noé para salvar en ella las reliquias del diluvio; la transformacion de Saul por medio de la uncion misteriosa; el óleo y la sangre del Cordero aplicada por el sacerdote al leproso con todo cuanto prescribe el catorce del Levitico para la moral purificacion; los reinados de David, Salomon y Josias. Esto y mucho mas se cumplió en en aquel leño precioso cuando para nuestra salud depositó en sus brazos al arbitro de la suerte y de los imperios.

Sí, católicos: Jesucristo muere para darnos la salud que habíamos perdido por el pecado; pero nos la restituye de un modo tan misericordioso que todo cuanto se hizo en el Verbo fué salud y vida para el hombre: *quod factum est in ipso vita erat*. En nosotros la muerte nos priva de la salud y de la vida; pero en Jesucristo nos la dá, en nosotros la pobreza, las aflicciones, los tormentos son molestos y enemigos de la salud y de la vida; pero en Jesucristo todo dá gracia, salud y vida. Cuanto obró en todo el tiempo de su vida y en el de su sacrosanta pasión y muerte se ordenó á nuestra salud: su nacimiento, su infancia, su predicación, sus burlas, su entrega á los judíos por el discípulo alevoso, sus llagas, su sangre, sus dolores y principalmente su muerte. Este era el grano misterioso cuya destrucción era necesaria para que viviesen los demás granos. A la sombra de este árbol divino debía asegurarse nuestra vida. *In umbra ejus viventes*.

¡Cuántos beneficios y favores ha obrado el Maestro de la vida, el divino Jesús por la salud de las almas! ¡Cuánto pudiera dejar correr mi imaginación si quisiese hablarlos con individualidad de las dulzuras inefables de que colma el Señor á las almas que le consideran muerto en el árbol de la cruz por nuestra salud, pero no; abusaría de vuestra paciencia; sería dar á mi asunto unas ideas demasiadamente vagas é indeterminadas. Me ceñiré precisamente á vosotros como mas favorecidos por Jesús crucificado bajo la advocación tan gloriosa de la salud. Ea, decidme: ¿no habéis experimentado varias veces en el Santísimo Cristo de la Salud, un remedo de lo que pasaba en la antigua ley

cuando Dios quería pronunciar la bendición ó maldición sobre su pueblo? ¿Cuántas veces veiais los pueblos de la comarca colocados como el resto de las tribus en la falda de Hebál gimiendo bajo el peso de la maldición; maldición que llegaba á sus hijos, á sus animales y á sus ganados; maldición que los seguía en el campo, en la soledad, en los lugares mas desiertos, en las calles, en los sitios mas frecuentados; maldición que pedía á los cielos fuesen de hierro y la tierra de bronce que les hiciese la misma llaga que á los Egipcios, que fuesen siempre precedidos del terror, de la consternación y de la muerte, con todas las demas imprecaciones que se leen al veinte y ocho del Deuteronomio? ¡Ah! tú respirabas luces tan puras como la tierra de Gessen, mientras que ellos palpaban tinieblas tan densas como las de Egipto. El Redentor adorable muerto en el ignominioso patíbulo de la Cruz es el instrumento de tu felicidad; él fué enviado al mundo por su Eterno Padre como otro José á Egipto para daros la salud; *pro salute enim vestra misit me Deus ante vos in Egiptum.*

Tú descansas, pueblo cristiano á la sombra de tu Salvador. Esa sagrada imájen de Jesus crucificado que venerais bajo la advocación de la salud os proporciona las divinas misericordias. El ángel exterminador que en otros pueblos menos felices imprime las huellas de la divina venganza, pasa rápidamente por vuestro suelo sin dejar el mas leve vestigio. *Est in medio tui sanctus, et non ingrediar civitatem.* ¡Ah! si mi voz semejante al soplo de Ezequiel renovando en este templo el milagro del campo de Senaar reanimase los huesos áridos, las cenizas frias de vuestros pa-

dres, de aquellos ancianos venerables que llevaron sus canas llenas de gloria al sepulcro porque fueron testigos de los innumerables beneficios que obró el dulcísimo Jesús por medio de la preciosa imagen de la salud! Entonces si que tendria todo el peso mi argumento.

Salid, pues, cenizas respetables, dejad por un instante esa habitacion de horror y decidnos las veces que el Señor Omnipotente invocado ante esa imagen á quien veneráis bajo el precio o título de la salud se compadeció de vosotros, os socorrió en el tiempo de la angustia como José á sus hermanos, os fué mas propicio que David para Amón, y Nehemias para Israel. Venid, confesad penetrados de ternura que esa sagrada imagen fué mas poderosa para ahuyentar vuestra tristeza, que lo era para Saul la cítara de David. Venid, decid á este cristiano pueblo que el Salvador del mundo crucificado en ese leño afrentoso ha sido semejante á aquel árbol de Daniel que elevaba su copa hasta el cielo y cuyas ramas ofrecian un refrigerio mucho mas feliz que las del Terebinto á Jacob y las del Enebro al atribulado Elías; venid: venid..... pero no; no interrumpais el silencio de la muerte. Vuestros hijos contarán á las generaciones venideras que el Santísimo Cristo de la Salud es el manantial de las gracias. No hablo graciosamente; y hacer ahora el catálogo de las veces que vuestro patrocinio se ha manifestado claramente seria ofender vuestra piedad y hacer una historia pasada sobre importuna. El enfermo, el triste, el desválido, el menesteroso confesarán que el Santísimo Cristo de la salud derramó sobre ellos toda la abundancia de misericordia y de amor que re-

side en él: y que es digna de un hombre Dios.

Venid pueblos, acudid jentes, confesad las misericordias del Señor en esta villa feliz. Reconoced la mano poderosa que obra la felicidad en el tiempo mas oportuno. Acudid al Santísimo Cristo de la Salud que es vuestro bienhechor y conoceréis que enviado al mundo por su Eterno Padre como el antiguo José para salvar al hombre de la esclavitud del demonio, por la culpa obró innumerables beneficios por la salud de las almas y que no desoírà los clamores de este pueblo cuando le implore en sus necesidades.

Empero no creais que el Santísimo Cristo de la Salud sin embargo de ser el manantial de las gracias derramase sobre vosotros la abundancia de su misericordia, sino llegaís à él con un corazón contrito y humillado. Acercaos al trono de la clemencia con santas disposiciones. El Señor se complacerà entonces en vuestras súplicas, os oírà y remediarà vuestros males.

Sí, divino Salvador de nuestras almas: todo este vecindario se ofrece desde hoy de un modo muy especial à vuestro servicio y amor, siguiendo las pisadas de aquellos ilustres varones que en vuestra vida mortal se distinguieron mas en mostraros una tierna devoción. Ellos os adorarán con la humilde generosidad de los magos: os estrecharán entre sus brazos con las amorosas aiasias del anciano Simeon; rociarán vuestros sagrados pies con sentimientos de dolor y compunción de la Magdalena: ellos ensalzarán vuestra divinidad con el religioso celo de la Samaritana, ofrecerán sus bienes, casas y personas con las liberalidades de Marta, y escucharán vuestros oráculos, con el esmero y

atencion de Maria: ellos en fin os acompañarán en vuestras ignominias y muerte y con la constante fidelidad y tierna compasion de vuestra Madre: esta será su correspondencia. Vivirán siempre atentos á los favores que les dispensa vuestra bondad y á la dignacion que usa con ellos vuestra infinita misericordia. Pero mirad, Dios mio, que si por sí mismos nada pueden, es preciso que vuestra piedad les conceda las mismas disposiciones que hagan aceptables sus ofensas. Ellos las piden, Señor.

Y Vos desde el asiento elevado que ocupais en la diestra del Eterno Padre dad una benigna ojeada sobre esta predilecta heredad que poseistis desde el principio: cercadla con el vallado de vuestra proteccion para que no entre en ella mala bestia, ni incursion enemiga: lluevan sobre ella á su tiempo los raios de vuestras bendiciones que la hagan prosperar en la frondosidad de los árboles, en la lozanía de las plantas, en la hermosura de los sembrados, en la abundancia de los frutos, en la pureza de los aires, en la salud y en la paz.

Pero sobre todo; Dulcísimo Jesus, haced que en todos los estados de esta villa ilustre reine tal orden, regularidad y virtud, que desde luego se advierta la particular solicitud que les dispensais: dad ¡á vuestro Pastor un celo santo segun vuestra ciencia para que apaciente con vuestra doctrina y ejemplo esta porcion de vuestro rebaño que os dignasteis confiarle: llenad á los señores sacerdotes de vuestro espíritu, para que sean una viva representacion de vuestro eterno sacerdocio: á los ministros de vuestra justicia ó ilustre ayuntamiento la prudencia y acierto para que pro-

minévan la felicidad de este común por medio de la obsequancia de nuestra santa religión; á las ricas entrañas de misericordia para que con el buen uso de sus bienes se granjeen amigos verdaderos que en el tiempo de la necesidad los reciban en los eternos tabernáculos; á los pobres un ánimo humilde y resignado que les haga merecer el glorioso título de pobres de espíritu y el reino de los cielos que Vos los señalásteis por herencia. En una palabra, reconozca este vecindario que Vos le mirais como vuestro: encuentren en Vos un Padre que les ama; un Abogado que les defiende; un Pastor que les guía; un Dios que les protege en los peligrosos combates de esta vida para despues colocarles en la eterna.

F. M. L.

SEMON

DEL BUEN PASTOR.

De la bondad y misericordia de Dios para con el pecador.

Si perdidit unam ex illis promne dimittit nonaginta novem in deserto, et valet ad illam quæ perierat donec inveniat eam? Si pierde una de sus cien ovejas, ¿no deja las noventa y nueve en el desierto, y va á buscar á la que se perdió hasta que la encuentra? Luc. cap. 15 v. 4.

De innumerables trazas se valió Jeshuismo para reducir al pecador al servicio de Dios y para manifestarle la facilidad con que le perdonaba el Señor sus pecados. Se dió á conocer como Rey, como desposado, como caminante, como padre,

como mercader, como tender, como pastor y de otros muchos modos como antes lo habian anunciado por el profeta Isaías: *quoniam multus est ad ignoscendum*. Se hizo muchos para perdonar mucho. En la parábola del siervo á quien perdonó diez mil talentos se hizo rey para manifestarnos que obraba con un corazon generoso y que si para un hombre malgastador y perdido bastaba menor merced, para un rey no bastaba sino perdonaba toda la deuda. En muchas partes de la sagrada escritura se llama desposado para que no estrañemos que despues de mil alerosías y traiciones reciba al ulina con los brazos abiertos porque es su esposa y no la puede olvidar. En la parábola del hijo pródigo se llama padre para que no nos estrañemos que admita al hijo ingrato y disipador de la hacienda porque al fin todo lo disimula el amor de padre. En la parábola del que descendió de Jerusalem á Jericó y cayó en manos de los ladrones se hizo caminante para venirmos á decir: ¿Qué caminante hay tan cruel y tan sin piedad que hallando á un hombre robado y herido no le socorra? En la parábola del que busca margaritas preciosas se hace mercader para que si murmuran los fariseos que busca á los pecadores y come con ellos, pueda decirlos: no os maravilléis, soy mercader que busco piedras preciosas, y los pecadores convertidos son mis perlas y los diamantes de los anillos de mis dedos. En la parábola del dragma perdido se llama mujer, porque si la mujer trastorna los muebles de la casa por buscar la alaja perdida, no estrañemos que nazca en un portal y descanse en un pesebre; que coma entre pecadores, y trastorne el cielo y la tierra por

un pecador. Se nos dá por fin á conocer cómo un pastor que deja las noventa y nueve ovejas por buscar una que se le perdió sin cansarse de buscarla hasta hallarla y ponerla sobre sus hombros para traerla á su rebaño.

¿Con qué términos mas expresivos podia declararnos el amante y divino Jesus su cuidado y sus solicitudes por el pecador? Al ver solamente la imagen de Jesus con la oveja escarriada sobre sus hombros, ¿quién no reconoce la bondad y misericordia infinita de Dios para con el pecador; que no se cansa de buscar por el desierto de este mundo la oveja ingrata y atrevida que huyó de su gobierno y se apartó de su ley? No, no es esta alguna de aquellas parábolas bajo cuyo velo se ocultaban los misterios del reino de Dios, que los judíos terrenos y carnales no percibían y que Jesus descubría á sus apóstoles y discípulos; es una pintura fiel y clara, un retrato verdadero de la conducta de Dios y del pecador; del corazón de Dios y del nuestro. Los antiguos padres tuvieron á la imagen del Buen Pastor Jesus por tan á propósito para recordarnos la bondad de Dios y escuchar nuestros afectos á la piedad y la sumisión, que la mandaban grabar en los mismos cálices, como nos dice Tertuliano, y con este mismo fin nos recuerda la iglesia la parábola del Buen-Pastor y nos presenta la imagen de Jesus con la oveja perdida cargada sobre sus hombros.

Ponderemos la bondad y misericordia de Dios para con el pecador. Resolvámonos á oír la voz del Pastor divino que nos llama y degémonos conducir á su redil. Tal es el asunto y la resolución que quisiera que todos toma-

seis al oír mi discurso pidiendo antes los auxilios de la gracia por la intercesión de María Santísima.

AVE MARIA.

Si perdidierit....

La oveja que se pierde y extravía no sabe volver á su pastor ni á su majada si su pastor no la busca y la recoge. La oveja perdida no para en su perdición, siempre se vá perdiendo cada vez mas: la perla se está en el lugar en que se perdió; pero la oveja se vá de risco en risco y de monte en monte. La oveja perdida vá espuesta al peligro manifiesto de que la devoren los lobos; porque ni tiene valor ni armas con que defenderse, ni uñas como el león, ni dientes como el oso, ni ponzoña como la sierpe, ni ligereza como el gamo, ni pastor que salga al frente de ella. Hé aquí hermanos míos, lo que sucede al pecador: Una vez perdido no puede por sus fuerzas naturales volver al estado de la gracia, si Dios no le busca y le recoge: en su perdición no se detiene; un pecado arrastra á otro pecado y un vicio á otro vicio y cada día se vá empeñando en nuevas culpas; y por fin el pecador sin el favor y la gracia de Dios

está espuesto á todas horas á ser presa de los enemigos de su alma porque no tiene quien le defienda. Si Dios no saliera á buscarle quedaría eternamente perdido; pero es tan grande la bondad y misericordia divina, que habiendo dos cosas en esta perdicion, la ofensa del pastor y el daño de la oveja, primero atiende Dios á reparar el daño que á castigar la culpa; á la manera que una madre que vé caer á su hijo travieso en el fuego ó en el lodo primero le levanta, le aparta del peligro, le limpia y le repara, que le riñe y le castiga.

Piérdese el pecador, se precipita por el laberinto de sus vicios, corre alejándose cada vez mas de su Dios y acercándose al precipicio, y sin embargo Dios olvida sus ofensas y no se olvida del pecador; le llama, le atrae, le busca y cuando el pecador cede y se rinde á los llamamientos de su Dios en vez de un Dios severo, ultrajado y ofendido, halla un Padre tierno y amoroso que le pone sobre sus hombros y conduce al rebaño como hace el pastor con la oveja perdida.

Consideremos para conocer algun tanto la bondad y misericordia de Dios ¿qué es lo que hace el pecador apartándose de su Dios? El que es polvo y ceniza niega el respeto, obediencia y veneracion al Dios de gloria y majestad en cuya presencia los reyes y los reinos son como sino fuesen: se rebela y desprecia á un Dios Todopoderoso que por sola su voluntad crió todo cuanto tiene ser: provoca la ira de un Dios terrible que tiene preparados suplicios eternos para castigar sus ofensas: menosprecia la adopcion de hijo de Dios que le ganó Jesucristo, sus promesas y sus amenazas, su

amor, su ley y no quiere reconocerle por su Padre, ni por su Señor, ni por su Dios, ni por su Salvador. Forme el mundo el juicio que le agrade de lo que es el pecado; á los ojos de Dios es una rebelion del hombre frágil y miserable que sacude el yugo de la autoridad mas legitima; una temeridad que provoca el poder y la justicia mas terrible; una perfidia que quebranta los mas santos y solemnes juramentos; una ingratitud que abusa de las gracias y beneficios mas grandes. Estos son los primeros pasos que dá el pecador al apartarse de su Dios. ¿No merece los castigos de su indignacion? Sin embargo, su infinita clemencia le sufre y le aguarda á penitencia.

La ponzoña del pecado se introduce en el alma y sofoca las luces de la razon y la fé, de la vergüenza, del respeto y de la crianza. El pecador se gloria en su pecado y no procura sino aquietarse en él: pasa de un pecado á otro pecado y una pasion aviva á otra pasion, se precipita de maldad en maldad y él mismo se ciega todos los caminos que pudieran reducirle á su salvacion y para ofender á Dios con mas sosiego toma la resolucion de negar al mismo Dios, desconocerle, mofarse de su culto y su religion y sus dogmas. *Contra omnipotentem roboratus est.* (1). Se constituye en maestro de la impiedad para hacerse reo de los pecados ajenos, y habla, escribe, blasfema contra la religion, contra sus ministros, su culto, sus festividades, sus leyes, todo quisiera destruirlo.

(1) Job. cap. 45. v. 25,

¡Señor! ¿Por qué sufris tantas abominaciones y escándalos en la tierra? Una sola mirada vuestra destruirá esta turba rebelde de pecadores con mas facilidad que el huracán esparrace y disipa por los aires un poco de polvo: la tierra y el mar oirán vuestra voz y abrirán sus senos para sepultar al pecador: los ángeles esperan solamente vuestras órdenes para arrancar y arrojar al fuego la cizaña que infelizmente ha cubierto el campo regado con vuestro sudor y vuestra sangre. El pecador triunfa insolentemente y se burla del justo: vuestro silencio parece que autoriza su impiedad y desenfreno, y cree que un Dios que deja sin castigar tantos delitos es un Dios que no los sabe ni los vé. Pecador, ese Dios de quien te burlas y ofendes sin temor tiene contados todos tus pasos, observa todas tus acciones, lee y registra tus mas ocultos pensamientos, sabe todos tus deseos, nada ignora de cuanto eres y tiene noticia de todas las iniquidades de tu corazón, aun de esas mismas que te avergonzarías de manifestar á los compañeros de tus crímenes. Ese Dios á quien desprecias juzga que un pecado solo no es castigado bastante sino con el infierno, ni suficientemente llorado sino con las lágrimas de un Dios hombre, ni suficientemente satisfecho sino con la sangre de un Dios hombre: es un Dios que aborrece y detesta al pecado y que dejaría de ser Dios, si dejase de detestar al pecado; es un Dios que aunque castiga al pecado con un infierno eterno, es mayor todavía el odio con que detesta al pecado, que el tormento con que le castiga. ¿Por qué pues calla y sufre el Señor? Aprende hombre á conocer la bondad y misericordia de tu Dios: nadie te la podrá manifestar mejor que tu corazón: reconoce

que digno de tu amor es el Dios á quien ofendes. 'Ese abismo de castigos que has provocado sobre tí, ese abismo de calamidades é infortunios en que has incurrido hace del corazón de tu Dios un abismo de misericordia y de amor. Este divino Pastor y amoroso Padre no vé en la oveja perdida sino la obra de sus manos, y se olvida, al parecer, de su pecado por atender á su infelicidad. Sufre, calla, le concede tiempo para que se desengañe y vuelva en sí, le espera para derramar sobre él sus misericordias.

He dicho mal, hermanos míos, no se contenta el Señor con esperar y dar tiempo al pecador. Jamás volvería al camino de salvación si el Señor no le trajese; correría de precipicio en precipicio si Dios no le saliese al encuentro y le detuviese en su carrera de perdición: el Señor deja el rebaño de los justos y se echa á buscar al pecador como el pastor á la oveja perdida: *Vadit ad illam quæ perierat*. ¡O bondad y misericordia infinita de nuestro Dios! Cuanto el hombre es más elevado, más grande, más compasivo y generoso parece que se irrita más con las injurias y cree impropio de un alma noble el perdonarlas, y si al fin perdona al ofensor humillado y que solicita su indulgencia con las lágrimas necesita hacer á la religion el sacrificio de su propia venganza y una gracia poderosa de su Dios. ¿Qué sería de nosotros si Dios no nos concediese mas que lo que nos conceden los hombres? ¿Si el mismo Señor nos dejase en el pecado y no fuese él el primero á buscarnos, llamarnos y ofrecernos el perdón y la vuelta á su amistad? ¿Qué sería de nosotros si como queremos que pase entre los hombres, el injuriador hubiese de dar los primeros pasos para la re-

conciliación? El hombre es el reo, Dios es el ofendido y sin embargo Dios es el primero á buscar y solicitar al pecador. Le ama y deja á los justos por salir á buscarle. El pecado mismo que nos aparta de Dios es el origen de los llamamientos de Dios. Esos remordimientos, esos latidos de la conciencia, esa inquietud y sobresalto interior, esas turbaciones que nos acongojan, ese temor de la muerte y del infierno que nos asusta ¿son preocupaciones de una educación infatuada? Espíritus fuertes, vosotros no habeis podido desprenderos de vuestros remordimientos é inquietudes interiores y debéis confesar si sois ingenuos que son los pasos y las voces del Pastor divino que busca á la oveja perdida.

La busca, pero no se contenta con sufrir, tolerar y esperar con paciencia; no se satisface la bondad y compasión de Dios con solicitar, convidar, llamar y abrir sus brazos al pecador; el pecador huye de él, corre, le desatiende, le desprecia y el amor y misericordia de Dios no se cansa, se inflama y adquiere nuevas fuerzas cuando el pecador le resiste con una oposición mas obstinada y una rebeldía mas indómita. El hombre no se cansa de huir de su Dios, pero Dios no se cansa de buscar al hombre y se resuelve á seguirle por entre las malezas y derrumbaderos hasta encontrarle. *Donec inveniat eam.* Ama al justo, pero parece que le ama con un amor quieto y sosegado porque está satisfecho de su amor y su correspondencia; pero el amor con que ama al pecador parece que es un amor mas desasosegado, mas ardiente, mas solícito, porque es un amor avivado con el miedo y asustado con el peligro de perder lo que ama,

por eso levanta la voz, le llama: detente, le dice, hombre ciego y desventurado que ni sabes de quien huyes ni lo que buscas; yo lo sé, yo lo conozco y tiemblo y me estremecen al mirar tu peligro: ese inmundo deleite que te enloquece te hará infeliz por toda la eternidad. Sigue al pecador y se vale de las ternuras de su amor y del terror de sus castigos para corregirle y avergonzarle de sus pasiones, hace ostentacion de la bondad de un padre, de la autoridad de un superior, de los consejos de un amigo, de los mandatos de un juez, de la verdad que desengaña, de las reprensiones que avengüenzan, de las promesas, de las esperanzas, de los llamamientos que cautivan y enternecen, se viste de todas las formas y figuras: *multiformis gratia*. Se adopta á nuestras inclinaciones, á nuestro genio, se atempera, por decirlo así, á nuestro carácter. Al alma de nobles y elevados pensamientos la pone delante lo vil y despreciable, la servidumbre y esclavitud ignominiosa de las aficiones que sujetan á un hombre al yugo de otro hombre; al alma interesada la descubre lo vano de los bienes transitorios y caducos que con tanta velocidad nos dejan ó nosotros los dejamos; al alma tierna y agradecida la pone delante á un Dios que muero por ella y que en cambio de la sangre derramada por su amor no la pide sino su corazón: al alma sensual la representa un Dios vengador y aquellas llamas inextinguibles que no apagarán las lágrimas aunque esten corriendo por toda la eternidad. Esos infortunios, esas enfermedades, esos disgustos del mundo, esos crueles y costosos desengaños ¿qué son hermanos míos, sino llamamientos de Dios que nos busca para que volvámos á él? Entremos en

nuestro interior y veamos si no es esta la historia de lo que está pasando en nuestra alma, la historia de nuestra guerra y nuestras resistencias contra Dios? ¡Cuánto hace Dios por reducirnos á él! ¡Cuántos pecadores hay á quienes cuesta mas caro el condenarse que el salvarse! ¡Qué sufren mas congojas y dificultades por desentenderse de los llamamientos de la gracia de Dios, que sufrirían por resistir á sus pasiones!

Y ¿qué hace el Señor en el momento que nos detenemos y escuchando su voz nos volvemos á él? ¿Quedan en su corazón el resentimiento, el desvío, la desconfianza y la frialdad? No amados míos, el Señor nos recibe sin tardanza, toma al pecador fatigado y cansado sobre sus hombros y le conduce como el pastor á la oveja perdida á su rebaño lleno de regocijo y alegría: *Et cum invenerit, imponit in humeros suos gaudens*. Para perdonar nuestros crímenes, y perdonarlos plenamente nada mas nos pide que el dolor de haberlos cometido, el propósito firme de no volverlos á cometer, mucho amor, mucha confianza en su misericordia. No arguye al pecador arrepentido ni le echa en cara sus iniquidades; luego que deja de serlo, luego que reprime aquellas pasiones que le apartaban de Dios, se hace objeto de sus cariños; el Señor se regocija en el cielo por su conversión. El Señor le comunica los dones preciosos de su gracia; que él habia despreciado tanto tiempo, le pone sobre sus hombros para escusarle las modestias del camino, él le protege y defiende, le suaviza los trabajos de la penitencia y le dá á gustar mas placer y fruición en las lágrimas á que le escita la memoria de sus extravíos, que cuanta

esperimentó en sus locas alegrías y en los falaces y momentáneos deleites que le apartaron de Dios y de su ley. No quiere el Señor como juez justo dejar sin castigo al pecador ni le exime de la necesidad de hacer penitencia y de resarcir sus escándalos y malos ejemplos; pero él mismo le hace suaves y llevaderas las mortificaciones: él dispone que en el retiro, en la oración en los ayunos y austeridades, en la práctica de sus devociones halle un gusto y deleite inesplicable el alma que se ha convertido de veras á Dios y que nada tema tanto como volverle á perder.

Tal es, hermanos míos, la conducta de Dios para con el pecador. El se digna esperarnos con paciencia, él nos solicita, nos estrecha, y aunque hace tantos años que acaso huimos de él, que nos resistimos á sus llamamientos, que le damos con la puerta de nuestra alma en los ojos, no se ha causado de llamarnos, de seguirnos, de observarnos hasta que logre hacernos suyos. ¿Por qué no abrimos los ojos ya, y conocemos nuestra ingratitude, y nuestro miserable empeño de perdernos? No temamos, ni nos desconfiemos: este Señor que nos busca no está lleno de furor para castigarnos, nos busca con el amor de un padre y con la ternura de un Pastor que corre tras la oveja perdida. No nos desampará: conoce bien nuestra debilidad y él mismo nos servirá de apoyo; él asegurará nuestros pasos en los caminos de la virtud; él desvanecerá esos miedos y esa vida triste y melancólica que se nos representa como indispensable si hemos de seguir á Jesucristo: él nos asistirá y peleará por nosotros y con su ayuda venceremos á nuestros enemigos. Conozcamos y confesémos todo lo que el Señor

hace por nosotros y démonos por entendidos á sus llamamientos; resolvámonos á no resistirnos mas á las inspiraciones de su gracia, á oir la voz del Pastor divino que nos llama sin cesar, y dejémonos conducir sobre sus hombros al redil. No dilatemos de dia en dia el volvernos á él ni nos engañemos con unos propósitos que jamás ponemos en ejecucion. En el dia que oiga mos la voz de Dios que nos llama por tantos medios y modos y nos hace sentir sus avisos amorosos en el fondo de nuestra alma, no endurezcamos nuestro corazon. Obedezcamos prontamente con toda sinceridad y de todas veras dejando los caminos que nos apartan de Dios y nos llevan á la perdicion. Porque Dios sea paciente y sufrido, no abusemos de su misericordia y multipliquemos nuestros crímenes en la loca confianza de que á cualquiera hora nos perdonará. Asi como salva su bondad á los que se acogen á ella, asi tambien pierde y condena á los que abusan de ella y la desprecian y caen en el precipicio muchos miserables que corren en su perdicion antes de tener tiempo para volverse á oir las voces de su Dios y responder á sus llamamientos.

Para recobrar la salud corporal, para aumentar nuestros intereses, para conseguir destinos, honores y distinciones no omitimos diligencia alguna, ¿por qué hemos de ser tan descuidados para apartarnos del pecado y convertirnos á Dios? ¿Por qué hemos de ser tan negligentes en el asunto que mas nos interesa? Contemplemos con fervor y devocion lo que hace por nosotros el Buen-Pastor Jesus: miremos con los ojos de nuestra alma á esa sagrada imágen y gravémosla en nuestra imaginacion para tenerla presente dia

y noche, Jesus nos busca, nos solicita, nos llama, corre saltando por entre malezas por hallarnos, nos sale al encuentro aun en el medio de nuestros placeres pecaminosos y cuando ya le atendemos nos toma sobre sus hombros como un pastor lleno de cariño para volvernos al camino de salud.

¿Por qué no nos convertimos á él cuanto antes y le hacemos dueño de nuestro corazón? Hoy lo prometemos y esta es, hermanos míos, la prueba de nuestra verdadera devoción al Pastor divino de nuestras almas, Atendamos á su voz, separémonos de los caminos del vicio, emprendamos una penitencia verdadera y constante y ese divino Pastor ayudará nuestros esfuerzos, hará dulces nuestras lágrimas, nos llenará de consolaciones, nos tomará sobre sus hombros y poniéndonos á salvo de los peligros espirituales y temporales nos conducirá al rebaño de sus escogidos para gozar las inefables dulzuras de su gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

DEL SANTO CRISTO DE LA FE.

En la fe de Jesus crucificado hallaremos el poder y la sabiduría de Dios.

Nos autem prædicamus Christum crucifixum. Nosotros predicamos á Jesus crucificado. 1.^a Cor. cap. 1. v. 23.

Para resolverse á creer los misterios y la religion que anunciamos, decía el apóstol, los judios acostumbrados á ver prodijios y obras milagrosas nos piden señales con las

que como testimonios del mismo Dios puedan determinarse, y sino vieren prodigios no creen. Los gentiles entre los que se distinguen y sobresalen, los griegos nos piden la ciencia y quieren que la nueva doctrina que anunciamos se la probamos y demos con razones dispuestas y emitidas con erudición y rechazan y se burlan de lo que su razón y entendimiento no alcanza á comprender; pero nosotros no podemos hacer otra cosa que predicar á Jesus crucificado, recordar su vida y su pasión, no con los artificios de la sabiduría humana, no con argumentos y demostraciones filosóficas; sino con la claridad y sencillez de la verdad. A los judios parece un escándalo. Los turbó el oprobio de la cruz y los estorbó el que creyesen que Jesus era el Mesias prometido de quien esperaban que habia de ser un rey poderoso como los reyes de la tierra. Deseaban ver grandes prodigios y no podian conciliar con sus ideas al que veian sufrir los tormentos y la muerte de la cruz. A los gentiles parece una necedad, porque no podian persuadirse que era conforme á razón el enseñar que un hombre crucificado era Dios y Salvador del mundo. Sin embargo para los escogidos por Dios, ya sean judios ó gentiles, Jesu cristó á quien predicamos es la virtud y la sabiduría de Dios y nada mas necesitamos que predicarlos á Jesus crucificado.

Para confirmar y alentar en la fé á los cristianos, ¿qué necesitamos los ministros del evangelio sino valernos de la doctrina y el ejemplo del apóstol y presentar á nuestros oyentes la imagen de Jesus crucificado? La ignorancia, la impiedad, la irreligion se levanta por todas partes para destruir la obra

de Dios, para mostrarnos y escarnecernos y apartarnos avergonzados de creer y confesar la fé de nuestros padres; pero Jesus crucificado es el libro abierto siempre en que podemos estudiar nuestra fé, en Jesus crucificado se nos manifiesta la virtud y el poder de Dios con que nos libró de la potestad del demonio, triunfó del fuerte armado y destruyó el imperio de la muerte. En Jesus crucificado se nos manifiesta la sabiduría de Dios que por la humildad y la muerte de Jesucristo en la cruz redimió de un modo convenientísimo al género humano. En Jesus crucificado como nos dice el apóstol, nos manifiesta y declara Dios su poder y sabiduría: su poder con el que quedan vencidos los demonios, se perdonan los pecados y los hombres se salvan: su sabiduría porque en la muerte y pasión de Jesus halló el precio infinito que era necesario para pagar y satisfacer por los pecados de los hombres. Levántese el orgullo de las pasiones desenfrenadas y clame contra los dogmas de nuestra creencia, nosotros ni pretenderemos señales del cielo, ni nuevos milagros para conservarnos en nuestra religión, ni buscaremos discursos ni razonamientos que oponer á los delirios de la impiedad. Volveremos nuestra vista al Santísimo Cristo de la Fé, á esa Imájen de Jesus crucificado y creyendo firmemente que ese divino Señor es el Hijo de Dios Vivo que bajó de los cielos á la tierra para salvarnos, lejos de escandalizarnos de sus tormentos y su muerte, hallaremos en su cruz el poder y la sabiduría de Dios. Nos afianzaremos en nuestra fé y nos resolveremos á vivir y morir en la religión de Jesus crucificado.

Dispensadme los auxilios de vuestra gracia para que yo acierte á manifestar á vuestros devotos estas verdades consoladoras y á inspirarlos estas santas resoluciones. Lo pedimos por intercesion poderosa de Maria Santísima.

AVE MARIA.

Nos autem prædicamus...

Jesús crucificado es el autor de nuestra fé y de nuestra religion. El bajó de los cielos y se hizo hombre para salvar y redimir á los hombres; vivió y conversó con los hombres, los enseñó su admirable doctrina y dió su vida por ellos para manifestarlos su amor y en confirmacion de las verdades que los habia anunciado. No se presentó como un rey poderoso que subyugase á su imperio á todas las naciones y dominase á los reinos por el poder de sus armas. Vino á enseñar á padecer, á sufrir; y convino que afianzase su reino, triunfase del demonio, de la muerte y del pecado con su sangre y con su muerte. El enseñó la humildad, la pacien-

cia, el perdón de las injurias, el amor á todos los hombres sin escluir á los mismos enemigos y en la cruz nos dió en sí mismo el ejemplo de todas las virtudes que habia enseñado.

El tomó á su cargo reconciliarnos con Dios, aplacar su ira justamente irritada por los pecados de los hombres, satisfacer á la divina justicia por nosotros y abrirnos las puertas del cielo, y en los eternos decretos estaba dispuesto que habia de ser á costa del sacrificio de su vida y muriendo declarado por infame en el patíbulo de los maldichos; para hacernos conocer así lo que es un Dios á quien no se aplaca sino con satisfacciones de un Dios hecho hombre; y lo que es el pecado que no se perdona sino mediante la muerte de un Dios hombre. El trastornó al mundo y todo lo trajo para sí desde la cruz y desde su muerte fué arrojado del mundo el Príncipe de las tinieblas; se consumió el sacrificio para la redención del género humano; cesaron las figuras y las sombras; fué deshecha la Sinagoga; suprimido el antiguo sacerdocio y abandonado el templo; el evangelio sucedió á la ley de Moises, se ha establecido un nuevo sacerdocio con ceremonias mas nobles, leyes mas perfectas, templos mas augustos y gracias mas abundantes. Han dejado de hablar los oráculos, los demonios quedaron vencidos, ha sido confundida la falsa sabiduría de los filósofos, ha sido vengada la gloria de Dios, satisfecha su justicia y reconciliado el cielo con la tierra. El mundo entero se ha renovado con la religion de Jesus crucificado y las costumbres bárbaras y los pueblos incivilizados é incultos bajo la benéfica influencia de la religion de paz y de amor se han

convertido en apacibles , industriosos, benéficos y caritativos.

La doctrina de Jesus crucificado se ha anunciado á todo el mundo por medio de doce pescadores ignorantes á quienes escogió por sus apóstoles para llevar su nombre á los pueblos y naciones mas distantes. Las gentes de todas clases y condiciones se ha apresurado á recibir la religion de Jesus sin embargo de que condena los placeres, refrena las pasiones y lleva consigo la mortificacion y penitencia. Los poderosos y sabios del mundo se han opuesto abiertamente y han perseguido de muerte á la nueva religion; millares de mártires han sido sacrificados, y el mundo ha sido vencido y se ha visto obligado á abrazar la religion de Jesus cuyo nombre resuena por todas partes. En el nombre de Jesus se han obrado y se obran los mas asombrosos milagros. Esa religion de paz que manda la moderacion á los ricos y poderosos; la sumision á los pobres, la fidelidad á los casados, la buena educacion á los padres, el respeto y obediencia á los hijos, que prohíbe las venganzas y manda la reconciliacion con los enemigos y el perdon de las injurias, que manda todas las virtudes y prohíbe severamente todos los vicios, que refrena á los hombres con el temor de las penas eternas de la otra vida y los enciende y alienta á ser justos con la promesa segura de una felicidad incomprensible en el reino de Dios, esa religion cuyo cumplimiento hace felices á los hombres aun en esta vida llena de miserias, es la obra de Jesus crucificado y cuando os anunciamos á Jesus crucificado os anunciamos el conjunto de su doctrina, de sus misterios, de su moral, todo lo que forma su religion.

Ved, si en la fé de Jesus crucificado no es verdad que hallamos el poder y la sabiduria de Dios. Ved, si para recordaros la pura y santa religion que profesamos y para afirmaros en ella necesitamos mas que anunciaros á Jesus crucificado, al Santísimo Cristo de la Fé, para que viendo á su autor confeseis la santidad y divinidad de la obra de su poder y su infinita sabiduria. Ved, sino se descubre á un golpe de vista en Jesus crucificado la historia de nuestra redencion, el compendio de nuestros misterios, la suma de nuestros deberes, la seguridad de nuestras esperanzas y el término de una vida cristiana. Ved si es necesaria mas sabiduria, que estudiar á Jesus crucificado, y si necesitamos mas que tomarle en nuestras manos para consolarnos en nuestras aflicciones, resignarnos en nuestros padecimientos y resolvernos á vivir y morir en la fé y creencia que nos dejó Jesucristo. Con razon venerais y Jesucristo quiere ser honrado con el título de la fé, porque él es el libro de toda su moral y su doctrina, el ejemplar de las virtudes y no puede dejar de someter su razon y su entendimiento el hombre á las verdades santas que le anuncia desde la cruz un hombre Dios que muere por su amor y le deja el legado de una religion de caridad despues de reconciliarle con el cielo.

¿Por qué género de delirio esa ciencia vana y desenfrenada, esa curiosidad soberbia y atrevida de nuestro siglo no cesa de sembrar errores y declarar la guerra á la fé de Jesus crucificado? Abundan desgraciadamente hombres temerarios y profanos que quebrantan desvergonzadamente los términos que puso Dios á la libertad de la curiosidad humana: los

dogmas profundos, los augustos misterios se sujetan al exámen de las disputas vagas é insensatas de ingenios bulliciosos, el mismo Dios viené á ser desconocido de la obra de sus manos: á fuerza de prestar oídos á la voz del orgullo y de la sensualidad, no escuchá ya el hombre la voz de Jesus crucificado; ni aun la de la misma naturaleza que clama por su autor y su criador y cada uno se forja una religion segun sus caprichos y la toma por regla de sus costumbres. En todos tiempos ha querido el libertinaje oscurecer la santidad y verdad de la doctrina de Jesus, pero en los nuestros con el mayor empeño y mas desvergonzado descaro pretendé impugnarla y destruir toda religion. Hoy hace la guerra á la religion santa y á la sociedad con todo género de armas aun con aquellas mismas que prohibia el paganismo. No hay dogma religioso ni máxima moral que esté á cubierto de los tiros de los impíos que hacen descubiertamente la guerra á nuestra fé. Maestros y sectarios de una nueva filosofía, que detestable á los mismos paganos tiene por objeto desarraigar del espíritu humano toda idea de religion y aun de la suprema divinidad; se dejan ver, ¿En dónde Dios mio? En medio de la santidad del cristianismo, en el centro de la religion de Jesus; y no petulanan medio alguno para introducir el abandono, la indiferencia y el desprecio de toda religion revelada. Todo libro en que se ilustra nuestra existencia y se trata de nuestra moral se desprecia ó se lee con la mas fria indiferencia. La religion es tenida por materia académica aun para los mas ignorantes y hierbe continuamente el ardor de impugnarla. Se mira á la religion como un reo ó quien en el Tribunal despótico de la ignoran-

cia, impiedad y desorden público se condena sin oírle. La ciencia de la religion no es de este siglo y proponemos en vano la doctrina y los nombres de nuestros santos padres y grandes teólogos; la nacion en que se ha empleado mas tiempo, mas atencion, mas papel en hablar de Dios y mas intereses en sostener su culto pasa por bárbara y retrasada en civilizacion, y por el contrario, se llama erúditas y pensadora á la nacion cuyos literatos no hablan de la religion sino para impugnarla y destruirla y la rechazan como innecesaria al menos para sus lecciones de socialismo. En el asunto interesante de la religion el ignorante pretende juzgar únicamente porque sabe negar. En las ciencias naturales se respetan los dogmas que no se saben impugnar con razon, pero en las sagradas se le permite impugnemente al impío ignorante que niegue por capricho lo que no entiende ni puede impugnar con razon alguna. Los maestros de la impiedad dilatan su imperio entre los viciosos é ignorantes y pretenden persuadirlos que es una máscara y un fanatismo todo el respeto que se profesa á la religion y sus ministros; que es una mala educacion y una ceguedad intelectual la sumision á las verdades eternas; que son preocupaciones en que nos infátuan desde la niñez las que quieren vivir á costa de la credulidad de los pueblos. Se valen de todogénero de personas y de los conocimientos de todas las ciencias. Se hacen filósofos para examinar con la luz de la razon el valor de los dogmas cristianos; se hacen historiadores críticos para comparar rigurosamente la historia sagrada con la profana; se hacen observadores naturalistas para analizar las verdades físicas; se hacen Eticos auste-

ros para examinar y descubrir con el fiel de la balanza mas exacta el peso de los hechos y máximas morales que se contienen en los sagrados libros; entran tambien en el sagrario de la misma religion llenos de una soberbia triunfante y en él toman las armas para impugnarla. Oponen como repugnantes á la razon natural nuestros misterios y dogmas mas venerables; la unidad de la esencia y la trinidad de personas en Dios; el hacerse hombre y tomar nuestra carne el Verbo Eterno; el estar en el augusto sacramento de nuestros altares y en todas las hostias que se consagran en todas partes: culpan el que Jesucristo no se anuncie y dé á conocer á todas las naciones: hallan como contrario á la ley natural la pena eterna que se fulmina contra los pecadores impenitentes; nada dejan por mover para trastornar y destruir la religion de Jesus.

¿A dónde van á parar estos temerarios con su loca empresa? ¿Cuál es el resultado de esas máximas de perdicion y de escándalo? Esos delirios del entendimiento, ese desenfreno en hablar contra la religion al paso que amortigua la fé de Jesus crucificado arruina tambien las costumbres. Asi vemos desgraciadamente, y no debemos extrañarlo, que han desaparecido de repente hasta los vestijios de la bondad y probidad antigua. La juventud parece que ya no conoce la sumision y rendimiento; ni los amos la mansedumbre y la caridad; ni los domésticos el celo y el amor; ni los iguales los respetos y atenciones; ni los amigos la constancia y fidelidad; ni los maridos la apacibilidad y la condescendencia; ni las casadas la economia y vijilancia sobre la familia; ni el pueblo la dependencia y subordinacion;

ni los ricos la humanidad y beneficencia; ni los pobres el trabajo y el respeto; ni los grandes la elevacion en los pensamientos y la nobleza en sus acciones; ni la virtud valor y fortaleza; ni el vicio freno y disimulo porque triunfando insolentemente de la razon y la religion se ha introducido en todos los estados y ha contagiado todas las condiciones. ¿Qué vemos sino las avaricias, las venganzas, las calumnias, las ingratitudes, los engaños, los esujios de la mala fé, las injurias, las abominaciones de la lascivia? ¿Qué vemos en fin con mas frecuencia que el pecado que pasea por las calles y las plazas con la frente levantada y manifesta á la luz del sol los escándalos de iniquidad que los siglos pasados mas corrompidos ejecutaban llenos de temor y espanto en las tinieblas de la noche? El recato, la modestia y la virtud sirven de materia para la burla y la risa del público: todas las prácticas que tienen su raiz en la fé y la religion de Jesus son insultadas y despreciadas; no hay mayor debilidad de entendimiento ni mayor estupidéz que creer en Dios, ni mayor flaqueza y mengua de corazon que temer á Dios y servirle. El postrarse delante de Jesus crucificado; el tener sus imágenes en las casas, el aparecer como un hombre cristiano es una necedad y locura, es ser demasiado débiles y dejarse seducir de las imposturas de los clérigos es.,.

¿No es esta, hermanos míos, la historia de nuestros aciagos dias y el retrato fiel de las costumbres dominantes? Si yo pudiera levantar mi voz y ser al mismo tiempo oido en todo el mundo, esclamaria: padres que quereis ser virtuosos, hijos que quereis ser dóciles, majistrados que que-

reis ser íntegros, reyes que quereis ser justos y hacer la felicidad de vuestros pueblos, hombres todos los que deseais la paz de vuestra patria y que florezcan las buenas costumbres en vuestras familias, huid y detestad para siempre esas perversas doctrinas que han causado nuestras desgracias: estad en Jesus crucificado y sola su fé y su religion será capaz de regeneraros y salvaros. En la fé de Jesus hallareis al paso que la virtud y sabiduría de vuestro Dios, vuestro sosiego y vuestro bien. Todo lo han destruido las perversas doctrinas de la impiedad, y todo se puede restablecer con la doctrina y observancia de la religion de Jesus. Desengañémonos y repitámoslo con frecuencia, porque hay necesidad de repetirlo, no hay ni puede haber paz, ni costumbres, ni virtud alguna sin religion, no hay ni puede haber sociedad sin leyes, y las leyes de los hombres son enteramente ilusorias sin el temor de la ley de Jesus.

Gloriémosnos de vivir en la fé y religion de Jesucristo; estudiémos esta fé divina en el mismo Jesus crucificado, seámos apasionados y devotos del Santísimo Cristo de la Fé; que no nos castigue jamás con quitarnos este don precioso, sin el que es imposible agradar á Dios, ni acercarse á él, ni esperar sus beneficios y recompensas; que ilumine nuestros entendimientos para que aprendamos en él la paciencia, la humildad, el sufrimiento, la obediencia; que nos dé una fé viva unida al amor y caridad de Dios, una fé que sea fecunda de buenas obras, una fé que sea la regla invariable y constante de nuestras costumbres sin que nos permitamos jamás hacer cosa alguna que no sea conforme á su di-

vina religion; una fê firme de que no nos separen ni los desprecios y las burlas, ni los trabajos y persecuciones, ni las promesas y los dones, ni los repetidos malos ejemplos, malos libros y malas doctrinas de que se vale la impiedad para desarraigar de nuestras almas la santa fê que profesamos. Acudamos en nuestras tentaciones al Santísimo Cristo de la Fú, y él nos dará la ayuda, el valor y la fortaleza necesaria.

Dispensadnos dulce Redentor de nuestras almas, dispensadnos el alivio de todas nuestras necesidades cuantas veces acudimos á Vos por medio de esa milagrosa imagen: la salud en nuestras enfermedades, el consuelo en nuestras aflicciones, el perdón cuando somos culpables, la prosperidad de nuestras fortunas, las lluvias para nuestros campos, la paz para nuestros pueblos y familias, socorrednos con tantos auxilios espirituales y temporales como necesitamos en esta vida; pero sobre todo conservadnos y fortalecednos en vuestra santa fê porque esté es el don principal y el que hará nuestro consuelo en la hora de la muerte. Os lo pedimos porque aunque frágiles y pecadores queremos vivir y morir en vuestra santa fê y humillados en vuestra presencia. Os pedimos tambien que ilumineis á tantos cristianos extraviados que abandonando insensatamente vuestra fê y declarándola la guerra mas cruel y encarnizada son el escándalo y la abominacion y llevan consigo la inquietud, el desorden y lo que es peor la sentencia de su condenacion. *Qui non crediderit condemnabitur.* Miradlos con piedad y traedlos á Vos desde la cruz para que os alaben y bendigan vuestra poder y sabiduría. Apiedaos tambien de las naciones bárba-

ras á quienes por vuestros juicios incomprensibles habeis dejado en la infidelidad, iluminad en fin, con las luces de vuestra fé y de vuestra divina gracia á todos los que están sepultados en las tinieblas y las sombras de la muerte para que todos ~~ex~~caminemos nuestros pasos por el camino de la paz y lleguemos á unirnos con Vos para siempre en vuestro reino. Amen.

F. L. G.

SERMON

DEL SANTO CRISTO DE LA ESPERANZA,

En Jesus crucificado debemos aprender y se nos enseña como y euál debe ser nuestra esperanza.

Idem Dominus omnium, dives in omnes qui invocant illum.

Es uno mismo el Señor de todos, rico para todos los que le invocan. Ram. cap. 10. v. 12.

A otros salvó y no puede salvarse á sí mismo; si es como dice, el Hijo de Dios librese á sí mismo, baje de la cruz y entonces creeremos en él. Asi impropetaban sus enemigos á Jesucristo despues de haberle crucificado porque no

querían conocer en él sino á un hombre malhechor y sedicioso y en el misterio de la cruz no veían sino la debilidad, la infamia y la muerte que todo lo olvida y lo sepulta. Pero el cristiano que reconoce en Jesucristo al mismo Hijo de Dios hecho Hombre para salvar y redimir á los hombres; que vé en la cruz el origen de nuestra salud, de nuestra vida, de nuestra resurreccion y el medio admirable por el que hemos sido hechos sanos y salvos; á su Dios, á su Redentor, su Maestro, su Médico y su Juez, se humilla en su presencia, le adora y reconoce, le pide su amparo y proteccion, busca en él el socorro de sus necesidades y confiesa con el apóstol: que él es el Señor de todos, rico para todos los que le invocan. *Idem Dominus omnium, dives in omnes qui invocant illum.* Que todo el que cree en él no será confundido.

Con razon pues, hermanos míos, venerais con tanto fervor y celo á esa imájen del Santísimo Cristo con el título de la Esperanza, porque en él, por él y de él nos vienen todas las cosas; porque teniendo á Jesucristo lo tenemos todo; porque por su medio podemos conseguirlo todo; porque no es un malhechor infame elevado en la cruz sin poder para bajar de ella como en su locura le impropereaban los judíos, sino el Señor de todos, poderoso y rico para dar y socorrer con abundancia á todos los que le invocan.

Si yo me detuviera á recordaros los favores que habeis recibido y que continuamente recibis por medio de esa milagrosa imájen; si os dijera que publicaseis cada uno lo mucho que debeis y las veces que habeis experimentado su amparo; si os refiriese la historia y los milagros de ese Santi-

simo Cristo, nada mas necesaria para convenceros de su poder y de su pronta voluntad para socorrernos; pero vosotros mismos lo confesais ofreciéndole todos los años estos cultos en reconocimiento y gratitud de los favores que recibis por su medio. Vosotros mismos la confesais acudiendo á él en vuestras necesidades y aflicciones; y para alentaros en vuestra devocion y que pongais debidamente en Jesucristo vuestras esperanzas; para que podais invocarle con acierto y os sea fructuosa vuestra devocion voy á manifestaros: que en Jesus crucificado se nos enseña y nosotros debemos aprender, como y cual debe ser nuestra esperanza.

Si acertamos á saber esperar y pedir, seremos siempre consolados y socorridos porque si pedimos y Jesus no nos oye ni socorre es porque pedimos mal y sin saber lo que pedimos. Para que yo os dirija en un asunto de tanto interés y podais recibir con fruto mis instrucciones necesitamos todos que el Señor nos favorezca con su gracia y lo pediremos por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Idem Dominus omnium....

No he dispuesto haceros una explicacion teológica de la virtud de la esperanza y manifestaros con toda la estension

que exige esta materia, en lo que consiste esta virtud y los extremos que debemos evitar, ya esperando en Dios y nuestra salvacion temeraria y presuntuosamente sin poner medio alguno de nuestra parte, y ya desesperando y desconfiando de la bondad y misericordia de Dios creyéndonos absolutamente perdidos y sin poder salvarnos aunque pongamos los medios conducentes. Baste saber: que así como el pecado orijinal quitó al hambre la vista dejándole ciego, así tambien le quitó las fuerzas dejándole flaco, y que así como el Señor para remedio de nuestras tinieblas infunde en el entendimiento la fé, así para remediar nuestra debilidad, infunde en la voluntad la esperanza que es: una virtud que lleva é inclina á la voluntad á anhelar á Dios y esperar en él por medio de la gracia de Dios y nuestras buenas obras. Diré solamente que por lo comun incurrimos en dos defectos demasiado temibles en nuestras esperanzas y son: que esperamos demasiado en Dios en las cosas que tocan al alma y confiamos y esperamos muy poco en él, en los intereses que tocan al cuerpo, de donde resulta que nuestras esperanzas que habian de ser nuestro consuelo y alivio en esta vida, vienen á ser la abominacion de nuestra alma. En Jesus crucificado; contemplando al Santísimo Cristo de la Esperanza aprenderemos á evitar estos desórdenes, y nos instruiremos de como y cuál debe ser nuestra esperanza.

Cuando se trata de nuestra salud espiritual y salvacion de nuestras almas confiamos en que Dios es nuestro y que nos dará por su bondad y liberalidad aquella gloria que quiere que se merezca de justicia; los mas de los cristianos

se persuaden temerariamente que sin hacer obras buenas y aun haciendo muchas malas han de llegar donde llegaron los santos con sus penitencias, sus mortificaciones, sus ejemplos edificantes y sus cuidados y solicitud por agradar y servir á Dios. Esta presunción nace en parte de la soberbia, y en parte de la ignorancia. Los jóvenes esperan con facilidad porque están vacíos de experiencia y los pecadores están llenos de sí mismos, se creen como necesarios y que Dios no ha de consentir quedarse privado de ellos, sin querer conocer, no solo que Dios no perderá nada porque ellos se condenen, sino que por su misma condenación sería Dios alabado y se oirá á los bienaventurados engrandecerle por todos los siglos como se nos dice de la condenación de la Prostituta de Babilonia (1). «Salud y gloria y virtud á nuestro Dios porque son verdaderos y justos los juicios del que juzgó á la gran meretriz.» Esperan neciamente el fin sin poner los medios para conseguirle y pretenden llegar al paraíso por el camino que conduce al infierno.

Dios es misericordioso, o más decir. Es verdad hermanitos míos, la misericordia de Dios es grande, es grandísima, es inmensa, es un mar sin riberas, es infinita. Pero ¿de qué sirve todo esto? Si no os ayudáis con las manos y los pies nadando alentadamente por este mar aunque tan ancho; sino correspondéis á la gracia de Dios haciendo buenas obras y todos los esfuerzos posibles para salvaros, yo os aseguro

(1) Apoc. cap. 19. v. 2.



que os anagareis sin remedio, porque Dios os quiere ayudar, como el mar ayuda al que nada, pero no lo quiere hacer todo. Quiere usar de piedad con vosotros, no según vuestro capricho, sino según el orden de su infinita sabiduría; al modo que el sol nada mas apetece que alumbraros y alentaros, más no por eso quiere torcer sus rayos siempre derechos por esparcirlos oblicuamente sobre vosotros solos, ni desviarse un punto de su invariable carrera por buscaros.

Dios es misericordioso, y con esto os persuadís cada día mas, que aunque continuéis en el pecado hasta la muerte, Dios ha de tener grande repugnancia en dejaros caer en el fuego eterno, como sino fuera también injusto. Confíais en que os dará tiempo para convertirlos, que os dará su gracia y que vosotros á vuestro alvedrío correspondereis á la gracia de Dios como si el tiempo, la gracia y vuestra cooperacion estuviese á medida de vuestros deseos. Ved sobre qué débiles fundamentos apoya el pecador sus esperanzas cuando trata de su salvacion y por lo que vive tranquilo y sin temor en el pecado, que es la señal mas segura de que sus esperanzas son falsas y temerarias. Volved vuestra vista al Santísimo Cristo de la Esperanza y aprendeis como debeis esperar en vuestro Dios. El es rico para todos los que le invocan y le buscan: él nos compró con los tesoros de su santísima sangre: él nos ama como á las niñas de sus ojos: él vino á este mundo á salvar á los pecadores. ¡Qué palabras de tanto consuelo! El Hijo de Dios vino á la tierra, no como un juez á tomar venganza de las maldades de los hombres como vendrá el último día; no

como un conquistador poderoso á subyugar á todos los pueblos á su imperio; no para librar á los judíos del yugo y dominacion de las demas naciones; sino para librar á todos los hombres del poder del demonio y de la condenacion eterna; para salvar á los pecadores. Por esto bajó de los cielos. Esta es la obra que bajó á obrar en medio de la tierra, de modo que jamás podremos ver la imájen de Jesús ó pronunciar su nombre sin recordar sus grandes misericordias, sin alentar nuestra esperanza, sin que se disminuya nuestra inquietud y temor de perdernos conociendo su voluntad de salvarnos á todos. No veremos la imájen de Jesús ó pronunciaremos su nombre sin que recordemos al infierno veneido, á los demonios esclavizados y sujetos, el cielo abierto y las gracias concedidas con abundancia. Pero Jesús, este Señor que tanto nos ama y dió su vida por nosotros nos dice que no basta que haya abierto el cielo si nosotros no nos esforzamos á entrar en él. Que el cuidado de la salvacion es el negocio de mas importancia del hombre. Que no se salvarán los que dicen: Señor, Señor, sino los que cumplan la voluntad de su Eterno Padre. Que son muchos los llamados y muy pocos los escogidos y es preciso estar siempre en vela, siempre armados y dispuestos porque seremos llamados en la hora que menos lo pensemos. Nos dice que es preciso hacerse violencia para entrar en el cielo, que tenemos que tomar nuestra cruz y seguir en pos de él, que esta vida es la vida de trabajos, de miserias y peleas, que solo serán coronados los que triunfen, que es preciso seguirle ó imitarle porque no hay otro camino para el cielo que el que llevó Jesucristo.

Jesucristo sufrió, padeció, oró, ayunó, fué el ejemplar del celo y de todas las virtudes; y para satisfacer por los pecados ajenos que tomó á su cargo tuvo que sufrir las burlas, las irrisiones, los desprecios, la muerte mas cruel en el patíbulo de la cruz, y así convino para que entrase glorioso en el reino de Dios. Luego es preciso para que esperemos debidamente salvarnos y que no esperemos temerariamente en Dios, que esperemos en su bondad y misericordia, sí, pero que á imitacion de Jesucristo entremos por el camino angosto de la mortificacion y penitencia, que llevemos nuestra cruz, que seamos crucificados con Jesucristo y sepultados con él para ser glorificados, que seamos virtuosos, sumisos, dóciles, fieles observadores de su divina ley; que no seamos del mundo, que vivamos en guerra con los enemigos de nuestra alma; que trabajemos y pongamos los medios procurando tener siempre ceñidos los lomos y las lámparas encendidas para entrar en las bodas del Esposo del cielo á cualquiera hora que viniere, estar vestidos con la vestidura nupcial porque si nos halla sin ella de nada nos servirá estar entre los convidados, mandará á sus ministros que atándonos de pies y manos nos arrojen al lugar de las tinieblas y tormentos. Ved como contemplando al Santísimo Cristo de la Esperanza, su doctrina, su vida, su pasion y su muerte aprenderemos como debe ser nuestra esperanza para que sea sólida y verdadera y evitemos el desórden en que incurrimos confiando demasiado en Dios en las cosas pertenecientes al alma. Aprenderemos tambien cuál debe ser nuestra esperanza y evitaremos ese defecto tan común con que confiamos tan poco en Dios cuando se trata de los intereses terrenos.

El Señor es el dispensador de todos los bienes, no solamente de la gracia sino tambien de la naturaleza. Todo ha de pasar por sus manos si ha de llegar á las nuestras, y ni el que planta ni el que riega hace cosa alguna si Dios no dá el incremento. Sin embargo los bienes de este mundo, el buen éxito de los negocios que emprendemos, se procuran, se solicitan, se buscan, pero no se solicitan de la mano de Dios, no se espera conseguirlos confiadamente de Dios, se llama una necedad y fanatismo el acudir á Dios y esperar que los conceda, de modo que podemos decir que muchos cristianos no tienen mas fé que los idólatras, ni reconocen en su Dios otra cosa que un ídolo que no vé, ni oye, ni siente, puesto que ni recurren á él, ni esperan en él en sus necesidades. Encomiendan sus esperanzas á la tierra de la que aguardan abundancia de frutos. Confían en su salud, en su habilidad, en su fortuna, en su comercio, en sus protectores y amigos y cuando nada dejan por hacer para conseguir sus deseos, ni han pensado en Dios, ni se han acordado de Dios, ni han pedido á Dios ni á sus santos, ni tienen confianza alguna en que Dios los socorra. Dios, dicen, no hace milagros por nosotros, y los que menos piensan en él, los que mas le ofenden y ultrajan suelen ser comunmente los mas afortunados y los que salen mejor en sus empresas.

No es milagro, hermanos míos, el que Dios nos socorra con oportunidad; es una ley ordinaria de su providencia. Tiene empeñada su palabra y siempre que pidamos nos oirá si pedimos como es debido, y si por nuestra parte ponemos los medios conducentes para conseguir lo que pedimos. Si

alguna vez parece que nos desampara, y no nos oye, ni nos sirve, ó es porque pedimos mal, ó es tal vez para que pidamos con perseverancia y viéndonos pedir con fé nos dé mucho mas de lo que pedimos. El justo que espera en Dios y acude á él en sus necesidades jamás se verá desamparado, y si los que ofenden y se burlan del Señor gozan de la abundancia, si los pecadores prosperan, dejemos que obre la divina justicia que sabe dar á cada uno lo que merece, resignémonos con la suerte que el Señor nos conceda, y antes que en los hombres, en la fortuna, en la riqueza, en la salud, en la industria y en nada de este mundo esperemos en él y acudamos á él para conseguir los bienes terrenos que necesitamos.

¡Quisiera el cielo que el desorden de las esperanzas de los hombres se limitase á confiar en los medios humanos solamente y no contar ni confiar en Dios! Los miserables ponen sus esperanzas en el pecado enemigo de Dios y de su alma, para granjearse los bienes de la tierra, y como nuestro padre Adán confían en las promesas de la astuta serpiente mas bien que en nuestro Dios rico para todos los que le invocan. Nada vemos con mas frecuencia que cristianos que pretenden mejorar la suerte y estado de su vida, no solo sin Dios, sino con desprecio y á costa de ofensas de Dios.

Tales son los vendedores que con falsedades y mentiras y tal vez con repetidos juramentos falsos piensan en caminar mejor sus intereses. Los litigantes que inducen á otros á jurar en su favor contra toda verdad y justicia. Los que alsean ó ocultan escrituras por los regalos que reciben. Los

sensuales que se valen de este infame vicio para adquirir dinero. Los amos codiciosos que hacen trabajar á sus criados en los dias de fiesta. Los padres necios que obligan á sus hijos á tomar estado contra su inclinacion por la mira de los intereses. Los jóvenes que por casarse no temen las correspondencias y amistades peligrosas. Todos estos y otros muchos ponen sus esperanzas en la culpa, sin querer conocer los infelices que poniéndola en el pecado, la ponen en la mentira. *Posuimus medatium spem nostram* (1). Y que no solamente se engañan sino que tambien se perjudican. Viene á sucederles al fin, lo que decia el profeta Isaias (2). *Expectavimus lucem, et ecce tenebras*. En vez de las luces abundantes falsamente esperadas quedan sus casas llenas de tinieblas, de trabajos y de tribulaciones. La hacienda se disipa y destruye sin saber como: los pleitos se pierden: los engaños y ocultaciones se descubren: los hijos no se casan y todo viene á tener un resultado contrario á lo que esperaban. O no se consigue lo que se pretendia por medios malos é injustos, ó si se consigue ni dura ni se logra. La cabeza de oro de la impía prosperidad que soñaron acabará en pies de barro. El tabernáculo de los pecadores no subsistirá. Su elevacion se acabará á un volver de cabeza. No espereis jamás en la iniquidad, dice el real profeta.

Cristianos hay tambien que sin acordarse de recurrir á Dios en sus aflicciones, enfermedades y trabajos se esfuer-

(1) Isai. cap. 28. v. 45.

(2) Isai. cap. 59. v. 9.

zan en buscar todos los medios humanos y aun se valen de supersticiones y medios ilícitos, de echicerias, ensalmos y otros sujeridos por el diablo. Si es maldito el hombre que confia en el hombre y aparta su corazon del Señor, como dice el profeta Jeremias (1). ¿Cuánto mas lo será el que se aparta de Dios por poner sus esperanzas en el demonio? Hijo, dice el eclesiástico (2), en tu enfermedad no te desprecies á tí mismo, ora á Dios y el te curará.

Busquemos y recurramos á Dios antes de todo y él nos socorrerá. Tal debe ser nuestra esperanza y así nos lo enseña ese divino Jesus. No se olvida de los pájaros ni de las flores del campo, él cuida de nosotros; él sabe lo que necesitamos y lo que nos conviene y no quiere que seamos demasiado solícitos y ansiosos por lo que hemos de comer, de beber y de vestir, sino que poniendo los medios convenientes nos entreguemos confiadamente á su providencia. Ese divino Jesus supo alimentar milagrosamente á los que le siguieron al desierto, y él mismo nos repitió que busquemos primero el reino de Dios y su gloria y que Dios nos dará todo lo demas por añadidura. El mismo, enseñándonos á orar, quiso que nos contentásemos con pedir el pan de cada dia, lo necesario para nuestras necesidades corporales despues de haber pedido los bienes necesarios para el alma.

(1) Cap. 47, v. 5.

(2) Cap. 38, v. 8.

Ese divino Señor es rico para todos los que le invocan. Evitemos pues el desórden de no recurrir ni confiar bastante en Dios cuando se trata de nuestros intereses y bienes terrenos. Desengañémonos de la vanidad y locura de nuestras esperanzas y de nuestros esfuerzos sino son ayudados y favorecidos de Dios, y no nos olvidemos de asegurar nuestras esperanzas con nuestras buenas obras cuando se trata de nuestra salvacion.

No esperar los bienes espirituales temerariamente y sin hacer cuanto esté de nuestra parte; y poner los medios conducentes para conseguir los bienes terrenos pidiéndolos antes á Dios, esperándolos con fiadamento de Dios, resignándonos en lo que Dios nos dé, sin valernos de medios ilícitos por mas que ganásemos con ellos todo el oro del mundo. Ved como y cuál debe ser nuestra esperanza, y como será conforme con la que Jesucristo nos manda y nos enseña.

Asi sereis verdaderos devotos del Santísimo Cristo de la esperanza. Asi le serán gratos y aceptables vuestros cultos. Los enemigos de nuestra alma no tendrán que decirnos que nada tenemos que esperar de la bondad de nuestro Jesus. Recurriremos á él en el tiempo de la afliccion y nos oirá, nos socorrerá, nos sacará de los peligros y se complacerá en que salgamos gloriosos y triunfantes. Rico y poderoso para favorecernos nos dará sus auxilios para que le sigamos por el camino de la cruz, bendecirá nuestras empresas y nuestras labores; será, como lo habeis experimentado hasta aqui, nuestro protector, nuestro consuelo, nuestro refugio; tomará á su cuidado nuestros

intereses y los mirará como bienes de sus hijos. No le pediremos pan y nos alargará piedras. Esperemos debidamente en él y no seremos confundidos. Nos reconocerá por suyos y amparándonos con su gracia nos dará despues por herencia su gloria. Amen.

F L. G.

SERMON

DEL SANTISIMO CRISTO DEL AMPARO.

Siendo Jesucristo nuestra santidad, es tambien nuestro amparo contra nuestros enemigos interiores y exteriores.

Dominare in medio inimicorum tuorum. Dominad en medio de tus enemigos. Ps. 109. v. 2.

Os saludamos como á Bienhechor universal de los hombres, *Santísimo Cristo del Amparo*. Os saludamos como al

Dios grande, fuerte y omnipotente: y os amamos, os adoramos, os bendecimos y glorificamos; porque Vos solo sois digno de nuestro amor, de nuestras adoraciones, de nuestras bendiciones y alabanzas. Sois para nosotros un manantial fecundo de misericordia que continuamente corre, y jamás se seca: un inmenso piélago de gracias de donde salen sin cesar ríos de ellas para regar el universo: el divino propiciatorio en donde todos los pecadores reciben la remisión de los pecados: el tesoro de riquezas inmensas en donde es permitido á cualquiera el tomar lo que desea. Sois el arca de Noé fuera de la que nadie puede salvarse: el templo del Señor lleno de gloria en que todos pueden adorar á la divinidad: el paraíso en donde habitan las almas puras y gozan de placeres inefables: el cielo abierto para los que quieran entrar en él por los caminos de vuestra ley santa. Sois el libro de la vida en donde están escritos todos los predestinados: la escuela santa en donde se aprende la ciencia de la salvación: el carro de fuego en que, como á Elías, trasportais al cielo á todos los que se unen á Vos despojándose de la capa de sus terrenas afecciones: un sol de gloria cuya luz nunca se eclipsa, y una fuente de agua viva siempre franca para los que quieran beber de ella y saciarse hasta llegar á la vida eterna. Sois en fin, el centro de todos los corazones; el principio y modelo de todas las virtudes y perfecciones cristianas; el Rey de los reyes, y el Señor de los que dominan.

Así, Señor, lo confesamos, publicamos y decimos á voz en grito los habitantes de este pueblo de N. felices y dichosos en teneros por nuestro Dios; por nuestra esperan-

za y consuelo; por nuestro asilo y reposo; por nuestra alegría, por nuestra felicidad, por nuestra gloria. ¿Qué otra cosa indica el solemne aparato con que en este día os tributamos los presentes cultos? ¿No veis como todas estas gentes vienen á rendiros homenaje, á adoraros, á bendeciros, y á glorificaros, como á su Dios y Señor omnipotente? Pues prestad vuestros oídos á nuestras súplicas, escuchad nuestras plegarias, dominad en medio de vuestros enemigos. *Dominare in medio inimicorum tuorum.*

¿Son estos vuestros sentimientos, amables oyentes? ¿No queréis ser súbditos fieles, é hijos sumisos y respetuosos del Santísimo Cristo del Amparo? ¿No acudis todos en este día á este santo templo, para protestar solemnemente que amais, adorais, bendecís y glorificáis con las veras de vuestro corazón, al que por salvarnos, redimirnos y glorificarnos está pendiente del árbol de la cruz en que lo veis? Si es así, prestadme atención: porque para avivar vuestra fé, fortalecer vuestra esperanza y encender vuestra caridad me he propuesto probaros en este breve rato: «que
» siendo ese Santísimo Cristo nuestra santidad, es tam-
» bien nuestro amparo contra los enemigos de nuestras almas.»

Soberano Señor de todos los corazones: gobernad, arreglad y conducid el mio para que inflamado con vuestra gracia me haga hablar dignamente de Vos, y consiga que todos os amen, adoren, bendigan, y glorifiquen, como sois amado, adorado y glorificado en el cielo. Os lo pedimos todos por medio de vuestra Madre

y Señora nuestra María Santísimo á quien tierna y devotamente saludamos diciéndola con el ángel.

AVE MARIA.

Dominare in medio inimicorum tuorum.

Siempre esté pronto este Santísimo Cristo á recibirnos bajo su proteccion, á socorrernos en nuestras necesidades, á colmarnos de favores y beneficios. Si los hombres nos alijen, EL nos consuela: si nos abandonan, EL nos alivia: si nos repelen, EL nos abraza. Nuestros padres en sus fervorosos actos de fe, de esperanza y caridad determinaron adorar, bendecir y glorificar á este hijo del Altísimo bajo la advocacion del *Santísimo Cristo del Amparo*, y este divino Redentor de nuestras almas ha demostrado con su bondad inmensa que acepta un título tan propio y adecuado para significar el amor que nos tiene, y la misericordia infinita con que nos mira. EL siendo nuestra santidad nos ampara contra la corrupcion de los hijos de este siglo, y nos pone á cubierto de nosotros mismos. Nos inspira el menosprecio del mundo, cuando nuestras pasiones nos inclinan á estimarlo: nos lleva á la mortificacion, cuando se

nos representan con viveza los alicientes del deleite: nos anima á seguirlo por los caminos de la cruz, cuando nos queremos empeñar en frecuentar los del vicio: nos llama cuando nos estraviamos, y es tan universal su amparo que ni aun imaginarse puede un solo caso en que no se ofrezca á protegernos, á auxiliarnos, á socorrernos y hacernos triunfar de nuestros interiores y exteriores enemigos. En su piedad y misericordia hallamos con que reparar todas nuestras pérdidas. Lo que hemos perdido con nuestro orgullo lo reparamos con su humildad: lo que por nuestra rebelion, con su obediencia: lo que por nuestra pereza, con su fervor: lo que por todos nuestros vicios, con todas sus virtudes. Su caridad inmensa es el rico suplemento de todos nuestros defectos. Ama á Dios por nosotros; y por nosotros lo honra, le dá gracias y lo satisface. Vela por nuestra salvacion cuando nosotros dormimos; trabaja por nuestra salud cuando descansamos; se aplica á nuestros negocios cuando los dejamos abandonados. Es benigno y fiel amigo de sus hijos, y si le piden con rectitud de corazon la gracia y la santidad, los hace humildes, sencillos, pacientes, obedientes, diligentes y desasidos de todas las cosas sensibles y terrenas. Ablanda la dureza y obstinacion de los pecadores que lo invocan; detiene los ímpetus de las pasiones, arregla los afectos, comunica su pureza y rectitud, imprime en los corazones sentimientos de piedad y religion, y hace lo que todos nosotros esperamos en estos momentos.

Porque ¿No es cierto que aunque somos tan terrenos y carnales, tan disipados y mundanos, tan díscolos y perber

sos, quisiéramos ser ahora santos y perfectos para unirnos á ese Santísimo Cristo del Amparo cuya bondad consuela infinitamente á todos los que recurren á su caridad inmensa? ¡Cuánto diéramos por tener ahora las virtudes que hacen el adorno de las almas! ¡Cómo nos encanta la dulzura de ese Dios crucificado por merecernos la gracia, la virtud y la gloria! Vuestros, Dios de nuestros padres, vuestros queremos ser. Somos pecadores; pero dominad en medio de vuestros enemigos. Estamos cercados de vicios y pasiones, de delitos y crímenes horrorosos; pero dominad en medio de todo: triunfad con vuestro poder; erijid trofeos sobre las ruinas que han ocasionado nuestros pecados: reinarad en nuestro corazon, en nuestro entendimiento, en nuestra memoria, en nuestros apetitos y sentidos, y dissipad los designios de nuestros enemigos, aniquilad los esfuerzos de nuestros adversarios, arrojad de nosotros mismos á los tiranos que nos oprimen, y ocupadnos con vuestra gracia, con vuestro amor, con vuestra misericordia infinita. Sea siempre nuestro consuelo, nuestra esperanza y nuestra gloria el Santísimo Cristo del Amparo, y dominad, Señor, dominad en medio de vuestros mismos enemigos: *Dominare in medio inimicorum tuorum*. Estos son, amables oyentes, los sentimientos de todos los que nos hallamos en esta santa iglesia. Yo creo que no hay uno en ella, que no quiera y desee vivir bajo la proteccion y amparo de este Santísimo Cristo. Pero estos sentimientos, esta buena voluntad, estos deseos tan cristianos, y esta devocion tan fervorosa ¿de donde nos vienen? ¿Quién nos las inspira? ¿Quién las ha infundido en nuestros corazones? Ah! El

amor con que ahora miramos á nuestro *Santísimo Cristo del Amparo*, es una *pía moción del Espíritu-Santo*, y no puede venirnos mas que del tróno de la divinidad; de la fuente de la gracia; del manantial de todo bien, de nuestro Redentor amable que colocado sobre aquel madero de la cruz atrae hácia sí todas las cosas como él mismo lo dice (1).

Demos pues gracias incesantes á nuestro Bienhechor universal; que se digna ilustrarnos para que conozcamos su virtud omnipotente en medio de nuestra depravación, y pidámosle humildemente que nos enseñe á amarlo, á servirlo, agradarlo; y á cumplir con su santísima voluntad observando su ley santa. Supliquémosle que nos ilustre para que amemos la cruz, la mortificación y penitencia: que nos haga concebir un justo horror y menosprecio de la vanagloria, de los placeres y de las riquezas del siglo presente, y formar un concepto justo y cabal de los bienes del siglo futuro; para que no deseando mas que la virtud nos regocijemos en las buenas obras, pongámos en él toda nuestra confianza, y percibámos las dulzuras de la caridad siempre que digamos: *dominad, Señor, dominad en medio de tus enemigos: en nuestros corazones; aunque estén cercados de vicios, pasiones é iniquidades tan opuestas y contrarias á vuestra santidad: Dominare in medio inimicorum tuorum*. Venced nuestra pertinacia, triunfad de estos hijos

(1) Joan. c. 12. v. 22.

ingratos, de estos amigos desleales, de estos pecadores que quieren ser vencidos por Vos, abrasados por vuestro amor, y colocados por vuestra mano poderosa en el templo de la verdad en que se ven clara y distintamente la vanidad de las cosas de la tierra, la excelencia de las del cielo, la fealdad del pecado, las bellezas de la virtud, y los horrores y miserias que afligen á los justos para su mayor justificacion, y atormentan á los mundanos para su mayor suplicio. Haced Dios mío, que continuémos pensando del *Santisimo Cristo del Amparo* lo que ahora pensamos, y no permitais que se estravié el fervor con que os tributamos estos cultos.

¡Qué gozo tan inefable se percibe en la casa del Señor! ¡Qué consuelos derrama el Padre de las misericordias y el Dios de toda consolacion sobre los que lo adoran, alaban, bendicen y glorifican! ¡Qué bien se halla una persona fiel y piadosa al lado de este Santísimo Cristo! Este es para siempre el lugar de mi reposo, dice el real profeta: *habitaré aquí, porque he escogido este sitio de delicias, de gozos y de consuelos celestiales. Hæc requies mea in sæculum sæculi; hæc habitabo quoniam elegi eam.* Si alguno quiere encontrarme, búsqueme en el Santísimo Cristo del Amparo; al lado del que siendo el Pastor que me dirige, el médico que me sana, el Maestro que me enseña, el Padre que me ama, el Sol que me alumbra y la Fuente inagotable de gracias, es tambien mi amparo, en todas mis necesidades. Así, amados míos, parece que se esplican nuestros corazones en estos momentos de religioso entusiasmo, de ardoroso afecto hácia nuestro Santísimo Cristo.

Nos trae hácia sí con una fuerza tan dulce, suave y deleitable, que si en este instante nos dijese. «Renegad de vuestro Cristo, ó morir al filo de la espada... todos diriamos: Morir, morir mil veces antes que dejar al Dios que nos protege y ampara. Morir antes que abandonar la fé de nuestros padres; antes que saltar á nuestra conciencia que nos dicta deber morir por nuestro Dios, antes que permitir que se ultraje á nuestro Rey celestial que nos ama, aun cuando le ofendemos, que nos llama aun cuando huimos de él; que nos ofrece su proteccion, aun cuando menos la merecemos; que nos ampara en todas nuestras necesidades, aunque seamos pecadores, injustos, criminales y protervos. Morir por el Santísimo Cristo del Amparo, es repudiar al mundo, al demonio y á la carne; es sentar plaza en las banderas de la virtud; es conseguir la gloria eterna. Venga pues la muerte, llegue el acero á cortar el hilo de nuestra vida; en vuestras manos, Santísimo Cristo, encomiendo mi espíritu..... Si ahora estamos dispuestos á esplicarnos de este modo y en este momento, no solo no sentiriamos, sino que tendriamos un placer en morir por nuestro Santísimo Cristo del Amparo: ¿cómo es, que al echar la vista á esa Sodoma impura del siglo nos aficionamos á sus disoluciones; formamos corro con los disolutos; nos dejamos arrastrar de los profetas de Baal y falsos doctores de la ciencia carnal y terrena anatematizada por un santo apóstol y somos lo que somos? Aquí tan devotos y fuera tan destemplados, descompuestos y criminales! ¡En este santo templo á la vista de este Santísimo Cristo tan decididos á morir por él: y en los conventículos de los peca-

dores y reuniones con los impíos, tan irreligiosos, tan malvados, tan viciosos y tan enemigos de la cruz! ¿Quién podrá explicarnos tan marcada contradicción? ¿Quién de nosotros se entiende á sí mismo?

Venid, llegad á la fuente de la sabiduría y en ella beberéis la ciencia de los santos. Escuchad al Santísimo Cristo del Amparo que desde la cátedra de la cruz dice á los hombres todos: «Yo soy, el que soy: *Ego sum qui sum*. En mí está la grandeza, el poder y la virtud: yo soy la sabiduría, la misericordia, la justicia, la bondad y la perfección. Vosotros sois la *Nada*, la necedad, la malicia, la miseria, la iniquidad, la perfidia, la inconsecuencia, la contradicción y el conjunto de todos los males. Sin mí, nada podéis hacer. *Sine me nihil potestis facere*.

Ya lo entendemos todo, Santísimo Cristo del Amparo: ya con vuestras luces comprendemos, que con Vos somos virtuosos, devotos, morigerados, pacíficos, fieles y caritativos y sin vuestra asistencia, pérfidos, carnales y terrenos, como los que viven sin Dios, sin religion y sin virtud. Vos nos decís por un profeta. «Sal del polvo, levántate, rompe las cadenas de tu cuello, hija de Sion cautiva tiempo há: porque si has sido vendida, también serás redimida sin que te cueste cosa alguna (1).» Nosotros, divino Señor, nos damos por entendidos y os decimos: que queremos, deseamos y os pedimos, que seáis siempre nuestro Dios, y que N. sea vuestro pueblo: que no consentiremos mas cadenas que

(1) Isai, c. 32. v. 2.

los suaves, dulces y agradables de vuestro amor: que recelosos, tímidos y desconfiados de nuestros propósitos recurrimos á vuestra piedad para que nos ampareis en las necesidades que producen nuestros pecados y domineis en medio de vuestros mismos enemigos. *Dominare in medio inimicorum tuorum.* Así, seremos hijos favorecidos del Santísimo Cristo del Amparo; él nos concederá la gracia de conversión y penitencia para que seamos virtuosos en esta vida y eternamente felices en la gloria que á todos deseo: Amen.

A. M.

SERMON.

DE LOS DOLORES GOZOSOS DE JESÚS.

Jesucristo supo convertir en gozo y alegría sus dolores y lamentos; y nosotros hallaremos el alivio y consuelo de nuestras aflicciones y trabajos buscándole en Jesucristo.

Secundum multitudinem dolorum in corde meo delectationes tuæ lætificaverunt animam meam. Según la multitud de los dolores que penetraron mi corazón, otras tantas fueron las delectaciones que por ellos alegraron mi alma. Salmo. 93 v. 19.

Los hombres mundanos y que se niegan a conducirse según las luces de la fé miran como una desgracia y un mal irremediable y sin consuelo los trabajos, las enfermedades

y miserias de esta vida y en su desesperacion vomita su lengua inicua impiedades é insolencias; manchan sus manos infames con la sangre de la vida, del huérfano y del extranjero, tiranizan y atropellan al justo, y se atreven á decir que nada verá el Señor, ni se cuidará de sus obras ni de castigar sus excesos. Las aflicciones parece que los dan un derecho para ser maldicientes y blasfemos al paso que no hallan en su corazon ni fortaleza, ni consuelo, ni esperanza. ¡Dichoso, Dios mio, aquel á quien Vos instruís en la ciencia de vuestra ley! ¡Dichoso el que toma por su modelo á Jesus crucificado! En el tiempo de su afliccion mitigará sus penas y se consolará con saber que el Señor no abandona jamás, y que está siempre dispuesto á asistir los suyos.

¡Bendito seais divino Jesus Salvador y dueño de nuestras almas! Nos amasteis y no quedasteis satisfecho con darnos vuestros saludables preceptos y vuestra santa ley llena de dulzura y de consuelos para todos los estados y circunstancias en que podamos hallarnos en esta vida tan abundante de miserias, sino que quisisteis padecer innumerables tormentos y una muerte llena de infamia y de dolores para ser nuestro modelo y ejemplar.

Contemplad, amados míos, á Jesus crucificado como nos le representa esa milagrosa imágen y aprendereis, no á ser pacientes, sufridos, á no desplegar vuestros labios, á ofrecer á Dios vuestros trabajos, á resignaros en la divina voluntad, quiero mas. Hoy celebramos los dolores gozosos de Jesus, y es preciso que aprendamos á gloriarnos en las tribulaciones, á gozarnos y alegrarnos en las desgracias,

ó por lo menos á buscar el oportuno consuelo en nuestras penas. Jesucristo supo convertir en gozo y alegría sus tormentos y dolores, y nosotros hallaremos el consuelo y alivio de nuestras aflicciones y trabajos buscándole en Jesucristo.

Ved lo que he resuelto manifestaros en este dia deseoso de fomentar vuestra devocion á ese divino Señor, y de que tomeis y tomemos todos de su ejemplo lecciones de sumo interés y de una imponderable importancia, lecciones que solo se pueden dar y aprender en la escuela de Jesus. Ayudadme á pedirle que nos favorezca con su gracia por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Secundum multitudinem dolorum....

El amor es fuerte como la muerte y todo lo dará el hombre, todo lo sufrirá y llevará con gusto en cambio de su amor. Si le dieran los mayores tesoros y riquezas los despreciaría, y si le es preciso sufrir los mayores tormentos se gloriará en padecerlos. Entremos en el corazon de Jesus en el tiempo de su cruelísima pasion. No nos horrorice la alevo-

sin de un discípulo traidor, la inhumanidad de los soldados que le prenden como á un ladrón y malhechor, y le llevan de tribunal en tribunal; ni lo escandalosa gritería de las turbas que le mofan y piden su muerte. No nos detengamos á mirar su cuerpo desnudo, lleno de heridas y descomulgado; su cabeza taladrada de espigas y su rostro desfigurado y desconocido, ni á oír los golpes del martillo que aprieta los clavos que le atan á la cruz, ni los baldones con que le improperan sus enemigos y verdugos. Entremos repito en el corazón de Jesus, registremos los afectos y sentimientos de su alma y hallaremos, que ama á los hombres, que bajó del cielo á la tierra por su amor, que nada desea tanto como redimirlos y salvarlos, y este amor y deseo le hacen gustosos y amables los tormentos: hallaremos que cuanto mas y mayores son los dolores que afligen á su corazón, tanto mayores son las consolaciones que llenan de alegría á su alma. *Secundum multitudinem dolorum in corde meo, consolationes tuæ latificaverunt animam meam.*

Su muerte y su pasión le alegró mas bien que le entristeció. En ella veía cumplidas las ansias de toda su vida y su corazón amante rebosaba de gozo al ver que el pecado, la muerte y el infierno quedaban destrozados y el hombre redimido. No convida á las hijas de Sion á que se contristen y lloren, sino á que le aplaudan y se regocijen con él, porque el día de su pasión y su muerte es el día de la alegría de su corazón, el día de sus desposorios y del mayor gozo de su alma. Salid, dice, á verme, y aplaudirme en este día de triunfo, en este día en que corona-

do de espinas siento la mayor alegría y complacencia.

De leones de ángeles hubiera podido disponer y le hubieran libertado del poder y sacado de las manos de sus enemigos. Su palabra sola bastó para criar los cielos y la tierra, y basta para volverlo todo á la nada de donde salió, y consigo su poder se podía vengar de todos sus verdugos y perseguidores; pero tenia que cumplir la voluntad de su Padre y beber el cáliz que habia recibido de sus manos; habia tomado á su cargo satisfacer al Eterno Padre por los hombres y este deseo, este amor, esta voluntad de salvarlos le detiene y le hace sufrir con gusto cuanto inventa la malignidad de los mas fieros y crueles verdugos. Ha aceptado la muerte por su propia voluntad y el precepto de morir es una ley que él mismo ha querido imponerse: No, no padece angustia ni desconsuelo alguño por sus penas. Sitio, nos dice desde la cruz. Tengo sed de mas tormentos, deseo mas ultrajes y dolores, mas penas y aflicciones si son necesarias mas para que el hombre se salve, y en medio de los mas vivos y crueles dolores, cuando los tormentos no le han dejado parte sana en todo su cuerpo, cuando está próximo á espirar porque la pérdida de la sangre y de las fuerzas le tiene sin aliento, dice lleno de gozo y complacencia: *consummatum est*. Todo está concluido. Cuanto han anunciado los profetas, cuanto ha decretado la divina justicia para remediar al hombre perdido por la culpa, la obra grande de la reconciliacion de Dios con el hombre que tome á mi cargo, todo está concluido, y muere el divino Jesus con el placer de haber redimido al hombre, de haber dado su vida por él, de haberle amado hasta el fin,

y de haber cumplido y consumado la obra que le dió su Padre.

El amor de Jesus al hombre y el deseo de cumplir la voluntad de su Eterno Padre hizo que se convirtiesen en gozo y alegría sus dolores y tormentos y que cuanto mayores fuesen las crueldades y rigores con que le trataban sus enemigos fuesen mas dulces las consolaciones de su alma. *Secundum multitudinem dolorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.*

¿De qué medio nos valdremos los hombres para en dulzar los trabajos y molestias que tan de continuo nos alligen en esta vida llena de miserias, para hallar algun alivio y consuelo en tantos males de que no podemos libertarnos sea la que fuere nuestra condicion y fortuna? ¿Y lo preguntaremos ya despues del ejemplo que nos dá Jesus? ¿Y dudaremos que amando á Jesus y cumpliendo la voluntad de Dios hallaremos no solamente consuelo sino hasta gozo y alegría en padecer? En vano buscaremos la distraccion de nuestras aflicciones entre los hombres, y aun entre nuestros amigos: la esperiencia nos demuestra que cada uno cuida solamente de sí y sus placeres é intereses, y le importa muy poco el que padezcan los demas. Los amigos no toman tanta parte en los trabajos de sus amigos como ordinariamente se cree. ¿Qué partido, pues, tomaremos en nuestras aflicciones para alcanzar algun alivio, alguna consolacion á nuestro dolor? En lo mas retirado del templo ó en lo mas oculto de nuestras casas quedémonos solos de tiempo en tiempo, no para imitar á las personas melancólicas y sombrías que en sus aflicciones buscan la soledad para

entregarse á reflexiones estériles y tristes; soledad de que salen con el espíritu mas perturbado y con el corazon mas herido: solo busquemos la soledad para hallar en ella consolacion y fuerza. En ellas postrados delante de la imágen de Jesus crucificado y solos con nuestro Diós clavado en una cruz reflexionaremos, nos instruiremos, aprenderemos á sufrir con paciencia, con resignacion y con la constancia de un alma verdaderamente cristiana. Cada uno podremos decirnos á nosotros mismos aquí estoy en una completa soledad: todo cuanto me cerca es sosiego. Mi puerta está cerrada por algun tiempo á todos los amigos, á todos los negocios, á todas las visitas, nada puede distraerme: escucharé en paz lo que me dice Jesus crucificado y la gracia que habla por él. ¿Qué es lo que halló en la cruz? ¿Quién es el que está clavado en ella? Es el mas despreciado de todos los soberanos, el mas desconocido de todos los padres, el mas desamparado de todos los amigos, el mas ultrajado de todos los esposos y el mas perseguido de todos los justos. Yo veo á un Dios hecho Hombre entregado á toda la maldad de los hombres, á todos los escesos de la envidia y la perfidia, á toda la violencia de la barbaridad, á todo el furor de los infiernos, y á toda la justicia del cielo. Contemplo su cabeza coronada de espinas; su semblante cárdeno y desfigurado de las bofetadas que ha recibido; su boca regada de hiel; sus manos y pies traspasados con los clavos; su cuerpo todo lleno de llagas y su costado santísimo abierto al impulso cruel de una lanza.

¿De qué podré quejarme en vista de esto? ¿Qué cosa hay entre mis tormentos, que sea comparable con los tor-

mentos de mi Dios? Si lo que Jesus padeció no hace pequeños mis trabajos, debe servir á lo menos para hacérmelos sufribles. Llevaré con paciencia cuantas calamidades tenga á bien enviarme y me gloriaré de tener alguna semejanza con él, de morir y vivir abatido y despreciado como él. En medio de estas reflexiones y de otros muchos afectos semejantes en que se inflammará nuestro corazon sentiremos renacer nuestro valor. Una unción suave y celestial dulcificará la amargura de todos nuestros males, y á pesar de la extrema repugnancia que tenemos á todo lo que es padecer sentiremos que nuestro corazon se alegra, y tanto, que nos sería muy sensible el no tener algo que sufrir. Esperimentaremos que la virtud de la cruz es tan poderosa que une en nuestra alma el mayor gozo y la mayor sensibilidad. Entonces ¡conocoremos como podian decir los santos que sentian un exceso de alegría en medio de sus tribulaciones. Repetidas veces hemos oido que por grande que sea la infelicidad y desgracia, nada vale para aquel que se compara con Jesucristo y que humillado en su presencia ora; medita y contempla sus tormentos; pero nosotros mismos podemos esperimentarlo y la experiencia propia nos enseñará esta verdad. Entonces: cuando mas padezcamos; cuando la mano de Dios sea mas pesada sobre nosotros diremos con toda la sinceridad de nuestra conviccion y de los afectos de nuestra alma. Yo soy feliz, Salvador mio, soy muy feliz en medio de los trabajos. Vos me rescatásteis con vuestra sangre y con vuestra cruz, y es un gozo muy singular para un alma así rescatada participar de la cruz de su Salvador. Ya que no pueda imitaros en las virtudes, tengo una grande

consolacion en poder imitaros en los tormentos: esto es lo que me los hace, no solamente soportables, sino aun amables y apetecibles, y así, Jesus mio, yo quiero padecerlos contemplando los vuestros, y para hacerlos mas meritorios, quiero unirlos á todo lo que padecisteis por mí en vuestra vida y en el monte Calvario. ¡Llagas sagradas de mi Salvador! Consentid que os bese; purificad mis labios de las quejas que os dieron cuando solo debian bendeciros porque permitiais mis allicciones y trabajos. ¡Corazon adorable de Jesus! Cuanto mas crezcan mis pesares, mas os uniré á mi pecho esperando que hureis participar á mi corazon de vuestra fortaleza y de la generosidad de vuestros sentimientos. Vos sois el refugio en mis adversidades y el asilo firme donde aprenderé á soportarlas. ¡O ornz de mi Dios! Vos sois mi salvacion ¿cómo dejaré de abrazaros con placer? Por mas que parezcáis áspera, insoportable y llena de horror y desesperacion á los ojos de la naturaleza y de la impiedad, yo confieso que sois amabilísima mirada con los ojos de la fé. Acaba y perfecciona á costa de mi salud, de mi reputacion, de mis bienes y de mi vida la grande obra de mi santificacion. Vos sois el milagro del omnipotente, el prodigio de su sabiduria y de sus misericordias; Vos sois mi esperanza, mi amparo, y mi gloria; quiero vivir y morir en vuestros brazos como víctima destinada para mi Dios. Purificadme Dios mio, con el fuego de las tribulaciones, para que pueda presentarse para mi alma y de un modo que sea digno de Vos.

Tal es el lenguaje del cristiano que en sus tribulaciones busca su consuelo y su fortaleza en Jesus, sin que mis im-

perfectas espresiones sean el efecto de una imaginacion acalorada ó de un entendimiento viciado con la educacion y con los libros. Probad y ved; y anunciad despues á los hombres lo que Jesus ha obrado en vosotros y jamás olvidareis sus justificaciones. Tales, pues, deben ser los afectos y sentimientos de los devotos de Jesus crucificado; de los que se complacen en honrar y venerar los dolores gozosos de Jesus. Lejos pues de todos vosotros el amor al regalo, á las comodidades, á los placeres y diversiones. Lejos de vosotros las inquietudes, las imprecaciones, los juramentos y la desesperacion en vuestros trabajos y adversidades. Jesucristo se gozó en los mayores tormentos porque los sufria por amor al hombre y por salvar y redimir al hombre, y los hombres todos, los devotos de Jesucristo con especialidad debemos gloriarnos en los trabajos que el Señor nos envia porque debemos sufrirlos por amor á Dios, por hacernos semejantes á Jesucristo, por crucificarnos con Jesucristo y por conseguir la gloria.

No recurramos en nuestras desgracias á los hombres que aumentarán nuestras penas y llenarán de amargura á nuestras almas: busquemos á Jesus crucificado; compáremos con él; indaguemos la causa de sus tormentos siendo justo, santo é inocente; y ya que todo lo sufrió por nuestro amor, pidámo-le que nos dé el que le amemos; que nos conceda aquel amor fuerte que todo lo sufre, que todo lo emprende y todo lo lleva con gusto y que nos haga olvidarlo y despreciarlo todo y suspirar por unirnos á él. En este dia de la festividad pidámo-le tambien que sea su nombre bendito y alabado por todas las generaciones, que

infiame los corazones de los fieles. para que conserven y perpetuen estos religiosos cultos; que nos conceda la salud, la paz en las familias y en todas las naciones cristianas; la fertilidad de nuestros campos y cuanto nos convenga para servirle tranquilamente en esta vida y despues gozarle en la eterna. Amen.

F. L. G.

SERMON

DEL SANTO CRISTO DEL SÉPULCRO.

La mira de un cristiano debe ser, el procurarse un fin dichoso.

Et erit sepulchrum ejus gloriosum. Y su sepulcro será glorioso. Isai. cap. 53. v. 10.

Nació Jesus en la pobreza y humildad, vivió en el retiro la mayor parte de su vida, durante su predicacion y vida pública se levantó contra él la envidia y la persecucion y murió en los tormentos clavado en una cruz. El profeta Isaias había dicho que su sepulcro seria glorioso y así sucedió efectivamente. ¿Qué? ¿sus discípulos erijeron algun monumento admirable para perpetuar la memoria de su

Maestro? ¿Se señaló como los de los antiguos patriarcas, ó como los de los potentados del Egipto? ¿Se estamparon en los mármoles y bronceos los hechos notables de sus conquistas ó la estensa relacion de sus condecoraciones? El tiempo consume todos estos esfuerzos de la fragilidad humana y parece con el sonido de su nombre la memoria de los hombres mas célebres, y si nos empeñamos entrar en sus sepulcros dorados hallaremos el polvo de que fueron formados; unos huesos áridos que no se distinguen de los de sus siervos, de los de los pobres é ignorantes que vivieron y murieron antes y despues que ellos. El sepulcro de Jesus es venerado hoy despues de diez y nueve siglos y nosotros le honramos y ofrecemos nuestros obsequios en esa milagrosa Imájen del Santísimo Cristo del Sepulcro. ¿Qué es pues lo que ha hecho glorioso y tan digno de nuestra memoria el sepulcro de Jesus? Es, que en su sepulcro empezó su gloria, se manifestó su poder y dignidad, se acabaron sus tormentos, se sepultó la muerte, fué vencido el demonio y se acabó la sentencia pronunciada contra el hombre por el pecado. En los sepulcros de los hombres se hunden y se acaban las dignidades, los honores, las riquezas y solo queda la fetidez y el horror de unos restos que se ocultan porque no den asco á los vivientes; pero el sepulcro de Jesus es el trono de su poder, es la cátedra desde donde ha de llamar á sí á todas las naciones, es la cuna de su religion; es la tierra donde se siembra el grano de trigo que ha de fructificar y estenderse por todo el mundo.

¿Y qué ha hecho Jesus para que sea tan célebre su sepulcro y para que á pesar de haber muerto pobre, infamado,

injurado y lleno de tormentos, reputado como un malhechor y el mas despreciable de los hombres, se repita y se vea su nombre despues de las ruinas de tantos reinos y de tantos imperios? Recorramos su vida y hallaremos que no le ha hecho glorioso su fortuna, sus conquistas, su imperio, sus riquezas; sino su santidad, su inocencia, y sus virtudes: *non dabis sanctum tuum videre corruptionem*. Que no se preparó un fin dichoso con la ciencia, con los discursos, con la proteccion, sino con una vida santa. El sepulcro glorioso de Jesucristo no puede menos de llevar nuestra consideracion á su vida, su pasion y su muerte, y considerando los medios por donde llegó á conseguir tanta gloria habremos de reconocer que la mira de un cristiano debe ser prepararse un fin dichoso á imitacion de Jesucristo.

A este objeto deseo encaminar mi discurso de modo que al paso que ceda en honra y alabanza de ese divino Señor; sirva para nuestra edificacion y para provecho de nuestras almas. Gloriosa Madre y Señora nuestra, rogad por nosotros pecadores, interponed vuestra poderosa intercesion para que consigamos la gracia que necesitamos. Os lo pedimos diciéndoos con el ángel.

AVE MARIA.

Et erit sepulcrum.....

¿De qué sirve una vida llena de placeres, de abundancia, de esplendidez, de cuanto pueda lisonjearnos, si al con-

cluir cuando menos piensa el hombre se halla como el rico del evangelio, sepultado en los infiernos? ¿Para quién serán las riquezas que congregó y de qué le servirán entonces todos los bienes de su fortuna? Cuando el hombre pudiese hacerse dueño de todo el mundo ¿de qué le serviría si perdía miserablemente su alma? Todo perecerá para el hombre y no le queda otra cosa en esta vida que el sepulcro, pero de su último momento depende su eterna felicidad ó desgracia. No es esta vida nuestro destino ni hemos sido criados para durar un corto tiempo sobre la tierra, y volver después á la nada y el polvo de donde salimos. La muerte es la entrada de una nueva vida. El cuerpo mortal y corruptible queda en el sepulcro hasta que vuelva á reunirse con el alma en el último día para ser participante de su gloria ó de sus tormentos; pero el alma tan luego como se separa del cuerpo recibe del juez de los vivos y los muertos la sentencia que merecen sus obras única cosa que la sigue y lleva consigo: *opera illorum sequuntur illos*. Este tiempo, pues, que el Señor nos concede es el tiempo del tránsito, el día para trabajar, el invierno para sembrar y todo nuestro afán debe ser llegar con felicidad á la muerte para que sea la entrada de una vida dichosa.

¿Será cuerdo y prudente ocuparnos en los placeres, en las diversiones y pasatiempos, en las enemistades, los odios, las usuras, las venganzas? ¿Será prudente afanarnos y ocupar todo nuestro corazón en procurar los bienes de la tierra y vivir como si hubiéramos de durar siempre en este mundo y nada tuviésemos que esperar después de la muerte? ¿Cuál debe ser el empleo de nuestra vida? El que Jesucristo

nos manda y nos enseña. Velar, orar, trabajar y atender sobre todo á procurarnos una muerte dichosa, atender á nuestra salvacion que este es el negocio de mas interés, el que nos es propio y nadie puede suplir por nosotros, el único necesario. La pobreza, las enfermedades, los trabajos, las persecuciones, nada debe aflijirnos ni asustarnos. Somos huéspedes y vamos de tránsito en este mundo, no tenemos aquí una ciudad permanente, estamos desterrados y vamos caminando para nuestra patria. Seria gran locura el que pleitease por un corto pedazo de tierra ó por una casa ruinosa aquel á quien se le convidase con la posesion de un reino entero. Pues ved como debemos mirar los bienes de la tierra conociendo la grandeza de la patria celestial á que somos llamados. Esas momentáneas y ligeras tribulaciones que padecemos en esta vida, producen en nosotros el peso eterno de una soberana é incomparable gloria, dice el apóstol, y no tienen proporcion alguna las penalidades que se sufren en esta vida, con la gloria que se nos manifestará algun dia. Guardar los mandamientos, nos dijo Jesucristo que es el medio seguro para conseguir la vida eterna: seguirle por el camino de la cruz, y para eso quiso ser nuestro Maestro, nuestro ejemplar y nuestra guia. Contemplemos á nuestro divino Salvador Jesus desde que nace en Belen hasta que fué depositado en un sepulcro prestado y hallaremos ejemplos de humildad y abatimiento, de modestia y mansedumbre, de sumision, obediencia y respeto, de amor á todos los hombres, de celo por la gloria de Dios, de resignación; de paciencia, de sufrimiento. El hnye de la prosperidad y las grandezas humanas; él apetece el retiro y

la soledad, renuncia hasta á su propia defensa y sufre sin desplegar sus labios como un cordero á quien llevan á degollar. El renuncia y nos manda renunciar á los placeres de la vida regalada; nos repite muchas veces que es estrecho el camino del cielo, que es angosta la puerta y que es necesario que nos hagamos violencia para entrar por ella, que es necesario que tengamos preparadas siempre nuestras almas y encendidas las lámparas de la caridad porque el Esposo vendrá á celebrar las bodas cuando menos lo pensemos y nos cerrará las puertas sino entramos con él, que el árbol que no tenga fruto será arrojado al fuego, que estaremos tristes y pasaremos una vida laboriosa y penitente mientras el mundo se alegrará, pero que así es preciso si queremos que nuestra tristeza se convierta en alegría y que se nos admita en la patria en que no se conoce el luto, la tristeza, el llanto, ni el dolor. El sigue toda su vida por el camino de los trabajos y la cruz y si queremos ser glorificados con Jesucristo es preciso que nos mortifiquemos, que padecemos, que nos sepultemos con Jesucristo.

La impiedad se rie de esta doctrina y no quiere reconocer mas vida que la presente ni mas gloria que la que se puede gozar en este mundo; se burla del justo y convida á los mundanos á que se regocijen, que coman y beban pasando de placer en placer coronándose de rosas antes que se marchiten. ¡Infelices! Perecerán en medio de su carrera; desde los sitios del placer serán trasladados al sepulcro y entonces conocerán su insensatez y se llenarán de desesperacion viendo á los justos, á aquellos á quienes tenían por fatuos y necios contados entre los hijos de Dios y que

su suerte es estar entre los santos. Jesus era blasfemado tambien, sus enemigos le improperaban y maldecian, pero sufrió sin responder ni contradecir; digo mal, habló, pero para pedir perdon por aquellos mismos que le crucificaban y ultrajaban. No se cuidó de su exaltacion y su gloria, no se procuró por los medios mundanos una celebridad para despues de su muerte, fué humilde y obediente hasta la muerte y por eso Dios le exaltó y ha hecho que su sepulcro sea glorioso y sus enemigos queden confundidos. Nada importa que el mundo llame locura á la virtud y crea que el fin de los humildes y virtuosos sea sin honra y que su memoria se sepultará con ellos; el Señor los premiará, el Señor hará justicia y los justos recibirán el premio de sus abatimientos y se alegrarán cuando vean la venganza. La muerte se acercará á todos porque ninguno está esento de pagar este tributo. ¿Qué harán entonces los malvados que han vivido persiguiendo al hombre de bien, despojándole de sus haciendas y de su reputacion, pasando sus dias en los placeres sin perdonarse para esto ningun género de iniquidad y de injusticia? ¿En dónde estarán entonces sus Dioses en los cuales tenian su confianza? ¿Sus amigos y compañeros de sus crímenes, su hermosura, su juventud, sus haciendas y demas recursos terrenos en que confiaban? Que se levanten entonces para socorrerlos y protegerlos en la necesidad á que se verán reducidos.

Bien sé que por lo comun ningun cristiano quiere morir mal, y que aunque pasa su vida en ofender á Dios y gozar, desenfrenadamente de los bienes y placeres de este mundo, confia y espera que al fin se convertirá, que invo-

cará á Dios y que Dios como misericordioso le oirá, le atipará y sacará libre de la tribulacion. Hermanos míos, no es posible llegar á un término dichoso por un camino torcido y opuesto. El árbol que en muchos años no ha producido fruto á pesar del cultivo y del riego del jardinero, no es fácil que le dé al tiempo de sentir el hacha que empieza á derribarle. No niego la misericordia infinita de Dios y que hasta el último suspiro puede el hombre volverse á él y Dios puede perdonarle. No entro á sondear sus juicios, ni á examinar si será su voluntad hacer con vosotros lo que ha hecho con el Buen-ladron y otros muchos: pero no dejaré de deciros lo que nos dice el mismo Dios en el libro de los proverbios: Os he llamado y habeis reusado oirme, he extendido mi mano y no ha habido quien se vuelva á mirarme; habeis despreciado todos mis consejos, y habeis hecho burla de todas mis amonestaciones y amenazas; tambien yo á la hora de vuestra muerte me reiré y burlaré de vosotros. Cuando venga sobre vosotros la calamidad y se os eché encima la muerte como un huracan, me llamareis y no os oiré, me buscareis y no me hallareis porque menospreciásteis mi doctrina, no vivisteis en el temor santo de vuestro Dios, no quisisteis tomar mis consejos y negásteis vuestra alma á toda correccion. Comereis el fruto de vuestra vida y quedareis abandonados á vuestros juicios de iniquidad. Si estas amenazas del Señor son terribles, son tambien demasiado ciertas y es lo que continuamente pasa delante de nuestra vista.

Atendamos pues á la doctrina y los ejemplos de nuestro divino Redentor Jesucristo y puesto que nuestra mira prin-

cial debe ser el procurarnos una muerte santa y dichosa, emprendamos una vida de justicia y santidad, una vida de mortificacion y penitencia, una vida no segun el espíritu del mundo sino segun el espíritu de Jesucristo. No seamos insensatos ni temerarios, no tenemos otro camino que el de la cruz, no hay otra ley que la del evangelio y es preciso conformarnos con ella y vivir segun ella. El que no cumpla la voluntad del Padre Celestial no entrará en el reino de los cielos; el árbol que no dé fruto será arrojado al fuego. Es preciso trabajar, pelear y vencer para conseguir una corona cierta y que Dios nos dará de justicia porque nos la ha prometido bajo su palabra y en virtud de los méritos de Jesucristo Señor nuestro. El que siembre poco, dice el apóstol, segará poco, y el que siembre en abundancia segará en abundancia. Los que siembrén con lágrimas, harán el haz con alegría; lloraban cuando derramaban sobre la tierra la semilla; pero despues se hallarán transportados de gusto conduciendo los hazes de espigas. Hay que sembrar en la vida para coger despues de la muerte: cuanto mas se trabaje en la sementera mas se cogerá despues y llegará la hora en que se tenga el placer de recibir una cosecha abundante. Las buenas obras es lo que debemos sembrar y cuantas mas hagamos será mas copiosa nuestra merced y mas grande nuestro premio. Estas harán que nuestro sepulcro sea glorioso; y la muerte que horroriza y espanta; que lleva consigo el hedor y corrupcion de los cuerpos y obliga aun á los mas amigos y allegados á separarse y volver su rostro, será preciosa y dulce para los que han vivido en la práctica de las obras buenas

y muerto en olor de santidad. Las gentes correrán á ver el cadáver, á acercarse á él sin miedo y sin horror, á besarle, á tomar alguna parte de sus ropas para reliquias, á asistir á su funeral y á publicar las virtudes que obró en secreto; las limosnas que ocultó en el seno de los pobres, las penitencias que hizo en su retiro. La virtud será mas ensalzada en el sepulcro que la grandeza y el poder como lo vemos y oímos de los muchos santos y justos en su muerte. Perecerán los deseos de los pecadores y la memoria del justo será eterna.

Asi quisisteis, divino Señor, honrar á vuestros siervos y os complaceis en que los honremos en su sepulcro asi como Vos fuisteis honrado de los varones José y Nicodemus que con tanta generosidad os ofrecieron su sepulcro y abundancia de aromas para ungidos. Concedednos una vida cristiana, abundante de obras buenas, y de todo género de virtudes, para que logremos una buena muerte y un sepulcro glorioso. Concedednos que honremos dignamente vuestra muerte y sepultura, y que ya que somos mas dichosos que vuestros discípulos José y Nicodemus os recibamos sacramentado en la mesa del altar, os depositemos en el sepulcro patente de nuestros pechos teniendo la gloria de introducir en nuestro corazon vuestro santísimo cuerpo, vuestra alma, y vuestra divinidad. Honremos, hermanos míos, honremos al Santísimo Cristo del Sepulcro recibiendo con frecuencia y con todas las disposiciones necesarias la santa comunión. Asi tomaremos fuerza para caminar en este destierro, para trabajar en la obra de nuestra santificación, para imitar á Jesucristo y seguirle por el camino del Cal-

vario, para atender al objeto único y el mas interesante que es nuestra salvacion. Asi seremos amados de Dios y de los hombres, recibiremos con tranquilidad la muerte, será glorioso nuestro sepulcro y esperaremos en él la resurreccion jeneral para hacer participante á nuestro cuerpo de la gloria que abrá recibido el alma y que quiera el Señor concedernos á todos! Amen.

F. L. G.

INDICE

Paj.

Sermon de la Resurreccion.

Debemos regocijarnos en la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo y no buscarle ya en la tierra, sino en el cielo. 7

Sermon de la Resurreccion.

La Resurreccion del Salvador es la obra suprema de su poder que cantó David y simbolizó Jacob; porque este día triunfó del demonio, de la muerte y de los judios. 17

Sermon de la Ascension del Señor.

Imitando á Jesucristo en las virtudes que nos enseña en la tierra tendremos la felicidad de seguirlo por los caminos que consagró cuando subió á los cielos. 30

Sermon de la Ascension.

La Ascension admirable de nuestro Señor Jesucristo nos dá á conocer la gloria de Jesus y la gloria de los hombres. 40

Sermon de Pentecostés.

Necesidad de imitar la vida de los primeros cristianos, como que fué dirigida por el mismo Espíritu-Santo. 55

Sermon de Pentecostés.

De las gracias é inspiraciones que recibimos del Espíritu-Santo y la necesidad que tenemos de corresponder á ellas. 67

Sermon del misterio de la Santísima Trinidad.

No hay razones para no creer el misterio de la Santísima Trinidad, y son grandes las ventajas que nos resultan de someternos á su creencia. . . . 89

Sermon de la Santísima Trinidad.

Debemos procurar conocer á Dios mas bien por la devocion y el amor que por la razon y el discurso. 94

Sermon del Santísimo Corpus Christi.

Jesucristo real y verdaderamente presente en el santísimo sacramento del altar nos ofrece con su cuerpo y con su sangre todos los tesoros y riquezas que mereció á los hombres padeciendo y muriendo por ellos en una cruz. 104

Sermon del santísimo sacramento.

La presencia real y verdadera de nuestro Señor Jesucristo es lo que creemos en el santísimo sacramento y lo que debe interesar nuestro amor y devocion. 114

Sermon del santísimo sacramento.

Finezas de Jesus sacramentado. 125

Sermon de Desagravios al santísimo sacramento.

Las profanaciones, escándalos y sacrilejos con que se ofende la majestad de Dios en su mismo templo prueban la necesidad de desagraviar al Señor con obras virtuosas y santas.	136
Sermon de Desagravios.	
Estamos obligados todos como cristianos á volver por el honor de Jesús sacramentado.	148
Sermon del santísimo sacramento como sacrificio.	
Debemos considerar en la misa á Jesucristo como al Hijo de Dios vivo, como á nuestro conductor, nuestro consolador, nuestro jefe, nuestro modelo y nuestro juez.	159
Sermon del santísimo sacramento como sacrificio.	
De la dignidad y eficacia del sacrificio de la misa y las disposiciones con que se ha de celebrar y asistir á él.	170
Sermon del santísimo sacramento como comunión.	
De los efectos saludables de la comunión recibida dignamente.	183
Sermon del santísimo sacramento en la fiesta de una cofradía.	
Jesús sacramentado merece todo nuestro amor.	197
Sermon del santísimo sacramento en día de cuarenta horas.	
Jesucristo nos enseña desde el trono del sacramento eucarístico todo lo que debemos saber para ser virtuosos, santos y perfectos.	211
Sermon de Jesús sacramentado visitando á los enfermos.	

Esta fineza de Jesus obliga á las almas fieles á adorarlo, bendecirlo y glorificarlo.	223
Sermon de Jesus sacramento en dia de cuarenta horas. Debemos visitar con frecuencia y devocion al santísimo sacramento.	234
Sermon del santísimo corazon de Jesus. En el corazon de Jesus hallaremos la felicidad y el descanso de nuestras almas.	247
Sermon del santísimo corazon de Jesus. Objeto de la devocion al sagrado corazon de Jesus y su utilidad.	263
Sermon del santísimo Cristo del Perdon. Siendo este santísimo Cristo el Dios de toda con- solacion que nos consuela en todas nuestras tri- bulaciones, nos civiliza, nos enseña é ilustra para que vivamos como fieles destinados para la gloria.	276
Sermon del santísimo Cristo de la Salud. Los innumerables beneficios que nuestro dulce Je- sus obró por la salud de nuestras almas.	289
Sermon del Buen Pastor. De la bondad y misericordia de Dios para con el pecador.	302
Sermon del santísimo Cristo de la Fé. En la fé de Jesus crucificado hallaremos el poder y la sabiduria de Dios.	316
Sermon del santo Cristo de la Esperanza. En Jesus crucificado debemos aprender y se nos enseña cómo y cuál debe ser nuestra esperanza.	330
Sermon del Santísimo Cristo del Amparo.	344

Siendo Jesucristo nuestra santidad, es tambien
nuestro amparo contra nuestros enemigos inte-
riores y exteriores.

Sermon de los dolores gozosos de Jesus. 355

Jesucristo supo convertir en gozo y alegría sus
dolores y tormentos, y nosotros hallaremos el
alivio y consuelo de nuestras aflicciones y tra-
bajos buscándole en Jesucristo.

Sermon del Santisimo Cristo del Sepulcro. 366

La mira de un cristiano debe ser, el procurarse
un fin dichoso.

FE DE ERRATAS.

<i>Paj.</i>	<i>Lineas.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
11	9	compadecen	complacen
19	15	sursunt	sunt.
49	15	verdad se	verdad es
80	8	el testo	<i>Math. c. 28. v. 19.</i>
96	20	en todo don	de todo don
110	9	y lo comun	y lo coman
112	25	estas nociones	estas mociones
142	5	nuestras almas	nuestras armas
Id.	28	conversan	conversen
143	23	ó á condenar?	ó á condenaros?
144	9	comer el maná	comer con el maná
184	3	¡Miserables!	¡Miserable!
192	17	obligacion	oblacion
195	11	que enciende	que encienda
200	8	avivar vuestra	avivar vuestra fé
201	19 y 20	que nos amaré	que no os amará
204	2	Iesus	Deus
216	3	brilla	brille